

# FLORENCIA CANALE

## *Sangre y deseo*



La pasión de Juan Manuel de Rosas  
y Encarnación Ezcurra

Lectulandia

Impetuoso, apuesto, rico, Juan Manuel de Rosas ha pasado de niño mimado a candidato codiciado por las más bellas jóvenes de la alta sociedad porteña. Doña Agustina, su madre, tiene grandes expectativas para ese hijo dilecto pero en ninguno de sus planes figura la idea de casarlo con Encarnación Ezcurra. Pese a su juventud y su inexperiencia, Encarnación sabe que la pasión que la une a Juan Manuel es indestructible y no escatimará recursos y estratagemas para unirse a él. Las dos mujeres, de carácter fuerte y voluntad de hierro, lucharán sordamente por la posesión de ese hombre, que poco a poco se perfila como una figura decisiva de la vida política de la incipiente nación. A las tensiones de una vida familiar en jaque permanente se suma la agitación que sacude el territorio, atrapado en una espiral de violencia y sangre.

Florencia Canale teje con maestría los hilos de una trama de amores, odios, poder y ambición en la que la historia revela sus entretelones más secretos. *Sangre y deseo. La pasión de Juan Manuel de Rosas y Encarnación Ezcurra* es una novela vertiginosa y atrapante, que tiene a la pasión —amorosa, política, maternal— por gran protagonista.

**Lectulandia**

Florencia Canale

# **Sangre y deseo**

**La pasión de Juan Manuel de Rosas y Encarnación Ezcurra**

**Trilogía de Rosas - 1**

ePub r1.0

**lenny** 20.12.2018

Título original: *Sangre y deseo*  
Florenca Canale, 2015  
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

Sangre y deseo

Prólogo

Primera parte: Una infancia feliz

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Segunda parte: Amores de juventud

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Tercera parte: Estrategia y poder

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*A mi madre, que me enseñó el secreto de la inmortalidad...*

## PRÓLOGO

El silencio lo decía todo. Teodora, sentada al lado de su marido, intentaba apaciguar el rictus que lo dominaba. Juan Ignacio no era un hombre fácil, y menos en ese momento y bajo aquellas circunstancias. Pepa, su hija mayor, llegaría de un instante a otro. Le resultaba difícil perdonar. Y sobre todo a sangre de su sangre.

Encarnación no podía mantenerse quieta. Caminaba de un lado a otro, como un animal enjaulado, con las manos entrelazadas debajo del mentón. Cualquiera hubiera imaginado que se había entregado a la oración; nada más alejado. La joven de dieciocho años pergeñaba una estrategia más. No era la primera vez que organizaba, con cuidado, cada detalle de sus actos. Así había logrado todo lo que había querido. Sin prisa y sin pausa.

Un poco alejado de su familia política pero sin perder el más mínimo detalle, observaba Juan Manuel. Su mirada de hielo examinaba la escena. Apoyado contra la pared y con los brazos cruzados, miraba a su flamante esposa. Era evidente su excitación, pero la notaba por demás segura. Había tomado una decisión casi sin consultarlo. Ese día deberían adoptar como propio al recién nacido de Pepa. Todo se había llevado a cabo en el más profundo de los secretos. La criatura pasaría a ocupar el lugar del primogénito. Había intentado discutirlo con Encarnación pero ella lo había convencido, debían sostener la mentira de la boda urgente. Hincada a su lado, en el sillón de su despacho, lo había tomado de ambas manos, había atravesado su mirar con aquellos ojos renegridos, y casi sin darse cuenta, él había aceptado todos sus argumentos como si hubieran sido propios.

El aire se cortaba, estaba pesado como una tarde de verano. Pero era mediados de agosto y el frío atenazaba a los vecinos de Buenos Aires. El invierno de 1813 asolaba a la ciudad. El brasero de la casa estaba encendido desde temprano pero era difícil descubrir si el calor que rondaba por la sala era producto de las brasas o de la ansiedad contenida.

—Ábreme esa ventana, por favor. Aquí no se puede respirar —ordenó Ezcurra y bufó con impaciencia.

—Pero se va a destemplan la sala, mi querido. Luego nos costará demasiado regresarle el calor —Teodora intentó calmar las aguas pero sabía que no le sería fácil.

—Abramos, mamita. Yo también me siento sofocada —y Encarnación, sin aguardar respuesta, abrió el gran ventanal que daba a la calle. Se asomó y nada. Aún no había noticias del carruaje que traería a su hermana y al pequeño desde la estancia santafesina de unos amigos de sus padres.

Juan Manuel se despegó de la pared y caminó hasta Encarnación. La tomó por la cintura y la alejó de la ventana. No quería que tomara frío. A pesar de sus jóvenes veinte años, trataba a su mujer con el aplomo de un hombre de más edad. Ella se dejó



guiar. Cuando su marido desplegaba esas artes, Encarnación sucumbía. Moría de amor por Rosas. A veces temía que el corazón le fallara por la velocidad con la que galopaba. De cualquier manera, ella había sabido usar la cabeza. No como su hermana, que se había entregado a la cama de Belgrano y casada con otro hombre, sin medir consecuencias. Las cosas le salían bien a Encarnación. No había que dejarse llevar por las turbulencias de las emociones. Aunque ella conocía bien de eso. Tan fuerte era el apasionamiento que sentía por Juan Manuel, que había dedicado meses a la construcción de todo tipo de artilugios para lograr su plan maestro.

Desde afuera avanzó el ruido de los cascos de un caballo contra la tierra dura de la calle. Encarnación y Teodora no dudaron. Con premura, salieron a buscar a Pepa. Despacio y con la ayuda del cochero, la mayor de las Ezcurra descendió del carruaje, con una criatura en brazos, bien envuelta en mantas. Madre e hija, sin mediar palabra, hablaron con las miradas. La cara de Pepa lo decía todo. Aguantaba las lágrimas con estoicismo pero la tristeza se le notaba igual. Intentó una sonrisa con su hermana, pero su cara se torció en una mueca tensa. Entró a la casa como una tromba, seguida por Encarnación y Teodora.

—Hija querida, déjame que te mire. Hace tanto tiempo que faltas de esta casa — Teodora rompió el silencio sepulcral que dominaba la sala.

Josefa Ezcurra apretó al bebé contra su pecho. Parecían un solo cuerpo. Y ahí, sin darse cuenta, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Ni siquiera intentó detenerlas, sabía que éste sería un llanto eterno.

Encarnación se acercó y estiró sus manos para recibir al bebé, pero fue imposible. Su hermana, arrasada por la congoja, clausuró a la criatura contra sí. Miró a su madre, como en búsqueda de ayuda. Teodora rodeó a su hija por los hombros y se la llevó, junto al pequeño, hasta la que había sido su recámara.

En la sala quedó la pareja, en silencio. A la espera no sabían bien de qué. Juan Ignacio observaba todo desde lejos. No podía encontrar una respuesta que complaciera a la infinidad de preguntas que se hacía, pero sentía que algo horrendo se avecinaba en sus vidas. El malestar lo embargaba casi por completo.

—Tengo miedo, Juan Manuel. No me gustó nada la cara de mi hermana; parecía fuera de sí —la mirada de Encarnación se nubló, perdida en sus temores. Se restregó las manos una y otra vez.

—Te lo dije pero no me quisiste oír —respondió el joven Rosas y afiló sus ojos azules.

En ese preciso instante, Teodora volvió a entrar a la sala, pero esta vez con el pequeñín entre sus brazos. Sonreía de felicidad, de nuevo respiraba el olor a bebé, que tanto había adorado al ser madre.

—Toma, Encarna, aquí tienes a tu hijo. Torceremos su destino y será un niño legítimo y feliz —y con cuidado, le entregó a Pedrito.

Encarnación lo abrazó con fuerza y el bebé frunció la carita y largó un quejido. Lo besó una y otra vez en sus suaves mejillas. Sólo quería afianzar la unión que

tendría con el niño. Pedrito Pablo Rosas, de ninguna manera Belgrano. Era la pantalla perfecta para cubrir cualquier duda que surgiera por ahí. Había estado embarazada, había sido víctima de unas pérdidas siniestras, había tenido a su niño. La sucesión de hechos era complicada, pero era madre. Y que nadie osara contradecirla.

# PRIMERA PARTE

## Una infancia feliz

## CAPÍTULO I

Se había encerrado en su cuarto. Prefería el silencio y la soledad de su habitación. No quería cruzarse con ningún integrante de la familia, no estaba de humor para recibir alguna reprimenda de sus padres, siempre demasiado atentos a sus movimientos. A pesar de sus tempranos diez años, Encarnación tenía muy claro cómo escabullirse de las situaciones que la incomodaban. Detrás de la puerta cerrada, podía escuchar el típico taconeo de mujer que iba y venía. Aún era temprano para escuchar el peso de las botas sobre el piso. Su padre y el marido de su hermana, Juan Esteban Ezcurra, llegaban más tarde a la casa.

Sentía lástima por su hermana Pepa. Había jurado no ser como ella. La había visto padecer tanto, que una noche, luego de acariciarla y contenerla tras un largo llanto, se había hincado al borde de su cama y ensimismada en un ritual casi dramático, había hecho el juramento. Pepa había sufrido mal de amores. Eso no le sucedería a ella. De cualquier modo, faltaba bastante para eso. Había tomado conciencia de que «eso», como a ella le gustaba decir, hacía sufrir demasiado a las mujeres. Había temido por la vida de su hermana. Ninguna mujer, y menos si era de su familia, merecía semejante dolor.

—¡Niña Encarnación, niña! ¿Dónde se ha metido? —escuchó los gritos desde lejos. La joven Rufina la buscaba. La criada había estado asignada a su hermana, pero como Pepa era una mujer casada, todo el tiempo que podía lo ocupaba con la niña Encarna.

Como una tromba se escondió debajo de su cama, justo en el preciso instante en que la puerta de la habitación se abrió de par en par.

—¿Dónde se habrá metido esta criatura? —Rufina asomó la cabeza, miró de un lado a otro. Encarnación aguantó la respiración. Desde ahí abajo sólo pudo ver las botinetas de un negro gastado, con un paso que demostraba crispación. Más que nunca, la niña paralizó los sentidos. Los zapatos se acercaron demasiado. Cerró los ojos con fuerza, como si la falta de vista tuviera el poder de hacer desaparecer todo lo que avanzaba sobre ella. Desde el patio sonó la voz de uno de los tantos sirvientes de la casa. Y el ruego tácito se cumplió. Rufina dio media vuelta y cerró la puerta detrás de sí.

Tras el fisgoneo de la criada, la brisa de las primeras semanas de otoño había invadido la gran recámara de las niñas. La prole de los Ezcurra constaba de nueve integrantes. Encarnación compartía habitación con su hermana Margarita, de quince años, y con Dolores, de ocho. Juana, Petrona y María eran muy pequeñas aún. Necesitaban asistencia casi permanente. El cuarto de las niñas daba al segundo patio, junto a las demás habitaciones de la casa. En poco más de una hora sonaría la campana que anunciaba la hora del almuerzo. La residencia de los Ezcurra marchaba a todo ritmo, cada uno se ocupaba de sus menesteres sin que nada los distrajera.

Corría 1805 y Buenos Aires atravesaba tiempos de serenidad. O por lo menos así lo parecía. El año anterior, el virrey Joaquín del Pino y Rozas había fallecido en pleno ejercicio, dejando a la ciudad en completo estupor. Si bien era un hombre mayor, nadie hubiera imaginado que la enfermedad que lo había postrado terminaría con su vida luego de diez días de cama. Entonces, la Corte, veloz de reflejos, había dado la orden de que Rafael de Sobremonte y Núñez, quien ya había ocupado varios cargos —secretario del virrey Juan José de Vértiz y Salcedo, gobernador intendente de la Intendencia de Córdoba del Tucumán, presidente de la Real Audiencia, entre otras funciones—, lo reemplazara. España no estaba para distracciones en territorios tan lejanos. Lo último que hubiera querido eran desmanes y cuestionamientos desde el Río de la Plata. Casi al mismo tiempo, Carlos IV había entrado en guerra con Gran Bretaña y lo que más le importaba era cuidar su pellejo, y llegado el caso el de sus súbditos —sin cruzar los mares—. Sobremonte, enterado de todo lo que sucedía en Europa y preocupado ante los posibles ataques ingleses sobre su nuevo dominio, había reclamado ayuda a la Metrópoli. El Primer Ministro español y favorito de la Reina, Manuel de Godoy, lo había desestimado de cuajo y dejado al Virrey librado a sus fuerzas y al azar.

Los habitantes de la ciudad desconocían por completo lo que sucedía puertas adentro del Fuerte. El Virrey y sus adláteres manejaban los asuntos políticos dentro del más absoluto secreto. Sobremonte desconfiaba de la aprobación que le demostraban los vecinos. Prefería ejercer su mando casi sin consultar a la corte de subalternos con la que se manejaba.

Margarita entró a la recámara en el mismo instante en que Encarnación se arrastraba para salir de su escondite y se ponía de pie.

—Pero, ¿qué haces, toda mugrienta? —y le señaló el vestido repleto de tierra.

—No encuentro mis castañuelas, las buscaba debajo de la cama —Encarnación ensayó una sonrisa de oreja a oreja.

—A ver, ven para aquí. Arruinarás otro vestido más y a mamita le dará un soponcio. —Margarita sacudió con vehemencia la muselina celeste del vestido de su hermana—. En fin, quedó un poco mejor, pero ten más cuidado, Encarna.

Se dirigió hacia la cómoda que guardaba algunas de sus pertenencias y sacó una caja de madera. La dio vuelta y sobre su cama cayeron una infinidad de cintas de todos los colores y tamaños. Con cuidado y como si pidiera permiso, Encarnación se acercó a su hermana. Nada le gustaba más que esa marejada de sedas brillantes. Una semana atrás, el 25 de marzo, había cumplido diez años y Margarita le había prestado una dupla de cintas blancas con fantasías en azul y verde, con las que había atado sus trenzas. Se había sentido una princesa durante la celebración que le había organizado su madre. Convertida en una niña grande, sentía que ya estaba en condiciones de compartir las conversaciones y la intimidad de los adultos. Parecía que ella sola era la dueña de aquellos sentimientos. Margarita se cansaba rápidamente de su presencia, no en vano tenía quince años. Estaba para otras cuestiones, las invitaciones a las

tertulias la desvelaban, los devaneos del corazón la tenían a mal traer y no tenía tiempo para atender a su pequeña hermana.

De repente, sonó la campana. Anunciaba que la mesa estaba puesta y lista para servir el almuerzo. Encarnación abrió grandes los ojos y tomó aire. Instó a su hermana con la mirada a salir juntas de la recámara. No le gustaba demorarse, además empezaba a dolerle la panza del hambre.

—¡Sí, ya vamos, niña! Me vas perforar con esos ojos —y en un ademán, metió las cintas en la caja y las llevó hasta la cómoda—. Ya te sigo, Encarna, por Dios.

Y apuró el paso detrás de su hermana.

\* \* \*

Juan Manuel guardaba silencio. Escondía las manos, tomadas por detrás de la espalda, de los ojos de su madre. Sus nudillos de niño estaban blancos, tal la fuerza con la que apretaba el enojo que lo dominaba. Le costaba disimular frente a doña Agustina; le costaba aplacar su temperamento. A pesar de sus doce años, el hijo de León Ortiz de Rozas y Agustina López Osornio tenía un carácter bravísimo.

—¿Cuántas veces le voy a tener que repetir, m'hijito, que en esta casa se siguen mis órdenes? ¿Desde cuándo toma decisiones por su cuenta? Habrase visto —en ningún momento la madre levantó la voz, pero eso era mucho peor. Se irguió aún más en el borde de su sillón favorito, tapizado en damasco. El cuello de doña Agustina se estiraba y el mentón en alto demostraba la seguridad con la que la dama circulaba por la vida. Desde pequeña se había hecho cargo de sus hermanos al quedar huérfanos. A los dieciséis años se había convertido en una mujer hecha y derecha. Nadie se le atrevía.

Achinó los ojos a la espera de una respuesta de su hijo. Juan Manuel levantó la cabeza y le clavó su mirada de hielo. Era digno primogénito de su madre. En carácter se igualaban; sin embargo, doña Agustina no daba el brazo a torcer y ejercía el poder que detentaba. Aunque a veces sonreía a solas, le causaba gracia el ímpetu de su niño. Tan pequeño y tan intempestivo.

—No hice nada, mamita —respondió él, impertérrito, sin pestañear ni una sola vez. Había heredado la altivez de su madre.

—Supongo que te darás cuenta de que estoy dándote una oportunidad, Juan Manuel —cruzó los brazos a la espera.

El hijo no pudo soportar la intensidad de la mirada de doña Agustina y volvió a bajar la cabeza. El ruido de la puerta de calle al cerrarse interrumpió la reprimenda. El niño intentó escapar con sigilo de la furia de su madre, pero un chistido cortó el aire y supo que lo mejor que podía hacer era petrificarse frente a ella. El paso lento de las botas contra el piso del zaguán anunciaron el arribo de Ortiz de Rozas.

—León, ven a ver a tu hijo, por favor —gritó doña Agustina, perdiendo la paciencia.

Elegante como siempre, el dueño de casa entró a la gran sala del caserón de la calle Santa Lucía<sup>[1]</sup>. No tuvo tiempo de quitarse la casaca oscura con hebillas de oro, los ojos de su mujer delataban la urgencia en el reclamo. No era una novedad. Siempre lo requería para los asuntos de gravedad, como ella decía, pero nunca esperaba la decisión de su marido. Doña Agustina era la regenta de la casa y así había sido establecido desde el primer día. Y don León no protestaba. De ese modo se había conformado el matrimonio y nadie se quejaba, todos felices.

—Antes que nada, buenas tardes. ¿Qué pasa aquí? No puedo ni tomar algo que ya me llamas, Agustina.

—Dejémonos de pamplinas y vayamos a lo importante. Este muchachito me va a matar. Nos avergonzó una vez más, mi querido.

León miró a Agustina y en un instante cambió el objetivo. Juan Manuel permanecía firme, ahora con los brazos cruzados. Hermético, no emitía palabra.

—El vecino de atrás se acercó hace unas horas con la pésima noticia de que este jovencito saltó la pared de adobe del fondo y entró en su casa —anunció Agustina sin quitarle los ojos de encima a su hijo mayor.

—Pero si no alcanzo, mamita —intentó Juan Manuel.

—A mí no, niño. Y no sólo entraste a una casa ajena, sino que también te llevaste una bolsa repleta de manzanas. ¡Un hijo ladrón! Qué vergüenza, Rozas —y miró a su marido implorando justicia.

—¿No te habrán venido con una mentira, mujer? Sabes cómo es la gente. Se aburren con sus vidas y pretenden vivir la de otros.

—De ninguna manera, Rozas. Y no me interesan tus argumentos, Juan Manuel. Cualquier excusa que me des, rebota en mis orejas. Ni te atrevas. De aquí, derecho a tu recámara. Estás castigado.

El niño miró a su padre, en búsqueda de complicidad, pero no la encontró. Don León jamás desautorizaba a doña Agustina; en lo más íntimo, siempre acordaba con ella. Que no hablara, no significaba que no pensara lo mismo que su mujer.

Y así, cabizbajo para esconder alguna que otra lágrima de furia, Juan Manuel se retiró hacia el fondo de la casa.

—¿Hacía falta tanto esta vez?

—Si fuera por ti, este niño sería un demonio. Agradece a Dios que existo, Rozas. Te armé una vida y en eso sigo, con nuestros ocho hijos. Déjame a mí, tú no sirves para esas cosas. Eres demasiado apacible —refutó Agustina, sin lugar a réplicas.

—A veces no dices lo mismo —León le acarició la mejilla con suavidad y continuó camino hasta su despacho. Lo esperaba uno de los libros de su extensa biblioteca. Nada le gustaba más que cerrar la puerta de su escritorio y dedicarse a la lectura.

Agustina tomó aire con fuerza. Faltaban pocas semanas para que diera a luz. Le había respondido a su marido como una tromba, y había hecho mal las cuentas. El octavo hijo estaba al llegar, pero le era igual. Cada vez más trabajo, sin embargo no

se quejaba. Adoraba a su prole y los criaba sola, sin pedirle ayuda a nadie. Es más, al mínimo llanto de los más pequeñines, los llevaba lo más lejos posible de León, para no importarlo. Juan Manuel había cumplido doce años hacía unos días; Gregoria tenía ocho; Mercedes, siete; Prudencio, cinco; Gervasio, cuatro; María Dominga —le decían Mariquita— estaba a meses de cumplir los tres y última venía Juana, de un año y medio.

Caminó con paso lento hasta el primer patio. Necesitaba respirar. A pesar de la temperatura fresca de principios del otoño, Agustina estaba bastante acalorada. Hacía algunas semanas que habían regresado de Rincón, el campo de su familia, donde pasaban la primavera y el verano. Sin embargo, esta vez habían debido regresar unas semanas antes, a causa de su estado. Faltaba poco para que diera a luz. Lo sentía, sabía más que los médicos. Como con casi todo.

\* \* \*

Apenas apoyó su piecito en el comienzo del paseo de la Alameda, Encarnación le dio rienda suelta a su aro. Dejó atrás a sus hermanos y se largó a la carrera detrás de su juguete. Pepa y su marido, Juan Esteban Ezcurra, habían invitado a Felipe y Margarita y a la pequeña, a aprovechar el sábado de sol. Los demás habían quedado en la casa a cargo de Teodora y algunas esclavas, que le prestaban ayuda con los bebés.

—¡Cuidado, Encarna! Mira por dónde vas, que no andas sola —le gritó Pepa, entre preocupada y contenta ante el arrojito de su hermana.

—No se cae, miren qué derechito va. Le ordené que siga y me hace caso —respondió la niña entre carcajadas.

Durante el verano, la fila de ombúes era el sector más frecuentado. El sol abrasador se evitaba debajo de las copas de los grandes árboles. No era el caso en aquella oportunidad, que la intensidad había mermado. Juan Esteban y Pepa iban del brazo, como una pareja hecha y derecha; detrás de ellos, Felipe y Margarita, cada cual con la mirada puesta en su objeto de interés: el joven, en las faldas que iban y venían; y la muchachita, en los marineros extranjeros, siempre asiduos a ese paseo.

Encarnación regresó a las corridas, con el aro en la mano. Tanto trajín le había desacomodado el vestido color arena y no contenta con el desarreglo se había quitado el saquito que hacía juego. Una de las trenzas se le había aflojado, el moño iba guardado en su mano. Respiraba agitada, tenía calor.

—¿Podemos bajar al río? Estamos muy cerca —imploró la niña. Nada le gustaba más que darse largos baños en esas aguas.

—Me causas gracia, Encarna. Faltan siglos para inaugurar la temporada, sabes bien que dan comienzo el 8 de diciembre y estamos recién en abril —respondió Pepa con una sonrisa.

—Pero nadie se va a dar cuenta —agregó, retobada.



—Nosotros sí, niña. Hasta que los padres Franciscanos y Dominicos no bauticen el agua, nadie en esta casa se zambulle, y eso sucede recién el Día de la Inmaculada Concepción. No le voy a decir a mamita lo que acabas de sugerir, pero que no se repita.

Encarnación se enfurruñó pero le duró poco. El río atrapó su interés. A varias cuadras de la orilla, una embarcación avanzaba con lentitud. Su imaginación la llevó hacia zonas recónditas. ¿Quién llegaría en aquel velero? ¿Desde qué tierras lejanas vendría? La cabeza de la niña comenzó a armar una historia detrás de otra.

En uno de los bancos que adornaban el paseo, un grupo de señores de edad mantenía una acalorada conversación. Al pasar a su lado, Pepa y Juan Esteban saludaron a don Jaime Llavallol, Domingo Navarro y su inseparable amigo Miguel Villodas, y Vicente Casares, importantes comerciantes de la ciudad. El catalán Llavallol convidó al marido de la mayor de las Ezcurra a que participara de la charla mientras los hermanos continuaban con la caminata.

—¿En qué anda tu marido, Pepa? —preguntó el joven Felipe mientras se acomodaba la melena.

—No sé, pero como los caballeros son de su tierra, tal vez sienta nostalgia e intente armar una nueva vida aquí sin perder esos lazos —respondió ella sin pensar demasiado.

De repente, Encarnación se acercó al grupo, como una tromba. Tomó a sus hermanas de la mano y las tironeó.

—¿Podemos bajar al río? ¡Miren, llega una nave! —la excitación dominaba su rostro.

Era imposible negarse a la insistencia de la niña. Llegaron hasta el final de la Alameda, y en vez de emprender el regreso, bajaron hacia la playa. Pepa y Margarita anudaron al cuello las pañoletas que descansaban sobre sus hombros, contra el cuello. El aire corría fresco.

Un par de hombres empezaba a organizar el desembarco de las carretillas que llegarían hasta la nave, aguas adentro. Las embarcaciones no se acercaban a la orilla, los viajeros debían descender y hacer el trayecto —junto con su equipaje— en aquellas carretillas conducidas por un experto. No se corría peligro, aunque algunas veces las corrientes podían ser traicioneras. Empujándolas de atrás, los trajinistas llegaron al agua y de un salto se acomodaron en el aparejo. El suave vaivén los impulsó de a poco y el sonido de las caricias del agua contra la madera dio comienzo al trayecto río adentro.

Los piecitos de Encarnación delataban su ansiedad. No podía estarse quieta, saltaba, iba hacia delante, luego para atrás. Su imaginación, pero sobre todo la curiosidad, ganaban la batalla. Sacudió el puño de la manga del vestido de Margarita para llamar su atención. Quería compartir su alegría.

—Seguro que llega un novio para ti —y miró hacia la cara de su hermana desde abajo, con una inmensa sonrisa cómplice.

—¿Pero qué dices, niña? Te has vuelto loca —respondió la aludida con una carcajada. Sin embargo, los colores tiñeron sus mejillas. A veces fantaseaba con algún caballero de otro continente.

Felipe había recogido algunos guijarros y, de a uno, comenzó a arrojarlos al agua. Las ondas se expandían hasta desaparecer.

—Pepa, ¿no es cierto que soy una niña muy cuerda? —siguió el juego Encarnación y convocó a la hermana mayor a que se uniera. Sin embargo, del otro lado no hubo respuesta.

La mayor de las Ezcurra mantenía la cabeza erguida y la mirada hacia el barco pero parecía lejos de allí. Aunque cada uno en lo suyo, sus hermanos mantenían una conexión. Ella, en cambio, estaba encerrada en sí misma. Sus ojos parecían muertos, su cuerpo exudaba incomodidad, dolor.

—¿Qué tienes, Pepa? ¿No te sientes bien? —preguntó Encarnación y le tomó la mano. Margarita y Felipe repararon en su hermana mayor.

—Estoy perfecta, querida, no pasa nada. Reflexionaba, nada más —respondió con velocidad. No tenía ganas de explicar nada. Y menos a sus hermanos. No era feliz con su esposo. Pero eso lo había confirmado desde el primer día. Sus padres la habían casado con Juan Esteban para quitar del medio la figura de Manuel Belgrano. Su Manuel, su amor. Se lo habían arrancado pero era imposible borrarlo de la memoria, no podía hacer desaparecer las huellas que marcaban su corazón. Y ese barco la había transportado a aquel día en que su amado había llegado de España. Sin embargo, ahora era una mujer casada y debía guardar las formas. Su marido era un hombre honorable y la adoraba. Eso era suficiente, o debía serlo.

—No seas pesada, niña. Deja a Pepa en paz. ¿No sabes que los adultos tenemos preocupaciones? Disfruta de tus años, que ya se van a acabar. Indolente, así es tu vida. Aprovechala y no te metas en asuntos de la gente grande —Margarita la frenó en seco. Aunque su hermana nunca le había confiado nada, ella sospechaba que el matrimonio no había resultado lo que todos esperaban.

Pepa intentó una sonrisa. Felipe se la retribuyó con otra y la tomó del brazo para emprender el regreso y volver a la Alameda. Margarita y Encarnación la observaron sin confiar del todo, y cruzaron miradas entre ellas. El gesto de la mayor fue más que elocuente. Frunció la boca y apretó los dientes. Encarna supo que debía hacer silencio.

\* \* \*

Juan Manuel cerró la puerta de su recámara con sumo cuidado. Hubiera pegado un portazo pero dominó sus impulsos. Ganas no le faltaban. Estaba enfurecido por el regaño de su madre. Se había sentido humillado, no le gustaba que lo increparan, y mucho menos si venía de su madre. La veneraba, pero cuando le señalaba que se había portado mal, que había cometido una equivocación, prefería la muerte. Así de intenso era Juan Manuel.

En su habitación se sintió libre de hacer y sentir lo que más le placiera. No reprimió más la furia. Le parecía una injusticia que su madre lo hubiera castigado, no había sido para tanto. ¿Cuántas veces había cruzado a lo del vecino? ¿Y cuántas otras se había llevado la fruta que olvidaban por ahí? Si la dejaban tirada, era porque no les venía en gana comerla. Pues a él sí, por eso la recogía.

El encierro lo volvía loco, además tenía planes de salir a cabalgar por la ciudad. Quería probar una yegua nueva, recién llegada del campo. A veces extrañaba la vida que había llevado en Rincón durante los primeros años de su vida. Potreaba hasta altas horas de la tarde, salía a caballo junto a la peonada y no existían los reclamos. Así había aprendido a ser un excelente jinete. Con apenas diez años se había convertido en un as de la monta. El último tiempo en la ciudad se le había hecho menos aburrido, ya que había logrado el permiso de sus padres para montar el zaino cuando le viniera en gana y dar unas cuantas vueltas. Ahora eso no era posible.

Pateó una de las sillas con tanta violencia que rebotó en la pared y cayó. Allí la volvió a golpear, más furioso aún. La ira ganó su cuerpo y de un plumazo tiró todos los libros que descansaban sobre la mesa de arrimo. Nada lo calmaba. Manoteó las cobijas que cubrían su cama y las arrojó al piso. En vez de sosegarlo, esta suerte de ritual lo embraveció todavía más. Abrió uno de los cajones de la cómoda y revolvió la ropa de cama hasta que encontró la pequeña navaja escondida. Jadeante se sentó sobre el piso y empezó a hurgar con su herramienta entre las juntas de los ladrillos que conformaban el suelo de su recámara. Arrancó uno y luego otro, y otro más. Sintió el placer de la contienda ganada, como un soldado que atraviesa la carne del enemigo con su sable. Armó una pila de un lado y otra del otro. El enojo no mermaba. Se paró, recorrió la habitación de un lado a otro, como si estuviera en búsqueda de algo, aquella calma imposible de encontrar. Destrozó los libros, hoja por hoja. Y de repente, las largas pestañas rubias se abrieron y cerraron a un ritmo pausado. Se le había ocurrido una idea brillante. Caminó hasta el bracero encendido y acercó una hoja elegida al azar. Prendió al instante y en sus ojos de hielo se reflejó la llama. Así encendida la arrojó a los restos de papel y en pocos segundos se armó una pequeña fogata. La recámara estaba cerrada, el humo se propagó enseguida. El leve olor a incendio se coló por debajo de la puerta sin que Juan Manuel se diera cuenta, y al rato, la servidumbre notó que sucedía algo extraño.

—¡Amito! ¿Qué pasa allí adentro? —gritó Pascual, uno de los esclavos de los Ortiz de Rozas—. ¡Abra, por favor!

Un gran revuelo se armó en la residencia de Santa Lucía. Algunos sirvientes corrieron hacia la recámara del niño, otros hasta el despacho de don León y hacia el primer patio, donde descansaba doña Agustina. En pocos segundos, un conciliábulo se reunió del otro lado de la puerta humeante.

—¡Abre, Juan Manuel! No te hagas el misterioso, sal ya mismo de tu habitación —ordenó su padre.

En ese mismo momento se acercó doña Agustina. En su cara se adivinaba el gesto destemplado. Si a los doce años se atrevía a tanto, ¿qué les esperaba en poco tiempo más? Apoyó su mano contra la espalda de su esposo, en busca de contención, de complicidad. Tomó aire y se adelantó. Hizo caso omiso al humo que se escapaba de la recámara, cada vez más pesado, y apretó su boca contra la madera de la puerta.

—Tu vida corre peligro, hijo, no juegues con ella —casi susurró, sin definir qué podía ser peor, si el fuego o ella.

La perilla de bronce giró despacio y la puerta se entreabrió. Una humareda feroz invadió el atestado pasillo. Juan Manuel asomó su cabecita y su madre lo tomó de la mano y jaló con fuerza. Sin dudarle, le sacudió la cara de un cachetazo. Don León dio la orden y varios esclavos entraron munidos de sábanas en desuso y vasijas repletas de agua sucia. Los hombres se encargaron de apagar el fuego y las mujeres escaparon hacia la otra ala de la casa. Doña Agustina siguió camino hasta el cuarto de costura. El niño, sin objetar y con los ojos llenos de lágrimas, la acompañó. Con una evidente incomodidad por su avanzado estado, la madre se sentó en una de las sillas de madera.

—A veces no te entiendo, Juan Manuel. Esta noche no comes y veremos si lo haces mañana. Jugaste con fuego y te quemaste. Tu padre y yo pensaremos qué sucederá contigo. Hay que pensar antes de actuar, niño —dijo Agustina moviendo la cabeza. Lo miraba fijo, como si sus ojos lograran atravesar sus pensamientos.

La cara de Juan Manuel estaba repleta de tizne, sin embargo su boca permanecía apretada. El ardor de la mejilla golpeada crecía segundo tras segundo. Sentía una mezcla de humillación y tristeza. Trató de adivinar lo que callaba su madre. Era imposible. El rostro de doña Agustina López de Osornio parecía de alabastro. Preciosa y gélida, así había cautivado al sexo fuerte antes de contraer matrimonio con Ortiz de Rozas. Había sido la joven más bonita en sus tiempos de soltera. Continuaba siéndolo. Aunque era mujer de un solo hombre, como correspondía a una dama de su clase.

## CAPÍTULO II

A principios de 1806, a miles de leguas al norte de Buenos Aires sucedían cosas que allí ni siquiera imaginaban. Las noticias llegarían en unos meses, la inocencia de los vecinos del Río de la Plata aún seguía intacta. Si algún que otro habitante —aquellos que manejaban los documentos antes que nadie— había escuchado cierta información reservada, la había sabido guardar, ya que un murmullo sereno reinaba en las calles.

No sucedía lo mismo en el Reino Unido. Los tejes y manejes estaban a la orden del día y, a veces, las decisiones que tomaban los altos mandos militares de las islas no estaban consensuadas con los jefes políticos. Meses atrás y como era su costumbre, cuatro barcos ingleses habían recorrido los mares del continente en busca de riqueza. En las proximidades de la costa de Cádiz, al toparse con una flota española se habían lanzado a su captura, con tan buena fortuna que al inspeccionar las embarcaciones apresadas descubrieron una carga de oro y plata proveniente del Alto Perú. Sin dudarlo, regresaron a Londres con el botín. El Primer Ministro inglés, William Pitt, recibió las arcas y recordó unas conversaciones que había mantenido, hacía unos años ya, con el general Francisco Miranda. Le había confiado su plan de liberar a la América española; en su momento, Pitt había estado más interesado en un desembarco en Francia. Prestarle atención acerca de una posible independencia americana había sido sólo un ardid para llegar a su cometido. Pues ahora, hipnotizado por el brillo de los metales, había cambiado de idea. ¿Por qué no remontar aquel plan? Sacudió las vacilaciones a un costado y le confió el proyecto al comodoro Home Popham, quien, ni lerdo ni perezoso, aceptó de inmediato. Luego de unas semanas, Miranda y Popham se presentaron ante el Primer Ministro con el memorándum que abarcaba todos los pormenores del plan por medio del cual liberarían América del Sur. Pitt lo leyó al detalle. Les solicitó unos días para pensar. Los militares desbordaban ansiedad, un sentimiento que el político desconocía. Pasaron varias semanas y la respuesta nunca llegó.

El comodoro Popham no podía perder tiempo. Era un hombre de armas tomar, detestaba la parsimonia de los políticos de la ciudad. Se embarcó en una expedición que tenía como fin la captura del Cabo de Buena Esperanza, al sur de África, no sin antes recibir la orden de parte del Primer Ministro de que dejara para otro momento la conquista de América.

\* \* \*

Doña Teodora estaba más que contenta con la visita de su hermana menor, la hacendosa María Mauricia. Había aprovechado como ninguna la destreza para la costura y cada vez que era necesario, se la reclamaba en la casa.

—Mi querida, bienvenida, pero ya estás más que avanzada —abrazó con cuidado a María Mauricia, mientras el embarazo de su octavo hijo se interponía entre ambas.

—Aún falta, Teodora, no te preocupes. Me gusta salir un poco, a pesar de los reclamos de mi marido. A veces exagera —y lanzó una risotada. Se había casado con el comerciante gallego Leonardo Pereyra de Castro en 1787 y la prole había quedado en el hogar—. ¿Y a quién habremos de vestir esta vez?

La sonrisa de Margarita ocupó toda su cara. No entraba en el cuerpo de la excitación. Había esperado con ansiedad ese momento y al fin había llegado.

—En un mes tenemos una boda y ya es hora de que mi hija se vista como toda una señorita —y la señaló con orgullo.

Las cuatro mujeres, seguidas por una silenciosa pero no menos fisgona Encarnación, se dirigieron a la recámara de Margarita. María Mauricia la ayudó a quitarse las ropas y la jovencita quedó en calzones y una corta camisa de lino. Tomó las medidas con cuidado y sonrió.

—¡Pero no has cambiado, niña! Eres una figurita, un poco más alta pero casi nada más —María Mauricia recordó que la había medido hacía algunos meses.

—¿Qué te parece esta seda azul? Acaba de llegar desde Cádiz, es de excelentísima calidad, como podrás observar —dijo doña Teodora mientras apuraba a Pepa para que la desplegara sobre la cama—; es parte de un gran contingente que trajo mi yerno.

Pepa asintió con una sonrisa leve. Juan Esteban Ezcurra, su marido, apenas instalado en la ciudad, había acrecentado su patrimonio. Los negocios con España iban cada vez mejor.

Cada tanto, María Mauricia abollaba la seda en su mano y la apoyaba sobre la piel de Margarita. Probaba y desistía. Parecía que ya tenía el vestido en su cabeza, ese era el modo de trabajar, no necesitaba de anotaciones o figurines, como solían hacer las costureras y modistas que rondaban por la ciudad.

—Vamos a dejar preciosa a Margarita. Y seguro va a encontrar novio —anunció con seguridad.

Doña Teodora sonrió. Tenía planes para su hija. Junto a su marido, habían seleccionado a un grupo de posibles candidatos, y la boda sería el espacio ideal para empezar a tomar decisiones.

—¿Mamita? ¿El novio va a ir pintado de negro a su casamiento? —preguntó Encarnación con ojos inocentes.

Las cuatro mujeres detuvieron lo que hacían y miraron a la niña. No entendían a qué se refería.

—Pero ¿qué dices, niña? —la poca paciencia se hizo evidente en Teodora.

—La escuché a Rufina, los otros días, mientras hacía las camas. Le contaba a la Dolores que el novio de Mariquita Sánchez se pintaba de negro para pasar desapercibido por la parte de atrás de la casa. Y además decían que eran primos.

Pepa y su madre carraspearon y lanzaron furia por sus ojos. Margarita, en cambio, se rio a carcajadas.

—No alientes a tu hermana, por favor. ¿De dónde sacas esas pavadas, Encarnación? Y sí, son primos como Pepa y su marido. Deja de escuchar lo que dice la servidumbre, por el amor de Dios. Ni te atrevas a repetir esto. Por suerte estamos sólo nosotras esta vez —reprendió doña Teodora. Debía demostrar firmeza a pesar de todo. Las malas lenguas decían que los futuros marido y mujer habían hecho de todo para reafirmar su amor. Incluso las visitas clandestinas. Tal era la insistencia de Mariquita, que un año atrás se había presentado ante el Virrey para dejar sin efecto el enlace que había pactado su madre con otro caballero. Ante la mirada atónita de la sociedad entera, la muchacha había ganado el litigio y en unas semanas se casaba con su enamorado.

Lo último que Teodora hubiera querido era que ese asunto refrescara viejos resquemores. Habían logrado, ella y su esposo, que Pepa se quitara a Manuel Belgrano de la cabeza y la habían casado con un hombre de bien, como Juan Esteban de Ezcurra. Todo quedaba en familia, como debía ser.

Encarnación pestañeó una y otra vez. No había querido causar semejante batahola, sólo había repetido lo que había escuchado en su recámara. Sin quererlo, cada vez que algún integrante de la casa susurraba algo en secreto, ella tenía la fortuna —o la desgracia— de andar por ahí y escucharlo. Doña Teodora intentaba proteger a su hija pero le resultaba difícil. Cuando Encarna callaba al resto y se dignaba a hablar, su madre entornaba los ojos y se preparaba para lo peor. Esta vez, María Mauricia había sido testigo. Rogaba que su hermana olvidara lo que había escuchado pero sabía que era una ilusa. María Mauricia era una persona bastante chismosa. Cuando al fin se fue, doña Teodora dio un suspiro, llena de saludos y zalamerías. Pero no sintió alivio alguno en sus temores.

Encarnación estaba radiante, los pocos rulos que se le habían soltado del peinado trenzado le daban cierta rebeldía a su rostro. La quinceañera, por su parte, exudaba felicidad. El vestido nuevo ayudaba. Pepa intentaba disimular. Miraba hacia abajo, como si necesitara acomodar la falda, pero en realidad hacía esfuerzos por calmar el desasosiego. La imagen de su amado Manuel había vuelto a aparecer en sus pensamientos.

\* \* \*

Le había dado trabajo dormir. Las vueltas y más vueltas, y la fuerza de los ojos cerrados no habían colaborado para que conciliara el sueño. Era el alba y Juan Manuel no soportaba ni un minuto más en la cama. Se levantó, y en penumbras se vistió. Tenía una rara sensación en el cuerpo, como si le pesara más que de costumbre. Hasta le costaba respirar. Cada movimiento que hacía retumbaba en el silencio de su habitación. Se acostumbró a la incipiente luz que entraba por las hendijas de la puerta. Todo estaba impecable, como si nada hubiera sucedido. El servicio había limpiado y ordenado el desquicio de la noche anterior.

Con sigilo abrió la puerta. No quería despertar a nadie. Estaba hambriento, su madre lo había enviado a la cama sin comer, en castigo por el berrinche. Para él sólo había sido algo intrascendente, casi una broma. Cuidando el paso se dirigió a la cocina. Atravesó el patio y el frío le congeló las orejas. La escarcha aún decoraba las inmensas vasijas repletas de plantas. Apuró el paso y entró al sector de servicio. De sólo imaginar los panes con manteca y azúcar que se comería, se le hizo agua la boca. Abrió la puerta, ya con otro ánimo. Como si hubiera recibido un latigazo, el gesto de la cara de Juan Manuel se transformó. No contaba con la presencia de sus padres en la cocina. Doña Agustina y don León estaban sentados a la mesa, comiendo pan caliente bien untado. La pava iba del mate al apoyo, cada vez que empezaba a ralear el agua hirviendo.

—Lo estábamos esperando, m'hijo —anunció Agustina y le señaló la silla frente a ella—: Siéntese. ¿Venía a tomar el desayuno? Pues aquí se lo daremos.

Miró fijo a las dos mulatas que acomodaban la vajilla, y eso fue suficiente para que se retiraran en el acto. Doña Agustina dirigía la casa como un general. Nadie se atrevía a cuestionar nada de lo que ella mandara. De igual forma la respetaban y la querían. Los tres quedaron solos, sin testigos.

Juan Manuel se sentó frente a sus padres. Bien erguido y con las manos tomadas sobre su regazo, mantuvo la vista en alto. Su tez blanca sólo mutaba de color en las mejillas, que se habían puesto bien moradas. El frío del patio o la incomodidad que se respiraba en el ambiente se notaban en su cara redonda.

Doña Agustina le dedicó una mirada a su esposo. Los ojos azules —iguales a los de su hijo— atravesaron el gesto amable de don León. Habían convenido que él le hiciera el anuncio.

—Juan Manuel, hemos tomado una decisión con tu madre que resultará mejor para todos, pero sobre todo para ti. —No demostró ninguna incomodidad, ni siquiera las tupidas cejas renegridas se le movieron, algo que sucedía a menudo.

El niño mantuvo la respiración, como si estuviera hecho de piedra. Su madre, en cambio, se volvió a acomodar en la silla. Estaba inquieta.

—Hemos decidido internarte como pupilo en la escuela de don Francisco Argerich. Como ya sabes, él te aprecia mucho y es el mejor maestro que tenemos... Y sabe cómo sacar derechos y formales a los muchachos más díscolos.

Juan Manuel cerró los ojos y su corazón comenzó a galopar. Don Francisco Argerich lo quería, sin duda; lo sabía bien por los años que llevaba recibiendo de él sus «primeras letras». Pero era hombre severo con sus hijos y pupilos. Se imaginó a sí mismo encerrado en su gran casona como en una celda. Tuvo la sensación de que respiraba sin aire, no lo encontraba.

—¿Te encuentras bien, mi querido? —preguntó doña Agustina con preocupación. La cara de su hijo se había transformado.

—Sí, no me pasa nada —respondió el chico.



—Ya hablamos con don Francisco y en unos días te mudas. Mañana te preparo la maleta, así que si quieres llevar algo especial contigo, dímelo —moría por tomarlo de la manito pero controló el arranque. No quería quedar en evidencia, estaba triste por la decisión, aunque sabía que no tenían alternativa. Su hijo era demasiado díscolo, había intentado de todo sin lograr nada. El rigor del internado lo sacaría bueno. De cualquier manera, su corazón se retorció de pena.

Agustina le preparó un pan con manteca y azúcar a su hijo. Se lo ofreció como si buscara una complicidad perdida, en busca del cordón amoroso que habían tejido durante esos doce años. Juan Manuel lo aceptó y le dio un mordisco. Recordó que se había levantado hambriento, pero el hambre había desaparecido con el correr de los minutos. Hizo un esfuerzo y comió todo el pan tostado. Sin embargo, el malestar empezó a ganarle el cuerpo. Sabía que sus padres no aceptarían ni la más mínima discusión. La decisión estaba tomada y él tendría que acatarla. Necesitaba estar solo otra vez.

—¿Me daríais la bendición? Quiero volver a mi recámara —pidió.

—Cómo no, m'hijito. Vaya nomás —doña Agustina lo bendijo y lo observó mientras se levantaba de la mesa. La ansiedad le ganó—: En un ratito paso por ahí.

Juan Manuel se retiró sin mirar atrás. Un silencio inmenso acaparó la cocina. León y Agustina se perdieron en sus pensamientos. Cada uno en el suyo.

—No te pongas mal, mi vida. Esto le hará bien al niño, ¿no habíamos acordado en eso? —el hombre le tomó la mano y la miró con ternura.

—Lo sé, Rozas. Tienes toda la razón del mundo, ¿pero qué quieres? Es mi hijo dilecto y lo sabes bien. No sé si aguantaré estar lejos de él. ¿Tal vez si se porta bien podemos traerlo de nuevo a casa?

—Ay, eres tan bonita, mi Agustina. Le hará muy bien recibir una educación rigurosa. No va a faltar tanto, puede visitarnos de vez en cuando, y sin darte cuenta, habrá pasado el tiempo suficiente y regresará hecho un hombre. Ya verás.

La abrazó buscando tranquilizarla pero el cuerpo de Agustina no se aflojó. Seguía preocupada. Le dio un beso incipiente en la mejilla y con un quejido se levantó de la silla. Tenía varias cosas que hacer y no quería demorarse más.

## CAPÍTULO III

La infinidad de velas de las dos arañas iluminaban el gran salón de la casa de Magdalena Trillo y Cárdenas, viuda de don Cecilio Sánchez Ximénez de Velazco. Durante semanas, el servicio había hecho limpieza profunda, almidonado manteles, servilletas y cortinados, hasta dejarla de punta en blanco. Se celebraba, al fin, la boda de su hija Mariquita con Martín Thompson.

El brasero había estado encendido desde bien temprano. Adentro, nada hacía suponer que era fines de julio con su frío helado de invierno. Los invitados ya ocupaban sus lugares, el murmullo crecía, mientras alguna que otra carcajada despuntaba de vez en cuando. Lo mejor de Buenos Aires había sido convidado al enlace de la rebelde hija de Sánchez. Algunos estaban allí por relaciones familiares, de negocios o de amistad, y muchos otros sólo por no quedar afuera del cotorreo de primera mano que ocuparía largas semanas y hasta meses.

Las pesadas cortinas de damasco estaban abiertas y permitían curiosear desde la calle a algún transeúnte atrevido. Los colores de los vestidos de fiesta de las mujeres refulgían y la elegancia de los caballeros era digna de admirar. Los sillones de tapiz encarnado estaban ocupados por las señoras de más edad. Había lugar para el resto en sillas que hacían juego; y quienes preferían estar de pie para recorrer la sala y deambular entre grupo y grupo, también podían.

Los Ezcurra se habían instalado en uno de los rincones menos poblados del salón, delante del espejo repujado en cristales y metal dorado. Doña Teodora y Juan Ignacio lideraban el grupo junto a sus hijos mayores José María y Pepa, y el marido de ésta, Juan Esteban. Felipe y Margarita iban de un lado a otro con la mirada, y la pequeña Encarnación se mantenía en su lugar, cumpliendo las órdenes de su madre. Sin embargo, eso no le impedía el registro exhaustivo de cada uno de los invitados. Y como era de suponer, quedó encandilada por la novia. El vestido, a la más novedosa moda francesa que pronto se conocería como talle imperio, de satén blanco con bordados en ocre y rosa viejo en el faldón, le pareció inigualable. En la cabeza lucía una tiara de piedras preciosas, que contrastaba con la melena negra recogida en un *chignon*.

Margarita giró en redondo y controló su peinado frente al espejo. Había quedado conforme con el vestido que le había confeccionado su tía María Mauricia.

—¿Quieres que te traiga una limonada, Encarna? Voy a buscar algo para mí —preguntó Margarita solícita. Tenía ganas de dar una vuelta y ese argumento le venía muy bien.

—Tengo hambre, preferiría un pastelito —respondió con el ceño fruncido.

—Niña, eres un barril sin fondo. Aguarda que ya vuelvo —partió con paso estudiado y una sonrisa que iluminaba su rostro.

En la otra punta, los Ortiz de Rozas conversaban con la madre de la novia, quien a pesar de haber rechazado inicialmente, al igual que su difunto marido, a Martín Thompson como yerno, tras la muerte de don Cecilio y la orden del Virrey se había reconciliado con su hija y lo había aceptado. Doña Magdalena esa noche se mostraba exultante. Doña Agustina, envuelta en un vestido morado, seguía atrayendo las miradas de hombres y mujeres. Hacía poco más de un mes que había sepultado a Benigno, su noveno hijo, que no había sobrevivido a un mal contraído a pocos días de su nacimiento. Con aspecto gélido, la dama irradiaba belleza. Don León la acompañaba estoico, junto a Gregoria y Juan Manuel, que había tenido el permiso de acompañar a sus padres a la boda. Al día siguiente debía regresar al internado.

—Querida, gracias por venir. Te reitero mi más sentido pésame. Lo hice hace un mes por medio de la esquila y lo repito hoy. Se te ve estupenda, Agustina —dijo doña Magdalena tomándola de ambas manos.

—Y yo te vuelvo a agradecer. Ya nos hemos repuesto un poco y no podíamos faltar a la celebración de la querida Marica. No recuerdo bien, pero alguien me dijo que pensabas hacer el festejo en la quinta.

—De ninguna manera, allí tendrán su noche de bodas. Parten inmediatamente después del último brindis. No sabemos a qué hora será —y lanzó una risotada.

En esa misma quinta de San Isidro, algunos años atrás, habían confinado a Mariquita para que se olvidara de la pasión que la dominaba y que sus padres rechazaban de cuajo. Pero no había resultado; el impetuoso Martín la visitaba de incógnito. Se había entendido con el aguatero y tomando prestado su traje y ensuciando su cara para no ser reconocido, entraba a la casa a repartir agua y algún que otro pellizco subido de tono. Don Cecilio, harto de la rebeldía de la muchacha, decidió internarla en la Santa Casa de Ejercicios<sup>[2]</sup>. El paso del tiempo y la insistencia feroz de la novia, sin embargo, habían logrado que el amor superara todas las barreras.

—Pero qué apuesto está el niño... Buenas noches, Juan Manuel —lo saludó doña Magdalena y le dedicó una sonrisa.

—Buenas noches, señora —retribuyó él con una seriedad impostada.

Las damas continuaron su conversación, y al rato, la novia se agregó al grupo. Mariquita abrazó a Juan Manuel, contenta de verlo allí. Se conocían de pequeños y se estimaban mucho, a pesar de que la joven le llevara unos años.

—Gracias por venir a mi boda. Pensé que no llegarías —lo apartó a un costado y le habló en voz baja; no quería que las madres escucharan.

—Me dejan salir algunas veces y esta oportunidad bien lo valía —respondió y levantó los hombros con gesto abnegado.

—¿Y cómo te tratan?

—Muy bien, Mariquita, no tengo nada que decir. Sin embargo, me resulta extraño no estar en mi casa —dijo midiendo las palabras. No quería quedar como un flojo.

Juan Manuel recordó aquel día en el que su padre lo acompañó hasta el colegio de la calle San Francisco<sup>[3]</sup>. En la maleta había guardado, además de algunas mudas de ropa, la cantidad de regalos que su madre le había dado y una fuerte suma de dinero entregada por su padre. Había llegado con algunos prejuicios y al instante el señor Argerich los hizo desaparecer. Afectuoso, lo condujo hasta su cuarto, que compartiría con algunos compañeros. Al despedirse de su padre, apretó la boca y fingió un adiós de caballeros. No quería mostrar vulnerabilidad delante de nadie. Y menos delante de muchachitos de su edad, que lo tenían por decidido e imperturbable.

Mariquita y Juan Manuel continuaron con lo suyo sin prestar atención a una que otra mirada que insistía con posarse en ellos. Algunos deambulaban cerca de donde mantenían la conversación para ver si lograban encontrar el modo de unirse a la charla, pero resultaba imposible. Hacía tiempo que no se veían y Mariquita quería saber todo de su joven amigo. El novio departía de un lado a otro, exultante. Pero quien no le había quitado los ojos de encima a Juan Manuel era la menor de las Ezcurra. A pesar de la distancia, Encarnación observaba al jovencito e intentaba adivinar qué era lo que lo detenía con la novia. Estaba serio, parecía lejano. Se moría de curiosidad, hubiera dado lo que no tenía por estar en el medio de ellos dos, pero no se atrevió a separarse de su familia. Le clavó su mirada renegrida esperando a que él le retribuyera el gesto. Supuso que era un gran artilugio. No tuvo suerte, el joven Ortiz de Rozas ni siquiera cambió de posición. Continuó con las manos en los bolsillos y la atención posada sobre su amiga.

«Qué bonitos ojos azules tiene. Se asemejan a los botones de Manolita, mi muñeca de trapo», pensó Encarnación. «Cuando sonrío parece menos malo.»

La fiesta continuó, llena de alegría, música y baile, y muchos encuentros. La sociedad porteña estaba con ganas de celebrar y la boda de Mariquita era una gran excusa. Las parejas ya establecidas descansaban en su consorte; no así las solteras, que agitaban sus abanicos o escondían sus ojos detrás de ellos, dependiendo de la señal que quisieran ofrecer. El mundo adulto sabía jugar ese juego a la perfección. Algunos se encontraban para hacer negocios, otros para negociar los asuntos amorosos. Los pocos niños que habían asistido, en cambio, no se divertían demasiado, salvo que curiosearan los bailes de los grandes o, como hacía Encarnación Ezcurra, que investigaba al detalle y a la distancia al joven Juan Manuel Ortiz de Rozas. Algo nuevo e inquietante le había despertado.

\* \* \*

Como todos los viernes, Agustina comenzó desde temprano con los preparativos para la recorrida por los barrios pobres de la ciudad. Tomó unos mates en compañía de su marido, intercambiaron algunas pocas palabras y, vestida para la ocasión, se paró y empezó con el trámite habitual de la partida mientras se abrochaba los botones del abrigo.

—¿Están listas las niñas? No me gusta salir tarde, ¿cuántas veces lo tengo que decir? —levantó la voz con tono de poquísima paciencia.

Como una tromba apareció una de las esclavas con Mercedes de la mano. Y detrás de ella, Gregoria de punta en blanco. Ya estaba acostumbrada a los rituales de su madre, eran imposibles de objetar. Su hermana, en cambio, con sus casi siete años, era más novata. Doña Agustina hacía beneficencia, repartía limosna entre los menesterosos y si se topaba con algún enfermo de gravedad, lo cuidaba con fervor y si hacía falta, lo llevaba a la casa.

Con sus hijas listas, salió a la calle. Francisco, el cochero mulato, la aguardaba firme al lado del carruaje grande de la casa. Se había levantado al alba, como siempre, para que no le faltara nada a su ama.

—Buenos días, Francisco. No tenemos un buen cielo hoy, oremos para que no llueva durante el trayecto —dijo mientras aceptaba la mano del mulato, que la ayudó a subir para luego hacer lo mismo con sus hijas.

—No creo que caiga agua, mi ama. Además, su Dios va a escuchar la plegaria, con toda seguridad —señaló el esclavo y subió al pescante con el látigo en mano.

Al grito del cochero, el percherón se despabiló y emprendió la marcha por Santa Lucía, siempre derecho, sin ningún interés por evitar los pozos que marcaban el trayecto. Merceditas iba bien tomada del borde de la ventanilla. El traqueteo no le impedía observar lo que sucedía en las calles. Inquieta, aprovechaba las salidas con su madre para acaparar el movimiento de la ciudad.

Cruzaron la calle de las Tunas<sup>[4]</sup> y el paisaje empezó a modificarse. Las casonas del sur de Buenos Aires dejaban paso a otras de menores dimensiones y comodidades. La austeridad era moneda corriente, tanto en las edificaciones como en sus habitantes. Francisco se detuvo frente a una casa baja, que tenía la fachada bastante desvencijada. Conocía el recorrido de memoria, casi siempre era el mismo. Doña Agustina descendió del coche, seguida por sus hijas. Franquearon la puerta y fueron recibidas en la pequeña sala por una mujer rodeada de niños de todas las edades. Gregoria cruzó los brazos con fuerza. El brasero apenas ardía y el frío calaba los huesos. Tomó de la mano a su pequeña hermana y no la soltó. Las criaturas que habitaban la casa moqueaban y sus mejillas parecían manzanas. La dueña del hogar y Agustina conversaron durante un rato. Como siempre, ésta abrió su cartera y buscó su monedero bordado, de donde sacó el dinero destinado a la familia. Se despidió y al abrir la puerta le hizo una seña a Francisco para que bajara una canasta con algunos víveres. Así continuó el día, entrando y saliendo de viviendas que albergaban familias con todo tipo de necesidades. Doña Agustina manejaba la situación a la perfección y era muy querida por los menesterosos. Merceditas acompañaba a su madre con alegría. Notaba que la realidad de esa gente era diametralmente opuesta a la de ella pero era una niña curiosa, le gustaba explorar, tenía inquietudes. Gregoria, en cambio, sentía que la jornada se le hacía interminable. Prefería estar en otro lado, no allí junto

a su madre y aquellos indigentes. Siempre había algo mucho más interesante para hacer y no estaba en ese sitio, precisamente.

Arribaron a la última parada pasado el mediodía. Los pocos rayos de sol que habían calentado un poco el día, se escondieron debajo de unos pesados nubarrones. El rancho que las aguardaba no apaciguó el frío que padecían. Entre las personas que habitaban el lugar, había un niño de apenas tres años que volaba de temperatura. Doña Agustina se hincó al lado del jergón que le servía de camita y le acarició la frente.

—A ver, Gregoria, ayúdame, por favor. Nos llevamos a esta criaturita, no puede quedarse aquí, esta helada terminará con su vida.

La madre del niño torció la boca en una suerte de sonrisa y agradeció en voz baja. Sabía que su hijo estaba muy enfermo pero no podía hacer más que lo que había hecho hasta ese momento. Estaba resignada.

—Querida, en cuanto el pequeño mejore, vuelve contigo a su hogar. Ya verás, todo saldrá bien —la tranquilizó, con el niño en brazos.

Escoltadas por Francisco, regresaron al coche para emprender la retirada hacia la casa. Con sumo cuidado, doña Agustina sentó al enfermo entre sus hijas. Mercedes le tomó una de sus manitas; Gregoria ni siquiera pestañeó, estaba aterrada, no quería contagiarse.

—¿Qué hace, *m'hijita*? No parece salida de mi vientre, a ver si se deja de sandeces y se ocupa del chico. Estará bajo su cargo, lo tengo decidido —se vengó doña Agustina. En cuanto descubría algún comportamiento errático de algún hijo, al instante lo ponía en caja.

—¡Pero, mamita! —intentó Gregoria.

—¿Cómo? ¿No estaremos por escuchar algo inaudito, no es cierto? Hijos dignos o nada. Y esto se acabó —le sacó los ojos de encima. El terror embargó a la niña.

El almuerzo estaría dispuesto al llegar. En casa de los Ortiz de Rozas no se dejaba nada librado al azar. Así lo exigía Agustina.

\* \* \*

En el comedor de los Ezcurra sólo se escuchaban las maniobras de los cubiertos sobre los platos. La mesa se había servido a las diez de la noche y la familia —los integrantes que estaban en condiciones de participar del ritual, no así las niñas menores Dolores, Juana, Petrona y María, que ya habían sido alimentadas para luego ir directo a la cama— comía en un silencio elocuente. No era común que nadie hablara, aunque fuese un discurso poco afecto a la escucha de los demás. Siempre alguien tenía algo para decir. Sobre todo Juan Ignacio, que como buen *pater familiae* dominaba el desarrollo de la cotidianidad.

Encarnación había tenido el permiso de comer con los adultos por primera vez. Sin embargo, ni siquiera la ansiedad ante el estreno la obligaba a portarse bien. Juguetecía con las papas, estaban demasiado calientes y no quería quemarse. Con

mucha prolijidad armó una suerte de círculo y en el medio dejó unos trozos de carne. Conforme, sonrió. Le gustaba jugar con la comida, sobre todo cuando nadie le prestaba atención. Era casi imposible evitar las reprimendas de su madre. Sin embargo, esa noche era distinta. Transcurría con una tranquilidad extraña.

Teodora y Juan Ignacio, sentados en cada punta de la mesa, apenas cruzaron miradas. Ella le clavó los ojos durante unos segundos y continuó con su plato. Hacía varios días que volvían sobre el mismo tema y habían acordado una estrategia que volcarían esa precisa noche. Habían empezado a inquietarse por el futuro de su hijo mayor.

—Has llegado tarde estos días, José María. ¿Complicaciones? —preguntó don Juan Ignacio, con tono despreocupado, mientras cortaba la carne, como si el tema no le importara demasiado. Sin siquiera mirarla, intuyó el alivio de su mujer.

Doña Teodora estaba flanqueada por sus dos hijos varones, a la izquierda el mayor y del otro lado, Felipe. José María hizo foco en su padre como si estuviera de regreso de un viaje demasiado lejano.

—Nada que no se pueda resolver, padre. No deben preocuparse por mí, ni siquiera me había dado cuenta de que me había retrasado. Hemos estado en el Café de los Catalanes con algunos amigos, nada más —respondió y dio por cerrado el asunto.

—Pues qué pena, yo había imaginado que estarías de visita en casa de alguna damita —intervino su madre, ansiosa. Los veintidós años de su hijo comenzaban a urgirle.

José María esbozó una sonrisa y negó con la cabeza. Nada más alejado, no era un tema que le preocupara. Le gustaba concurrir a cuanta tertulia se celebrara, por supuesto, pero no tenía pensado cortejar a ninguna señorita en especial, todavía. El problema era que le gustaban demasiadas, y la predilección no le duraba demasiado. Siempre aparecía una nueva para admirar.

—¿De qué te ríes? En algo debes andar, entonces —agregó Pepa, desde la otra punta, sentada a la izquierda de su padre.

—No, es que me causa gracia que estén todos pendientes de mí. Les voy a arruinar los planes, soy un aburrimiento —y se sentó más derecho.

Pepa le guiñó un ojo, esperaba que sin testigos alrededor le confesara la verdad. O por lo menos lo que ella suponía. Volvió su atención a la comida e hizo memoria. Recordó que, algunos meses atrás, ella había sido el foco de atención de sus padres, pero con mucha menos compostura que la que tenían con su hermano. Levantó los ojos del plato y miró a su marido, sentado a su lado. Juan Esteban le sonrió con la inocencia del hombre que desconoce los pensamientos de su esposa. Pepa le retribuyó el gesto y continuó con el torbellino de ideas que ocupaban su cabeza. Con disimulo, se secó las perlas de sudor que brillaron en su frente. Su marido era un hombre estupendo pero no lo amaba. Y a veces la realidad le carcomía las entrañas. Sin embargo, debía reconocer que por lo menos sus padres habían dejado de atravesarla

con el reclamo constante. Ahora parecía que los cañones apuntaban a su querido hermano. Enhorabuena.

Doña Teodora apoyó su mano sobre la de su hijo dilecto y lo palmeó con suavidad. El asunto no terminaría allí, lo tenía bien decidido. Aunque era un tema que debía tocarse entre hombres, ella encontraría el momento para conversar con José María a solas. Debía encaminarlo, ya estaba en edad para que se dejara de pavadas y festejara a alguna muchacha decente. Tenía a algunas en mente, ya vería de qué modo y sin que se sintiera presionado, se las daría a conocer.

—Mañana necesito ir a la chacra de los Alcorta, m'hijo, ¿me acompañas, no es cierto? —preguntó con sonrisa compradora.

—Creo que debo salir temprano, madre. ¿No es lo mismo que vaya con Felipe? —se excusó José María.

—Te necesito a ti, querido. No acepto negativas.

Felipe, que estaba sentado frente a su hermano, lo miró con cara de pocos amigos. Detestaba que lo usaran como un muñeco. Teodora lo calmó con la mirada y regresó a la carga con el mayor de sus hijos.

—Partimos antes de las diez, quiero esperar a que lleguen las vasijas de leche recién ordeñada.

José María asintió y continuó con lo suyo. Encarnación observaba a cada uno de los integrantes de su familia. Era evidente que sus padres se habían puesto de acuerdo en la invitación forzada de su madre a su hermano. Aunque resultó casi imperceptible, el pestañeo de ambos selló un consentimiento que le fue fácil de reconocer. Pepa cuchicheaba con su marido. Su hermana mayor se había transformado en otra mujer. La alegría que la había dominado en otros tiempos, ya no era tal. A veces le parecía que estaba muerta, muerta en vida. Juan Esteban tenía el rostro invadido por una sonrisa. Quería a su cuñado, era un buen hombre, la trataba bien, a veces le traía regalos cuando regresaba a la casa al final del día.

—Yo puedo acompañarlos, mamita —anunció Encarnación con cara de niña perfecta—. Prometo no decir una palabra.

—Imposible, m'hijita. Tengo otras tareas para ti. Ya habrá otra oportunidad —sentenció doña Teodora.

Encarnación frunció la boca. Casi a punto de protagonizar un berrinche, recordó la mirada furibunda de su padre semanas atrás cuando la había retado por una de sus tantas travesuras. Además no quería darles una excusa para que la retiraran de la mesa.

—Y a comer lo que falta. No quiero ver ni una miga en ese plato —agregó Teodora y miró fijo a su hija.

\* \* \*

Doña Agustina abrió los ojos de par en par. La casa estaba completamente a oscuras, todos dormían. Eran cerca de las dos de la madrugada y había sido una noche



tranquila. No habían recibido visitas y se habían ido a la cama temprano. Si había algo que disfrutaba, cuando le resultaba posible y los niños se lo permitían, era el sueño. Sin embargo, esta vez no había sido un llanto lo que la había despertado. Dejó de respirar y aguzó el oído. Nada. Habría sido un mal sueño, pensó. Se acomodó la cofia, giró para el otro lado, y volvió a cerrar los ojos. Un ruido sordo inundó el silencio de su recámara. Su marido dormía en otra habitación, no había querido que se sintiera importunado por las constantes crianzas. Los bebés le daban mucho trabajo y prefería preservar a León de todos esos menesteres. El corazón empezó a retumbar dentro de su pecho. Imposible de confundir con el crujido que volvía a estremecerla. Ladrones, no le cabía ninguna duda.

Con lentitud, se quitó las cobijas de encima y salió de la cama. Se puso el chal tejido sobre el camisón blanco y en puntas de pie llegó hasta la puerta. Giró el picaporte cuidando de no hacer ruido y se asomó al pasillo. Casi le dio un infarto. Allí, como si la aguardara, como una aparición, estaba Encarnación, la esclava huérfana que no abandonaba ni a sol ni a sombra a su ama.

—¡Pero, niña, vas a matarme! —jadeó doña Agustina y apretó el dedo índice sobre la boca en señal de silencio.

—Amita, tengo miedo. ¿Escucha? —los ojazos redondos de la niña se abrieron más que nunca, como si iluminaran en la oscuridad.

—Por favor, Encarnita, ve y cierra la puerta de la recámara de Rozas, no sea que oiga y se moleste —le reclamó y controló que cumpliera su orden.

En puntillas se dirigió hasta el despacho de su esposo y entró sin medir consecuencias. Adivinando y con la vista ya acostumbrada a la penumbra, encontró una vela sobre el escritorio. La encendió y exhaló con tranquilidad, como si le volviera el alma al cuerpo.

—¿Puedo entrar, ama? —la simpática cabecita con las dos trenzas negras bien tirantes asomó por la puerta.

—Pero claro, niña, ven para acá —y la arrastró hacia adentro—. Silencio, hay ladrones en la casa. ¡Y te callas!

Encarnación no supo a quién tenerle más miedo, si a su ama o a los granujas que habían violentado la residencia. Abrió y cerró los ojos sin cesar. No supo qué hacer, parecía petrificada. Doña Agustina la tomó de la mano y salieron al pasillo otra vez. Con cautela se dirigieron hacia la cocina y, cada tanto, el sonido del terror les recordaba por qué estaban ahí paradas en la mitad de la noche. El ama de la casa dio varias vueltas, buscaba algo que no encontraba, su fastidio era evidente.

—A ver si me ayudas, ¿dónde guardan la vara de medir en esta cocina? Me van a enloquecer.

La jovencita fue derecho a la despensa. Abrió las puertas y sacó la vara. Le sonrió a doña Agustina pero ésta la apuró. No tenía tiempo para cortesías o agradecimientos. Tomó aire y sin evaluar demasiado lo que estaba por hacer, se dirigió hacia el fondo.

El ruido venía de ahí. Con la ayuda de la esclava, apoyó la escalera contra el paredón por el que se llegaba a la azotea del caserío.

—¡Cuidado, ama! Se lo ruego, por favor. Déjeme llamar a algún hombre, no va a subir usted. Esos forajidos le van a hacer daño, pueden terminar con su vida —susurró Encarnita.

—Deja de hablar sandeces, llevo el arma conmigo —y emprendió el ascenso, con la vara de medir en mano.

La escalera se bamboleaba y Agustina cuidaba el pie en cada escalón. Llegó arriba y se detuvo. Las palpitaciones sacudían su pecho. Espió de a poco y ahogó un grito. Desde abajo, la huérfana intentaba adivinar lo que sucedía. Era imposible.

—¿Subo con usted, ama?

—Quédate ahí, criatura —respondió.

Subió una pierna, luego la otra y se plantó sobre el techo. De ladrones, nada, los peligrosos delincuentes no eran tales. Una bandada de palomas picoteaba algo que Agustina no alcanzaba a ver. Sin dudarlo, revoleó la vara amenazante contra los pajarracos. Entre aleteos y sonidos guturales, las aves salieron volando. Luego de la tarea cumplida, descendió. Abajo la esperaba la muchachita, que batió palmas con una mueca que dejaba ver sus dientes blanquísimos.

—Volvamos a la cama, niña. Eran unas palomas. ¿Has visto que no hacía falta despertar a nadie? Pudimos solas contra el mundo. Y así será siempre. Aprende, Encarnación, debes ser fuerte.

La esclava asintió casi por reflejo. No entendió bien qué había querido decirle doña Agustina, pero tampoco le interesaba intentarlo. La zozobra la había agotado. Ahora que todo había terminado, se le presentó un cansancio infinito. Hizo una pequeña reverencia y regresó al ala de servicio. La dueña de casa suspiró aliviada. Agradecía que la amenaza hubiera sido tan sólo unas cuantas palomas. La realidad se le vino encima pesada, como una piedra inmensa. Estaba loca, ¿y si realmente hubiera estado frente a un grupo de malvivientes? Sacudió la cabeza, como si por medio del gesto pudiera arrancar de cuajo los malos pensamientos. Era mejor volver a la cama. Allí estaba guarecida, sobre todo de ella misma.

## CAPÍTULO IV

A la velocidad del rayo, Juan Manuel se transformó en el líder de sus amigos de internado. Había logrado seducir a todos, parecía un encantador de serpientes. Y no sólo se había ganado los premios con sus compañeros, también don Pancho Argerich estaba maravillado de lo mucho que había adelantado su nuevo pupilo en esos meses. Sabía de sobra que venía de un hogar bien constituido y que sus padres se habían esmerado siempre en su preparación, pero se notaba también que no habían podido encarrilarlo hacia el estudio. Lejos de la vida cómoda de su casa, en poco tiempo Juan Manuel se había puesto de lo más formal y hasta logrado una preciosa caligrafía, a la que antes era tan reacio. No todo era regalado para el interno, le gustaba esforzarse y demostrar los avances a sus superiores. No se quejaba jamás de las tareas que le encomendaban y cumplía a pie juntillas todas las órdenes que le llegaban de arriba. Podría haber asombrado a cualquiera que lo hubiera frecuentado en su casa, parecía la antítesis de aquel joven travieso que recibía una reprimenda detrás de otra o incluso alguna que otra cachetada y varios coscorriones de mano de su madre. Doña Agustina imponía el orden propinando golpes a sus hijos. Cuando la paciencia se le acababa, una buena mano nunca hacía mal. Así lo hacía saber, con su rostro impertérrito.

La nueva vida de Juan Manuel era eso: una verdadera novedad para él y para su familia, con la que pasaba dos días por mes. Así de riguroso era el plan del internado. Pero todo parecía desarrollarse en perfectas condiciones. Cuando regresaba a la escuela —con los bolsillos repletos de dinero, que su padre se encargaba de llenar gracias a los adelantos que lograba en los estudios— repartía las monedas con aquellos compañeros más necesitados. Sabía que en la próxima visita volvería a engrosar sus bolsillos y algunos de sus amigos no contaban con sus mismos beneficios. Sin embargo, no todos lo miraban con buenos ojos. No era fácil confiar plenamente en un muchacho que dos veces por mes hacía una reunión a puertas cerradas y entregaba dinero a todos. La desconfianza ganaba en algunos. Esta actitud, por otro lado, no lograba desmoralizar al joven Ortiz de Rozas. El gesto desprendido le hacía bien, así que decidió hacer la vista gruesa con aquellos que lo miraban de reojo. Luego de entregar la última moneda, sentía el cuerpo henchido de gracia. El bienestar que percibía era único.

Ejercía cierta práctica de generosidad mezclada con sensación de deuda que para algunos resultaba perturbadora. Aquellos que no se detenían a pensar demasiado, afianzaban su relación sin cuestionamientos. Pero algunos otros se incomodaban con su avasallamiento generoso. Había impuesto la práctica de uso indiscriminado de sus cosas. Si alguno envidiaba una camisa o una de sus casacas, no tenía más que tomarla.

—A quien necesite alguna de mis cosas y no las tome como si fueran de su propiedad, no podré llamarlo amigo. Lo que es mío es de todos —arengaba Juan Manuel, tendido sobre su cama.

Al principio, los demás vacilaban ante semejante ofrenda. Pero al poco tiempo cambiaron de parecer y tomaban lo que precisaban sin dudarlo, salvo los reticentes o los más orgullosos.

Una tarde, ya finalizadas las tareas, dos de sus más allegados comenzaron con una trifulca. Era frecuente que Mariano y Juan José se trenzaran en discusiones que a veces terminaban en pelea. En esta oportunidad, la excusa fue un asunto de polleras. Los trece años de los contrincantes no desestimaron el nivel de la disputa. Parecían dos caballeros en pugna. Mariano hostigó al inquieto Juan José con su hermana. Con una sonrisa socarrona, le dijo que era demasiado bonita y que en poco tiempo se casaría con ella. Antes de terminar la última palabra, se ligó un sopapo en el medio de la cara. En un segundo, se armó un círculo alrededor de ellos. Nadie quería perderse el juego violento. Juan Manuel pegó un grito y reclamó ayuda. Pudieron separarlos pero el encono siguió. Nombraron padrinos y se retaron a duelo a la medianoche. Rodeados de un silencio sepulcral, se reunieron en los fondos de la residencia, donde don Pancho hacía cuidar por sus sirvientes una huerta bien surtida. Los padrinos, aterrados ante la confirmación del lance, entregaron los cortaplumas que oficiarán de armas mortales y empezaron la cuenta final.

—¡Basta! ¿No se dan cuenta del exceso que están por cometer? ¿Y todo esto por un halago? Parecen dos niños —Juan Manuel apareció detrás de un peral, casi como un fantasma.

Los muchachos agacharon la cabeza y tiraron sus filos. Como si fueran presa de un viento huracanado, la furia que los había embargado segundos antes desapareció en el acto.

—Pídanse disculpas y olvidemos todo esto. Juan José, parece que tienes una hermana bonita y eso debería darte orgullo; y tú, Mariano, le has hecho una broma pesada. Eso y ya.

Terminaron dándose la mano y olvidando —por lo menos por el momento— lo que los había hecho enfurecer. Todos regresaron a sus camas intentando no despabilar a la plana mayor. El castigo podía ser despiadado, los golpes eran frecuentes. No eran horas para estar despierto, y mucho menos fuera de las habitaciones.

\* \* \*

Doña Agustina se asomó por la ventana que daba a la calle y observó el cielo con detenimiento, como si algo fuera a revelársele. Ni una nube velaba el sol radiante del 1.º de noviembre. Era temprano en la mañana pero ya se avizoraba un calor intenso. Al igual que todos los años, volvió sobre el ritual. Los baúles estaban ya preparados desde la noche anterior, la servidumbre organizada, los niños listos. Se dirigió al vestíbulo, tomó el sombrero y el bastón de su marido, y caminó hasta su despacho.

Sin golpear, entró y se acercó hasta el escritorio donde el hombre revisaba una cantidad de libros.

—Dame el brazo —requirió la dama, mientras le extendía el bastón y el sombrero.

Sin mediar respuesta, Don León se incorporó, tomó su brazo y juntos salieron a la entrada. Los siete hijos —Juan Manuel aún permanecía internado— ya ocupaban sus sitios en el carruaje que conducía Francisco. En otro se había instalado parte de la servidumbre, el resto quedaba al cuidado de la residencia hasta el regreso de la familia.

El mulato tomó a doña Agustina de la mano y la ayudó a subir. Detrás lo hizo don León y cuando todo estuvo listo, partieron rumbo a la estancia. Los meses de calor los pasaban en Rincón de López, la tierra de Agustina, donde todos habían sido y eran tan felices. Juan Manuel en sus años más salvajes y su madre desde niña. Éste era el primer año que su hijo querido no participaba de la reunión familiar. La nostalgia la invadió.

El viaje duraba tres o cuatro días, dependiendo del estado de los caminos, pero sobre todo del clima. Cuando el sol comenzaba a esconderse detrás del horizonte, hacían un alto en alguna posta, para volver a emprender el viaje al albor del día. Los niños se portaban bien, a ninguno se le ocurría hacer berrinches. Sabían que a la primera rabieta, doña Agustina hacía detener la caravana y como castigo, mandaba al susodicho al carro de la servidumbre. Hacían esfuerzos, a veces, por comportarse, ninguno quería perderse el viaje en la galera principal. Además, adoraban a Francisco, que de tanto en tanto invitaba a alguno a sentarse a su lado.

Al fin llegaron al campo. Dos peones los aguardaban en la puerta y ayudaron con el equipaje, que constaba de varios baúles. Fueron entrando todo al caserón, mientras las esclavas colocaban cada cosa en su lugar. El movimiento estaba bien sincronizado, hacía años que repetían la misma escena.

Dominguita y Juana no esperaron ni un segundo para sentar sus pequeños cuerpos de dos y tres años sobre un montón de tierra. Doña Agustina pegó un alarido, lo último que hubiera querido era que ensuciaran sus vestidos de lino. En un segundo, las esclavas intentaron resolver el problema. Alzaron a las criaturas y las llevaron hacia adentro. Debían cambiarles los ropajes de la ciudad por los de la estancia. Con los reclamos de los varones no hubo caso. Prudencio y Gervasio tironeaban la falda de su madre como si quisieran arrancársela. Era poner una rueda en Rincón y los niños empezaban a exigir su cabalgata junto a doña Agustina.

—A ver, Benito, traiga los dos alazanes de siempre, que estos niños me van a volver loca —sonrió con complicidad—. Y tú me acompañas en el otro animal, Gregoria. No puedo llevar a los dos en ancas.

La muchacha apuró el paso y depositó su pequeña maleta en la galería para que alguna de las sirvientas la llevara a sus aposentos. No era una buena idea hacer esperar a su madre. Pasaron unos minutos y Benito apareció con los caballos. Doña

Agustina acarició al suyo, el pelaje brillaba como si le hubieran arrojado agua. Los ojos del animal se fijaron en los de su dueña, como si la reconociera. Agustina adoraba la estancia; cada vez que regresaba, fantaseaba con quedarse a vivir en la tierra de sus ancestros. Se encargaba de todo, nada le placía tanto como los menesteres de campo adentro. Ella misma había alentado a que su querido Juan Manuel anduviera de acá para allá con la peonada desde bien pequeño. Todas las mañanas salían a cabalgar y al verlo a caballo, le parecía estar frente a un centauro.

Montó su alazán y Benito la ayudó a acomodar a Gervasio por delante. Lo mismo hizo Gregoria y partieron dejando atrás el eco de las risitas infantiles. Dieron algunas vueltas hasta que llegaron al monte de acacias. Los rayos de sol se perdían entre las copas de los árboles y el calor desapareció por un rato. Un pequeño circuito fue suficiente, debían regresar para el almuerzo. Los aguardaban con carne asada y papas, la comida elegida para la bienvenida a la estancia.

A las dos de la tarde la familia se acomodó en la galería, donde habían puesto la mesa para el almuerzo. Como si el aire de campo les hubiera despertado un hambre desesperado, se sirvieron una y otra vez. Ya para el final, una gran fuente ofrecía manzanas y naranjas, y otra, unos pastelitos deliciosos, los favoritos de los más chicos.

—Agustinita, sabes que hace años que no visitamos la huerta, ¿quieres que le demos un vistazo, ya que terminamos la comida? —preguntó don León, con la mirada brillante.

—¿Puedo ir con ustedes? —intervino Merceditas batiendo palmas.

—No, m'hijita, esto es cosa de grandes —su padre rechazó de cuajo y la niña frunció el ceño.

Doña Agustina se levantó y esperó, erguida y con el mentón hacia adelante, a su marido. Hubiera preferido ir a dormir una siesta, pero el pedido la instó a seguirlo. Nunca le exigía nada, ¿por qué no acompañarlo? Hicieron el recorrido casi en silencio. Les gustaba disfrutar de los sonidos de la naturaleza. Las pisadas de ambos contra la tierra o el pasto les marcaba el ritmo de la serenidad tan buscada. Llegaron hasta el río y abandonaron la mirada sobre el agua. Agustina caminó hasta el banco emplazado en la margen del Salado y se sentó. Con las manos apoyadas sobre el granito, tomó aire y su cara cambió el gesto. Atrás quedaron las preocupaciones. Invitó a su marido a que se sentara a su lado.

—¿No es cierto, Agustinita, que yo te quiero mucho? —dijo León con voz queda, mientras le pasaba el brazo por la cintura.

Lo miró con ojos desorbitados. No pudo creer lo que acababa de intuir. ¿Cómo se le podía ocurrir semejante despropósito a su marido? Acercársele en plena luz del día y a la intemperie. Se había vuelto loco, era evidente. Le quitó la mano de encima y sin dejar de mirarlo, lo retó.

—Rozas, ¿por qué me faltas el respeto de esa manera?

—No es eso, no —agregó con firmeza y hurgó dentro del bolsillo del pantalón, hasta que sacó unas cuerdas—. ¿Ves esto? Pues es para probarte que el hombre es el hombre, que si te dejo gobernar la casa no es por debilidad, sino por el inmenso amor que te tengo, porque te creo fiel.

Sin esperar respuesta, la paró delante de él, la giró de espaldas y le levantó la falda y las enaguas. Le bajó el calzón de seda y encajes, y le dio unos cuantos correazos con simulada firmeza sobre la carne. Agustina se agitó y se dejó hacer. El pacto de intimidación era secreto, de ellos y nadie más. No emitió palabra, sus gestos eran imperceptibles. Cuando todo hubo acabado, el hombre se acomodó las ropas, se levantó y partió triunfante, dejando a su esposa allí sentada.

Las mejillas de Agustina López de Osornio y Ortiz de Rozas habían cambiado de color; de aquel camafeo distante, se había transformado en una mujer dominada por el poderío de su hombre.

\* \* \*

José María había salido a recoger a sus hermanas por la casa de una amiga. Encarnación había sido convidada al festejo de cumpleaños de Martina Alcorta, hija de unos amigos de sus padres. Como era costumbre dentro de la familia Ezcurra, agregaron a la pequeña Dolores a la invitación. A veces, la mayor aprobaba la compañía, otras en cambio, se enfurecía ante la invasión. Ésta era una de aquellas veces. Encarnación hubiera preferido ir sola, Martina era una de sus compañeras de juegos más preciada. Nada las aburría, inventaban pasatiempos sin cesar, tenían una imaginación prodigiosa. No necesitaban sumar a nadie a los juegos, sólo con ellas bastaba. Pero era el cumpleaños de la niña y la casa se había llenado de visitas.

—Vamos, niñas, apuren el paso que no tengo toda la tarde. Deberíamos llegar algún día, ¿no les parece? —las apuró José María con una sonrisa pero pocas pulgas.

—No soy yo la que anda como una tortuga —respondió Encarnación y miró fijo a su hermana—. Por algo le dije a mamita que debía ir sola.

—¡Mala! Y no soy yo la lerda —los ojos de Dolores se llenaron de lágrimas. Veneraba a su hermana mayor; sólo tenía tres años menos, sin embargo quería ser como ella. Las disputas eran frecuentes pero se querían mucho.

—Bueno, no se peleen, niñas. Disfrutemos de la caminata —José María extendió su brazo y tomó a la menor de la mano. Al instante, la carita de angustia se iluminó. Dolores cambió el ritmo, parecía rebotar a cada paso.

Llegaron a la Plaza del Fuerte<sup>[5]</sup> y comenzaron a recorrerla. El calor de fines de diciembre se había aplacado un poco. Aún era de día, el campanario de la iglesia de San Francisco tañó las siete campanadas. A la izquierda estaba la Recova Vieja<sup>[6]</sup> y a la derecha el Fuerte<sup>[7]</sup>, imponente en su estructura. Sobre sus muros se destacaban varias bocas de cañón, además del inmenso portón de hierro con puente levadizo que atravesaba el ancho foso, que circundaba todo el edificio.

—¿Hacemos un alto en alguno de los puestos de la Recova? —imploró

Encarnación con gesto engatusador. Sabía que era casi imposible que su hermano accediera al pedido, pero con intentarlo no perdía nada.

—De ninguna manera, niña. Además de que no hay tiempo que perder, nuestro padre me decapita si se entera. ¿No lo has escuchado repetir una y otra vez que no quiere que sus hijas se entreveren con personas de baja estofa?

—Cuánto espaviento, hermano querido. A veces no lo entiendo a Tatita, se enfrasca en malos pensamientos —respondió Encarnación y revoleó las manos alrededor de su cabeza.

—Nadie te pidió que lo entendieras, Encarna. Eres altanera, tan niña y demasiado brava. Deberían enviarte al rincón bastante más seguido —José María detuvo la marcha y la reprendió con los brazos en jarras.

La jovencita continuó cabizbaja, sin abandonar un murmullo constante. Era terca pero hacía caso. No se atrevía a confrontar con los adultos. El enojo iba por dentro, a lo sumo ensayaba discusiones ficticias entre susurros.

—Este edificio me resulta siniestro. ¿No te da miedo, Dolorica? Pareciera una guarida de un sinfín de fantasmas —acotó Encarnación mientras señalaba el Fuerte.

La hermana pequeña apretó más fuerte la mano de José María. Cada vez que escuchaba los cuentos de Encarnación se estremecía con pavora.

—No la asustes, hazme el favor. Y no digas pavadas, es la residencia del Virrey y aquí trabajan los funcionarios, niña.

—A mí me contó el hermano de una amiga, que si me porto mal, Rufina me va a tirar al foso y los cocodrilos me van a tragar de un bocado —confesó Dolores con la cara desfigurada.

José María largó una carcajada estrepitosa. En general, sus hermanas pequeñas lo cansaban bastante, pero cuando lanzaban ocurrencias de ese calibre, lo divertían en cantidad.

—Me haces reír, ¿de dónde sacan esas ideas ustedes? Pero qué cocodrilos, por el amor de Dios. Vengan conmigo y se sacan esas pavadas de la cabeza. Vamos a ver qué hay en ese foso. Muchachitas, no hay nada, pero confírmelo ustedes mismas.

Con una de cada mano, José María se dirigió lo más cerca que pudo del Fuerte. Efectivamente, el foso no tenía una gota de agua, y mucho menos alimañas recorriéndolo a nado. Los únicos que atraparon la mirada de los Ezcurra fueron unos soldados jugando a la baraja con absoluta despreocupación. Al rato miraron hacia arriba, inquietos ante el fisgoneo evidente. José María les hizo un saludo por obligación e instó a las niñas a que regresaran al itinerario inicial.

—¿Vieron? Sólo algún que otro soldado, nada más. Ahora sigamos hasta casa, por favor. No quiero que mamita nos dé una reprimenda.

—¿No deberían estar preparándose para la guerra, en vez de estar ahí holgazaneando? —interrumpió Encarnación, mientras pestañeaba una y otra vez con aires de superioridad.



—Y ahora tú, ¿de qué guerra hablas? —clavó sus ojos negros sobre los de la pequeña.

—Los escuché las otras noches hablar de eso.

—No son cuestiones que deba deliberar con una niña. ¿Por qué no te dedicas a las muñecas, Encarnación?

—Porque no se me da la gana. Te escuché que le decías a Tatita que Sobremonte era un pusilánime, que se vendrían los ingleses y que no teníamos armas para defendernos —Encarnación vomitó la catarata de palabras casi sin respirar.

José María le tapó la boca en un segundo y con la otra mano le apretó el brazo. Estaban demasiado cerca del Fuerte. Era la zona de influencia de los hombres del gobierno. El joven tenía contactos, pero había que prevenirse y no hablar con cualquiera. Nunca se sabía.

—Bonita Encarna, salgamos de aquí, no es seguro que dos niñitas anden por este territorio. Y mucho menos si manejan este tipo de información. Me dejás helado, niña. Para qué te voy a negar lo innegable. Sí, escuchaste bien pero trata de que la cabeza se te llene de amnesia. No es bueno que una criatura sepa tanto.

Los ojos redondos de las niñas parecían canicas. Insaciables, voraces, como si buscaran más y más datos, y nada los conformara.

—¿Qué les parece si nos detenemos en lo de la negra Antonia y nos compramos decenas de pastelitos? —intentó sobornarlas José María.

Encarnación y Dolores zapatearon y vivaron en la mitad de la calle. Los dulces lograron transformar todo. Olvidaron por completo el asunto de los cocodrilos y la guerra y se les hizo agua la boca. José María continuó camino, con una niña a cada lado saltando de felicidad.

## CAPÍTULO V

Juan Manuel estudiaba con dedicación, envuelto en la austeridad de su cuarto del colegio. Mariano, su compañero y amigo, estaba sentado enfrente, tratando de seguirlo. Era casi imposible sumarse a su imperturbabilidad. Cuando Juan Manuel se sentaba a estudiar, nada lograba desconcentrarlo. Tomaba anotaciones, buscaba otro libro de consulta y como no le alcanzaba, respondía a las intervenciones con dudas de su amigo. Debían cumplir con una prueba en pocos días. Nada lo exasperaba más a Juan Manuel que la exigencia que tenía consigo mismo, la necesidad extrema de no fallar públicamente. Como si la aprobación de los demás le fuera más que necesaria, vital. Precisaba saber, era voraz con los conocimientos.

De convertirse en pupilo, Argerich había convocado a don León para darle un reporte acerca de su desempeño. El maestro estaba por demás contento con sus asignaturas y su conducta, y así se lo había transmitido al padre. Tanto había adelantado en sus estudios, que ya al año don Francisco le había sugerido que podrían prescindir del joven en poco tiempo. Don León se sentía orgulloso de su hijo. Sabía que con algo de rigor le saldría bueno. Siempre había confiado en Juan Manuel y Argerich le confirmaba su presunción. Y para qué hablar de la madre. Doña Agustina se había puesto feliz al enterarse de la nueva. Con su varón al fin domesticado, podría tenerlo en casa otra vez. Sin embargo, el muchachito había optado por el pupilaje. Ya con trece años bien puestos, prefería quedarse internado y sumar instrucción a su persona. Sus padres se habían quedado pasmados ante la decisión pero le prometieron una estadía asegurada de otro año bajo la custodia de Argerich.

\* \* \*

Una explosión brutal paralizó a los estudiantes. Juan Manuel y Mariano levantaron los ojos de los libros, y miraron hacia el techo, como si allí se develara el misterio. El estruendo volvió a sonar. Y por tercera vez sucedió lo mismo. El sonido metálico de las campanadas del Cabildo llenó las calles de Buenos Aires luego de los tres cañonazos. Salieron como trombas de su cuarto y el patio se transformó en un enjambre de gritos. Todos preguntaban, nadie podía asegurar qué era lo que sucedía afuera.

Sin medir las consecuencias, algunos intrépidos franquearon el inmenso portón hacia la calle. La situación era aún peor de lo que imaginaban. Algunas mujeres, pero sobre todo los hombres, corrían con desesperación. Las puertas y ventanas de las casas se cerraban de golpe, como si buscaran guarecerse de un sino mortal. Y el olor a pólvora lo envenenaba todo.

—Algo extraño sucede. Huelo a muerte, Mariano. Vamos, no podemos quedarnos en este sitio —gritó Juan Manuel como si despertara de un sueño.

—¡No podemos, nos castigarán! —señaló Mariano, entre excitado y obediente—. ¿Qué es lo que pasa, por favor?

—Descreí que esto viniese tan pronto, amigo. Había escuchado algún domingo en casa a mi padre y sus amistades, pero pensé que eran ilusiones, falsas esperanzas. Hablaban de que estábamos por reconquistar la ciudad.

Y sin agregar palabra, Juan Manuel aceleró la marcha y se perdió entre la multitud. Debía llegar hasta la plaza del Fuerte, allí podría encontrar la verdad de lo que sucedía.

\* \* \*

Corría agosto de 1806 y hacía más de un mes que Buenos Aires estaba bajo el poder de los ingleses. Con bastante anticipación el virrey Sobremonte, gracias al regimiento de espías al servicio de la Corte, se había enterado de que una flota británica estaba instalada en el Puerto de Bahía, en Brasil, para aprovisionarse. Le restó importancia y sólo ordenó unas pocas tropas virreinales para defenderse. Pues dicho y hecho, en el mes de junio se llevaba a cabo el desembarco del general Beresford y sus hombres en las costas de Quilmes. Tras una caótica defensa comandada por el Virrey, la autoridad firmó la rendición y la ciudad cayó sin combate en manos inglesas.

Para sorpresa de unos y disgustos de muchos, todas las corporaciones que ejercían el poder en la ciudad —el Cabildo, los comerciantes, la Curia— habían jurado lealtad al rey inglés. Sólo algunos criollos, catalanes y vizcaínos habían intentado formar una milicia fácilmente desbandada por los invasores. Pero corría el rumor de que, desde la Banda Oriental, venían fuerzas para expulsarlos. Tras cuarenta y seis días de dominio extranjero, parecía que esas tropas habían llegado por fin.

Los alrededores de las plazas Mayor<sup>[8]</sup> y del Fuerte eran un hervidero, en medio de los disparos de fusiles y los más esporádicos de algún que otro cañón. Hombres de todas las edades se acercaban a las tropas llegadas para reconquistar la ciudad. El frío de agosto no acobardaba a nadie, menos a Juan Manuel, que ya estaba empapado de sudor. La corrida y los nervios surtían efecto. Decidido, se acercó a uno de los grupos y escuchó lo que gritaban unos y otros.

—¡A echar a los herejes!

—¡Ya verán el corredero de sangre de esas chaquetas coloradas!

—¡Viva nuestro general!

Juan Manuel empezó a contagiarse de la bravura generalizada. No lo pensó dos veces y decidió que quería ser parte de ese acontecimiento. Había que recuperar la ciudad de manos de aquellos salvajes. Pero no sabía por dónde empezar ni a quién recurrir. Tomó distancia y observó con detenimiento lo que sucedía en la Plaza Mayor. Al instante comprendió que grupos de hombres armados se habían apoderado de la Recova y desde allí abrían fuego sobre los ingleses. Los uniformes y las armas eran lo de menos; a las tropas del Rey se habían sumado vecinos y paisanos, con lo que tenían a mano.

—¿Quién está al mando? —preguntó Juan Manuel al primer muchacho que interceptó.

—¿Qué es esa pregunta? ¿Quién otro que el general<sup>[9]</sup> Liniers?

Juan Manuel se ruborizó. El haber permanecido internado lo dejaba fuera de la acción. Se enteraba de las novedades muy de vez en cuando, lo que lograba adivinar en los pocos días que pasaba en su casa. Adentro de la escuela nadie hablaba de las novedades. Se odió por parecer un niño de mamá.

Le dio pudor volver a preguntar cuál de todos aquellos hombres de uniforme era el que impartía las órdenes. Con los ojos bien abiertos se acercó al Cabildo, intuyó que por ahí debía andar. Una larga fila de hombres empezó a recibir pistolones, sables y otras armas. De repente, escuchó a alguien que gritaba el nombre de Liniers y a quien respondía el llamado. Juan Manuel tomó valor, se irguió y caminó con firmeza hacia aquel hombre de estampa imponente, pelambre clara y mirada segura.

—General Liniers, tal vez ya tenga a todos sus hombres, pero me gustaría tener el honor de ponerme a sus órdenes. Y si es necesario, morir por la Patria —declaró, con un brillo inusitado en los ojos y una confianza asombrosa.

El francés hizo foco en el muchachito y controló la sonrisa que peleaba por adornarle el rostro.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece, mi general —respondió con orgullo.

—Joven pero atrevido. Me gusta. Vaya ya mismo ahí con el cabo, que le entregue cartuchos de pólvora para los cañones delante de la Recova, y cuando los haya pasado viene por más, y así hasta que los agotemos... o hayamos vencido. Ésa es su orden, ¿soldado?

—Mi nombre es Juan Manuel Ortiz de Rozas, mi general. Y le aseguro que no se arrepentirá —dijo en un grito y golpeó los talones.

\* \* \*

José María y Felipe atravesaron la ciudad como una estampida. A pesar de que faltaba poco para la medianoche, la luz de las miles de velas que había ordenado encender el flamante alcalde Martín de Álzaga en las calles, permitía que el trabajo continuara.

Había pasado un año de la primera invasión y los ingleses no se habían dado por escarmentados. Como una pesadilla recurrente, a fin de junio de 1807, una vez más habían desembarcado con miles de hombres y cañones, esta vez en la Ensenada. Liniers, héroe indudable de la Reconquista y Capitán General desde entonces, había organizado milicias con hombres de todos los sectores sociales. Con ese ejército todavía improvisado, había ido en busca del enemigo para impedirle que se apoderara de la ciudad. Pero en un breve combate en las afueras, en los Corrales de Miserere, los ingleses habían arrollado a las fuerzas de Liniers. En esos primeros días de julio, Álzaga ordenó armar barricadas y trincheras para la pronta defensa de Buenos Aires.

Ahora sólo se esperaba el arribo de los soldados enemigos. El miedo era un sentimiento desconocido para los vecinos. No pasarían por lo mismo que habían vivido el año anterior. Defenderían su lugar como si fuera la última vez, y si era necesario, que sus vidas se fueran con ellos.

Los Ezcurra sortearon los obstáculos y apuraron el paso hasta el caserón. Un murmullo generalizado los acompañaba. Nadie estaba ajeno a los incipientes acontecimientos. La guerra otra vez. Se cerraron con fuerza los capotes. El frío y el polvo los invadían con insistencia y no era fácil llegar a la casa. Varias esquinas estaban tomadas por amplios grupos de milicianos preparados para lo peor. Sortearon fogatas, vecinos amontonados que zapateaban duro para ahuyentar el frío helado. Doblaron y ahí, en la puerta, aguardaba su padre. Caminaba de un lado a otro, intranquilo.

—¡Dios mío, hijos! ¿Cómo se les ocurre llegar a estas horas? Ya no sabía cómo tranquilizar a vuestra madre —mintió Juan Ignacio, acusando a su mujer de ser la floja.

—Entremos, padre, no recomiendan estar afuera. Además debemos prepararnos —lo apuró José María.

Las botas chocaron contra el piso con fuerza y los tres entraron, cerrando la puerta detrás de ellos. Se quitaron los capotes, no esperaron que nadie los tomara, y los arrojaron sobre una silla. Continuaron hasta la sala, donde los aguardaban su madre, Pepa y Juan Esteban, y Encarnación. Los menores ya guardaban cama, al igual que Margarita que se había enfriado y estaba enferma.

—¡Ay, mis queridos, al fin en casa! Ya mismo les traigo una sopa bien caliente, tienen las caras ateridas de frío —dijo doña Teodora mientras se incorporaba de un salto. Los abrazó primero y luego apuró el paso hacia la cocina. Había ordenado que el servicio no se acostara. De cualquier modo, a nadie se le hubiera ocurrido. La tensión invadía el caserón de los Ezcurra.

Los ojos de todos se clavaron en las caras de los dos muchachos. Esperaban noticias del Fuerte y ellos las traían, con toda seguridad.

—En unas horas suponemos que llegarán las tropas enemigas. La ciudad se prepara para hacerles frente. Las pérdidas en Miserere fueron importantes, éramos muchos menos que ellos. Fue una hora de combate y no se pudo sacar nada de ventaja —relató José María. Su hermano, a su lado, asentía con cara severa. Había crecido de golpe. La irresponsabilidad de la juventud desapareció en un instante.

—Virgen santa, ¿y cómo haremos para hacerles frente si son tan feroces como dicen? —preguntó Pepa, desfigurada.

—Ustedes recen, que los hombres nos encargamos de las operaciones —respondió su hermano mayor.

Doña Teodora regresó con Rufina, cada una con un plato de sopa. Los puso sobre la mesa y los instó a que se sentaran a comer.

—¿Y por qué están tan seguros de que habrá un ataque? —cuestionó mientras controlaba que José María y Felipe comieran.

—Porque llegó el emisario de Liniers hace una hora con las noticias, mamita — Felipe respondió con paciencia—. Es más, estábamos allí cuando lo vimos llegar, agitado por la carrera y ansioso por transmitir la información.

—Se lo vio muy serio y explayándose con mucho juicio al joven Ortiz de Rozas —agregó José María.

—¿Juan Manuel? —preguntó atónita Encarnación. No podía creer lo que había escuchado—. ¿Combatiendo?

—Pues parece que sí, y venía con la casaca punzó de los Migueletes de Castex<sup>[10]</sup>. Pudo escapar del enemigo y llegó sano y salvo. Detrás de él empezaron a aparecer las tropas derrotadas.

—Yo no voy a rezar, quiero colaborar para defender mi casa, mi Patria —anunció Encarnación, con gesto adusto. Sus ojos negros decían demasiado.

Sus padres, asombrados ante la interrupción, la miraron. Y al instante se dieron cuenta de que sería imposible hacerla cambiar de opinión. Tenía doce años pero ya era bravísima. Doña Teodora se preguntaba de dónde había salido semejante personalidad y no encontraba respuesta.

Las mujeres de la familia salieron al patio y de ahí se dirigieron a la cocina. El servicio doméstico aguardaba sentado a la mesa. Al verlas entrar, se pararon de inmediato.

—Tranquilos, vamos al patio de atrás a buscar piedras. A ver, comencemos a hervir agua. Debemos juntar varias ollas, manos a la obra —ordenó doña Teodora.

Cuando todo estuvo listo, subieron a la azotea, asistidas por Juan Ignacio. José María, Felipe y Juan Esteban se prepararon y se encomendaron a las calles. Teodora y su marido, Pepa y Encarnación se acomodaron en la azotea con sus provisiones. La jovencita, con una larga bufanda envuelta en su cuello, exhalaba humo helado y no podía disimular la mueca de excitación.

\* \* \*

El general Whitelocke ordenó al ejército británico que ingresara a Buenos Aires en doce columnas y sin disparar un solo tiro, para tomar la ciudad por completo hasta llegar al Fuerte. Así fue el movimiento aquel invernal 5 de julio. Los ingleses estaban confiados; la batalla previa, la invasión anterior, les daban la convicción de que sería fácil otra vez. Incluso el clima, para ellos, era una burla. Mientras los soldados criollos sentían el frío hasta los huesos, los británicos se cubrían con sus chaquetas encarnadas y sus faldas, dejando las piernas a la intemperie.

Sin embargo, nada fue como pensaron. No contaron con los nueve mil milicianos que Liniers y Álzaga habían organizado en varios puntos estratégicos de la ciudad, y mucho menos con las guardias improvisadas de los vecinos. A medida que las columnas avanzaban por las calles, una lluvia de piedras y agua hirviendo cambió el

panorama por completo. Algunos soldados caían secos al suelo, mientras el resto continuaba con la marcha, como si la muerte no acechara. La columna que había avanzado por el norte llegó a destino, la Plaza de Toros del Retiro<sup>[11]</sup>, y luego de un combate feroz, logró tomarla. Los cadáveres, de uno y otro lado, ocupaban el suelo, y la sangre corría. Los fornidos soldados ingleses continuaron el paso y se apoderaron del convento de las monjas catalinas.

La columna del sur se aproximó a Santo Domingo entre gritos y arengas. Bajo el mando del general Robert Crawford, allí se atrincheraron unos quinientos hombres.

En el oeste de la ciudad, las cosas no fueron así de fáciles. Los batallones de andaluces y gallegos pelearon con una ferocidad inusitada, dando de baja a numerosos soldados enemigos. Por el norte avanzaban los patricios y arribeños, obligándolos a replegarse.

Las bajas inglesas anunciaban el final próximo. Sólo les quedaba el convento de Santo Domingo, una suerte de isla en el medio de la ciudad. Desde allí hacían fuego contra las azoteas repletas de vecinos temerarios, sin ninguna intención de abandonar la defensa. Unos pelotones de patricios y montañeses cargaron sus bayonetas, hicieron foco contra los portones y dispararon. Los cañones del Fuerte hicieron el resto y los mil cuatrocientos hombres y su general se rindieron.

Eran las seis de la tarde y en el Retiro aún se mantenía la fuerza inglesa bajo las órdenes de Whitelocke. Hacia allí se dirigió don Santiago de Liniers y con fuego en la mirada, los instó a que se retiraran de la plaza en quince minutos, permitiéndoles el regreso en libertad para el resto del ejército, siempre y cuando evacuaran también Montevideo, que permanecía bajo el dominio inglés.

Al día siguiente, Whitelocke comunicó la aceptación del pedido de Liniers. Las tropas británicas se retiraron de Buenos Aires y dos meses después lo harían también de la Banda Oriental.

\* \* \*

León y Agustina escuchaban con atención las palabras de Santiago de Liniers. Los caballeros se conocían de otros tiempos. Esta vez se reunían por un particular asunto: Juan Manuel. El frío que atravesaba las calles no sólo calaba hondo a causa del invierno; los despojos de la batalla llevada a cabo días atrás creaban un panorama helado y desolador en la ciudad.

El joven héroe estaba sentado entre sus padres, y su general frente a ellos. Doña Agustina, como buena anfitriona pero sobre todo feliz porque le había devuelto a su hijo sano y salvo, convidaba unos mates. No había estado de acuerdo con la intempestiva decisión de Juan Manuel de sumarse al campo de batalla, pero no había tenido suerte. Su padre lo había autorizado.

—Traigo mis felicitaciones por su hijo, he tenido bajo mis órdenes a un oficial de fuste —dijo el general con gesto de orgullo—. Sabes de mi experiencia en estas lides, León, y tengo que confesarte que es un muchacho muy valiente.

Agustina apoyó su mano sobre la de su hijo. Con una incipiente sonrisa, aprobó las alabanzas a Juan Manuel. Lo observó con detenimiento, aún sentía que era su niño. El joven cambió de postura, le incomodaba que su madre lo pusiera en evidencia frente a un hombre de armas. Liniers fue directo al grano.

—León, además tengo una proposición para hacerte. Tu hijo tendría un porvenir brillante como militar. Podría ser un jefe soberbio, fui testigo de su bravura e inteligencia fuera de lo común.

Durante unos segundos, el silencio inundó la gran sala. Los ojos de hielo de Juan Manuel brillaron más que nunca. Se había sentido como pez en el agua entre varones mayores que él, rodeado de camaradería y dispuesto a pelear por sus convicciones. Miró a Liniers, como si con eso pudiera transmitirle que podía confiar en él.

—Me parece un honor. Si él está de acuerdo, no me opongo —dijo León y le dirigió la mirada a su hijo con aprobación.

Doña Agustina tomó con fuerza la tela de su falda y la estrujó. Detestaba que su marido respondiera a semejante propuesta sin consultarla. Si había algo que rechazaba de cuajo, era que un hijo suyo fuera militar. De sólo pensar que volvería a estar en el frente de batalla, el corazón le dio un vuelco. En un instante, la memoria la llevó al pasado: al asesinato de su padre y a la orfandad de la que había sido víctima, hasta las propias guerras de su marido. Demasiada muerte, no quería volver a pasar por eso. El dolor había sido inconmensurable.

Liniers sumó algunas palabras, agradeció el convite y se despidió hasta el próximo encuentro. Debía cumplir otros compromisos. Se ofreció como padrino del joven si así les parecía, hizo el saludo marcial y se retiró.

—Quiero felicitarte, m'hijo, me llenas de satisfacción. Qué honor escuchar de boca de un héroe como Liniers que tengo descendencia de valientes —don León lo abrazó con fuerza—. Te mereces un brindis de caballeros, vamos al Café de Marcos a celebrar.

—Agradece que nuestros hijos descienden de mí, León —doña Agustina no tuvo la menor intención de guardar las formas, jamás lo hacía y menos con su marido—. ¿Tú quién eres? Un aventurero ennoblecido por otro que habría que ver, mientras que yo desciendo de los Duques de Normandía. Y mira, Rozas, si me apuras, he de probarte que soy pariente de María Santísima.

—Vamos, Juan Manuel, que tu madre no está de humores.

A pesar del malestar que sentía con su marido, Agustina le acomodó la capa de paño negro y el sombrero de copa, y le entregó el bastón de caña de junco con puño de oro, para que saliera a la calle como debía. Hizo unos pocos pasos más y abrazó a Juan Manuel.

—No quiero que seas militar, además no puedes serlo, no en nuestra clase. Tienes que reemplazar a tu padre en los asuntos del campo, eres el candidato natural —le susurró al oído. Luego lo separó de su cuerpo y le clavó los ojos.



Juan Manuel tragó con dificultad. No le gustaba contradecir a su madre. Sin embargo, esta vez su padre le había dado la venia.

—¿Nos da la bendición antes de partir, mamá? —reclamó el jovencito, con ansias componedoras.

Doña Agustina accedió al pedido y los dos hombres partieron a la calle. El panorama era desmoralizador. Habían pasado varios días desde el último tiro, pero era imposible no volver a vivir aquellas horas feroces. Cadáveres con nubes de moscas desperdigados por el camino, paredes agujereadas por las balas, pedazos de reja voladas por los cañonazos. La ciudad mantenía aún los rastros de la bestialidad de la muerte. En la Plaza de Toros dormían todavía miembros diseminados de la soldadesca inglesa: brazos, piernas, pegoteo de sangre. Don León y Juan Manuel intentaban evadir los obstáculos pero era imposible. De tanto en tanto, se detenían para mirar el panorama. El convento de las Catalinas había sufrido demasiado, al igual que Santo Domingo, donde se había peleado fuerte. Sin embargo, los vecinos intentaban volver a vivir dando vuelta la página. Algún que otro intrépido se animaba a una serenata con guitarra a la vera de la ventana de su enamorada, y unas damas ofrecían sus rezos en la puerta de algún valiente muerto en el frente. La máquina de la ciudad no se había detenido. Sólo debían sepultar a sus muertos y de a poco comenzar a reconstruir de los escombros lo que fuera posible. Las ansias de renovación empezaban a aparecer. Al fin llegaron hasta la calle del Presidio<sup>[12]</sup>, era largo el trayecto pero habían querido hacerlo a pie para observar de cerca las consecuencias de la guerra. Hicieron varias cuadras hasta Santísima Trinidad<sup>[13]</sup>, y en la esquina, el sobrio cartel sobre la puerta, que anunciaba «Billar, confitería, botillería», les dio la bienvenida.

## SEGUNDA PARTE

### Amores de juventud

## CAPÍTULO I

La reunión se llevaba a cabo en el despacho del dueño de casa. No era a puertas cerradas porque no era un secreto lo que convocaba a Felipe al territorio de don Juan Ignacio, pero habían preferido un poco de tranquilidad y menos reclamos incesantes. Doña Teodora no tenía paz. Si no era un hijo era una sirvienta. Los pedidos se sucedían sin fin. El despacho era la habitación que imponía algo de respeto. Todos sabían que si Juan Ignacio era visitado, o en su defecto él convocaba a algún miembro de la familia, sus motivos debían ser importantes. Era mejor no interrumpir.

Faltaban unas horas para la comida y doña Teodora había depositado la pava llena sobre el escritorio. El mate circulaba, aunque se detenía más de la cuenta a la vera del mayor de los Ezcurra.

—Bueno, ¿qué tenías para anunciarnos, m'hijo? —preguntó Teodora con cautela; no quería que Felipe se contagiara del hermetismo de José María.

—Me parece que traigo una buena noticia, eso creo —dijo el joven esbozando una sonrisa.

Juan Ignacio dio unos sorbos a la bombilla y lo observó con detenimiento. Tenía todas las expectativas puestas en sus dos hijos varones. El mayor aún parecía destemplado pero estaba seguro de que no le fallaría. Tarde o temprano sentaría cabeza, al fin y al cabo era un Ezcurra. Esos pensamientos revoloteaban dentro de su cabeza. Felipe, en cambio, había demostrado desde pequeño que caminaba por la ruta adecuada, sus pasos siempre habían sido seguros y certeros.

—He comenzado a cortejar a Gregoria Ortiz de Rozas. Supongo que ella está haciendo esto mismo en su casa, en este preciso instante.

—Pero qué gran noticia, mi querido. Es una muchacha de alcurnia y fortuna. Has elegido a la perfección, ¿no es cierto, Juan Ignacio? —suspiró Teodora.

—No se adelanten, por favor. Desconozco si las arcas de esa familia están llenas de dinero, sólo sé que nos gustamos —se atajó el joven.

—Pues yo sí sé. Supongo que recordarás a tu abuelo, por algo detentas su nombre. Él fue el albacea de la sucesión de la madre de tu enamorada. Sí, de los López Osornio, así que conozco bien las cuentas de la familia, por lo menos hasta que mi padre asesoró a Agustina —dijo Juan Ignacio mientras cruzaba los brazos.

—Recuerdo los buenos tiempos que pasábamos en San Martín, qué pena que hubo que vender —el gesto de Felipe se ensombreció al hacer referencia a la estancia de su abuelo, que habían vendido a la muerte de éste—. La pasábamos tan bien allí de pequeños.

—No es fácil crecer. ¿Quién te hizo pensar que la vida era un lecho de rosas? —su padre lo interrumpió.

—No seas tan sombrío, Juan Ignacio. Nuestro hijo sólo tuvo un lindo gesto, ya está.

Ezcurra se enmarañó aún más en pensamientos viles. Recordó el despropósito que le había hecho vivir su hija mayor unos años atrás. Si no hubiera sido gracias a él, Pepa lo hubiera humillado para siempre. Que se hubiera dejado seducir por el badulaque de Manuel Belgrano había sido demasiado. Y ni qué hablar de que hubiera jugado al noviazgo con ese hombre. Por suerte, todo se había solucionado gracias al orden que él había impuesto. A pesar de alguna que otra queja, su hija le había hecho caso y se había casado con su sobrino dilecto, Juan Esteban.

De repente, alguien golpeó a la puerta y los devolvió a la realidad de un plumazo. Sin aguardar respuesta, apareció Encarnación del otro lado, con cara compungida.

—¿Por qué abre sin permiso, m'hijita? —la retó su padre.

—Ay, discúlpeme, Tatita, pero traigo una urgencia. Estoy preocupada —se acercó hasta la silla de don Juan Ignacio e insistió con el arqueado de cejas—: Pepa volvió a la cama, me acerqué a su recámara y escuché que lloraba. ¿Te acuerdas, mamita, hace unas semanas cuando la acompañamos porque se sentía mal? Pues otra vez lo mismo.

Teodora se refregó las manos, estaba afligida por su hija. Hacía tiempo que no la veía nada bien. Decaída, triste, perdida. ¿Y si no podía ser madre? Habían pasado demasiados meses desde la boda, le resultaba extraño por demás que no se embarazara. Ya se lo había expresado y Pepa había intentado tranquilizarla. Pero ella intuía que algo le pasaba. Todas las noches rezaba por la salud de su hija mayor.

—Voy a ver qué le pasa, espero que esté sola —anunció doña Teodora y se levantó del sillón—. No se preocupen por mí, ustedes sigan con lo que habíamos dejado. ¿Sabes una cosa, Encarnación? Tu hermano está a punto de comprometerse, tal vez tengamos una boda pronto.

Salió presta y dejó tras de sí el halo de perfume de rosas, tan característico de ella. La jovencita miró a su hermano y luego a su padre. La intriga la carcomía.

—Parece que mamá está un poco apurada —Felipe ensayó una sonrisa pudorosa aunque la alegría era difícil de disimular—. Empecé una amistad más íntima con una dama y ya nos quieren casar.

—Este matrimonio está aprobado por nosotros y eso allana el camino, m'hijo —interrumpió Juan Ignacio.

—¿Esta boda es un secreto imposible de develar? —disparó Encarnación, cansada de las vueltas.

—No hablemos de boda. Y la dama en cuestión es Gregoria Ortiz de Rozas —apuntó Felipe, henchido de orgullo.

Encarnación pestañeó una y otra vez. No pudo emitir palabra. Si algo no había imaginado, era que la prometida de su hermano fuera la hermana mayor de Juan Manuel. Hacía bastante que no lo veía, la última vez había sido en La Merced, un domingo en misa. Pero había escuchado por ahí que andaba con el uniforme de las milicias, de oficial. «Qué guapo es Juan Manuel», pensó. Era inevitable no recordar aquellos ojos azules. Nunca había visto nada igual. Sin embargo, jamás los había

sentido dispuestos hacia ella. Estaba segura de que si esos ojos la miraran, descubrirían hasta su más mínimo secreto.

\* \* \*

Juan Manuel ostentaba orgulloso el uniforme de alférez de Migueletes. La recomendación de Liniers había funcionado a la perfección. Tan aplicado era en sus tareas, que se transformó de inmediato en el oficial de instrucción más distinguido. Convencida por su marido tras largas conversaciones, doña Agustina, en un gesto de hidalguía y orgullo algo solapado —no quería demostrar que daba el brazo a torcer—, le entregó a su hijo el sable que había sido de su padre y que conservaba bajo siete llaves.

Sus compañeros de armas veneraban a Juan Manuel. Sabía hacerse querer y respetar. Como en el internado, era desprendido con el dinero. Siempre con los bolsillos llenos, no dudaba en ayudar a los más necesitados. Sin embargo, era riguroso con la disciplina. Si alguno suponía que su colega podía ayudarlo o cubrirlo ante alguna insurrección, estaba completamente equivocado. Juan Manuel no perdonaba. Ante la más mínima desobediencia, el joven era impiadoso. Incluso a veces llegaba a confundir. De un momento a otro se transformaba en un monstruo rebosante de ferocidad. Nada le importaba más que el orden. Así era, amoroso y lleno de generosidad pero estoico y metódico.

Pasado el peligro inmediato de otro ataque exterior, el servicio no le requería demasiado tiempo y podía estar en su casa. Era un decir, porque cuando no se practicaba en el Regimiento y regresaba a la residencia familiar, frecuentaba cuanta tertulia y festejo al que lo convidaban. Tan sólo entrar a los salones y el cuchicheo femenino se encendía. A los dieciséis años recién cumplidos, Juan Manuel cautivaba a más de una damita con ansias de emparejarse. Así como encarnaba a un soldado severo y firme entre la tropa, seguro por demás a pesar de la edad, entre las muchachas era algo ingenuo. Eran sus primeros pasos en el galanteo y el vaivén de señales e indicios con el sexo débil, y aún no lo dominaba. No se daba demasiada cuenta todavía de lo que provocaba entre las chicas. Eso sí, no se perdía ningún acontecimiento que las reuniera. Le gustaba mirarlas, descubrir que intentaban disimular una mirada, bailar con ellas y descifrar lo que querían transmitir detrás del movimiento frenético de sus abanicos. Y robarles piel cuando le era posible. La suavidad femenina, sus aromas, le encendían la imaginación.

Una tarde, en el patio de la casa de los Ortiz de Rozas, don León y doña Agustina departían con Gregoria, mientras Juan Manuel iba de su recámara al cuarto de plancha en busca de una camisa limpia. El sol iluminaba, faltaban algunas horas aún para encender las velas. Un plato repleto de pastelitos tranquilizaba el hambre de los presentes.

—Mamita, no debemos comer demasiado, ¿no estamos invitados esta noche a casa de los Thompson? —preguntó Gregoria y dudó si continuar con los membrillos.

—Déjame, hija, que en casa de Marica todo se vuelven tapas lustrosas y cuatro papas a la inglesa, siendo lo único abundante su amabilidad. La quiero mucho, pero más quiero el estómago de Rozas —respondió seria y le ofreció el plato a su marido —: Come, querido, que esta noche te mueres de hambre.

Don León lanzó una carcajada y aceptó otro pastelito. La complicidad entre ambos era envidiable. Gregoria permaneció unos segundos con la boca abierta, a veces no se acostumbraba al desparpajo de su madre.

—Juan Manuel, venga para aquí, venga con su madre —gritó Agustina hacia adentro. Estaba contenta, tenía un buen día.

Al rato entró el muchacho, abrochándose la camisa bien almidonada. Hizo una mueca y luego intentó acomodarse la melena. Estaba desgredado.

—Sí, mamita, aquí estoy.

—Pero ¿qué es esa facha?

—Me preparo para salir —anunció y sonrió por completo.

—A ver, siéntese un rato con sus padres. Tenemos que confiarle algo, ¿no es cierto, Rozas?

Don León le clavó la mirada. Desconocía por completo a qué se refería su esposa. Pero supo que no debía preguntar, que lo mejor sería seguirle la corriente.

—Por supuesto, Agustinita. Mejor díselo tú —y abrió los ojos todavía más.

—Hemos pensado con su padre que ya es hora de organizarle un enlace ventajoso. Y nos pareció perfecta María Martina de Arana Andonaegui, que tiene su misma edad. Deberíamos apurarnos para que nadie nos gane de mano.

Juan Manuel miró a sus padres y contrajo el gesto. Evidentemente habían empezado a pergeñar un plan del que no estaba dispuesto a participar.

—No quiero casarme tan joven, mamita. Más tarde no digo que no, pero me parece muy prematuro todo. Quiero disfrutar de mi libertad —dijo con más firmeza que nunca.

Doña Agustina depositó el pastelito otra vez sobre el plato. Observó con detenimiento la pose de su hijo. Le fastidió su altanería pero no dijo nada.

—¿Me dan la bendición, que debo partir? —reclamó el muchacho y ensayó una sonrisa compradora.

Sus padres asintieron y lo dejaron ir. Un silencio hermético inundó el patio. Sólo se escuchaba el piar de algún pájaro distraído y el crujir de las sillas en cada cambio de posición.

—Deja esa cabeza, Agusta. No pienses más, te veo la cara. El muchacho es joven, hay tiempo todavía —dijo León y le acarició la mano.

Gregoria levantó la mirada, algo ofuscada. No le gustaba para nada que su madre siempre hiciera diferencia entre ellos. Juan Manuel era el preferido y ella quedaba relegada.

—Eso, Tatita. No se olviden que ya les presenté mi candidato —los colores le subieron a las mejillas.

Agustina tardó en hacer foco en su hija mayor, como si necesitara ajustar una maquinaria. Intentó calmar las ansias de Gregoria, pero fue inútil. Se le notaba demasiado que la única preocupación que tenía era Juan Manuel.

\* \* \*

No era un año tranquilo. Volvía el germen de la turbulencia a la ciudad, o tal vez nunca se había retirado del todo. En 1809 comenzaban a percibirse en su real dimensión los tiempos violentos.

Meses después de la defensa de Buenos Aires, había llegado desde España la confirmación de Santiago de Liniers como Virrey. Éste, por supuesto, la aceptaba con honores. Sin embargo, la desconfianza y la mala entraña de cierto sector social empezaban a corromper el estado de equilibrio al que habían llegado. Ya nada le venía bien a la clase acomodada de la ciudad. Desconfiaban del «francés», como lo llamaban a puertas cerradas.

A fines de agosto de 1808, Liniers había recibido a un emisario de Napoleón Bonaparte en una visita pública. El Marqués de Sassenay desembarcaba del bergantín *Le Consolateur*, en una ciudad que ya había visitado en otras oportunidades. La conocía bien y también a quien ocupaba el cargo de Virrey. Liniers lo había recibido en el Fuerte en comitiva oficial, rodeado por los miembros de la Real Audiencia. La población estaba en estado de alerta por la visita del emisario del Corso. La noticia del levantamiento popular en la metrópoli contra el emperador de Francia había llegado hasta estas orillas. Con toda la formalidad que se requería, Sassenay transmitía las pretensiones: el Virreinato debía reconocer a José Bonaparte como rey de España. El murmullo sonó fuerte y las caras de los allí presentes dijeron mucho más que mil palabras. Sobre todo la de don Martín de Álzaga, que reflejaba su condición de líder del grupo. No tenía ni la más mínima intención de aceptar las nuevas condiciones. No se dejaría doblegar por novatos y traidores, pero sobre todo por cualquiera que intentara derrumbar sus negocios bien establecidos con la península. Defendería a capa y espada la ruta del comercio de las grandes familias que residían en Buenos Aires.

Liniers desechó la propuesta del francés con firmeza e instó a su amigo a que tomara el barco de regreso. El emisario golpeó los tacos de las botas y aceptó la orden. Don Santiago lo acompañó hasta la salida y allí, envueltos por una amigable soledad, lo instó a que lo visitara por la noche en su residencia. Al caer el sol, el Marqués, envuelto en su capa negra, sin sombrero pero con la cabeza cubierta, franqueó la puerta de la casa de Liniers controlando que nadie lo descubriera. En el despacho y lejos de ventanas indiscretas se confiaron secretos que nunca imaginaron que podrían salir a la luz.

—Deseo ver cambiar el gobierno, mi amigo. Éste no se ha mostrado agradecido por los servicios que le he prestado. Me ha dejado Virrey interino en lugar de confirmarme en propiedad —se quejó don Santiago.

El diálogo secreto continuó durante unas horas y Sassenay prometió partir en cuanto pudiera. Azuzado por las ideas que le había transmitido su amigo, Liniers lanzó una proclama que incitaba al Virreinato a que permanecieran neutrales en la flamante guerra de independencia española. Esto avivó más la desconfianza que Martín de Álzaga ya sentía por él. El origen del Virrey lo convirtió en principal sospechoso de tejer alianzas con los enemigos de España. El 1.º de enero de 1809, el alcalde Álzaga y los miembros del Cabildo intentaron una asonada para deponer a Liniers. «¡Abajo el francés Liniers!», gritaban a viva voz. La ferocidad de los rebeldes no había contado con el apoyo del comandante de los Patricios, don Cornelio Saavedra, hacia el Virrey. El alcalde debió deponer fuerzas y fue desterrado a Carmen de Patagones de inmediato.

Transcurrieron los meses y la realidad del Viejo Continente arrastró al Río de la Plata a volver a modificar el estamento del poder. La Junta que en Sevilla gobernaba en nombre del prisionero rey Fernando VII, decidió deshacerse del sospechoso Liniers y nombró en su reemplazo a Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien aguardaba órdenes en Montevideo. Algunos militares encabezados por Saavedra instaron al virrey saliente a que ofreciera resistencia. Sin embargo, Liniers respondió que estaba dispuesto a entregarle el mando. El nuevo virrey ordenó que lo trasladaran a Mendoza hasta que pudiera embarcar en el bergantín que lo llevaría a España. Don Santiago prefirió otro destino: una antigua estancia de los jesuitas en Alta Gracia, situada en la Intendencia de Córdoba de Tucumán.

No disponía de demasiado tiempo para permanecer en la ciudad, pero de cualquier modo quiso despedirse de sus hombres. A pesar de todo, aún había milicias y soldados que le guardaban una gran estima y respeto. Los reunió en la Plaza de Toros y en pocas palabras explicó la decisión que había tomado. Allí, entre ellos, estaba Juan Manuel. Aunque intentaba permanecer en una segunda línea, Liniers le clavó la mirada en el acto. Era difícil obviar aquellos ojos azules. El joven Ortiz de Rozas apretó la mandíbula y no permitió que las emociones lo pusieran en evidencia. Metió las manos en los bolsillos y se perdió en sus pensamientos. Miró a su alrededor pero avanzó mucho más allá. Percibió una rara sensación en el cuerpo, como si escuchara un estruendo ensordecido. El peligro de lo no dicho, la turbulencia de lo escondido, de lo que se pergeña en el más absoluto secreto, la intriga del ansia.



## CAPÍTULO II

Encarnación se sentía una mujer hecha y derecha. Hacía un mes que había cumplido quince años y ya le parecía una eternidad. Recordaba con nostalgia el festejo que le había celebrado su madre, rodeada de sus mejores amigas, la familia y algunas amistades de sus mayores. El gran salón había estado desbordante y pasadas las diez de la noche el piano y el arpa los habían tentado a la danza. Al recordar las delicias que habían probado, la panza le hizo ruidos. Cerró los ojos y sintió el mismo sabor de aquella noche. La comida se la habían encargado a Monsieur Ramón, como hacían todas las familias que ofrecían convites de importancia. Había llegado con todo, incluidos algunos sirvientes de su séquito, bien dispuestos para el trabajo. Habían servido puchero de carne con zapallo, arroz y acelga, además de papas y choclos. Pero no era ese plato el que le había dado hambre. El dulce de membrillo —su favorito— y las frituras de papa con huevo y harina, espolvoreadas con azúcar molida habían vuelto a su memoria.

Abrió el cofre donde guardaba sus cintas y lazos, y el estupendo peinetón que le habían regalado Pepa y su cuñado para su cumpleaños. Lo habían mandado a pedir de Montevideo, un modelo exclusivo de Manuel Masculino, el castellano más solicitado en esas cuestiones, instalado en aquella orilla del río. Recogió su larga melena renegrida y se calzó la peineta de nácar, adornada con unos pequeños engarces de topacios. Miró su imagen en el espejo. El tornasol y el brillo de las piedras iluminaron su rostro. Le gustó lo que vio. Poco afecta a la desmesura en el vestir, se permitía algún adorno cuidado. Era la antítesis de varias de sus amigas, que gustaban de venerar las sedas coloridas y las joyas de las mujeres de edad. No eran esas cosas las que admiraba Encarnación. Se quitó la peineta y la devolvió a su lugar con cuidado. Observó con detenimiento las cintas. Algunas habían desteñido un poco y los bordes se encontraban deshilachados. Debía reponer su colección, no le gustaba verse desarreglada, así le habían enseñado en su casa. De un golpe cerró la tapa del cofre, se incorporó de la silla frente al *dressoire* y partió a la busca de su madre.

Salió al pasillo y un murmullo sordo la llevó hasta el patio, donde se había reunido parte de la familia. Algunos tomaban mate, otros, limonada para aplacar la sed, y doña Teodora iba y venía juntando alguna que otra flor para acomodar en las vasijas de la sala. La jovencita se dio cuenta al instante que no convendría interrumpir la conversación que mantenían los hombres. Era mejor sentarse y escuchar.

—No sé hasta cuándo aguantaremos en este estado. Es realmente descabellado que el Virrey no imponga el orden de una buena vez —dijo Juan Ignacio con gesto adusto.

—¿No te parece suficiente con el Tribunal de Vigilancia Política? Andan bajando insurgentes a diestra y siniestra —señaló José María, preocupado por el terror incipiente que se vivía en las calles.

—Debería reprimir aún más, tan sólo falta observar lo que sucedió el año pasado en Chuquisaca. Si no toma el toro por las astas de una buena vez, aquí sucederá algo peor. Empezaron a hacerme el vacío por la calle, Juan Ignacio. No me da buena espina —Juan Esteban negó con la cabeza, la incertidumbre crecía día a día.

Pepa detuvo la mirada en el gesto desfigurado de su esposo. Hacía un tiempo que había desembarcado en el Río de la Plata, las costumbres hispanas lo perseguían y no hacía demasiado por quitárselas de encima. Estaba orgulloso de su Cádiz natal y aunque adoraba a su mujer, la nostalgia por su tierra se avivaba día tras día. Y por si esto fuera poco, la tirria creciente de los criollos hacia los peninsulares, en especial los funcionarios y comerciantes más ricos, se hacía cada vez más evidente. La guerra solapada entre godos y rebeldes crecía, y no era extraño convertirse en testigo de una trifulca callejera que podía terminar en cuchillazo seguido de sangre.

Encarnación se acercó a su madre para ayudarla. Teodora aceptó encantada y le fue entregando las flores elegidas. Descartó las hojas chamuscadas en una bolsa y en la otra puso la flor limpia.

—Y este asunto del comercio liberado con Gran Bretaña, ¿dónde se ha visto? Explíquenme esa decisión que tomó este hombre. ¿Nos quiere fundir? —increpó Juan Esteban y se golpeó las piernas con énfasis.

El clima reinante se exasperaba con los minutos. El negocio del marido de Pepa tecleaba. A veces sus encomiendas eran interceptadas en altamar por la piratería inglesa. Los reclamos de los comerciantes más poderosos se repetían porque perdían ganancias con esta apertura. El contrabando era su principal entrada de dividendos. Cisneros era increpado de un lado y del otro. Nadie era inocente, todos intentaban cuidar su patrimonio.

—Sí, cuñado, las cosas no están bien. Mis confidentes del Cabildo me han transmitido que el resentimiento de algunos rebeldes ha llegado a un clímax difícil de detener —agregó José María—. Parece que Domingo French y Antonio Beruti andan reclutando hombres. Piden pena capital para el enemigo cuando hacen referencia a los traidores. A sus traidores, por supuesto.

Un grito los distrajo en ese instante. Pepa había perdido color y se había desmoronado de su silla. Encarnación corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos.

—Mamita, ¡por favor! ¿Qué le pasa a mi hermana? —inquirió aterrada la joven.

Todos la rodearon y Teodora le dio aire con su abanico. A los pocos minutos, su hija mayor se recuperó.

—No se preocupen, el calor me tiene a mal traer —mintió Pepa. Con sólo escuchar aquellos nombres dichos por su hermano, el pánico la había atravesado. Sabía que eran amigos de su enamorado del pasado, Manuel Belgrano. Todos estos asuntos la llevaban a aquellos tiempos de amor desenfrenado. Creía que se había terminado todo, pero no.

—Ven, mi querida, te acompaño a la recámara. Recuéstate un rato, te va a hacer bien —dijo Juan Esteban y la ayudó a levantarse. Amoroso, la llevó con cuidado

hacia adentro.

Quienes quedaron en el patio se miraron con incredulidad. No entendían qué era lo que le pasaba a Pepa.

—¿Mamita, me acompañas a comprar cintas por la tarde? —preguntó Encarnación como si nada hubiera pasado.

—Pero, m'hijita, no tengo tiempo para esas pavadas. Estoy preocupada por otras cuestiones, ¿no te parece? —respondió Teodora con indignación.

La joven bufó sin disimular. Miró a los varones como buscando complicidad y ambos bajaron la vista. No iba a encontrar nada en ellos.

\* \* \*

Doña Agustina guardaba reposo. Hacía poco más de una semana que había parido a su novena hija —Benignito había muerto apenas nacido, siendo Manuela la octava Ortiz de Rozas— y los médicos le habían recomendado que permaneciera en cama. El parto había sido algo complicado y, esta vez, la señora optó por cumplir las órdenes de los académicos. Cada tres horas, una de las esclavas le traía la bebida para que la alimentara y luego la llevaban al cuarto de crianza. Doña Agustina debía descansar, según las consignas impartidas por don León.

Faltaba poco para que pudiera levantarse. Contaba los días, se aburría encerrada en sus aposentos. Necesitaba estar al tanto de todo y se daba cuenta de que le escondían información. Era imposible que no sucediera nada, que las cosas se desarrollaran sin novedades.

Dos golpes suaves sonaron sobre la puerta y tras el «adelante» de Agustina, León y Juan Manuel entraron a la recámara.

—¡Qué alegría, la visita de mis hombres! ¿Y a qué se debe el honor? —se incorporó más sobre las almohadas y con un golpe de ojos le ordenó a la sirvienta que se retirara.

—No te hagas la loca, Agustinita. Todavía falta para que saltes de la cama. —León acercó una silla y la tomó de la mano—. Nuestro hijo quiere hacerte un anuncio. Ya me adelantó algo, ahora sólo faltas tú.

Miró a uno y al otro y detuvo sus ojos en la cara de Juan Manuel. No se cansaba de afirmar —para sus adentros— que era el más bello de toda su prole. Cortaba el aliento.

—Tomé la decisión de no seguir en la milicia, madre. Sin Liniers entre nosotros, no le encuentro razones. Además, sólo veo turbulencias a mi alrededor, no somos una misma fuerza. Hay demasiada conspiración, no se puede confiar en nadie —informó el muchacho, bien plantado y convencido de sus dichos.

—Me parece una idea soberbia. Nunca me gustó ese entrevero, que anduvieras rodeado por esa gente —doña Agustina achinó los ojos y sonrió socarrona.

—¿Qué te parece enviarlo a Chile para que perfeccione sus estudios? Argerich dijo que no había manera de avanzar aquí —opinó Ortiz de Rozas pero su mujer

cambió el gesto. Se notaba su disconformidad. Iba a dar su parecer pero Juan Manuel se adelantó.

—¿Para qué me quieren mandar tan lejos? Yo prefiero quedarme aquí y aprender todo lo que tenga que ver con el campo. Ahora, si la voluntad de ustedes está tomada, no me queda otra que cumplir.

—Digno hijo mío —la sonrisa de doña Agustina iluminó su rostro por completo—. No hay nada más que decir, querido. Puedes retirarte, que te veo ansioso. Me quedo con tu padre arreglando el asunto.

Juan Manuel se inclinó sobre su madre, la besó en ambas mejillas y salió de la recámara con su caminar seguro. Un silencio inesperado ocupó esas cuatro paredes. Luego de un rato, un largo suspiro de la convaleciente interrumpió el letargo.

—Ábreme la ventana, Rozas, siento que me falta el aire.

El hombre se levantó y sin chistar abrió el ventanal de par en par. Luego giró sobre sus talones, miró a su mujer y cruzó los brazos a la espera.

—En cuanto preparen todo, te lo llevas a Rincón y te quedas unas semanas con él. Lo pones a tiro, como corresponde. Más me gustaría ir con ustedes pero temo que no me lo permitirán, ¿no es cierto?

—De ninguna manera. Te quedas con los niños y cuando menos te enteres, ya estoy de regreso en casa.

—Lo quiero cerca de mí, Rozas. Veo que nuestro hijo se ha desarrollado a la perfección, pero a veces tengo mis dudas. Presiento que de tanto en tanto necesita el rigor de mi mano.

—No exageres, querida, no lo sobreprotejas.

—Es demasiado parecido a ti, por momentos —y le clavó los ojos azules.

—¿Qué quieres decir? Mírate, te casaste con alguien así, ¿o no? —dio unos pasos hacia la cama. La melena suelta de Agustina contrastaba contra el lino blanco de las fundas.

—Pues claro, por eso mismo. Y además de las labores en el campo, quiero que venga luego a trabajar en el comercio. Vas a ver, Rozas, lo voy a sacar bueno.

El calor la invadió de repente y de un tirón, se quitó las cobijas de encima. Sólo la cubría el camisón abotonado por delante. León la miró con detenimiento. Esa belleza siempre atildada se había desarreglado de repente, parecía un animal salvaje y precioso. De vuelta en la realidad, Agustina observó a su marido.

—¿Qué miras, Rozas? Cambia esos ojos, ni se te ocurra —y volvió a cubrirse.

\* \* \*

Llegaron a las nueve en punto de la noche, como correspondía. La tertulia en casa de los Riglos daba comienzo a esa hora y era de pésima educación llegar tarde. Los Ezcurra hicieron su entrada triunfal tras el anuncio al esclavo que oficiaba de mayordomo en la puerta principal. Las mujeres se besaban en las mejillas y los caballeros estrechaban sus manos. Rápidamente, Juan Ignacio y Teodora entraron al

gran salón tomados del brazo, con Pepa y Juan Esteban detrás, y más atrás, José María, Felipe y Encarnación. Luego de los saludos a los dueños de casa, cada uno se dispersó por su lado, cada cual con sus amistades.

Encarnación apuró el paso hacia el rincón donde se habían acomodado sus amigas Francisca Senillosa y Javiera Esnaola. Una algarabía generalizada las dominó y se saludaron a la francesa<sup>[14]</sup>. Desplegaron sus cuchicheos, como cada vez que se reunían.

—¿Les gusta mi nuevo vestido? No estoy demasiado convencida, no sé si el color me sienta —inquirió a sus amigas Francisca, que lucía un modelo repleto de volados carmesí.

—A mí me parece que te queda estupendo, Paquita. ¿No es cierto, Encarna? — señaló Javiera mientras apuraba un refrigerio.

La muchachita estaba distraída. Recorría el salón con sus ojos renegridos. La semana anterior había acompañado a su hermana mayor en un asunto peligroso y no quería verse envuelta otra vez en semejante incidente. Pepa la había usado de excusa para encontrarse con Manuel Belgrano y ella había tenido que officiar de campana. No le había parecido correcto, la pareja se había mirado de un modo que para qué recordar...

Pepa intentaba esconder la ansiedad que la embargaba. Manuel no estaba en el salón pero nunca se sabía, podría caer en cualquier momento. Ya se lo había cruzado antes, bien podía repetirse el encuentro. Era imposible dar una excusa y no ser parte de la comitiva de su familia. Se le terminaban los argumentos. Había tenido que concurrir a la tertulia y rogar por no verse obligada a protagonizar un escándalo.

El grupo de caballeros había cerrado filas cerca del gran ventanal que daba a la calle. No era propicio conversar de política, pero era difícil abstraerse del tema en esos días. El mes de mayo había traído turbulencias y era inevitable hacer referencia a lo que sucedía.

—No sé si están al tanto, caballeros, pero ha sido una jornada de mucho movimiento en el Fuerte. Me han confiado que se presentó una diputación militar exigiéndole al Virrey que le informe cuáles serán sus acciones en tanto se confirmen las noticias de Europa —lanzó Miguel Fermín Riglos San Martín, el dueño de casa, para dar inicio al asunto.

—Es preocupante lo que sucede en el Viejo Continente, la disolución de la Junta de Sevilla, el armado de una provisional, los franceses demasiado cercanos a Cádiz y los preparativos para mudar el gobierno a la Isla de León. Pero más me preocupa lo que sucede por aquí, señores —continuó Felipe de la Paz de Arana Andonaegui, quien a sus veinticuatro años ya tenía posición tomada.

—Y Cisneros no emite palabra, no toma cartas en el asunto, no ejecuta donde debe —la impaciencia de Juan Esteban Ezcurra era evidente. Esperaba acciones en defensa de sus intereses y no las veía—. Es increíble que el Virrey no tome

providencia alguna, sobre todo porque me cuentan que desde que ha llegado a estas tierras no se ha sentido seguro.

—Está más sordo que nunca, es evidente —lanzó otro de los señores allí reunidos y arrancó la risotada de todos.

Todo giraba alrededor de los sucesos que inquietaban —a algunos más, a otros menos— a los vecinos de Buenos Aires. Hacía más de un mes que un grupo de hombres pergeñaba planes revolucionarios en el más absoluto secreto. Eso era lo que creían, pero las ansias libertarias se colaban por debajo de las puertas amasando traiciones entre unos y otros, sin que nadie los detuviera. Los planes oscilaban entre el posible desembarco de la infanta Carlota, afincada en la Corte de Río de Janeiro, como regenta del Río de la Plata, el derrumbe concreto del Virreinato y algunas ideas más. La batalla clandestina aún no se liberaba en las calles de la ciudad pero sí a puertas cerradas, y era entre los godos y los criollos. La furia enardecida con la que se miraban unos a otros era más o menos disimulada, dependiendo del protagonista en cuestión.

Felipe Arana tomó del brazo a Antonio González Balcarce y se lo llevó aparte. Había algunos asuntos que era mejor no vociferar.

—Me enteré de algo que me urge contarte. Parece que un prominente funcionario de la Real Hacienda visitó ayer a Cisneros reclamándole la deportación inmediata de varios hombres, entre los que te incluye a ti y a tus cuatro hermanos —susurró Arana.

—¿Quién fue el imbécil? —bramó González Balcarce y se acomodó la melena, que empezaba a mostrar varias canas—. Dame nombres, Felipe. Serán los primeros que recibirán bala.

—Tranquilo, Antonio. Parece que fue José María Romero y le dijo que se organizaba un complot en su contra. Hemos tenido suerte de que estuviera en la misma mesa el doctor Rivero, que calmó las aguas. Le negó todo de cuajo, dijo que había estado en San Isidro, donde viven algunos de los que había mencionado, y que no había visto ningún movimiento raro.

—De cualquier modo, el Virrey debe estar al tanto de todo. Idiota no es —agregó González Balcarce y ensayó una sonrisa de disimulo ante el arribo de dos damas al grupo.

Empezó a sonar un minué, ejecutado a la perfección por dos músicos contratados al piano y el arpa. Los Riglos, Miguel y su esposa María Josefa Lasala, abrieron el baile y al instante los siguieron algunas parejas más. Doña Teodora se dirigió con paso lento hacia donde estaba su hija menor. Encarnación cuchicheaba con sus amigas y al ver a su madre cerca, se detuvo.

—¿Interrumpo, niñas? Qué bonitas están, ¿van a salir a bailar? En cualquier momento empieza la contradanza —la sonrisa de Teodora iluminaba el salón.

—No habíamos pensado en eso, mamita. Conversábamos de nuestras cosas —respondió Encarnación y miró seria a Javiera y Francisca. No le gustaba que se entrometieran en sus asuntos.

Doña Teodora le pasó un brazo por los hombros a su hija y mientras escondía la boca detrás del abanico, largó todo lo que tenía por decir.

—Mira con disimulo, pero sin detenerte, a los hijos de Miguel y María Josefa. Me gusta alguno de ellos para ti. Hay dos aquí esta noche, Martín está en Londres cerca del regreso, me ha contado su madre —ordenó Teodora.

Encarnación le clavó los ojos. Le faltaba el aire. Con fuerza, estiró el cinto que le sujetaba la cintura. No podía respirar.

—No ganas nada mirándome de ese modo. Te pones tensa y le quitas belleza a tu rostro, Encarna. Ya estuve conversando con doña Josefa y nos hemos puesto de acuerdo en varias situaciones —le dio un beso y le acomodó uno de los rizos que adornada su frente—. Hasta luego, mis queridas. Diviértanse.

Encarnación cerró los ojos y tragó con dificultad. Odiaba que su madre hiciera referencia a la belleza, a su peinado, a cualquier cosa que tuviera que ver con los cuidados femeninos. Ella tenía su gusto y no se iba a dejar apurar por su madre.

—¿Qué quería, Encarna? —preguntó Javiera con curiosidad.

—Nada, dar opiniones que no pueden interesarme menos. Pero, niñas, ¿por qué no nos movemos de este sector? Tal vez haya algo mejor para mirar del otro lado —tomó a ambas de los brazos y con decisión caminó hacia la otra punta.

## CAPÍTULO III

Tenía todo el territorio para él. Juan Manuel se había instalado en Rincón de López hacía varios meses. Custodiado por su padre, había llegado para trabajar a la par de la peonada. Durante dos semanas, don León controló que los capataces no se sintieran intimidados por la presencia del joven y que le impartieran órdenes como a cualquiera de los que trabajaban allí. Debía ser uno más y no abusar de su posición.

Ya solo y sin su padre cerca, se entregó a las tareas rurales como si fuera un peón. Descansaba poco y trabajaba demasiado. Se sentía bien rodeado de animales, domaba a los caballos como ninguno. Tiraba de las cinchas con tal destreza que los cogotes de los potros se torcían hasta el instante en que se entregaban a la dominación del hombre. También había aprendido a usar el lazo y no había fiera que escapara de su mano.

Caía la tarde y Juan Manuel emprendía el regreso luego de una larga faena. Bajó de su caballo donde se había empezado a armar el fogón. Había ordenado que le construyeran un modesto rancho, nada alejado de la casa grande, donde vivía y tenía todo cuanto necesitaba. Era un gaucho más. Por lo menos así lo intentaba.

Al costado de unos álamos, el fuego comenzó a trepidar. Su caballo quedó suelto debajo de las copas de los árboles, junto al resto de la tropilla. A pesar de haber estado durante horas bajo el rayo del sol, esforzándose, en movimiento constante, Juan Manuel estaba de punta en blanco, vestido como sus compañeros de tareas: una camiseta ancha y de amplios pliegues, cinto bordado con pocos botones y una rastra sencilla, calzoncillo claro y chiripá de colores vivos, botas con espuela, el infaltable facón y las boleadoras.

El círculo ya estaba cerrado pero le hicieron un lugar. A pocos pasos, un gran costillar se cocinaba sobre otro fuego, atendido por dos muchachos y una china.

—Venga, patroncito, acá tenemos el carlón, siéntese —lo invitó Hilario, el capataz más viejo y quien le había enseñado a cabalgar casi antes de que aprendiera a caminar.

—Bien que lo necesito, el día ha sido largo. Y hoy me tocó un matungo, que para qué les cuento, casi me aplasta —dijo y se acomodó, con una sonrisa franca.

—Tenga cuidado, que si algún animal lo lastima o lo quiebra, el patrón viejo se las va a agarrar con nosotros —el capataz confiaba en Juan Manuel pero sabía que a veces los animales eran traicioneros y buscaban defenderse del hombre. El idioma del campo no siempre era comprensible para el hombre de ciudad. Había que tomarle el tiempo.

El resto bebía su vino, alguno se unía a la copla del guitarrero, otros tan sólo escuchaban o agregaban alguna anécdota a la reunión de peones. La china, de tanto en tanto, espiaba —con poco disimulo— a Juan Manuel.



—Patroncito, no podemos permitir que se sigan conchabando. No hay trabajo para tantos hombres —dijo Hilario, preocupado ante la bienvenida constante que daba Juan Manuel a cuanto paisano se le presentara.

—Pues inventémoslo, sembramos alguna tierra. Hay que tener buena voluntad, Hilario. ¿Adónde se van a ir, si no?

A Juan Manuel le preocupaban aquellos hombres a la deriva. Para él, la vida en el campo era sinónimo de placer. Nada le placía más que levantarse bien temprano, montar su caballo y salir a recorrer la tierra. El trabajo duro, entre pares, lo hacía sentir útil. Su madre había tenido razón al insistir con que se exiliara en la campiña. Cuanto más fatigosa la labor, más goce sentía. Y eso mismo quería para el resto. Los sucesos de Buenos Aires le importaban poco y nada. No estaba tan lejos pero así se sentía: alejado de todo. Tenía algunas noticias gracias a una carta que le había enviado su padre. No habían podido viajar hasta Rincón porque su madre había dado a luz a Manuela hacía seis meses y aún faltaba para la mudanza veraniega de todos los años. En la carta le anunciaba que el Virrey, finalmente, se había alejado del gobierno y que en lugar de calmarse los ánimos con eso, las cosas se estaban poniendo más bravas. Los criollos habían tomado el mando y los peninsulares empezaban a esconderse cada vez más, sus vidas corrían peligro. Don León había mostrado preocupación por los negocios pero había preferido mantenerse al margen de las disputas. «Demasiados conspiradores alrededor», confiaba. Lo mismo le había pedido a él: siempre era mejor callar para que el otro delatara sus planes. Juan Manuel lo había tomado al pie de la letra. Prefería conversar nimiedades y preguntar, que su interlocutor contara sus cosas. Su padre también le advirtió que una Junta nueva los gobernaba, algunos le caían en gracia, otros para nada. El comandante Cornelio Saavedra, los abogados Juan José Castelli y Manuel Belgrano, Miguel de Azcuénaga, el cura de San Nicolás Manuel Alberti, los comerciantes Domingo Matheu y Juan Larrea, y los doctores Mariano Moreno y Juan José Paso. Juan Manuel reflexionó acerca de los nuevos hombres de gobierno. Su padre tenía razón. Algunos defenderían el bienestar de su clase; sin embargo, había algunos otros que mejor perderlos...

La luna iluminó la noche cerrada. La reunión empezaba a amainar, el cansancio daba señales en los cuerpos de la peonada. Algunos se incorporaron y dieron las buenas noches. Juan Manuel notó su agotamiento y se desperezó. Recién ahí notó la presencia femenina. Ya la había visto días atrás y le había llamado la atención. Le clavó los ojos, ella respondió sin titubear. El resto siguió haciendo sus cosas, mientras él se dedicaba a hablar con la mirada, una práctica con la que había ganado en el campo con asiduidad.

—¿Qué querrán decir esos ojos negros? —le dijo en voz baja.

—Mis ojos no saben hablar tan bien como los suyos —respondió la chinita, atrevida.

—¿Y tienen dueño?

—Nadie se les ha adueñado, o sí, la dueña es María, mi bendición.

—Bonito nombre, igual que tu mirar —y la ayudó con los bártulos hacia la cocina de la casa grande.

María bajó la vista, jugó al pudor y le dejó el siguiente paso, aunque era evidente hacia dónde iban. Apoyó la cacerolita y la faca sobre la mesa de la cocina y se secó las manos en el delantal con lentitud. Juan Manuel las miró y las imaginó sobre su cuerpo.

—¿Me ayudas a llevar una vasija con agua para mi rancho? —preguntó con los ojos azules que echaban fuego.

—Cómo no, patroncito.

Caminaron hasta la puerta de la casa con los cuerpos a un hilo de distancia. El calor se percibía. Juan Manuel la invitó y tan sólo franquear la entrada, la tomó con fuerza de las trenzas y la acercó hasta su boca. Entre jadeos y movimientos exaltados, se quitaron la ropa. Las manos de Juan Manuel apretaron la carne mestiza de la jovencita. Sus dedos se hundieron sin importarle la huella de las marcas. La excitación era más fuerte. Parecía un animal.

\* \* \*

Las mujeres de la casa estaban reunidas en la sala bajo la atenta mirada de doña Teodora. Cada hija se ocupaba de su bordado y la madre controlaba de tanto en tanto. Pepa subía y bajaba la aguja automáticamente, y cambiaba de color cuando hacía falta, pero su cabeza estaba a cientos de leguas de allí. Intentaba disimularlo y en general le salía bastante bien. Con sus trece años, Dolores ya era una eximia bordadora; Margarita guardaba cama —otra vez—, se sentía fatigada, le costaba respirar y el frío de los inviernos no le hacía nada bien.

La única que estaba allí sentada por obligación era Encarnación. Todas debían participar de las tardes de costura de Teodora, salvo que alguna enfermedad las postrara. Era parte de la buena educación de las futuras damas. Los ojos negros de la muchachita se perdían en el punto cruz y era casi una costumbre que equivocara el color del dibujo o se le enredaran los hilos. Nada le aburría más que participar del conciliábulo femenino de las labores. Sentía que era una pérdida de tiempo. Sin embargo, no podía hacer ningún reclamo, su madre la hubiera tildado de exaltada, o de energúmena. No estaba permitido rebelarse a las normas en casa de los Ezcurra.

Conversaban en voz baja, mientras se dedicaban a la labor. Alguna sacaba un tema, lo desmenuzaban hasta que aparecía otro intempestivamente, y así transcurría la tarde.

—Parece que la Virreina ya desembarcó en Montevideo. Dicen que no se ha podido llevar todas sus cosas con ella —avanzó doña Teodora, con cara de preocupación.

—¿Por qué le dices así? Hace meses que han sido destituidos, ella y su marido, mamita. Que no te escuchen por ahí, puede no caerle en gracia a alguno y encerrarte

—respondió Encarnación y abandonó su bordado.

—En mi casa digo lo que me place. ¿O también aquí estamos rodeados de traidores? M'hijita, somos varios los que creemos en las instituciones, ya verán éstos.

Doña Teodora miró fijo a la jovencita. Cerró con fuerza el chal que le cubría los hombros, un escalofrío la había destemplado.

—A ver, cuéntanos qué noticias tienes, madre, de Inés de Gaztambide —intervino Pepa para calmar las aguas.

—Pues que se llevó todo, salvo la cama matrimonial, que quedó al resguardo de su íntimo amigo don José Santos de Inchaurregui —Teodora estaba al tanto de todo, el dato se lo había facilitado una amiga.

—Lástima que no dejó algunos de sus vestidos. Mamita, a usted le quedarían divinos, ¿no es cierto? —preguntó Dolores, con una sonrisa inocente.

Encarnación miró a su hermana con ojos desorbitados. Le resultaba muy difícil disimular sus emociones.

—Pero por favor, que se lleve todo, ¿cómo se te ocurre pensar que mamita podría ponerse un vestido usado?

—Si tenía cantidad, no creo que repitiera modelos. Tampoco es para que te pongas así, Encarna —las cejas enmarcaron el gesto entristecido.

—No se peleen, niñas. Por favor, lo último que necesito es una riña absurda —doña Teodora se tomó de la sien y cerró los ojos—. ¿Has visto, Pepa, la novedad en lo de Miguel de Azcuénaga?

—¿Qué pasó, mamita? —su corazón se aceleró sin quererlo. Ese nombre le trajo al presente a su amor clandestino. Era uno de los compañeros de Manuel Belgrano.

—Parece que en su casa, frente a la Plaza Mayor, atiende un oficial, un tal Robredo, para juntar las contribuciones a la suscripción patriótica para las expediciones a las provincias interiores. Me lo contó vuestro padre, niñas. Este clima belicoso crece día a día. No van a parar.

El portazo retumbó en toda la casa. El taconeo apurado de unas botas que atravesaban el zaguán interrumpió la charla de las mujeres. Como una tromba salieron de la sala y se toparon con dos cuerpos agitados, manchados de sangre. José María sostenía a Juan Esteban, que casi no podía mantenerse en pie. La cara ensangrentada del marido de Pepa había teñido la camisa de ambos, confundiéndose en una imagen de dolor y ansiedad. La muchacha olvidó en un segundo lo que había escuchado de boca de su madre, corrió y lo tomó de la cara.

—¡Querido mío! ¿Qué ha pasado? —Su hermano intentó separarla.

—Déjalo, Pepa, está malherido.

—¡La desgracia ha llegado a esta casa! —gritó doña Teodora y corrió rumbo al despacho de Juan Ignacio.

Con cuidado, José María sosteniéndolo de un lado y uno de los sirvientes del otro, lo llevaron hasta la cocina para limpiar la herida. Su mujer, Encarnación y Dolores,

detrás. El rostro de Pepa se había transformado en un papiro. Rufina lo notó y la sentó cerca de la ventana que daba al patio. La conmoción le había hecho mella.

—¿Qué pasó, cuñado querido? —Encarnación se hincó al lado de Juan Esteban y le acarició la mano. Estaba de lo más impresionada, era la primera vez que veía la violencia en el cuerpo de un familiar. Sin embargo, pudo dominarse.

Ezcurra intentó sonreír pero la boca se torció en una mueca de dolor. Doña Teodora y su marido entraron a la cocina e intentaron poner orden. Con un trapo empapado en agua tibia y jabón negro, un sirviente empezó a limpiar la sangre de la cara del herido, mientras Rufina colocaba la botella de cognac debajo de la nariz de Pepa.

—Unos milicianos lo interceptaron cerca de la plaza y lo molieron a golpes. La herida de la frente fue con una piedra. Tuvo la fortuna de que yo pasara por la esquina, al ver el forcejeo, pegué el grito y salieron disparados. Al acercarme me di cuenta de quién era —relató José María con las manos en los bolsillos. Su cara denotaba preocupación.

Juan Ignacio caminaba como un león enjaulado. Encarnación frunció el ceño, las cosas no estaban nada bien en su casa y no le gustaba.

—Tatita, no se ponga mal, le va a hacer daño —le imploró.

—Mi niña, ¿cómo quieres que me ponga? Esta ciudad está convulsionada y tengo la sensación de que vamos de mal en peor. No quiero que el espanto entre a esta casa —y le acarició la cabeza.

—Pero si les seguimos la corriente y no confrontamos, tal vez el mal no nos afecte —intentó Encarnación.

—Ay, hijita querida. Eres demasiado joven, además de mujer. No entiendes de estas cosas. La violencia contra los realistas se respira en las calles y puede entrar por las ventanas aunque no nos demos cuenta —y puso la atención en su yerno y su hijo.

Encarnación suspiró y prefirió el silencio. Detestaba que no la tuvieran en cuenta porque era una niña o por cualquier motivo. La exasperaba la falta de atención de sus padres y hermanos mayores cuando quería intervenir en algún asunto de la familia. Cruzó los brazos y escapó lejos de allí con la mente. Ya preguntarían y ella haría silencio de muerte.

\* \* \*

—Ahora le toca a usted, m'hijito. Cada uno a su debido tiempo, como corresponde —doña Agustina le ajustó la chaqueta a Gervasio para que saliera a la calle junto a su padre—. ¡Vamos, Rozas, que el muchachito está listo!

Don León se calzó el sombrero y apuró a su hijo varón. No debían llegar tarde a la tienda de don Indalecio, la expendedora de telas que habían elegido para que Gervasio, ya con once años, diera sus primeros pasos en lo que serían los inicios en el mundo adulto y la adquisición de un bagaje cultural. De ese modo educaban a sus hijos. A Juan Manuel lo habían despachado al campo, Prudencio ya había cumplido

su temporada en la tienda y ahora era el turno de Gervasio. Doña Agustina percibía que el menor de sus varones era el más parecido a su esposo. Mientras que Prudencio era huraño, un jovencito de pocas palabras pero con los pies sobre la tierra, Gervasio era un soñador. Podía quedarse horas fantaseando. También hablaba poco y prefería la soledad. Le gustaba la penumbra, entregarse a sus pensamientos y pasar desapercibido. Fue así que su madre apuró el bautismo de fuego. Le parecía que era mejor que aprendiera de joven cómo relacionarse con el mundo. Sin chistar pero envuelto en una incomodidad suprema, el niño aceptó la orden.

Luego de la presentación, don León se retiró y dejó a su hijo en la tienda. Con la mirada puesta en el piso, se dirigió detrás del mostrador y se ocupó de ir y venir con las telas cada vez que así se lo solicitaban. Parecía que sería un día agitado, sonaba el cencerro cada vez que la puerta se abría y cerraba, y las señoras disponían de todo el tiempo del mundo para elegir, probar y tocar la mercadería. El sonido típico del rasgado de las sedas era como una música para el oído de Gervasio.

—A ver, muchacho, pasa un trapo por el piso, que está lleno de hilachas —le increpó el principal—. Ahora mismo que quedó el salón sin gente. Y en cuanto termines, una barrida en la vereda no vendrá nada mal.

Permaneció inmóvil durante unos segundos, como si una lluvia de hielo lo hubiera congelado. Con fuego en la mirada, hizo caso. Las palabras se le amontonaron en la garganta y la tajearon hasta el dolor. Pero hizo silencio. Terminó la tarea y regresó a la tienda, sin sacar las manos de los bolsillos del pantalón. Pasada una media hora, el principal le reclamó que pasara por la fonda de la otra cuadra para retirar la comida de todos. Ya la tenían preparada, como todos los días, sólo debía pagarla y traerla. Le entregó las monedas y continuó con su tarea. El enfurecimiento empezaba a subirle desde el estómago. En el trayecto fantaseó con todo tipo de planes: desde envenenar la comida de todos, hasta el incendio de la tienda. Sin mediar palabra, le entregó la comida al principal.

—Quédate adelante mientras nosotros comemos. Te dejamos tu plato para después, cuando hayamos terminado —le anunció y en un segundo, él y sus dos asistentes desaparecieron en el fondo.

La cabeza de Gervasio apenas superaba el mostrador. Se paró arriba de un banquito y apoyó sus dos brazos sobre la madera, con la mirada perdida hacia afuera. Estaba enfurecido, no entendía por qué su padre lo había abandonado en ese lugar. Sentía que esos hombres eran monstruos. Tan ensimismado estaba, que ni siquiera se dio cuenta de la clientela que entraba a fisgonear las novedades.

El ruido de pisadas y alguna que otra carcajada, lo volvieron a la realidad. Los dependientes habían terminado de comer y regresaban al puesto de trabajo. Apenas franqueado el marco de la puerta, el principal lo mandó a que lavara los platos.

—Yo no he venido acá para eso —respondió Gervasio como un latigazo, harto de las órdenes.

El hombre lo miró, atónito. No daba crédito a las ínfulas del jovencito. Sin mediar argumento, se dirigió hasta el despacho del patrón y le relató los hechos. A los cinco minutos, Gervasio estaba allí, frente a don Indalecio.

—Amiguito, desde este momento, ya no lo necesito más. Tome sus cosas y mándese a mudar. Yo hablaré con misia Agustina después. Mientras tanto, prontito, a su casa —y le señaló la puerta.

El camino de regreso fue una pesadilla. Gervasio intentaba demorar el paso, no quería llegar y enfrentar lo que se le vendría. Buscaba excusas para detenerse pero cada vez le parecía más absurdo. Llegó a la puerta e intentó todo tipo de estratagemas para silenciar el chirrido de los goznes. Fue imposible. En puntillas atravesó el zaguán, pero la desgracia estaba de su lado. Con la imponentia de siempre, su madre le chistó. No podía hacerse el sordo. Giró y la enfrentó. Doña Agustina se cruzó de brazos y esperó explicaciones. Lleno de turbación, el hijo le relató lo que había sucedido. Sin decir nada, la madre se colocó un abrigo y partió. El corazón del niño estaba al borde de la explosión. Era mucho peor que su madre no dijera nada. Tenía terror. No sentía las piernas, como si se las hubieran cortado. Ni fuerzas para escapar tuvo. Se dirigió a su recámara sintiéndose un insecto.

A la media hora, la puerta volvió a abrirse pero esta vez con un invitado. Doña Agustina entró a la sala, acompañada por el dueño de la tienda.

—Llamen a Gervasio —le ordenó a uno de los sirvientes.

Como una flecha, el sirviente partió a la busca del irreverente. Con la cabeza gacha, el niño entró a la sala y enfrentó a los adultos. Agustina lo tomó de una oreja y tiró.

—Hínquese usted y pídale perdón al señor —dijo y lo obligó a arrodillarse—. ¿Lo perdona usted?

—Pero cómo no, mi señora doña Agustina —respondió al instante don Indalecio, con un poco de incomodidad.

—Bueno, pues caballero, con que tengamos la fiesta en paz. Y vuelva a la tienda con el señor, que hará de usted un hombre. Pero ahora, mi amigo, yo le pido, como un favor, que le haga hacer otras cosas a mi niño. —Abrazó a su hijo y le dio la mano al tendero—. Ábranle la puerta, todo solucionado.

El sirviente le indicó el camino de vuelta. Don Indalecio giró para seguir a Gervasio, que había tomado la delantera. Doña Agustina lo detuvo, se acercó al oído y le susurró: «Que limpie las bacinillas».

## CAPÍTULO IV

Hacía horas que cabalgaba pero el cuerpo no se lo demostraba. Juan Manuel regresaba, al fin, a la casa de Buenos Aires como un hijo pródigo. Dejaba gauchos, peones, capataces y varias chinas en Rincón de López, sin saber qué le depararía el futuro. No había hecho planes, sólo pensaba en los tiempos que quedaban atrás.

Afiló el oído y supo que entraba a la civilización. El sonido de los cascos contra la tierra alisada de la ciudad era diferente al que lo había acompañado durante el viaje. Habían pasado casi dos años desde que había partido, tanto y tan poco. Le costó reconocer la ciudad a pesar de que nada había cambiado demasiado. Tal vez fuera él quien se había transformado.

Faltaba poco para la penumbra. Cabalgó de memoria hasta la puerta de su casa y desensilló. Había puesto en aviso a su familia acerca del día de llegada, suponía que estarían esperándolo. No necesitó golpear, a pocos pasos de la puerta, ésta se abrió de par en par y su padre, junto a dos criados, salieron a recibirlo. Don León no esperó y se fundió en un abrazo con su hijo.

—¡Tatita, qué alegría verlo! —exclamó y su cara se llenó de felicidad—. Pero venga, entremos, no hagamos la fiesta en la calle.

Los criados se encargaron de las alforjas y ellos pasaron hacia adentro de la casa. Juan Manuel quedó boquiabierto. Doña Agustina había organizado una bienvenida y el inmenso salón estaba preparado para la ocasión. La araña central iluminaba con sus decenas de velas, mientras que otra buena cantidad de fanales hacían lo suyo. Antes de cruzar el umbral, su madre le dio dos besos y lo miró de arriba abajo.

—Déjame mirarte, Juan Manuel, pareces otro —mientras lo sostenía de los brazos—, el sol te ha pintado la piel y el pelo. Mírate esos rizos dorados contra el cuero, y los ojos más azules que nunca.

Y se lo repitió a su marido, como para afirmar la belleza de la descendencia y compartir el orgullo de tener ese hijo, que para ella era casi una deidad.

—Pero si hay gente, debería cambiarme. Vengo lleno de polvo de los caminos.

Y sin esperar respuesta apuró el paso hacia sus aposentos, con su madre detrás. Ella se había encargado de comprarle ropas nuevas. Se quitó la camisa sucia y ella le entregó la nueva, bien almidonada. Se cepilló la pelambre y regresaron al salón. El griterío se hizo escuchar apenas entró. No sólo sus hermanos se acercaron a saludarlo, los demás invitados fueron a abrazarlo y las damitas que andaban por ahí no ensayaron ningún disimulo y lo arrasaron con la mirada. Esa combinación de hombría salvaje perturbó a más de una.

Se sentaron a la mesa y la servidumbre sirvió la comida. Los ojos de Juan Manuel brillaban por demás. Su madre le había preparado sus platos favoritos: guiso de garbanzos y mollejas asadas.

—Gracias, madre. Hace siglos que no como algo decente. En Rincón no pasé hambre pero nadie me mimaba como usted —dijo zalamero.

—A mí no me mienta, m'hijo, que bien que lo habrán alimentado por allá —y sonrió, dando pie a una carcajada generalizada.

Le preguntaron por la vida en el campo. Juan Manuel habló, habló y habló: las beldades de la vida en la Naturaleza, el trabajo en la tierra, las necesidades de los hombres que vivían en el descampado. Algunos de los comensales tenían verdadero interés por lo que decía; las muchachas, en cambio, ponían cara de aprobación sólo para que la noche durara para siempre y ellas pudieran disfrutar del joven Ortiz de Rozas.

Finalizado el postre, se levantaron y ocuparon los sillones de tapiz morado que decoraban la sala. Algunos probaron el cognac que habían recibido hacía algunas semanas. A pesar de la guerra, los comerciantes ingleses se las ingeniaban para hacer llegar esos lujos, muchas veces producto de la acción de sus corsarios.

—Bueno, basta de ser el orador de la noche. A ver, padre, cuénteme un poco cómo andan las cosas por aquí —increpó Juan Manuel.

—Qué te voy a contar, m'hijo. Ya no nos gobierna aquella Junta, desde el 22 de septiembre tenemos una nueva forma de gobierno. Hoy nos mandan Feliciano Chiclana, Juan José Paso y Manuel de Sarratea, un Triunvirato que le dicen. Pero es un problema tras otro, ya sabes, las ansias de poder...

—Dicen que necesitan concentrar la autoridad para proceder con fiereza y celeridad. Nada me interesa menos que estas disyuntivas. Si hay algo que no tienen estos hombres, es inteligencia, ¿no es así, Rozas? —intervino Agustina, con cara de desprecio.

Entre los invitados estaba Felipe Ezcurra, el festejante de Gregoria, quien, de tanto en tanto, era convidado a la casa para el cortejo, siempre y cuando la muchacha estuviera bien custodiada por doña Agustina o una de las tantas sirvientas. No había llegado a hacerle ninguna pregunta al hermano de su novia, pero sentía curiosidad.

—La Junta sigue existiendo pero transformada en Junta de Conservación de los Derechos de Fernando VII. Acaba de sancionar un reglamento constitucional —dijo el joven Ezcurra.

—¿Así que permanece la fuerza española, por lo que veo? —preguntó Juan Manuel, y agregó—: Bienvenido a casa, Felipe.

Intercambiaron sonrisas de caballeros y volvieron a la discusión.

—Qué iluso, mi querido. Se nota que vienes con la cabeza distraída de otro lado. La mayoría de los realistas han tenido que escapar como ratas. ¿Puedes creer? De esta ciudad que ha sido como suya. La ingratitud es pasmosa —Agustina sacudía su abanico con fruición.

—En mi casa ha sucedido eso, precisamente. El marido de mi hermana Pepa ha tenido que volver a España. Su vida corría peligro, es más, mi hermano lo salvó de que lo mataran a golpes —agregó Felipe con consternación.



—¡No ves, Rozas! Estos canallas nos llevarán por mal camino, ya verás —gimió su mujer.

La noche continuó su rumbo, hasta que se hizo demasiado tarde para seguir con la reunión. De a poco se fueron retirando, y Juan Manuel quedó a solas con sus padres. Doña Agustina lo quería un rato para ella, sin intermediarios ni interrupciones ansiosas. No necesitaba escucharlo, con verlo le era suficiente. Lo conocía de memoria.

—¿Cómo te sientes, hijo? —preguntó.

—Contento de estar de regreso. Ojalá la ciudad fuera como esta casa. Sólo hace falta ingresar, para darme cuenta de la fuerza poco común de este lugar. Hace unas horas que estoy en Buenos Aires, pero por lo que vi y escuché, en la ciudad reinaba ambición desmedida y una avidez desatada. ¿Estoy equivocado, madre? —dijo ya en el umbral de su recámara.

Agustina lo observó con detenimiento. A veces le daba miedo que fuera tan preciso en sus especulaciones.

—Ruego a Dios que te equivoques —y le acarició la mejilla.

\* \* \*

Encarnación y sus hermanas menores ocupaban el primer patio de la casa desde hacía varias horas. Sus padres habían salido temprano y ella había tomado la posta en el cuidado de las niñas. Preferían quedarse con ella que con cualquiera de las criadas. Los juegos que proponía siempre les resultaban más divertidos. Era evidente que la miraban con la admiración típica de la edad. La misma que ella había sentido hacia Pepa cuando ella era pequeña y su hermana, bastante mayor.

Hacía rato que jugaban al gallito ciego. Dolores, Juana, Petrona y María corrían y chillaban como locas, mientras que Encarnación, distendida, reía a la par. Las niñas se tomaban el juego en serio y competían con fiereza.

—¡No seas tramposa, Dolores! No muevas la venda, ¡estás espiando! —le gritó Petrona—. Encarna, dile algo.

—A ver, señoritas, si empezamos a complicar todo, me voy y no juego más —las retó la mayor.

Las menores —Juana de once años, Petrona de nueve y María de siete— seguían las reglas al pie de la letra. No habían aprendido todavía a disponer de las triquiñuelas más o menos inocentes de los juegos. Dolores, en cambio, a sus catorce años, ya estaba bien avispada. Se sentía superior a las demás y a veces las peleas eran brutales. Pero como todas sabían que si hacían enojar a Encarnación el juego se terminaba en el acto, intentaban portarse bien. No siempre salía como pretendían.

—Ahora le toca a Encarna ser el gallito ciego —gritó María mientras zapateaba demostrando su excitación—. Y yo quiero atarle el pañuelo.

El griterío subía de tono y el patio se transformó en un pandemonio. Nadie se oía y todas hablaban al mismo tiempo. Era la típica escena en lo de los Ezcurra, cuando

los padres no estaban allí para imponer cierto orden. Encarnación intentó calmar la desmesura de las niñas pero no era trabajo fácil. De repente, vio una sombra que pasaba por el umbral de la puerta de entrada al patio, que creyó reconocer. Le entregó la venda a Juana y le pidió unos minutos. Salió como una flecha y confirmó lo que suponía. Pepa intentaba pasar desapercibida camino a su recámara.

Encarnación tocó la puerta y entró sin aguardar respuesta. Su hermana mayor estaba sentada frente al espejo del tocador, simulando una mirada concentrada.

—No me evites, Pepa, basta. Me preocupas, no estás bien.

Y arrió una banqueta hacia donde estaba su hermana, dándole la espalda y mirándola por el reflejo que daba el espejo.

—Te des vuelta o no, me vas a escuchar. Tienes que terminar con toda esa locura de Manuel. Hazme caso, por favor.

Encarnación esperó, Pepa cambió de posición y se puso frente a su hermana. Su rostro denotaba furia intempestiva pero las dudas también se dejaban ver. Sentía un remolino dentro y no sabía cómo aplacarlo. Hacía unas semanas le había confiado, con total alegría, que mantenía un romance secreto con Manuel Belgrano. Había vuelto a vivir, se sentía plena otra vez, una mujer llena de sensaciones. Encarnación la había apoyado, la había instado a que confiara en ella, pero no estaba de acuerdo con lo que estaba haciendo.

—No tienes idea de lo que estás diciendo. Hace años que te digo que eres muy niña para opinar.

—¿Pero de qué hablas, Pepa? Tengo dieciséis años, soy una mujer hecha y derecha.

—No me hagas reír. Mujer serás cuando un hombre te convierta en tal. Todavía no eres nada. Pensaba lo mismo cuando era una niña, y ya ves, recién ahora puedo decirte lo que es ser una mujer —respondió Pepa envalentonada.

Los ojos renegridos de Encarnación parecían carbones encendidos.

—Es increíble escuchar estas palabras de tu boca, Pepa. Es una deshonra para la familia, pero sobre todo para ti, mujer. Ese hombre te llevará al mismo infierno, no te quiere, no te respeta, sólo quiere calmar su fuego —dijo Encarnación casi sin pensar.

—¿Y mi fuego? ¿Crees que estoy hecha de hielo? Te repito, niña. Cuando crezcas un poco, sabrás de qué hablo, de las ansias que corroen nuestro cuerpo. Y no te permito que hables así de Manuel. Me adora y yo lo venero. Soy capaz de matarme por él. Quiero ver si algún día sientes algo así por nadie. Cuán infeliz serás si no tienes la fortuna de vivir un inmenso amor como el mío.

—Me subestimas, Pepa, cuánta lástima me da. Te lo digo por tu bien, no puedo ser una hipócrita, sólo pretendo protegerte. Además, ya sé que mamita lo sabe. Escuché detrás de la puerta cuando te lo dijo.

—¡Eres una fisgona, Encarna! Estoy harta de todos ustedes, de esta casa, de que me juzguen —gritó Pepa, con lágrimas en los ojos.

—No es de buena mujer transformarse en la amante de nadie. Tú eres mucho más que eso, hermana querida. Te bastardeas hasta el fondo de lo que cualquier persona puede hacer.

—¡Dilo de una vez, no vengas con eufemismos, que no te queda bien! Puta quieres decir, ¿no es cierto? —increpó con la cara completamente desencajada.

—¡Pues sí, Pepa, te has convertido en una puta y ni siquiera estás a la altura! Tienes un marido, aunque no esté en la ciudad. Le debes respeto, ha sido bueno contigo y tú...

—¿Yo qué? Ni te atrevas a hablar de Juan Esteban. Está lejos y yo estoy aquí, viva. Estaba muerta, Encarnación.

—No quiero que esto mate a nuestro padre. Te lo ruego, no sólo hay que ser, hay que parecer. Eso nos enseñó nuestra madre y debemos cumplir. —Se incorporó y apoyó una mano sobre el hombro de Pepa—. Tu familia no es tu enemiga. Es más, somos los únicos que te queremos en serio. Lo demás no existe.

Pepa intentó una sonrisa conciliadora pero la congoja terminó por desfigurarle el rostro. Encarnación suspiró y salió de la recámara cerrando la puerta detrás de sí. Regresó al patio y sus hermanas gritaron de alegría. Le entregaron la venda, como si no hubiera pasado nada, ahora le tocaba a ella y debía cumplir las reglas del juego pero tenía la cabeza en otro lado. El dolor del amor no correspondido, el calor del cuerpo, el romance de un hombre y una mujer y el eterno desencuentro, la familia, la sangre y el deber. Se tapó los ojos con la venda, ajustó el nudo bien fuerte. No quería ver nada, necesitaba tapar lo que estaba por delante.

\* \* \*

Finalizada la misa de 10, la familia Ezcurra se había dividido en dos para regresar a la casa. Pepa, Margarita y José María habían quedado a cargo de las menores pues debían hacer una escala previa, mientras que doña Teodora y su marido caminaban las cuadras de la iglesia hasta su residencia junto a Felipe y Encarnación.

—Lo bien que hemos hecho en mandar bien lejos a ese disoluto de Belgrano. Ya sé que es cuento viejo, pero todos los días llegan noticias nuevas de la ofensa permanente de ese sujeto para con nuestra gente —dijo Ezcurra y hundió toda su fuerza en el bastón que llevaba en su mano izquierda.

Encarnación no pudo evitarlo e intercambió miradas con su madre. Rogaba que los latidos de su corazón no se escucharan en toda la cuadra.

—¿Y a qué viene la repentina aparición de ese hombre? —preguntó su esposa con desconfianza.

—Parece que el imprudente anduvo por ahí con colores prohibidos especialmente por el gobierno. Pero como cree tener el poder de hacer y deshacer a su antojo, flameó una bandera celeste y blanca en las barrancas del Paraná. Tengo entendido que esta vez le saldrá demasiado caro —anunció con una sonrisa socarrona.

El aire se cortaba con navaja. A pesar de que su hija se había casado con otro hombre y elegido por él precisamente, el asunto del acercamiento y romance con Manuel Belgrano le había calado hondo. Habían pasado algunos años pero en cuanto podía, Ezcurra lo destrozaba. Hasta se había olvidado de por qué lo detestaba; sin embargo, el odio seguía intacto.

Teodora y Encarnación sabían la verdad, cada una por su lado. No habían hablado del amorío de Pepa con Belgrano, pero las miradas decían mucho más que las palabras. La madre porque no quería que eso llegara a oídos de su marido, y la hermana porque de algún modo pretendía resguardarla.

—¿No necesitamos hacer alguna compra para la comida de hoy, mamita? —preguntó Encarnación, intentando distraer a su padre.

Doña Teodora entendió al instante y dio comienzo a una larga lista de ingredientes para ella fundamentales, pero que podían esperar. Entre la madre y la hija intercambiaron comentarios para evitar la diatriba que ansiaba lanzar Juan Ignacio. Los varones suspiraron con hastío y dejaron que las mujeres siguieran con lo suyo. Habrían preferido continuar con temas menos femeninos, con los asuntos que desvelaban a la ciudad: las legiones que el Triunvirato había enviado a las provincias, las intenciones de reducir a los peninsulares siempre observados con encono mortal, y la protección de sus negocios, tema caro por demás para la familia.

En sentido contrario y aún en la otra cuadra, se acercaban Juan Manuel y su amigo y tocayo Juan Manuel Bayá, recién regresado de un largo viaje por algunas ciudades de Europa. Era algunos años mayor que el hijo de León y Agustina, y ya un hombre de negocios establecido a pesar de su juventud. La conversación entre ambos era animada y en voz bien alta. Bayá era un joven seguro, pagado de sí mismo, siempre dispuesto a las chanzas y con ansias de líder. Se había reencontrado con su amigo y habían logrado una relación de gran afinidad. Juntos concurrían a las tertulias, al teatro y a cuanto divertimento los sedujera. Juan Manuel era como un juguete nuevo para la sociedad porteña y Bayá, el perfecto intermediario.

Los Ezcurra iban ensimismados en sus cosas, cuando los dos vozarrones desconocidos se entrometieron en su charla. Miraron hacia adelante con cara de pocos amigos y allí, frente a frente, se toparon con los jóvenes.

—Pero estuvimos a punto de llamarlos al orden, Juan Manuel, ¿cómo andas? —saludó Felipe al reconocerlos, sonriente—. Venían a los gritos.

—Nos dejamos llevar y olvidamos que estábamos en la calle —respondió Ortiz de Rozas—. Les pido disculpas, señoras.

Le inclinó la cabeza a doña Teodora y detuvo la mirada en Encarnación durante unos segundos.

—Lo grande que estás, no lo puedo creer. En fin, lo grandes que estamos —la sonrisa le achinó el mirar.

—¿Cómo estás Juan Manuel, tanto tiempo? Sí, el tiempo pasa para todos —Encarnación no tuvo pruritos y le asestó sus ojos negros encendidos.

—Para algunos pasa para mal; para otros, en cambio, para bien. Demasiado bien —atinó el muchacho, sin pensar demasiado que había testigos a su alrededor.

El cambio de saludos, la conversación superficial fue y vino mientras fue necesario. Juan Manuel cambió de interlocutor y lo instó al joven Ezcurra a que volviera a su casa. Parecía que el cortejo entre Felipe y Gregoria iba lento. De cualquier modo, eran los tiempos correctos para el noviazgo entre un joven y una dama. Bayá prometió una pronta visita, hubo reparto de saludos y la despedida.

Unos para un lado, los otros para el otro, cada cual siguió su camino. Teodora retomó el tema y en un segundo su marido se unió a la conversación. Encarnación sólo escuchaba unas palabras que retumbaban en su cabeza, no tenía ni la más remota idea de lo que hablaban a su lado. Sólo pensaba en Juan Manuel. El corazón le había dado un vuelco. Apenas lo había escuchado hablar, pero había sido más que suficiente. Ese hombre la había hecho trastabillar. Recordó aquella vez, hacía años, en la fiesta de Mariquita, y sus formas casi infantiles. Ya era un hombre. La forma de mirarla, esas manos. En pocos segundos lo había observado de arriba abajo. Guardaba en su cabeza cada detalle de su cuerpo. De repente, sintió un sacudón en el brazo. Era su madre que la llamaba.

—¿Estás sorda, mi querida? Hablo y nadie me responde. Estupendo el joven Ortiz de Rozas, ¿no es cierto?

—Creo que sí, mamita. No me fijé demasiado —mintió Encarnación.

—Es hora de que empieces a fijarte, m'hija.

Ya se habían alejado bastante. La joven giró su cabeza lentamente. Necesitaba ver a Juan Manuel de espaldas. En ese preciso instante, él hizo lo mismo. Cruzaron miradas, una azul, intensa y feroz, la otra negra y encendida. Y sonrieron con complicidad.

## CAPÍTULO V

Habían pasado casi dos años de aquel 25 de mayo en el que se había derrocado al virrey de turno. Aquella furia inicial para con los peninsulares parecía ya más una mala puesta en escena con actores que no se aprendían la letra, que algo real. El Triunvirato daba órdenes pero en las calles todos se miraban de reojo. Nadie exponía sus convicciones, no se sabía si las tenían o no. El miedo a la traición sobrevolaba la ciudad. Los vecinos observaban con desconfianza a los godos, aunque el gobierno mantuviera una política de aparente fidelidad al rey Fernando VII. Sin embargo, nada era tan tajante y evidente. Los que decidían el destino del territorio oscilaban entre sucumbir a la obediencia al trono hispano o sostener la marcha hacia la independencia de las Provincias Unidas. En abril, Juan José Paso se retiró del Triunvirato para ceder su lugar a Juan Martín de Pueyrredón.

El 9 de marzo, la fragata inglesa *George Canning* anclaba en la orilla rioplatense con varios hombres a bordo. Bajo el liderazgo de Carlos de Alvear y de un desconocido militar que traía de Europa fama de valiente, José de San Martín, creaban una sociedad secreta que luego se transformaría en la Logia Lautaro. A puertas cerradas, pergeñaban nuevos impulsos para la Revolución. Mientras ellos y varios más discutían el futuro a seguir, la ciudadanía inocente continuaba con su día a día. Desconocían lo que se cocinaba en los encierros del poder. Algunos porque preferían no saber, otros porque sacaban rédito de la ignorancia.

No era obligatorio ser militar o conocer las realidades de la vida castrense para asumir responsabilidades. Los patriotas querían defender el territorio con ideas y también a capa y espada. Si había alguien que no tenía vocación militar era Manuel Belgrano. Sin embargo, al abogado jamás se le ocurrió deponer las armas. Asumió las órdenes y montó a caballo con un regimiento a su mando. Se dirigió hacia las provincias del norte con el solo designio de defender la causa: liberar el territorio del yugo realista. Y no era el único. Muchos más se sumaron a la euforia colectiva. Eso sí, en la ciudad de Buenos Aires las ansias frenéticas no eran tales. El frenesí se instalaba en otros ámbitos. Se discutía a puertas cerradas mientras en las provincias el cuerpo lo ponían otros.

Algunas familias prescindían de estos hechos, hacían oídos sordos o sólo atendían aquello que influía en sus cotidianidades. Los Ortiz de Rozas preferían no involucrarse en menesteres políticos. Los campos y la fortuna acumulada no se veían afectados por decisiones intempestivas de los patriotas. Casi en silencio y pasando desapercibidos —todo lo que doña Agustina y su linaje estaban dispuestos a conceder— mantenían sus costumbres sin alteración alguna. Intentaban por todos los medios que su casa no se llenara de revolucionarios o disputas políticas. Esas cosas se deliberaban en otros ámbitos, no en el hogar. Y la voz de Agustina López Osornio se hacía escuchar, de eso no cabían dudas.

No sucedía lo mismo entre los Ezcurra. Si bien los amores y odios, las defensas y agravios parecían calcados de las de los Ortiz de Rozas, las consecuencias del derrotero libertario se les hacían evidentes. El marido de la mayor, Pepa, había escapado de una muerte violenta y logrado huir rumbo a su tierra natal. El clima de la casa no era de lo mejor; el *pater familiae* dictaba los humores generalizados. No sabía de estrategias, desconocía lo que era callar para evitar derrumbes. Y a veces se exponía demasiado.

Sólo bastaba observar a cada familia para entender cómo habían crecido sus vástagos. La apropiación y seguridad de clase en una, y la furia por defender lo que habían adquirido, en la otra.

\* \* \*

—Algo de trabajo en la tienda no le vendrá mal a nuestro hijo, ¿no crees, Rozas? — Agustina estaba en la recámara de las niñas, separando alguna ropa en desuso para repartir entre los indigentes de extramuros.

León la seguía con la mirada, su mujer era incansable. Él hacía la mitad y terminaba agotado. La energía de Agustina era arrolladora.

—Tengo un marido mudo, qué desgraciada soy —anunció la señora de la casa mientras metía una pila de camisitas que a la pequeña Dominga ya no le entraban en la canasta—. ¿Alguien me responderá en esta casa?

—Pero si Prudencio ya hizo su temporada, mujer, ¿o has perdido la memoria? — León negó con la cabeza y se cruzó de piernas.

—¿Y quién habla de ese niño? Hablo del mayor, mi querido, de Juan Manuel —y detuvo los quehaceres para clavarle los ojos.

Don León lanzó una carcajada. Nunca hubiera imaginado que el elegido para la faena de la tienda pudiera ser Juan Manuel, le parecía que ya estaba un poco grande para esas cuestiones, que empezaba a separarse del cordón parental. Acababa de cumplir diecinueve años, ya estaba en edad de valerse por sí solo.

—Temo que sea algo tarde —dijo León en voz baja.

—Pues tú y yo somos los padres de ese muchachito, y las órdenes en esta casa las damos nosotros —y Agustina levantó un hombro con arrogancia—. Me parece que no se dedica a nada, no le sentará de más un poco de rigor. Llegó del campo y lo único que hizo fue salir de noche y dedicarse al ocio durante el día. No me parece bien.

—Sabrás mejor que yo, entonces. No sé para qué me preguntas si ya lo tienes todo decidido —señaló León, entregado.

—Tienes razón, Rozas. Sabes que esto lo hago por su bien, sólo quiero que mis hijos sean hombres de buena moral —terminó de hablar y suspiró, también había concluido el orden de la ropa.

Salieron juntos de la recámara y León se dirigió hacia su despacho. Con paso lento, su esposa lo vio retirarse. Como siempre, adujo cosas que hacer. A Agustina no

se le ocurría preguntarle cuáles eran esos asuntos que lo urgían. No le interesaba. Las horas que León pasaba encerrado dentro de su despacho eran un misterio insondable para ella. Caminó hasta los aposentos de Juan Manuel, y sin golpear, entró. Silbando bajito, el joven escribía una carta.

—Madre, ¿cómo interrumpes así sin pedir permiso?

—M'hijo, sabía que no molestaría. Ven, larga esa pluma y escucha.

Juan Manuel exhaló con fastidio, dio vuelta la silla y atendió a su madre. Era imposible hacer oídos sordos con doña Agustina.

—Ponte la chaqueta que harás unos meses de tienda —dijo con los brazos en jarras.

—¿Qué dice? ¿De qué tienda habla? No tengo tiempo para esos asuntos, madre —los ojos de Juan Manuel parecían salirse de las órbitas—. Además, no estoy en edad.

—Usted está a tiempo, m'hijito. Es soltero, vive en esta casa y aún no cumplió los veinte. Todavía está bajo mi jurisdicción.

Ensayó una sonrisa, más de compromiso que otra cosa, y asintió con la cabeza. Se calzó la casaca, se puso el sombrero y salió a la calle. Su madre no necesitaba ampliar la orden. Sabía a la perfección adónde debía ir. Toda la prole Ortiz de Rozas conocía las costumbres impuestas por sus padres. Y era muy difícil contrariarlas. Aunque los varones eran la debilidad de Agustina, el rigor que les imponía era feroz. Por momentos parecía castrense. Había salido adelante sola desde muy jovencita y quería esa misma educación para su prole. No toleraba el trato suave que le proveían algunos padres a sus hijos. Era algo que no había conocido. Tras la temprana muerte de sus progenitores se había transformado en madre de sus hermanos a los quince años, y eso la había transformado en una muchacha dura.

Transcurrieron varias horas, y la casa de la calle Santa Lucía parecía como detenida en el tiempo. Cada habitación mantenía su puerta cerrada y lo que sucedía adentro sólo lo sabía quien la ocupaba. El sonido del hogar rumiaba en un sinfín. El crepúsculo avisó de su llegada y la servidumbre comenzó a encender las velas. Hasta que, de repente, la puerta tronó con estrépito. Doña Agustina se asomó al zaguán y pareció revivir la misma escena que ya había vivido. El mismo tendero, pero esta vez con Juan Manuel a su lado, llegaba a su casa para denunciar la misma desobediencia de la que había sido protagonista su hijo Gervasio. Pero esta vez el mayor. Y como era de esperar, Agustina le gritó que se hincara y pidiera perdón. Juan Manuel no era Gervasio ni mucho menos. Con fuego en los ojos, se negó rotundamente. Fue tal la furia que dominó la sala, que el propietario de la tienda prefirió retirarse sin más palabras. Con paso lento pero decidido, Agustina se acercó a su hijo. Cuando lo tuvo frente a frente, apretó la mandíbula y lo tomó del brazo. Le clavó las uñas hasta traspasar el lino de la camisa. La fuerza fue tal que también atravesó la carne y la sangre tiñó el blanco. Lo empujó y sin soltarlo, lo llevó al cuarto. Y habló bajo, bien bajo. Tan bajo que metió miedo.



—¿Crees que me intimidan tus añitos? Pues cuán equivocado estás, insolente. Ahí estarás, a pan y agua hasta que me obedezcas.

Cerró la puerta con llave y se fue. Juan Manuel no emitió palabra. Se quedó en ese silencio de páramo. Pasaron las horas pero el tiempo parecía muerto dentro de la recámara. Afuera, la familia continuaba con su vida: se sentaban a la mesa para comer, luego los preparativos para la cama. En cambio, nada sucedía puertas adentro de la habitación. Ni un sonido, ni un movimiento, o tal vez eso parecía. La mente de Juan Manuel trabajaba a una velocidad inusitada. El cuerpo permanecía quieto mientras las ideas se sucedían una detrás de la otra. Le incomodaba el encierro, lo enfurecía. Años atrás había incendiado su cuarto a raíz de lo mismo. Ese castigo lo llevaba a cometer cualquier cosa. ¿Repetiría la acción? ¿Así se rebelaría? Con la mirada perdida y los brazos cruzados, mantenía una concentración a prueba de balas. Tras varias horas de reflexión, tomó una decisión. No se quedaría más en esa casa. No se merecía eso. Ya no.

Poco antes de que los pájaros anunciaran el alba y envuelto en un silencio casi mortal, Juan Manuel introdujo su faca dentro de la cerradura. Trabajó con cuidado hasta que la falseó. Tomó un lápiz y escribió unas palabras sobre un papel. Se desvistió y sólo se dejó puesto el fino calzón de algodón. Sigiloso, abrió la puerta y recorrió los pasillos de la casa. Depositó la nota sobre la mesita redonda estilo imperio de la sala. Así, casi desnudo, salió a la calle sin darle importancia al frío del alba. Lo había decidido, se iba a lo de sus primos, los Anchorena.

*Dejo todo lo que no es mío,*

*Juan Manuel de Rosas*

Así anunciaba su exilio, sin nada que lo relacionara con su familia, incluso cambiando su apellido.

\* \* \*

Encarnación rondaba a su hermano, incansable como una mosca, evidente, sin el mínimo pudor en su insistencia. Felipe lustraba sus botas en la cocina. Con sumo cuidado frotaba un trapo de lana sobre el cuero negro. Prefería hacerlo él mismo que consignarle la tarea a alguno de los domésticos. Sólo él dejaba sus zapatos en excelsas condiciones. No le gustaba visitar a su festejada con las botas descuidadas.

La muchachita terminó con las vueltas y acomodó una silla al lado de la de su hermano. Tomó el cajón donde guardaban los implementos del lustre y los revolvió una y otra vez.

—¿Pero qué haces, Encarna? ¿Puedes quedarte tranquila? Estás insoportable, ¿no tienes otra cosa que hacer?

—Te quiero ayudar —se excusó—. Permíteme una, ya verás como te la dejo más brillante que nunca.

No sabía cómo empezar a hablar de lo único que le interesaba: Juan Manuel. Y tampoco quería ser demasiado obvia. No le gustaba contar sus cosas, mucho menos si el asunto tenía que ver con cuitas del corazón. Prefería mantener sus sentimientos en la privacidad de su mente. Había tomado valor para lanzar la pregunta, cuando doña Teodora entró a la cocina.

—Hace rato que te busco, m'hija. Tu habitación es un desorden, sobre la cama han dejado ropa planchada y no me gusta verla fuera de lugar. ¿Cuántas veces tengo que repetir las cosas, Encarnación?

—Ay, mamita, es verdad. Ahora en un rato le ordeno toda la casa.

—Nadie te pide tanto. Sólo tu recámara, querida —y Teodora reparó en el gesto de ansiedad de su hija—. ¿Pasa algo?

—No, vine a ayudar a Felipe, nada más. Terminó aquí y acomodó mi cuarto, mamita —y la abrazó con fuerza, quería esconder su cara.

—Bueno, bueno, cuánta efusividad, niña —dijo la madre y le respondió el gesto—. Apura con esto que te espero en tu habitación.

Doña Teodora dio media vuelta y partió de la cocina repleta de dudas. No era común que su hija le demostrara tanto cariño. En algo andaba, ya averiguaría qué.

—¿Te preparas para ir a lo de Ortiz de Rozas? —le preguntó Encarnación a su hermano con una sonrisa embustera. De ese modo disimuló la tensión que sentía.

—Sí, Encarna. Estoy un poco apurado, no quiero llegar tarde —Felipe se secó el sudor de la frente con el brazo.

—Pero es miércoles, no es el día de la tertulia.

Doña Agustina recibía los lunes en su casa. Ése era el día pactado en el que se llenaba de invitados el gran salón de los Ortiz de Rozas.

—¿Y eso qué tiene que ver? Voy de visita para ver a Gregoria, Encarna —Felipe empezaba a fastidiarse—. ¿Qué pasa, niña?

—Es que tuve una excelente idea, Felipe. ¿Te puedo acompañar?

El muchacho lanzó una carcajada. Le causó gracia el atrevimiento de su hermana.

—Yo no necesito chaperona, hermanita querida. Gregoria estará bien custodiada en su casa, no hace falta que vengas —y la toreó con la mirada.

—Tal vez haya alguien en esa casa que pueda conversarme —la jovencita decía poco con las palabras pero mucho con los ojos.

—Prudencio tiene doce años, ¿no es demasiado pequeño para ti?

—Eres malo, Felipillo —sonrió y se puso colorada—. Hablaba de Juan Manuel.

—Ni lo nombres, Encarna. Se fue de la casa y sus padres están indignados. Me enteré porque me contó Gregoria, las relaciones no están nada bien. Se mudó a lo de Romana Josefa López de Anaya, la viuda de Anchorena. Parece que doña Agustina no pasa siquiera cerca del Convento de la Merced, ahí enfrente queda la casa. No quiere ni verlo. Está furiosa.

Encarnación dejó de pestañear y la boca se le abrió por completo. Estaba azorada, no podía creer lo que escuchaba. Había planeado acompañar a su hermano para poder

acercarse a Juan Manuel y ahora veía que todo se le derrumbaba.

—¿Pero tú también debes enojarte con él? ¿Por qué no le convidas a una tarde de mate y pasteles aquí en casa, como si fuera cosa tuya? —jugada por jugada, intentó todo.

Felipe la miró fijo, no sabía si le parecía del todo bien que su hermana sucumbiera bajo el influjo de Juan Manuel. Se transformaba en una más de la extensa lista de enamoradas. Y tampoco sabía si Encarnación era como la mayoría de las jóvenes: intensas e insoportables y siempre entregadas a la seducción del varón. Sin embargo, le podía dar una oportunidad.

—Está bien, no te prometo nada pero lo intentaré. Mejor dejo afuera de todo esto a Gregoria, no quiero que me traiga una disputa con ella.

Encarnación se arrojó a los brazos de su hermano y lo apretó con fuerza. Taconeó con alegría y le agregó una suelta de aplausos cortos. Hacía rato que no se mostraba de ese modo. Felipe sonrió y se levantó con las botas listas. Como una saeta, la joven salió rumbo a su cuarto.

\* \* \*

A los dos días de su promesa, Felipe recibió en su casa, como si hubiera sido pura y exclusivamente una idea suya, la visita de Juan Manuel y su amigo tocayo, Bayá. Había puesto sobre aviso a su madre, quien había aceptado gustosa. A Teodora le gustaban los Ortiz de Rozas, a pesar de que a veces Agustina se mostrara distante, como si fuera de otro mundo, alejada de la Tierra. Sentía que la miraba desde arriba y ella no era la única que tenía esa percepción.

Cerca de las seis de la tarde, los muchachos tocaron a la puerta y fueron recibidos por Eusebio, el esclavo más hilarante de la casa. Hacía bromas, en general hablaba de más pero ya nadie le llevaba el apunte, se habían acostumbrado a su estilo. En la sala ya departían Felipe, Pepa, José María y Teodora. Juan Ignacio había tenido otras obligaciones fuera de la casa, y Encarnación estaba en su recámara junto a dos amigas.

—¡Qué puntualidad, señores! Bienvenidos a casa —saludó Felipe y se acercó para darles un abrazo.

—No era para menos, mi amigo. Además, no queremos llegar demasiado tarde a la tertulia de los Andonaegui. En unas horas partimos hacia allí. ¿Alguien nos acompaña? —preguntó Juan Manuel Bayá, con su estilo seguro y contundente.

Los Ezcurra se miraron en busca de alguna respuesta. Parecía que ninguno se había enterado del convite y no era bien visto tocar la puerta de alguna fiesta sin ser invitado. Los recién llegados notaron la incomodidad y prefirieron buscar otro tema de conversación.

—Qué bonita sala, doña Teodora —intentó Juan Manuel, educado.

—Pero gracias, caballero. La casa de tu familia no se queda atrás —dijo, pero al instante percibió la mirada penetrante de su hijo Felipe.

—Vamos a tomar unos mates y dejemos la cháchara —interrumpió el muchacho y los guió hasta los sillones tapizados de violeta.

Desde adentro llegaban voces y risas, que lograron interrumpir la charla distendida de la sala. Todos miraron hacia la puerta, a la espera de que algo pasara. Entre cuchicheos, sonrisas y ojos repletos de brillo, hicieron su entrada Encarnación y sus amigas, Javiera y Francisca. Al ver a los invitados, la joven Ezcurra tomó conciencia del tiempo. En su recámara no se había dado cuenta de la hora; ahora que cruzaba miradas con Juan Manuel caía en la cuenta de que se había distraído. Se pasó la mano por el pelo, como si con eso pudiera poner todo en su lugar. Quiso desaparecer. No sabía si estaba en condiciones de que la miraran. La inseguridad la arrasó por completo.

—M'hija, a ver esos modales, ¿qué van a pensar los jóvenes Ortiz de Rozas y Bayá? —la reprendió su madre.

—Rosas, mi señora. He cambiado de nombre y de casa —intervino Juan Manuel, serio.

—Espero no haber dicho una grosería, pido disculpas, entonces.

—No hace falta pedir perdón por esta insignificancia. Olvidemos el pasado y disfrutemos de este momento glorioso —Juan Manuel sonrió y cautivó a los demás.

Entró Rufina con una inmensa bandeja llena de pastelitos de dulce de membrillo y tortas fritas. Se detuvo frente a cada uno y ofreció los manjares. Nadie se negó, lucían más que tentadores. La sala de los Ezcurra se llenó de aromas y charlas dispersas. Los grandes ventanales que daban a la calle estaban abiertos de par en par y desde afuera llegaban los últimos reflejos de luz natural. El moreno de siempre empezaba a caminar el barrio para encender los faroles de las esquinas. Aún no había oscurecido, pero la presencia de invitados obligaba a que también comenzaran a iluminar la sala.

Bayá emprendió un relato interminable de sus viajes por el Viejo Mundo, con el que había logrado hipnotizar a doña Teodora y a las amigas de Encarnación. Javiera parpadeaba sin cesar, como si de ese modo pudiera concentrarse al máximo. Francisca, en cambio, preguntaba, intervenía, opinaba. La gracia de la muchachita era evidente. Con los cuerpos y las intenciones ocupados en otro lado, los demás ponían la atención sobre el renovado Rosas. De tanto en tanto, le hacían alguna pregunta, pero no hacía falta insistir demasiado. Juan Manuel era locuaz, le gustaba hablar y que lo escucharan, pero sobre todo que mostraran interés en lo que decía. Su temporada en el campo era el tópico que despertaba fascinación en sus interlocutores y él lo sabía bien. Felipe escuchaba con atención, por otro lado, era el campo de la familia de su pretendida. Se preguntaba si algún día recorrería aquella tierra.

Encarnación no le había quitado los ojos de encima, como si hubiera sido víctima de algún tipo de embrujo. Él declamaba para todos, pero de tanto en tanto, descansaba su mirada felina sobre ella. Durante esos segundos, el tiempo se suspendía, parecían unidos por una soga invisible. Nadie podía interrumpir esa corriente secreta que fluía entre ellos. Encarnación asentía ante todo lo que Juan

Manuel decía. Durante esas escasas horas se habían convertido en cómplices casi sin darse cuenta. Ni siquiera habían mantenido un diálogo sin nadie alrededor. Pero la atracción era mutua.

—Juan Manuel, tenemos que retirarnos. Se nos hace tarde —interrumpió Bayá y se incorporó. La tertulia en lo de Andonaegui prometía y no quería faltar.

Todos se pararon; fue una marea de agradecimientos, promesas de invitaciones futuras y saludos efusivos.

—Mamita, voy a buscar los sombreros de los caballeros, y los acompaño a la puerta —apuró Encarnación, vivaz a pesar del encantamiento.

Fue hasta el vestíbulo, tomó los sombreros y los guardó. El corazón le galopaba adentro del pecho. No sabía qué decirle. Los jóvenes se acercaron, aceptaron la ofrenda y caminaron hasta la puerta. Bayá, avisado, salió primero y dejó rezagado a su amigo.

—He pasado una tarde inolvidable, Encarna. Perdón si he hablado demasiado, es que me embalo y no me doy cuenta.

—Nunca será demasiado. No he escuchado jamás palabras tan inteligentes. Sólo atiendo cuando alguien me impresiona —dijo ella en voz bajita y no mentía.

Juan Manuel la miró fijo y ella le devolvió la mirada. Le gustaba que lo admiraran, pero no precisamente por su aspecto. Era la primera vez que una mujer le advertía acerca de su intelecto. No pudo evitar la vanidad. Se sintió inmenso. Le tomó la mano, y sin quitarle los ojos de sus ojos, se la besó.

—Eres suave y salvaje, mujer. Una extraña combinación, me gana. Tus silencios dicen mucho más que un millón de tus dichos. Siento que te conozco de toda la vida, como si fueras sangre de mi sangre. —Le acarició la piel blanca del dorso de la mano, intentando robársela para siempre—. Nos volveremos a ver, más pronto de lo que imaginas.

Encarnación intentó detener un suspiro pero no fue posible. La dejó en evidencia y no le importó. Se sintió a salvo. Sin decir adiós, Juan Manuel se perdió en la calle, detrás de su amigo. La joven cerró la puerta, entornó los ojos y revivió la escena una y otra vez.

## CAPÍTULO VI

Tomás y Nicolás de Anchorena habían dado cobijo a su primo sin ningún problema. El hermano mayor, Juan José, había embarcado hacia otras tierras para ampliar su fortuna. A la muerte del padre años atrás, la herencia se había dividido dejándoles las arcas bien llenas. Los hombres eran ricos pero no habían querido dormirse en los laureles. Juan Manuel tenía diez años menos que el menor de los Anchorena, Nicolás, pero lo hacían sentir como si fueran de la misma generación. No lo raleaban por su juventud. Tomás, quien ya tenía treinta años, estaba bastante involucrado con la gesta libertadora, le interesaba menos el mundo mercantil. Había colaborado bastante con el derrocamiento de Cisneros y participaba en cuanto conciliábulo se armara en pos de la lucha contra los enemigos de la Patria. Nicolás, en cambio, prefería ocuparse de los negocios y de cuidar el patrimonio de Romana López de Anaya, su madre.

Romana trataba a Rosas como a un hijo más. No había preguntado los motivos del exilio del hogar paterno, sólo había abierto las puertas de su casa para recibirlo con amor. Habían transcurrido varias semanas y Juan Manuel había logrado instalarse como uno más de la familia. Sin embargo, no todo era color de rosas. Era inevitable pensar en sus padres. A pesar de la puntada furiosa que se le clavaba en las entrañas, extrañaba a sus progenitores, su casa, su raigambre. Para inhabilitar esos pensamientos, recordaba el exabrupto de su madre y al instante se calmaba. Pero la nostalgia, insistente, regresaba.

El despacho de Juan Esteban de Anchorena había sido ocupado por Tomás. Allí depositaba sus papeles, libros y documentos y era la habitación donde recibía a sus camaradas cuando mantenían reuniones privadas. Era el único de la familia que ponía interés en la política. Faltaba poco más de una hora para la comida y tomaba un licor junto a su hermano Nicolás y su primo Juan Manuel.

—Recibí correspondencia de Juan José. Dice que las ventas en España siguen malas. Será mejor no decirle nada a nuestra madre, Nicolás. No tiene sentido llenarla de preocupaciones —dijo Tomás con malestar.

—Pues claro que no. Tengo pensado partir rumbo a Chile para emprender unos negocios. Creo que saldré ganador. ¿Quieres venir conmigo, Juan Manuel? Nos haremos más ricos, ya verás —Nicolás era un seductor nato.

—¿Qué cosas se te ocurren? Eres más arrojado que yo, y eso es mucho decir —sonrió Rosas mientras negaba con la cabeza—. No tengo esas ansias, prefiero quedarme aquí.

—Yo también partiré por un tiempo. Por ahora, no tan lejos y tampoco tan pronto. No hay urgencias todavía. Recibí una esquela desde el norte, de parte de Belgrano. Me ha nombrado su secretario, así que en cualquier momento monto mi caballo y parto. Veremos qué me depara el destino —acotó Tomás.

Los caballeros disfrutaban de su licor con parsimonia. El brasero del despacho ardía sin prisa y sin pausa. Los fríos del invierno habían llegado para no irse. En un rato, entraría doña Romana para avisarles que la mesa estaba servida. Juan Manuel imploraba para sus adentros que hubiera sopa. Además de calentarle el cuerpo, le entibiaba el alma.

—Tengo una propuesta, a ver si estás de acuerdo, Juan Manuel. Ya que estás interiorizado en el tema, ¿qué te parece ser el capataz de algunas tierras que nos ha dejado nuestro padre? Mi madre va a quedar sola en cuanto nosotros partamos y prefiero que seas tú antes que cualquier desconocido —anunció Tomás.

El brillo líquido en los ojos de Juan Manuel refulgió aún más. ¿Por qué no? Necesitaba tener una ocupación y no podía —ni quería— depender de sus padres. El orgullo todavía lo dominaba y no se le ocurría regresar como el hijo pródigo al seno de la familia. Era una oportunidad maravillosa. Los quehaceres del campo eran de su más completo dominio. Nadie como él podría ocuparse de esas labores.

—Me parece un gran plan, Tomás. Pueden confiar en mí, me desempeñaré como si la tierra fuera propia —aceptó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Perfecto, mañana partimos a primera hora. No será un largo viaje, no es un territorio remoto ni mucho menos, así que podrás ir y venir a tu antojo. Ni siquiera necesitas instalarte.

—Mejor aún, hagamos un brindis, entonces. Por el futuro —Juan Manuel levantó la copa, Tomás y Nicolás lo imitaron, y así sellaron el trato.

\* \* \*

La caminata se demoraba más de lo habitual. Había llovido durante varios días y el barrial de las calles ensuciaba las faldas y las botinetas de Encarnación, Teodora y Pepa. No habían imaginado que sería para tanto, pero al hacer aquellas cuadras desde la casa hasta el Coliseo Provisional se dieron cuenta de la odisea en la que habían transformado el simple paseo.

Doña Teodora se había enterado temprano de que en el Coliseo esa misma noche pondrían en escena *Misanropía y arrepentimiento* de Rostbue. Como era costumbre, se la había promocionado durante todo el día con un farolito encendido en la Farmacia de los Angelitos<sup>[15]</sup>. No se la había querido perder y para eso había agenciado a sus dos hijas mujeres. Los ropajes embarrados no eran un problema, podían instalarse en la cazuela perfectamente, las galas eran obligatorias en los palcos.

—Vamos, niñas, a apurar el paso que no quiero demoras —señaló doña Teodora mientras llegaban a la esquina de la calle Liniers<sup>[16]</sup>. A pocos pasos se erigía el gran teatro.

La entrada estaba colmada de personas que pugnaban por entrar. Las tres Ezcurra no habían sido las únicas que pretendían disfrutar de la pieza. Doña Teodora flechó a sus hijas con la mirada. No quería quedarse sin una buena ubicación. Luego de

algunos apretujamientos lograron llegar al sector del pago, entregaron las monedas y se dirigieron hacia la cazuela, ubicada encima de los palcos.

—¡Al fin! Este trajín me ha acalorado —Teodora se quitó el abrigo mientras se acomodaban—. ¡Don Pepe! Acérquese, mi amigo, tengo algo para usted.

Don Pepe de la Cazuela, así se lo llamaba, era el encargado del cuidado de esa zona del Coliseo y conocido por todos. Mientras se ofrecía la obra teatral, el hombre iba y venía, y de tanto en tanto ofrecía sus servicios si alguien los requería. Siempre había algún mensaje que enviar y don Pepe era el emisario perfecto. Hizo una reverencia grandilocuente, agradeció las monedas e impuso un movimiento de plumero sobre el respaldo de los asientos. Primero había pasado Pepa, luego su madre y tras ella, Encarnación. La joven dejó vagar la vista por el lugar. La inmensa sala se iba llenando. El siseo de los vestidos al rozar las paredes o las sillas musicalizaban el lugar antes de que la orquesta diera comienzo a los primeros acordes. La fila de candilejas sobre el borde del proscenio iluminaba a los músicos, que aprovechaban para afinar sus instrumentos. Y en el centro y parte anterior estaba la garita; a la brevedad sería ocupada por el señor Insúa, el apuntador, cuya sordera no ayudaba: cada vez que su servicio era requerido, gritaba de tal modo que la línea olvidada acababa por sonar dos veces. Y finalmente, contra el fondo, colgaban las cortinas color carmesí, que ocupaban la bóveda de la decoración.

De repente, tronó el aplauso y Encarnación regresó de la ensoñación. Los actores habían ocupado el escenario y daba comienzo el primer acto. El silencio inundó la sala como en un ritual religioso, sólo era interrumpido por la declamación de los intérpretes. Las Ezcurra se perdieron dentro del escenario, como si fueran parte de la obra. Les gustaba abandonar sus rutinas y sentirse, aunque tan sólo fuera por unas horas, reinas o plebeyas, según el drama que estuvieran contemplando. Pasaban los minutos pero no lo percibían, sentían que el tiempo no existía. Jugaban a la perfección aquella mentira.

—Bastante apuesto el actor —susurró Teodora detrás de su abanico.

—Pero, mamita, qué atrevida —respondió Pepa, con una sonrisa cómplice—. Qué callada estás, Encarna.

—No hagan alboroto, me avergüenzan —los ojos de Encarnación lo decían todo.

—Si nadie nos ve, niña.

—Yo las veo y eso es suficiente. ¿No les interesa lo que vinimos a ver?

—Precisamente de eso estamos hablando, m'hija.

Encarnación inclinó el cuerpo hacia adelante, como si de ese modo pudiera silenciar a su madre y a su hermana. Admiraba a aquellos actores y fantaseaba con sus vidas. Idealizaba lo desconocido. No tenía idea sobre esas personas pero en su mente tenían vidas supremas.

El primer acto concluyó y los actores desaparecieron del escenario. Pasaron unos minutos y el cantor Zapucci ocupó su lugar. Entre actos, uno o dos cantantes hacían su número para luego pasar al final de la obra.



—Ojalá que el aria elegida sea alguna de mis favoritas —sonrió Teodora y sus hijas respondieron con un gesto de aprobación.

De pronto, Encarnación se sobresaltó. No había reparado en lo que sucedía a su alrededor. Don Pepe la llamaba apenas tocándole el hombro. En un segundo y con un disimulo extremo que lo definía como un experto en estas lides, le entregó una esquila bien doblada. Al mismo tiempo le indicó con los ojos que mirara hacia uno de los palcos de enfrente, dándole a entender quién hacía el envío. Encarnación sintió que se iba a desmayar. En la otra punta de la sala y en el palco, donde sólo tenían admisión los caballeros, estaba Juan Manuel junto a otras personas. Don Pepe se escabulló en un segundo y Encarnación quedó petrificada. Su madre y su hermana continuaban con la cháchara. No habían reparado en lo que había sucedido en aquellos pocos segundos. Con sumo cuidado la joven abrió la esquila y la cubrió con las manos. Bajó la vista y leyó con avidez:

*A la mujer máspreciada,*

*Inventa una excusa y encuéntrame detrás de la última columna del vestíbulo. Tengo algo para darte.*

*Juan Manuel*

Le faltó el aire. No podía creer lo que le sucedía. Sabía que estos encuentros solían suceder pero nunca había imaginado que ella llegaría a ser la protagonista. Levantó la cara y aquellos ojos azules que la atravesaban a la distancia la inquietaron aún más. Como si el histrionismo de los actores le hubiera sido transmitido de casualidad, Encarnación se levantó de la silla una y otra vez, y metió mano en los bolsillos con desesperación.

—¡Mamita! Se me ha caído el pañuelito de lino, no lo encuentro. Tengo que ir a buscarlo, estoy segura de que está afuera. Lo debo haber perdido al sacar las monedas —anunció con gesto azorado.

—Pero, querida, ¿cómo es posible? ¿Estás segura, lo habrás traído? —doña Teodora revoleó los ojos.

—Por supuesto. Pues no se preocupen, corro y regreso. Aún falta para que este hombre termine —y sin aguardar respuesta, abandonó el palco.

En puntillas salió de la cazuela, bajo la atenta mirada de don Pepe. No era la primera vez que se transformaba en testigo preferencial de alguna que otra cita furtiva. Con las mejillas arreboladas, Encarnación llegó al inmenso vestíbulo del Coliseo. Estaba vacío, la multitud se encontraba adentro. Cautelosa, caminó hasta la columna. El silencio era sepulcral, sólo llegaba el murmullo alejado de la sala. Se detuvo en el lugar acordado y nada. Se odió por haber acudido a la cita. Sintió que había sido víctima de una burla. El desasosiego aún no terminaba de arruinarle la noche, cuando de un tirón la hicieron girar hacia el otro lado. Juan Manuel la arrinconaba contra su pecho.

—Pensé que me había confundido —susurró Encarnación, casi con lágrimas en los ojos.

—La confusión no es parte de tu vida, niña. Cuando te vi desde el palco, cambié mi estado de ánimo. Estaba triste y fue verte, que me llené de felicidad —y se llevó las dos manos de la joven, a la boca. Suavemente, se las besó.

—No debería estar aquí, mi madre y mi hermana me esperan —su corazón galopaba y no quería detenerlo.

—Yo te esperé toda la vida. Y ahora te encontré —Juan Manuel cortejaba con clase.

Encarnación levantó la mirada y se detuvo en los ojos del varón. Sus cuerpos casi se rozaban. Juan Manuel llevó las manos de la muchacha hacia su cuello. Manejaba la situación como un experto. Sin dudar, la tomó por la cintura, la acercó y la besó. Él, seguro y con la autoridad que le daba cierto rasgo primario; ella, dejándose dominar y entregada a lo desconocido.

Perdieron la conciencia del tiempo pero al rato Encarnación recordó dónde estaba. Debía regresar, no quería que el sueño se transformara en una pesadilla.

—Tengo que volver, Juan Manuel. No está bien lo que hacemos.

—Estás equivocada, pero entiendo todo. Vete, sólo por unas horas. No cejaré hasta que seas mía, Encarnación —y la miró de arriba abajo.

—¿Y quién te dijo que no eres mío desde hace siglos? —dijo ella con una sonrisa intrigante y tomó carrera.

\* \* \*

Pasaron unas semanas y Encarnación no tuvo noticias de Juan Manuel. Luego del cortejo evidente y el beso, le había resultado imposible no pensar que el amor era algo contundente y que ambos daban comienzo a un romance. Pasó un día, luego otro, y otro más, pero nada. Sólo silencio. La jovencita había construido en su cabeza todo tipo de diálogos, demostraciones de ternura, y hasta había imaginado el velo que usaría el día de la boda, tanto se había entusiasmado. Sin embargo, al correr de las horas y de los días, un malestar sordo empezó a ganarle la partida. Al principio buscó argumentos para excusar la falta de presencia. «Es un invierno helado, seguramente guarda cama y no puede pensar en otra cosa»; «Alguna mujer desquiciada lo amenazó de muerte si me vuelve a ver», imaginaba una y otra vez, y podía no estar del todo errada. Rosas había despertado un sinfín de suspiros entre la liga femenina. Las jóvenes de las mejores familias porteñas —y de las otras también— intentaban todo tipo de artilugios para encandilarlo. Sin quererlo, se había transformado en el candidato favorito del momento. Algunas alentadas por sus madres, que además veían en él al mejor partido para afianzar la fortuna, y otras sin necesidad de aliento, las mujeres avanzaban o se mostraban disponibles por demás. Tal vez alguna se había enterado del acercamiento entre ellos y comenzado una venganza letal. La mente de Encarnación trabajaba a una velocidad inusitada, no podía evitarlo. Y la desazón se

transformaba en enojo. Tenía poca paciencia y respondía mal. Su madre intentaba acercarse y averiguar qué era lo que le sucedía, no entendía cómo de un día para otro su hija había cambiado tanto. De un rostro siempre sonriente y de mirada brillante, había pasado a ser una flor mustia. No comprendía por qué y su hija no colaboraba.

\* \* \*

Doña Teodora se había despertado más temprano de lo habitual. Un aire congelado se había colado por las ventanas y el servicio doméstico aún no había encendido el fuego. Faltaba media hora para que se levantaran y dieran comienzo a los quehaceres de la casa. El frío calaba los huesos. Teodora sentía que su cuerpo estaba hecho de hielo, un malestar intenso la corroía. Sin hacer el más mínimo ruido, salió de la cama y se envolvió con una mantilla de lana. Necesitaba ir a cerrar las ventanas que suponía habían permanecido abiertas. Cerró la puerta de su recámara y la baja temperatura fue peor. Tuvo un escalofrío y apretó más fuerte la mantilla contra el pecho. El silencio de la casa la atravesó. Como si fuera una autómatas, caminó hasta la sala. Con una mirada rápida confirmó que las ventanas estaban cerradas. El brasero mantenía algo de calor pero debía ser reforzado. Giró en redondo y se dirigió a la entrada. Sobre la mesa de arrimo descansaba una carta. Le costó llegar, como si se encontrara a cientos de leguas de allí. Algo la arrastraba hacia atrás. La abrió con cautela pero no pudo ver nada, estaba demasiado oscuro. Sin pensar en el frío gélido del alba, abrió la puerta de calle y la luz del amanecer iluminó las letras negras sobre el blanco sucio del papel. No era una esquila larga. Escueta, áspera y como si se sacara un peso de encima, Pepa le anunciaba a su familia que se escapaba del yugo de la tristeza y corría detrás de su único y verdadero amor, Manuel Belgrano. Teodora ahogó un grito, regresó a la casa y la puerta se cerró de un golpe. Cerró los ojos y sintió que el mundo se derrumbaba bajo sus pies. La deshonra, la estigmatización, el oprobio de tener una hija que perseguía el fuego de su cuerpo. Y por si esto fuera poco, casada con otro hombre, aunque él no estuviera junto a ellos. Los pensamientos horrendos la invadieron por completo, la angustia le mordió las entrañas. Sin poder dominar sus sentimientos, un quejido feroz tronó en la casa, al mismo tiempo que un vahído le hacía perder el conocimiento.

La servidumbre corrió a socorrerla, salvo Rufina, que había oficiado de cómplice de Pepa, acompañándola hasta el carruaje que la llevaría hasta el destino ansiado. A los pocos minutos, la casa se había transformado en un campo de batalla. Juan Ignacio había corrido hasta donde yacía su esposa, pálido como la luna. Podía afrontar cualquier situación pero ver a Teodora enferma, lo aflojaba como a un niño. Cuando Encarnación llegó al tumulto, vio que su padre sostenía un papel en su mano. Se lo sacó y lo leyó en silencio. Jadeó y rompió la carta en mil pedazos. No quería que quedaran testimonios de semejante afrenta. Odió a su hermana por haber llevado a su madre a semejante estado de fragilidad y a su padre a tal vergüenza. Los acompañó hasta la recámara, donde la depositaron para que esperara al médico.

—No se preocupe, Tatita, se va a curar. Y yo le juro que todo va a estar mejor — le prometió mientras acariciaba su mano.

Juan Ignacio parecía un autómata. La miró sin verla, un amontonamiento de sensaciones lo embargaba. Al rato, aparecieron los varones de la familia. Encarnación se encargó de ponerlos al tanto de todo. Tampoco dijeron palabra. El incidente tomaba a todos por sorpresa, salvo a Teodora y a su hija. Las mujeres entendían más las emociones, o estaban más atentas a los pliegues del corazón. No necesitaban confirmaciones, la intuición era una sensación por la que nadaban con absoluta tranquilidad. José María y Felipe acompañaron a su padre en el más completo silencio.

Así transcurrieron las horas. La casa parecía muerta. La alegría de Teodora se había apagado. Los médicos le habían recetado reposo y la orden se cumplió a rajatabla. Los hijos varones salieron a cumplir sus responsabilidades, su padre lo había preferido así. Aún no lo había anunciado, pero el cuerpo le decía que ya no tenía una hija llamada María Josefa, para él había muerto. Quería que la vida continuara como si ella jamás hubiera existido. La furia lo había conmocionado.

A última hora, una de las esclavas tocó la puerta de la habitación de Encarnación y la hizo entrar.

—Amita, le han traído esto —y le extendió una carta.

Encarnación abrió los ojos aún más. Habían vivido una jornada fatal, y otra esquela le daba pavora.

—¿De parte de quién?

—Me la entregó un peón, amita. No dijo nada más.

El corazón le avisó que estaba demasiado intranquila. Desdobló el papel despacio y leyó.

*A la única Reina que venero,*

*Tuve demasiadas responsabilidades en el campo, pero sólo tú ocupabas mi cabeza. De aquí en más, mi peón será el encargado de entregarte mis notas. Quiero verte... cuanto antes*

*Tuyo, Rosas*

Largó una carcajada y apoyó la carta contra su pecho. Todas las dudas que la habían hecho sucumbir desaparecieron de un plumazo. Cerró los ojos y repitió para sus adentros las palabras que le había escrito Juan Manuel. Suspiró y el gesto contrariado de su cara se transformó en la mismísima serenidad. Toda la pesadumbre que había sentido durante el día, se desvaneció. Se sintió egoísta, su familia penaba y ella no. Pero sólo le duró unos segundos. La felicidad era mucho más poderosa.

## CAPÍTULO VII

La ciudad había vuelto a cambiar, una vez más. Algunos vecinos imploraban que fuera la última, no aguantaban la alteración constante; otros en cambio, bregaban por eso, no estaban conformes con lo que el presente les entregaba. Incluso los colores que habían oficiado de emblema hasta ese momento ya eran otros. La bandera y las cucardas españolas, que aún eran sostenidas por algunos, se habían modificado por otras celestes y blancas.

El 8 de octubre, el ritmo habitual de Buenos Aires había quedado suspendido ante un acontecimiento pergeñado por el cerebro insondable del recién llegado. José de San Martín hacía siete meses había desembarcado en el puerto y junto al coronel Ocampo y sus tropas, ya habían derrocado al Triunvirato. Además, se había dedicado a reclutar hombres dentro de la Logia Lautaro para darle bríos renovados a la Revolución.

Desde el norte, llegaba la noticia del triunfo criollo en la batalla de Tucumán a cargo del general Manuel Belgrano. Los vecinos de Buenos Aires celebraban como si hubieran sido parte de la gesta. Los más entusiastas colgaron banderas improvisadas blancas y celestes de las ventanas, jugándose el cuero a que algún defensor de los triunviros iniciara alguna gresca. Al mismo tiempo que la ciudadanía vivaba estas acciones, una Asamblea elegida a dedo por el Triunvirato sumaba a un hombre cercano a Bernardino Rivadavia al gobierno. Esta acción encendía la mecha y la explosión tardó poco en suceder. San Martín y Ocampo reunieron a sus tropas en la plaza y conminaron a la asamblea de vecinos, reunida para elegir nuevos triunviros, a deponer al gobierno. El pueblo rápidamente ocupó las calles, la asonada se hacía escuchar. Tras algunas deliberaciones, se nombraba a nuevos miembros y se conformaba el Segundo Triunvirato. En esta oportunidad, dos de ellos —Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte— eran líderes civiles de la Logia Lautaro. José de San Martín entraba a jugar, desde las sombras, en los ámbitos del poder. Ya nadie lograría quitarlo del medio. Antes de tomarles juramento, se les impuso la consigna de convocar, lo antes posible, a una Asamblea General Constituyente en la que estuvieran representadas todas las provincias, y que también declarara la independencia y sancionara una constitución. En Buenos Aires, los sucesos eran unos, pero tierra adentro era completamente diferente. Los resquemores se acrecentaban y la desconfianza provocaba fronteras inalienables entre quienes sentían la urgencia de liberarse por completo y quienes no.

La asonada del 12 de octubre no había dejado muertos. Esta vez la ciudad no olía a cadáver, ni circulaban ríos de sangre por las calles. Parecían haber aprendido. Sin embargo, los independentistas defendían el gesto de la muerte política de algunos hombres. Fue así que ordenaron el arresto de Bernardino Rivadavia y lo conminaron

a alejarse de Buenos Aires, y a Juan Martín de Pueyrredón le ordenaron retirarse a San Luis. Los juzgarían luego de constituirse la Asamblea.

Los Ezcurra y los Ortiz de Rozas vivían sus propias contiendas y las casonas oficiaban de campos de batalla simbólicos. Cada familia encaraba su realidad lo mejor que podía. Teodora y Juan Ignacio continuaban con su vida como si nada les hubiera sucedido. Participaban de las tertulias, iban a misa, caminaban las calles, y aunque de vez en cuando sentían las miradas maliciosas de sus conocidos sobre ellos, hacían caso omiso. El padre desconocía por completo lo que hacía su hija en el norte. Teodora, en cambio, intercambiaba correspondencia con Pepa. Al fin y al cabo, era su madre. Encarnación había perdonado a su hermana. El tiempo había curado la herida y ella también le escribía, contándole todo lo que acontecía en la ciudad y dejando de lado los señalamientos miserables de algún metido. Con ella Pepa era completamente honesta: le confesaba el amor enceguecido que sentía por Belgrano y las vivencias difíciles en el frente. No era nada fácil soportar las inclemencias de la guerra para una dama de Buenos Aires. Pero la pasión lo anesthesiaba todo.

En lo de Ortiz de Rozas los ánimos se habían aplacado. Juan Manuel había vuelto a la casa de sus padres, luego de una conversación con Agustina. Había bajado el copete y se había disculpado por la arremetida del pasado. No hizo falta demasiado ruego. El perdón llegó rápido y el muchacho regresó al nido. Y como era de esperar, volvió a ocuparse de los campos de la familia tras el pedido de don León y doña Agustina. La luna de miel familiar duraría un tiempo.

\* \* \*

Encarnación caminaba a paso veloz. Apuraba a Rufina, quien por momentos quedaba rezagada. Era difícil seguirle el tranco a su ama, sobre todo en esa calurosa tarde de verano. Hubiera preferido quedarse en la casa, pero órdenes eran órdenes. Y si venían de parte de la amita joven, era imposible negarse o buscar excusas para hacerla cambiar de opinión.

El aguatero había pasado temprano por la casa y la ración les había quedado corta. Rápida como un rayo, Encarnación había acusado la falta y se había ofrecido para ir a buscar más al puesto callejero. El abanico de Teodora no daba abasto, no podía más del calor. Sin dudarle, aceptó la oferta de su hija. La muchacha se arregló, acomodó sus rulos lo mejor que pudo, se calzó sus zapatos más bonitos, tomó a Rufina del brazo y la arrastró hasta la puerta de calle. Le explicó los motivos del apuro y la esclava asintió.

—Amita Encarnación, estamos tomando el camino equivocado. ¿Se siente bien?  
—Y le clavó los ojos redondos. Temía que estuviera mareada.

—Menos preguntas, mujer.

El aguatero hacía su recorrida por la mañana y en verano era difícil que le sobrara agua. Solía reposar debajo de las copas de los árboles de la Plaza de la Libertad<sup>[17]</sup> al

terminar el itinerario junto a otros vendedores ambulantes. Con suerte, algún rezagado podía encontrar alguna sobra, pero los calores no ayudaban.

—¿Vamos al doctor, amita? —A Rufina le resultaba imposible hacer silencio.

—Pero ¡criatura del averno! ¿Prometes llevar el secreto a la tumba?

—La cantidad de secretos que me llevo con la muerte, no quiera saber —y se tapó la boca con la mano.

—¿De qué hablas? —preguntó y la atravesó con la mirada, como si quisiera buscar el misterio de la esclava adentro de su cabeza.

Encarnación se detuvo de un sopetón y la escrutó. Rufina negó una y otra vez con la cabeza, no quería confesar la ayuda que le había ofrecido a su hermana Pepa. Si no hubiera sido por ella, tal vez no hubiera escapado rumbo al norte...

—Es que si le cuento, no podrá confiar en mí el enigma que trae —y le mostró los dientes refulgentes.

—Me confundes, Rufina. Pasemos a lo mío porque no tengo tiempo. De cualquier modo, al regreso, largas todo. Vamos.

Y volvió a arrastrarla hacia donde se dirigía. Las calles estaban casi vacías, el verano así lo imponía. En un rato, pasada la siesta, la ciudad volvería a su ritmo habitual.

—En unas cuadras me encuentro con Juan Manuel —dijo Encarnación sin mirarla—. Y no me interrumpas. Quiero verlo sin familia alrededor. Cada vez que viene a casa, están mis padres, mis hermanos y no sé cuántos más.

Rufina amagó a decir algo pero prefirió callar. El temperamento de su patrona metía miedo. Si con Pepa había tenido que acatar a rajatabla, con la hermanita el asunto se ponía mucho peor. Con sólo diecisiete años, inspiraba una autoridad implacable. Era la más brava de la familia, no quedaban dudas.

—¿Y qué es ese gesto de terror? Cambia la cara, que cuando quieras te acompaño yo al encuentro de alguno de tus amados —y le guiñó un ojo.

—Yo no tengo nada, amita.

—No me mientas, que los otros días te vi en la cocina con un mulato.

Rufina bajó la vista, avergonzada. Cada vez se alejaban más de las calles que acostumbraban caminar en el barrio por donde circulaban las familias más pudientes, y se acercaban a una zona reconocida por la esclava.

—Se va a cansar, niña, estamos cerca de las casas de los míos. Su madre me va a matar si se entera —llegaban al barrio negro y no era común ver allí a una muchacha de otra clase envuelta en un espléndido vestido de linón natural, adornado con mostacillas y lentejuelas.

—De la única manera que podría enterarse es si tú se lo cuentas, y como eres demasiado joven para morir sellarás esos labios gruesos que tienes —y le dedicó una sonrisa que le iluminó la cara.

Llegaron, jadeantes a la Plaza de la Residencia<sup>[18]</sup>. Para evitar el rayo del sol, algunos negros descansaban debajo de los árboles. Unos con sus pantalones de

bayetón, otros con chiripá, y todos descalzos. El colorido venía de la mano de las mujeres, que sacudían sus enaguas de bayeta, verdes, azules y punzó. A dos cuadras de allí, al oeste, en Núñez y Unquero<sup>[19]</sup>, se emplazaba una fábrica de braseros de barro regenteada por varios negros, y hacia allí lideró la marcha Encarnación.

—¿Qué hacemos aquí, niña? No hacen falta anafres en la casa —azuzó Rufina.

—Déjate de sandeces, si fuiste tú la que me entregó la esquila enviada por Juan Manuel. Allí me explicaba cómo llegar.

El griterío y las risotadas invadieron la calle. Desde la edificación salían voces cavernosas en plena conversación. Las muchachas dudaron, no sabían hacia dónde ir. En ese preciso instante, Juan Manuel apareció por la puerta.

—Mi bonita Encarna, ven para aquí —la tomó de la mano y la atrajo hacia sí—. Y tú, niña, recorre el lugar, que hay mucho para ver.

Rufina entendió la orden y entró a la fábrica sin chistar. Juan Manuel apoyó su mano en el cuello de su damita y la besó con pasión.

—¿Y si nos ven? —preguntó ella y miró de un lado a otro.

—Aquí nadie nos mira, pero sígueme —y la arrastró hasta una callejuela corta y desierta. La apoyó contra la pared hirviendo y apretó su cuerpo contra el de ella. Tal era el calor que Encarnación sentía por dentro, que ni sintió la temperatura de la cal contra su espalda. El silencio era mortal, sólo se escuchaban el friegue de las telas contra las manos y el jadeo sordo de las gargantas.

—Eres la mujer de mi vida, Encarnación.

—Has tenido muchas, Juan Manuel.

—Pero a ninguna le he dicho que me casaría con ella.

—A mí tampoco.

—Te casarás conmigo, niña —y le clavó la mirada azul.

—A mí nadie me da órdenes, ni siquiera mi padre —le respondió ella con el mentón en alto.

Rosas lanzó una carcajada. Le causó gracia la altanería de Encarnación. Eso le provocaba aún más atracción. La apretó más fuerte contra su pecho y ella sonrió. Le duró poco el desdén.

—¿Quieres casarte conmigo, Encarnación Ezcurra?

—¿Y lo dudas? Por supuesto, Juan Manuel de Rosas —y le estampó un beso.

La pareja no se cansó de acariciarse, de susurrar palabras bonitas y prometerse amor eterno. El tiempo se había paralizado para ellos, habrían permanecido allí toda la vida. Sin embargo, las horas volaban. A unos pasos de allí, un carraspeo interrumpió el amorío.

—Patrona, se hace tarde. No quiero morir en manos de su madre —susurró Rufina, mientras intentaba disimular la curiosidad que le despertaba la proximidad de esos cuerpos.

—Por una vez tienes razón —dijo la joven y la miró con complicidad—. Debemos partir, Juan Manuel. No sé si podré callar lo que me has dicho.



—Grítalo, entonces.

\* \* \*

Como en todos los atardeceres de verano, los Ezcurra ocupaban el primer patio de la casa. La luz iba abandonando el día y el crepúsculo traía algo de aire. Doña Teodora se abanicaba sofocada y tomaba limonada para refrescarse. Su marido y algunos de sus hijos la acompañaban. Había ordenado no prender una sola vela, no soportaba ni el calor de las llamas. Cada tanto, cuando la conversación amainaba, los grillos y las chicharras se hacían escuchar.

—Margarita, toma algo de líquido, querida, estás arrebatada. Y desabrocha algunos botones de esa camisa, por favor —le ordenó su madre mientras le servía un vaso.

—Estoy bien, mamita. Cuando tenga ganas, me tomo un sorbo —respondió la joven con pocas ganas.

Teodora cambió de destinatario y le entregó el vaso a su marido. Juan Ignacio estaba sentado a su lado, sin chaqueta pero con las botas puestas. Guardaba las formas, a pesar de encontrarse en la intimidad de su hogar.

—¿Tienes alguna novedad de ese conciliábulo absurdo, José María? —preguntó Juan Ignacio, simulando desinterés.

—Me causas gracia, padre. Si sabes que se llama Asamblea General Constituyente, no entiendo por qué no puedes llamarla por su nombre.

—Porque me parece otro disparate más de esta gente. Palabras rimbombantes para luego no hacer nada.

La Asamblea se había reunido el 9 de enero con el fin de organizar los destinos de las provincias confederadas. Cada Intendencia debía elegir dos diputados y cada ciudad subordinada, uno. Buenos Aires, por tener más población, podía elegir cuatro diputados. El presidente había sido Carlos de Alvear y Gervasio Posadas, el vicepresidente.

—No te creas, la Asamblea se ha proclamado soberana, tiene facultades para obrar con absoluta independencia —intervino el hijo mayor.

—¿Cómo pueden atreverse a obviar la figura del rey? —la indignación del padre iba en aumento.

—Fernando VII ha sido depuesto, ya no es rey, padre —Felipe se sumó a la conversación y al instante se arrepintió. Era difícil contrariar a Juan Ignacio y no sufrir una catarata de argumentaciones airadas.

—Lo que suceda en Europa me importa un bledo. Aquí debemos respetar la autoridad. ¡Habrase visto! La desobediencia sólo trae muerte, ya lo han visto —levantó la voz y el rostro se le puso morado.

—Tranquilízate, querido, te va a hacer mal —Teodora le abanicó la cara con esmero.

—¡Deja ya! Mal me pone esta sarta de desacatos, que nos llevarán al mismo infierno. ¿O necesitan que les recuerde adónde van los insurrectos, los descarados? —era evidente a quién se refería. La huida de su Pepa agujoneaba sus vísceras.

El clima estaba enrarecido. El fantasma de la hija malquerida rondaba en el aire. Encarnación había atendido en silencio la conversación de la familia. No le interesaba demasiado el devenir de la política y mucho menos si traía discusión al seno de su hogar. Le disgustaba ver a su padre enfurecido. Lo prefería de buen humor, aunque durante los últimos tiempos aquello resultaba bastante complejo. Cualquier cosa lo crispaba por demás. La muchacha levantó su vaso y reclamó atención.

—Les quiero dar una bonita noticia. Juan Manuel me ha propuesto matrimonio. No me mires con esa cara, Tatita, ya vendrá a pedirte mi mano, pero como soy estómago resfriado, no aguanté —la sonrisa no le entraba en la cara—. ¡Brindemos con limonada!

Teodora ahogó un grito de alegría y se tomó las manos. El joven acudía con asiduidad a su casa y todos daban por hecho que era el novio de la niña, pero la noticia le caía por sorpresa. No había pensado que debería vestir de blanco tan pronto a su pequeña Encarnación. Besó a su hija en ambas mejillas y se fundió en un abrazo. Juan Manuel le parecía el yerno perfecto.

—Venga aquí, señorita, que la quiero felicitar —dijo Juan Ignacio, entre alegre y contenido.

Los besos y los abrazos se sucedieron con mucha efusividad. Los padres de la novia estaban encantados. La elección del novio no podía ser mejor, un descendiente de las mejores familias de Buenos Aires.

—Los Ortiz de Rozas están instalados en el campo, no escuché nada al respecto antes de que partieran —dijo Felipe en voz baja y miró a su hermana.

—Ya irá Juan Manuel a Rincón a hacer el anuncio, no te preocupes —los ojos de Encarnación parecían más negros que nunca.

—De cualquier modo, en febrero ya estarán de regreso —acotó el hermano; estaba al tanto de todo por Gregoria, su prometida.

Margarita abrazó a su hermana y la felicitó. Se separó y la tomó de las manos, y la miró con orgullo. Le llevaba cinco años pero siempre la había tratado como si fuera una niñita.

—La próxima boda será la tuya, ya verás —le dijo Encarnación.

—No hablemos pavadas, ahora la única que importa eres tú —respondió con modestia.

Doña Teodora se había acercado a la mesa donde descansaban la jarra y algunos vasos. Parecía ocupada en esos menesteres pero no perdía interés en sus hijas. Se sentía dichosa por la suerte de Encarnación pero le preocupaba Margarita. Aún no había presentado candidato y estaba por cumplir veintitrés años. Cada tanto, le sugería algún nombre. Sin embargo, nunca llegaban a buen puerto. Todos se

alegraban por el anuncio de la joven, había que celebrarlo. Pero la madre tenía ojos y corazón para todos sus hijos.

\* \* \*

Juan Manuel aguardaba a su madre en la galería de la estancia. Había galopado desde Buenos Aires para tardar lo menos posible, sin embargo, las leguas hasta Rincón le habían parecido eternas. Casi no se había detenido en las postas y el estado en el que había llegado dejaba bastante que desear. Algunos peones le confirmaron que doña Agustina había salido temprano a hacer la recorrida a campo traviesa, como era su costumbre. Siempre encontraba algo en qué ocuparse. Su padre, en cambio, permanecía adentro con otras ocupaciones. El joven prefería esperar a que su madre estuviera de regreso para anunciarles a ambos las buenas nuevas.

Dio la vuelta y se dirigió al aljibe que anunciaba la entrada por la cocina. Sacó un balde con agua y se lavó la cara. Agachó la cabeza y el resto se lo echó desde la nuca. El frío le dio algo de alivio. Peinó con los dedos la pelambre mojada hacia atrás y se dirigió hacia el olmo inmenso que presidía el caserón. Las esclavas iban y venían, atareadas por demás, pero eso no les impedía lanzar alguna mirada de reojo al patrón. Era imposible no verse envueltas en la suelta de masculinidad de Rosas. Él jugaba al que no se daba por aludido.

A poco de que sonara la campanada que anunciaba el almuerzo, Agustina se dejó ver, montada sobre su alazán refulgente. Apretó los ijares del animal y lo obligó a trotar. Había visto a su hijo.

—Juan Manuel, al fin llegas. No sé qué hacías en la ciudad cuando debías estar aquí, con nosotros —dijo mientras desmontaba.

—Le pido la bendición, madre. Hace mucho tiempo que no llevo a mis labios la mano que me dio el ser y esto amarga mi vida —la besó y ella respondió con una sonrisa distante.

Caminaron hasta la galería y ocuparon las dos poltronas de madera. Gervasio, Prudencio, Marica y Juana correteaban por las cercanías. El griterío infantil no entorpecía el encuentro, era normal que en el campo dieran rienda suelta al ímpetu que guardaban en la ciudad.

—¿Qué es esa cara enigmática que tienes, m'hijo? —si había algo que pintaba de cuerpo entero a Agustina López Osornio era su intuición. Sabía lo que pasaba antes de que sucediera.

—Quería esperarlo a mi padre para hablar pero veo que no podré —suspiró el hijo y le dedicó una sonrisa compradora—. Elegí a la mujer para casarme, madre.

Doña Agustina acarició el cuello de su camisa, una y otra vez, sin quitarle los ojos de encima. No dio una respuesta, tampoco demostró curiosidad.

—¿Pero no quiere saber quién? Qué poco interés demuestra.

—Es que no creo que sea una urgencia —la madre estiraba los dichos, no quería saber.

—Pues sí lo es, ya estoy en edad. La elegida es Encarnación Ezcurra.

Agustina sintió que una bola de fuego le quemaba las entrañas. Lo último que hubiera querido escuchar era ese nombre, habiendo tanto para escoger. Su cara se transformó en un busto de mármol. Fría, impenetrable.

—¿Te has vuelto loco? Esa muchacha no es para ti, es poca cosa. Ni se te ocurra, ya nos encargaremos de buscarte una como corresponde —disparó sin tregua.

—Pero ya lo tengo decidido. Es ella y ninguna otra —Juan Manuel apretó la mandíbula.

—No tienes ni veinte años, ¿cuál es el apuro? Eres demasiado para ella, alguna de buena familia. Además, ¿la has visto bien? Es fierita —Agustina frunció la nariz.

—No quiero escucharla más, pensé que se me respetaba en esta casa. Mejor cambiemos de tema —Juan Manuel cerró los puños con tal fuerza que sus nudillos se blanquearon.

De repente, sonaron las campanadas. La paz bucólica del campo era interrumpida por el sonido metálico. Y al mismo tiempo, las risotadas de los niños volvieron a aparecer. Sin mirar a su hijo, doña Agustina se incorporó con prestancia. Estiró los pliegues de su falda y se dirigió hacia la casa en busca de su marido. El ritual del mediodía seguía su curso, como si nada hubiera sucedido. Juan Manuel quedó solo, a la espera de que se le calmara la ansiedad. Estaba furioso y se le notaba en el cuerpo. Se arrepentía de haber hablado sin esperar a su padre. De cualquier modo, sabía que la que decidía todo era su madre. No soportaba que ella lo contrariara. Pero la palabra de Agustina era tajante, advertía que sería imposible hacerla cambiar de opinión. Su madre siempre era la dueña de la verdad.

## CAPÍTULO VIII

Encarnación había abollado la esquila de tal manera que casi parecía rota. Rufina había recibido la nota de manos del peón de siempre y había apurado el paso rumbo a la recámara de la niña. Sabía que debía hacer la entrega en el mismo segundo que la recibía en mano, su patroncita se lo había dejado bien claro. Algo pasaba allí adentro, detrás de la puerta se escuchaba un silencio mortal.

La joven Ezcurra no podía creer lo que veía. Leyó y releyó una y otra vez. Juan Manuel le anunciaba que la boda debía esperar, que su madre había puesto el grito en el cielo y la había rechazado. Todos los almíbares de la despedida le parecieron fatuos. Tuvo hasta la insensata idea de pergeñar la muerte. Odió a Juan Manuel por ser tan sometido, odió a Agustina López Osornio por autoritaria y al universo entero por conspirar contra ella. No podía creer que Juan Manuel no hubiera sido capaz de enfrentarla, de comunicarle esa novedad nefasta, cara a cara. Prefería hacerlo mediante una esquila. Era un cobarde. Se tendió sobre la cama y escondió la cara contra la almohada de lino blanco. No quería llorar pero no pudo aguantar las lágrimas de tristeza, pero sobre todo de furia. Estaba indignada. Desde aquella declaración habían pasado varios días. Desde entonces, sólo había imaginado la boda, la vida matrimonial, su lugar en el mundo. Nada le interesaba más que ser la esposa de Juan Manuel de Rosas. Sólo ella estaba a la altura de semejante aventura. Y ahora, por culpa de esa mujer, sus sueños se desmoronaban.

Estiró el papel todo lo que pudo y volvió a leer. Desconocía a su enamorado. No parecían palabras suyas. Suspiró y cerró los ojos. No era más que una expresión de deseo, era evidente que la había escrito Juan Manuel. Venía de mano de su peón de confianza. Y de repente le faltó el aire. Necesitaba salir del encierro para pensar. Cruzó el caserón y no vio a nadie, parecía que sus hermanos y sus padres estaban muy lejos de ella. Sin pedir permiso y sin la más mínima gana de acicalarse, salió a la calle sola. Estaba cometiendo una imprudencia, no se le permitía salir sin acompañantes pero ya lo había hecho y estaba decidida a seguir.

En la calle se dio cuenta de que no había descolgado ningún abrigo, ni mantilla ni nada. Igual, no le haría falta, el sol de fines de febrero aún calentaba bastante. A paso redoblado y sin pensar, se dirigió a una de sus zonas favoritas. Allí lograría serenarse, lo sabía bien. Llegó hasta la punta de la Plaza Mayor y pasó por el «hueco de las ánimas»<sup>[20]</sup>. A pesar de que había pasado el tiempo, sintió el mismo escozor que de pequeña, cuando iba tomada de la mano de su padre y él repetía siempre la misma chanza: que por ahí andaba el fantasma de Garay, triste e inquieto, y que si se portaba mal, la llevaría con él. Cada vez que pasaba por allí recordaba la misma escena. La nostalgia permanecía intacta. Aún faltaban unos pasos para llegar a la Catedral. Pasó por la puerta de la casa de don Miguel de Azcuénaga<sup>[21]</sup>, que había oficiado de residencia del virrey Olaguer y Feliú en 1798, cuando ella sólo tenía tres años.

Llegó a la Catedral, franqueó el gran portón, mojó sus dedos con agua bendita y se persignó. Desperdigadas por los bancos había varias mujeres vestidas de negro, rezando en silencio. Recordó que había salido a las apuradas, sin pensar qué llevaba puesto. Miró hacia abajo y se tranquilizó. Su vestido era azul, no desentonaba demasiado. Se acomodó en la última fila, cerca de la salida y se hincó. Simuló una oración porque quería pasar desapercibida. Esa iglesia le daba una serenidad única para pensar. Tenía que calmar la destemplanza y recién entonces estaría preparada para meditar acerca de la noticia nefasta.

El silencio la ayudó. Pasaron los minutos, y de repente el rostro se le iluminó. Había tenido una idea brillante. Rezó un Padre Nuestro, agradeció y se incorporó. Necesitaba volver a su casa. Tenía muchas cosas que hacer. Daría un golpe maestro.

\* \* \*

Juan Manuel llegó a su casa con la seguridad de siempre. El paso firme de quien sabe de antemano que todo lo que diga y haga será perfecto. Sin embargo, no quería despertar desconfianza en nadie, especialmente en su madre. Tenía que cumplir los pasos del plan que le había comunicado Encarnación, a rajatabla. Sus ojos brillaban más que nunca. Fue directo a la sala, donde su madre se ocupaba del bordado.

—Buenas tardes, madre. Vengo a asearme un poco y vuelvo a salir —y se sentó a su lado, en el sillón de dos cuerpos.

—¿Otra vez? Mira que tu padre necesitaba hablarte de algunos asuntos que parecían de importancia —dijo Agustina y arqueó una ceja.

—Pero regreso temprano, no se preocupe —le besó la mano y se incorporó. Agustina regresó a la labor y él se retiró de la sala.

Llegó a su recámara y se encerró. Debía meditar al detalle cómo continuar con el desarrollo del plan. Primero se quitó la camisa y la cambió por otra. Quedó conforme. Con detenimiento, recorrió con la mirada las paredes, el mobiliario y las diferentes perspectivas que podían beneficiar la estrategia a seguir. La mesa de cama sería la mejor opción. Allí depositó la carta, al lado de la pequeña vela que adornaba la mesilla, además de servirle de iluminación a la hora de acostarse. El papel quedó bien a la vista. Ensayó una sonrisa leve y salió de su habitación. Sólo entornó la puerta y volvió sobre sus pasos. Se despidió de su madre y partió. No le había preguntado demasiado a Encarnación, confiaba en ella completamente. Sabía que a partir de aquella puerta cerrándose se montaba un engranaje supremo.

Doña Agustina continuó con las puntadas un rato más. Le gustaba perderse entre los colores y las formas, aprovechaba para aquietar los pensamientos o dejarlos correr. Era un momento para ella, donde podía olvidar a su marido y a sus hijos, aunque más no fuera por unos instantes. Terminó el motivo y guardó el bordado en su canasta. Abandonó su sillón de costura y volvió a la realidad de su casa. Se dirigió hasta el despacho de su marido y tocó la puerta. Sin esperar respuesta, entró.

—Juan Manuel salió pero podrás hablarle a su regreso —le dijo, y él retiró la vista de su libro.

—Perfecto, tampoco había demasiada urgencia.

—El campo siempre está primero, Rozas, por más que parezca lo contrario.

León se estiró un poco y volvió a la misma posición en la que estaba desde hacía varias horas. Sonrió a su esposa y regresó a la lectura. Agustina cerró la puerta con delicadeza y siguió camino hasta el cuarto de costura. Dejó sus bártulos y se dirigió a la cocina. Dio unas cuantas órdenes y la servidumbre acató sin chistar. La casa debía estar de punta en blanco, para eso tenía tantos esclavos a su cargo. Y siguió con la inspección. Atravesó el primer patio y llegó al sector de los aposentos de sus hijos. Bastante antes de llegar a la habitación de Prudencio y Gervasio, escuchó el griterío que salía de allí adentro. Todo estaba en orden, evidentemente. Sólo debía preocuparse si el silencio envolvía a esos niños. Siguió camino y llegó a la recámara de Marica y Juana. Abrió la puerta y allí estaban las niñas, jugando con sus muñecas. Sin siquiera levantar la vista, continuaron con su diversión. En la otra habitación, las pequeñas Manuela y Dominga iban y venían bajo la atenta supervisión de su nana. Suspiró con tranquilidad. La recámara de Juan Manuel estaba abierta. Se asomó y vio la camisa tirada en el suelo. Con fastidio, pasó hacia adentro para levantarla. Se disponía a llevarla a la cocina, para que alguna de las negras la lavara, cuando de repente, algo la distrajo. Sobre la mesa de cama, vio una carta. Se acercó y volvió a mirar. No reconoció la letra y decidió transgredir la privacidad de su querido hijo. Al fin y al cabo, era sangre de su sangre. No tenía por qué tener secretos con ella. Abrió la esquila y leyó las pocas líneas a toda velocidad. Su mente se transformó en una nebulosa. Sólo retuvo dos palabras: vergüenza y la firma, Encarnación. Le faltó el aire y perdió el equilibrio. Cayó pesada sobre la cama y esperó que esa sensación horrenda desapareciera. Creyó que el corazón le dejaba de latir. No podía entender lo que le sucedía, ¿cómo podían atreverse a enfrentarla de ese modo? Respiró profundo y se volvió a parar. Salió disparada hacia el despacho de su marido. Sólo León encontraría una solución.

\* \* \*

Eusebio fue en busca de su patrona. A esa hora, era habitual que doña Teodora estuviera en el patio, y aún más luego de la intensa lluvia de verano que había refrescado el clima días atrás. Allí estaba la señora, hincada sobre los macetones que decoraban el lugar. La tierra estaba húmeda y era más fácil de maniobrar. Cambiaba plantas, agregaba nuevas, retiraba las hojas secas. El patio lucía muy bien gracias a la mano de su dueña. Teodora estaba envuelta en su labor, el mulato carraspeó para anunciar su presencia.

—¿Hace mucho que estabas ahí, Eusebio? —dijo sonriente y limpió sus manos en el delantal—. No te escuché.

—Doña Teodora, la buscan en la sala —respondió el negro y pestañeó una y otra vez.

—Pero ¿qué pasa, hombre? ¿Qué es esa cara de terror? —se incorporó y la parsimonia que traía cambió de inmediato.

—El señor ya está sobre aviso, ahora vine por usted. Los Ortiz de Rozas la aguardan en la sala —Eusebio se retiró como había entrado.

Ya de pie, Teodora quedó estupefacta. Era extrañísimo que León y Agustina estuvieran en su casa. Ella no los había convidado y no eran personas que actuaran por fuera de los protocolos. No eran como Antonio de Escalada, que cuando le venía en gana y sin invitación de por medio, tocaba la puerta de algún amigo y entraba con esclavo y locro para convidar. Así de fuera de lo común era el caballero. Sin embargo, no era el caso de los Ortiz de Rozas. Se quitó el delantal, acomodó como pudo su falda y se dirigió a la sala. Muy erguidos y frente a su esposo estaban sentados ambos. El vestido de linón gris claro de Agustina destacaba sobre el terciopelo morado del sillón. Y como siempre, lucía el camafeo blanco, que parecía la réplica exacta de su cara.

—Buenas tardes, qué sorpresa, no esperaba verlos en mi casa —anunció su entrada y miró de reojo a su marido, en busca de alguna pista.

—Te esperábamos, Teodora. Don León y doña Agustina acaban de llegar —dijo Juan Ignacio, con el mismo desconcierto que su esposa.

—¿Les han ofrecido algo de tomar? Ya mismo voy a la cocina —e intentó volver a salir.

—No hace falta, Ezcurra ya se ha ocupado de eso —la respuesta de Agustina sonó tajante.

Teodora se sentó al lado de su marido a la espera de algún desenlace. Los únicos que sabían qué sucedería eran los Ortiz de Rozas. Sus miradas expresaban una destemplanza solapada, era evidente que traían algo que los incomodaba por demás.

—¿Qué podemos hacer por ustedes? —la dueña de casa rompió el hielo, impaciente.

—Desterrar la humillación de mi familia —contestó Agustina, con voz grave.

Los Ezcurra quedaron de una pieza. Teodora miró a la visita y luego a su esposo. No entendía nada. Unas perlas de sudor aparecieron sobre su frente. Buscó su abanico, no lo encontró y optó por el pañuelito que siempre llevaba en algún bolsillo. Sin pudor, se las secó. Juan Ignacio intentó calmar las aguas y ensayó una respuesta tranquilizadora.

—Tal vez nos dejamos estar pero íbamos a solicitar una cita en estos días, para pedirles la mano de su hija Gregoria para nuestro querido Felipe. Les pido disculpas —el vínculo de su hijo con la mayor de los Ortiz de Rozas había avanzado sin sobresaltos y había llegado la hora de que se combinara la boda. Para Agustina, los preparativos del enlace de su hija con el joven Ezcurra no eran importantes. No existía nadie como Juan Manuel y las diferencias que hacía eran notorias.



—No es precisamente de eso de lo que hemos venido a hablar —interrumpió don León—. Aquello puede esperar.

—Vamos al grano —doña Agustina abrió su diminuta cartera de seda bordada y sacó la esquila. Como si quisiera desembarazarse de un animal sarnoso, se la entregó a Teodora.

Abrió y leyó:

*Juan Manuel:*

*Mi situación se hace insostenible por más tiempo. Si no cumples tu palabra inmediatamente, me habrás expuesto a la vergüenza pública y te habrás deshonrado tú mismo, hiriendo de muerte el corazón de tu*

*Encarnación*

Y sintió el soponcio. Volvió a leer y reconoció la letra de Encarnación. La palidez de su rostro fue tal, que su esposo le quitó el documento de un zarpazo. Entonces entendió el motivo del desequilibrio de su mujer. Cerró los ojos; otra hija que lo sumía en el oprobio. Con las manos, se acomodó la cabellera hacia atrás mientras se preguntaba qué habían hecho para recibir semejante castigo divino.

—No hay tiempo que perder, todo esto que les sucede a ustedes ya lo hemos vivido nosotros ayer. Una solución sería la muerte de esa hija que tienen —explicó Agustina, sin inmutarse.

Teodora cubrió su boca con el pañuelo y no pudo contener las lágrimas. El rostro impávido de doña Agustina López Osornio le dio miedo.

—Pero como eso no va a suceder —y ablandó un poco la inmovilidad de esos gestos, que tal vez podía resultar peor—. Los quiero casados, y cuanto antes. Supongo que querrán cuidar la honra de esta hija.

Juan Ignacio sintió la estocada y agachó la vista. Su mujer le tomó la mano y se la apretó. No quería que se mortificara aún más. Teodora quiso devolverle la carta pero Agustina sacudió la mano negándose.

—Si les parece, mañana podemos ir a solicitar el permiso para el enlace. Menos sabe Dios y perdona. Daremos argumento de urgencia, no creo que lo nieguen. —Se incorporó e instó a su marido a que hiciera lo mismo—. Por hoy, no hay más que hablar. Pasaremos con el carruaje por la mañana. Buenas tardes, señores.

Los Ortiz de Rozas partieron y Juan Ignacio y Teodora permanecieron en silencio durante un buen rato. Necesitaban pensar, cada uno y por separado. Les resultaba increíble que Encarnación les hubiera hecho eso. Porque eso mismo fue lo que sintieron, que su hija estaba encinta solamente para perjudicarlos.

—Llama a la niña —susurró el hombre.

Teodora salió disparada en busca de su hija y regresó con ella. Encarnación no necesitó ninguna explicación de su madre. Sabía de qué se trataba. Había contado las horas esperando el momento, pero ahora que llegaba, sentía una opresión en el pecho fuera de lo normal. Aquello no era un juego y ahora se daba cuenta. No había pensado, había actuado presa de la furia y el arrebato. Adoraba a Juan Manuel y había

decidido que sería suyo a toda costa. Era intempestiva y de pronto tomaba conciencia de la consecuencia de sus actos. Sí, el plan le había salido bien, pero golpeaba a sus seres queridos. Miró la cara de su padre y le costó tragar. Una puntada en la boca del estómago la obligó a apretar las manos contra la falda.

—Me has insultado, Encarnación. No pensé que tú también fueras capaz de semejante afrenta —la cara de su padre denotaba tristeza más que enojo.

La joven se desesperó. No quería herir a su padre. Se hincó a su lado y lo obligó a tomarla de las manos.

—Se lo juro, Tatita, no piense mal de mí. No he hecho nada, sólo sentir amor por Juan Manuel. Eso no es pecado, aunque para algunas personas lo parezca —no quería confesar su mentira, pero tampoco lastimar a sus padres—. No soy como mi hermana.

Teodora la levantó y la sentó de sopetón sobre una de las sillas. Le clavó la mirada, instándola a que hiciera silencio. No iba a tolerar que hablara mal de Pepa. Ya tenían suficiente con el señalamiento de la sociedad.

—Se los juro por lo que más quieran, no he hecho nada malo —volvió a decir Encarnación y la voz se le quebró.

# TERCERA PARTE

## Estrategia y poder

# CAPÍTULO I

El martes 16 de marzo de 1813, en Buenos Aires se festejaba doble, o por lo menos una gran parte de la población lo hacía. Las calles se habían llenado de vecinos alborotados por la noticia que llegaba desde el norte. Las tropas criollas habían triunfado en la batalla de Salta hacía poco menos de un mes. El Ejército del Norte, comandado por el general Manuel Belgrano, había derrotado a la legión realista del brigadier Juan Pío Tristán. Los éxitos se sucedían y los territorios que habían pertenecido alguna vez al Virreinato del Río de la Plata pasaban a la jurisdicción rioplatense. Los españoles perdían poder y al mismo tiempo la euforia de los nativos iba en ascenso.

La otra causa de celebración era menos popular y ceñida a unos pocos. Juan Manuel y Encarnación habían dado el sí. Eran tiempos de Cuaresma, las familias debían guardar respeto a la fiesta y hubiera sido mal visto que el festejo fuera demasiado profano. Fue así que el enlace se llevó a cabo con bastante discreción. Se realizó en casa de los Ortiz de Rozas y el presbítero José María Terrero los bendijo, luego de leer las proclamas en las tres ocasiones que estipulaba el ritual eclesiástico. Las bendiciones de la Iglesia se dejaron para más tarde. El acta fue firmada por los padres de Encarnación en prueba de su consentimiento y León Ortiz de Rozas y su consuegra Teodora de Arguibel oficiaron de testigos del casamiento.

El caserón de los Ortiz de Rozas se abrió sólo para las relaciones más íntimas de ambas familias. Sin embargo, no se escatimó en lujos. Doña Agustina conminó al servicio a que todo refulgiera más que nunca. La mesa estaba puesta con las mejores piezas de plata labrada, cristalería y loza.

Encarnación lucía un vestido talle imperio de seda color perla, con pequeños bordados carmesí y dorado en la pechera, y un lazo haciendo juego por debajo. La diadema de piedras preciosas que había heredado de su madre brillaba sobre el peinado tirante. La novia estaba preciosa. Juan Manuel vestía de rigurosa etiqueta, algo absolutamente nuevo para él, siempre de chiripá y ropas de campo. Su padre le había mandado confeccionar el atuendo adecuado y él se lo había puesto sin protestar.

Las negras entraban y salían de la sala munidas de bandejas repletas de exquisiteces caseras: huevos escalfados, uno de los platos favoritos de Juan Manuel, arroz con leche, ensaimadas y leche batida con huevos, azúcar, vainilla y cacao. En casa de doña Agustina no hacía falta comprar afuera. Sus cocineras eran la envidia de casi todas las mujeres del Buenos Aires pudiente. Al finalizar la comida, se dio inicio al baile y quienes estrenaron la primera pieza fueron Juan Manuel y Encarnación. Se enfrentaban y separaban al ritmo de la música y sus cuerpos apenas se rozaban. Cada tanto, el novio acercaba su mano a la seda del vestido de su flamante mujer, dejándola sin aire. La felicidad de la pareja era visible. La dueña de casa, estupenda como era su costumbre, no se había movido del sillón. Desde su trono, controlaba

todo lo que sucedía. Daba órdenes por lo bajo, escuchaba reclamos, y todo sin perder de vista nada. Con un histrionismo digno de una reina, observaba cada paso de su hijo y su flamante nuera. Sonreía con elegancia pero por dentro el incendio la quemaba. Don León, su amado esposo, que la conocía como nadie, lo sabía. Firme a su lado, interpretaba a la perfección el parapeto humano que la protegía.

Entrada la noche y con la música en su apogeo, Juan Manuel se retiró del festejo y se dirigió hacia adentro. Al rato regresó a la sala vestido de chiripá y botas de potro. Necesitaba volver a la comodidad de siempre. Algunos de los invitados lo miraron de reojo. Sin embargo, el novio hizo caso omiso y retomó el baile donde lo había dejado. Y su mujer lo festejó hasta el cansancio. Lo miraba con veneración. Las estrategias habían quedado afuera, era honesta y lo demostraba. Amaba a su hombre, molestara a quien molestara.

Ya de madrugada, las velas se fueron apagando y el bullicio bajó el volumen. Los invitados empezaron a retirarse, y por último, los Ezcurra agradecieron a doña Agustina el convite nupcial. Encarnación abrazó a su madre y luego a su padre. Conmovida, quiso permanecer durante un tiempo entre los brazos de Juan Ignacio. Lo vio sonreír y ella hizo lo mismo. El alivio era inmenso. Lo único que quería era que su padre estuviera contento. Y lo había confirmado. Lo besó en ambas mejillas y se despidió. La sala quedó vacía, salvo por la flamante pareja, doña Agustina y don León. Encarnación suspiró, con la mirada perdida.

—Bueno, has entrado a nuestra familia. Estarás bien contenta, ¿no es cierto? —dijo Agustina con una sonrisa de oreja a oreja.

Los varones la miraron fijo. Temían que ardiera Troya. Sin embargo, las aguas se mecieron con la suavidad de lo desconocido.

—Estoy feliz, doña Agustina. Y más feliz porque le doy felicidad a su hijo —respondió Encarnación e imitó la sonrisa de su suegra.

—La ingenuidad de los dieciocho y los veinte años, qué encanto —agregó la señora y continuó con la batalla de las miradas.

—Estamos muy cansados, madre, mejor será que todos vayamos a dormir —Juan Manuel tomó de la mano a su mujer para apurar la retirada.

Atrás quedaron León y Agustina. Los recién casados atravesaron la sala y se dirigieron hasta el departamento que les habían preparado especialmente. Juan Manuel abrió la puerta e hizo entrar a su esposa.

—¡Qué belleza, mi querido! No voy a parar de repetir lo feliz que estoy, todo ha salido como lo soñamos —y lo abrazó.

—Nunca lo dudé, Encarna. Ahora sí podremos vivir la vida que queremos —y la besó con pasión.

La gran recámara estaba iluminada por decenas de velas. En cada mesa había un jarrón lleno de flores blancas, que llenaban el ambiente del aroma típico de la casa. Juan Manuel no aguardó ni un segundo. Apoyó con vehemencia a su mujer contra la pared y peleó contra los botones del vestido. Cuando logró desabotonarlos, lo arrancó

con premura y la dejó casi desnuda. La tomó con fuerza y la montó a horcajadas. Encarnación jadeó con desesperación y así la llevó hasta la cama. Era un animal desatado. Se había olvidado que debajo de su cuerpo pesado se encontraba la fragilidad de la piel de su mujer. Pero ella lo instó a más.

\* \* \*

Pasaron diez días y los recién casados debieron separarse. A la madrugada del 25 de marzo, Juan Manuel ensilló su caballo, acomodó las alforjas y partió hacia el campo junto a dos peones de confianza. El trabajo lo llamaba y no podía esperar. En la casa de la ciudad quedaba su esposa con poca sensación de pertenencia. Sin su marido cerca, Encarnación intentó repetir las rutinas que había seguido aquellos días. Pero claro, la suerte de luna de miel en la que se habían sumido, tenía poco que ver con la realidad. Aquellos días de romance e idilio le habían hecho creer que su amor era indestructible y que nada ni nadie podrían interferir entre ellos. Juan Manuel no la había dejado sola casi en ningún momento. Se levantaban juntos de la cama para luego salir a pasear por la Alameda o la Plaza de Toros, o tan sólo montar a caballo y dejarse llevar. Conversaban y armaban planes para el futuro, como cualquier pareja que acaba de contraer matrimonio.

A pesar del momento especial que se vivía en Buenos Aires, los Ortiz de Rozas no formaban parte de la élite con ansias políticas. Sus intereses estaban puestos en otro lado. No se reunían en el Café de Marcos<sup>[22]</sup>, refugio favorito de revolucionarios, ni participaban de encuentros más o menos secretos donde se expresaban las nuevas ansias de libertad. La parejita prefería otro tipo de discusiones: su porvenir, la construcción de una familia y, sobre todo, la insistencia de Encarnación en que Juan Manuel no interviniera en cuestiones menores, como las trifulcas de poder que sostenían aquellos otros. Ella se empecinaba en que la autoridad y el dominio estaban dentro de su marido y con eso bastaba. Y se lo hacía saber. Rosas prestaba atención y procesaba, y el consentimiento iba por dentro.

Los primeros días, Encarnación no percibió nada fuera de lo común. El movimiento cotidiano de la casa transcurría sin sorpresas. A la hora de las comidas se sentaba a la mesa y compartía junto a los demás integrantes de la familia. Hablaba poco y nada, eran tan concurridos aquellos almuerzos que era imposible meter bocado. Si alguien le hacía una pregunta, ella respondía. Pero nada más. Prefería mantener silencio. A la semana, las cosas empezaron a cambiar. Una tarde, lista para salir a visitar a su madre, salió de su departamento para dirigirse hacia la cocina y ver si podía solicitar el servicio del cochero para que la llevara a destino. Buscó pero no encontró a nadie. Le resultó extraño. No se desanimó y decidió ir a pie. La caminata le vendría bien, el paseo era ideal para despejarse. Se acomodó la capa liviana y en el momento en que se disponía a cruzar el zaguán, escuchó que la llamaban desde la sala.

—¿Adónde te diriges? —dijo doña Agustina sin levantar la vista de la costura.

Encarnación aguardó a que su suegra la mirara. Le resultaba incómodo hablar con alguien que la ignoraba de ese modo. Era más que evidente la provocación de Agustina, pero no entendía por qué.

—A la casa de mis padres, pero sólo por un rato —y probó una sonrisa para apaciguar los ánimos—. Qué bonito está quedando el bordado.

Quiso intentar con algún halago. La señora trabajaba sobre una batita de la pequeña Dominga, a la que le bordaba las iniciales sobre el costado izquierdo. Recién ahí levantó la vista y la posó sobre el vientre de su nuera.

—¿Y estás en condiciones de caminar tantas cuadras? —eran los mismos ojos de Juan Manuel, sólo que éstos la miraban de otro modo.

—No es tan lejos, además no me siento mal —los colores tiñeron su rostro y tuvo que hacer fuerza para no derrumbarse.

—Cuida tus maneras, m'hija. Además, allí adentro cargas a mi nieto, ¿no es cierto? Por suerte lleva mi sangre, eso es lo único que lo salva —y regresó a su labor sin importarle nada.

Encarnación aguantó, estoica. Le hubiera arrancado los pelos, la furia que había logrado encenderle le recordaba lo mal que se había sentido al enterarse del desprecio del que había sido víctima. Había confiado demasiado en la bandera blanca, pero doña Agustina volvía a limar sus uñas. ¿Sabía la verdad? ¿Había reconocido la treta que inventaron para la boda? La cabeza de la muchacha galopaba a una velocidad inusitada.

—Le pido la bendición, Agustina. En unas horas estaré de regreso —le dedicó una reverencia y apuró el paso hacia la salida.

El silencio de la sala era tan tajante que parecía un mausoleo. La respiración de Agustina marcaba un ritmo agitado. Dejó que la vista se perdiera y los pensamientos comenzaron a azotarla. ¿Dónde escondía al niño? Las carnes estaban intactas, no se había redondeado. Era tan desconfiada que ahora no creía lo de la gravidez de esa mujer. Pero su hijo no iba a ser capaz de mentirle. Jamás se le ocurriría pensar mal de Juan Manuel. Sin embargo, había elegido a Encarnación Ezcurra para que fuera su esposa y parte de la familia. Volvió a la costura. Era mejor olvidar aquellas ideas.

\* \* \*

Llegó a la casa de sus padres completamente destemplada. Eusebio le informó que su madre la aguardaba en el primer patio y hacia allí fue. Se quitó la capa de un sopetón y la besó en ambas mejillas. Teodora la esperaba con pastelitos de dulce, como a ella tanto le gustaba.

—Qué bien se te ve, hija. Lástima que los varones no han podido quedarse a esperarte. Tenían cosas que hacer, como siempre. No digo nada nuevo —y le agregó agua al mate.

Encarnación dio unos sorbos y le dedicó una mueca a su madre. Intentó sonreír pero no resultó. Probó un pastel, a ver si con eso le iba mejor.

—Tengo la casa revolucionada, mi querida. Han pasado algunas cosas —empezó doña Teodora, tanteando pero resuelta a compartir las novedades con su hija.

—¿Algo más? —preguntó la hija y al instante se arrepintió.

—Como bien sabes, tu hermano se desposará con tu cuñada en pocos meses, así que le estamos preparando un sector para que puedan instalarse con total comodidad. Pero no contábamos con un imprevisto —y ensayó un gesto de comedia.

—Ay, pero deja de dar vueltas y dime. No entiendo nada —la impaciencia de Encarnación era imposible de disimular.

—Pues que estamos encantados de que Felipe y Gregoria se casen y vengan a esta casa, pero tu hermana anunció que regresa —la última parte la dijo en un susurro casi imperceptible.

Encarnación se atragantó con el mate y tuvo un acceso de tos. Olvidó por completo sus problemas y la alegría familiar por la pronta boda. Pepa otra vez en Buenos Aires, parecía imposible.

—¿Pero qué pasó, mamita? —abrió los ojos como dos monedas.

—No ha dicho mucho, recibí correspondencia hace unos días. Me anunció que la relación con aquel hombre se acabó. —Teodora no pudo nombrarlo.

Nadie hablaba del vínculo de Pepa y Manuel Belgrano en el norte. La familia prefería hacer silencio para evitar las discusiones, pero sobre todo por los improprios que se vertían. Era una relación prohibida y Pepa tenía todas las de perder. Había tenido que escapar detrás de su amante, para no exponerse. Y todos se habían hecho a la idea de que terminaría sus días junto al revolucionario Belgrano. No sólo enfrentaba a la sociedad por mantenerse liada a un hombre por fuera del matrimonio, sino que elegía a un rebelde, un acérrimo opositor a las ideas de su padre. Ellos sí que habían estado enemistados y Pepa se había engeguecido de tal forma que había hecho oídos sordos. Pues ahora anunciaba su regreso y el final de esa pasión que parecía inmortal.

—Aún no se lo he dicho a tu padre, tengo terror. Deslicé algunas indirectas pero no me atreví a más.

—¿Cuándo llega?

—Creo que en un mes, pero no te lo puedo asegurar.

Encarnación sonrió, no tuvo que disimular esta vez. A pesar de todo, estaba contenta de que su hermana regresara. La había extrañado. Y volvía para vivir una vida honorable, como correspondía. Todos debían perdonarla, ella conminaría a su familia a olvidar aquel penoso episodio.

—Mamá, quiero confesarte algo —ya que no sería ella la única adversidad, tomó coraje—: tuve una discusión con mi suegra.

Teodora largó una risotada displicente. No era una novedad que Agustina López Osornio fuera una persona difícil.

—¿Una sola? Te felicito, hija.



—No estoy embarazada, mentí y nadie lo sabe, salvo Juan Manuel, por supuesto —y sintió un alivio tremendo de haberse sincerado con su madre.

—Te has vuelto loca, no me asustes —dijo Teodora y se inclinó hacia delante, como si quisiera detener allí mismo a su hija.

—No, mamita. Y ahora ella desconfía. No sé cómo seguir con esto. Tengo miedo de que se entere y me eche. Estoy sola, Juan Manuel está en el sur —la angustia le desacomodó el rostro.

—No te preocupes, ya pensaremos algo, nadie te hará nada, te lo juro —remarcó Teodora.

La casa de los Ezcurra volvía a agitarse. Teodora palmeó las manos de su hija para calmarla. Ya se le ocurriría alguna solución para todo.

\* \* \*

A pocas cuadras de allí se cocían otras habas. No se discutían desamores, enconos o reconciliaciones. Se hablaba del futuro de la Patria, o ésa, al menos, era la pretensión. Y no se llevaba a cabo en el ámbito de lo público, sino a puertas cerradas y entre unos pocos.

En el último día de enero, habían comenzado las sesiones de la Asamblea General Constituyente. En aquella fecha, los altos del Consulado se habían llenado de caballeros de diferentes provincias, con más o menos poder según el territorio, que intentaban defender sus posturas costara lo que costare. Las camarillas y conspiraciones estaban a la orden del día. Se habían realizado los nombramientos en armonía, pero no por eso sin la aparición de envidias o sensaciones de injusticia. La política era así, algunos participaban de ella imbuidos de vocación de servicio, otros con egocentrismo y ansias voraces de poder.

Carlos de Alvear había recibido en el despacho de su casa a Bernardo de Monteagudo, Hipólito Vieytes y Gervasio Posadas. Sobre el escritorio descansaba un documento, que cada tanto era releído por el líder de la Logia.

—No voy a descansar hasta que quitemos por completo del medio a Artigas. Y espero contar con todos vosotros y muchos más —dijo Alvear y les clavó la vista a uno por uno.

—Tranquilo, Carlos. Que no ocupes la presidencia en estos momentos, no significa que el poder no esté en nuestras manos —Monteagudo hacía referencia a José Pedro Agrelo, el presidente de la Asamblea desde el 1.º de abril. Carlos de Alvear había sido el mandamás apenas abiertas las sesiones.

Uno de los mayordomos entró al despacho casi sin hacer ruido. Retiró el botellón vacío y lo cambió por otro lleno de vino. La señora de la casa, doña Carmen de la Quintanilla, una de las mujeres más preciosas de la sociedad porteña, no participaba del conciliábulo.

—Los reclamos del Oriental no deben pasar. ¿De qué nos servirá enfrentar a los realistas de Montevideo, para entregarle la Banda Oriental a ese anarquista de

Artigas, que ya ha dado bastantes muestras de traición? —la exaltación de Vieytes era moneda corriente. Nadie se asombraba de sus exabruptos y todos recordaban la larga rivalidad entre Montevideo y Buenos Aires por dominar el comercio del Plata.

—Les recuerdo que no son tiempos para indecisos y que tenemos todas las de ganar. —Carlos de Alvear, tras el derrocamiento del Primer Triunvirato y los éxitos de las armas patriotas, estaba envalentonado, como muchos de sus hermanos de la Logia Lautaro. Elevado a la cima del poder con sus escasos veinticuatro años, el entusiasmo juvenil acicateaba su personalidad ambiciosa—. Debemos declarar la Independencia y pasar a la ofensiva contra los ejércitos absolutistas y los anarquistas del Litoral.

—Creo que deberíamos ser más inteligentes, Carlos. Menos obvios. No debemos mostrar nuestro centralismo tan brutalmente. Nos desconfían, sobrino. Estrategia ante todo, y así los destruiremos —Gervasio Posadas era el primo de la trágicamente fallecida madre de Alvear y mantenía algo de serenidad. No por eso tenía menos ganas de atestar el gran golpe.

—¿No hemos jurado el 31 de enero, ante Dios Nuestro Señor sobre los santos evangelios, promover los derechos de la causa del país al bien y la felicidad común de la América? —recordó Alvear, al pie de la letra—. Pues cumplo mi juramento y daré la vida si así se necesitara. Sé muy bien quiénes son aquellos que sostienen la libertad, integridad y prosperidad de nuestra tierra. Y quiénes los bastardos traidores. Hay provincias que deberían callar su voz y acatar nuestras órdenes.

Sus contertulios lo miraron fijo. A veces desconfiaban de la destemplanza de Alvear. Demostraba una seguridad inquietante, incluso llegaban a dudar de su propio patriotismo al lado de la vehemencia de su hermano de Logia. Pero era uno de ellos, de eso estaban seguros. Al día siguiente debían volver a reunirse en el Consulado. Sin embargo, no podían confesar nada acerca de la reunión secreta. Como si no se hubieran visto, como si los planes fuera de agenda no hubieran existido.

## CAPÍTULO II

Juan Manuel trabajaba a la par —si no más— que la peonada y los gauchos que acataban sus órdenes. Se levantaba de la cama apenas el sol marcaba una fina línea en el horizonte, tomaba unos mates en la cocina junto al servicio de la casa de Rincón de López, y partía a cumplir con la lista interminable de tareas. Las arcas de la familia crecían como río embravecido. La administración de los campos había sido la mejor decisión que habían tomado doña Agustina y don León. Su hijo era un visionario.

Aquella mañana se había despertado sintiéndose renovado, como si la visita del día anterior al gran cacique Negro le hubiera inyectado una dosis extra de adrenalina. Cada tanto hacía sus excursiones a las tolderías y se pasaba horas escuchando al cacique. Su relación con los indios no era algo nuevo. Se había relacionado con ellos desde la niñez, pero él no era el único. Su abuelo Clemente López Osornio había muerto en manos indias y su padre había pasado mucho tiempo en las tolderías. Los hombres de su familia traían el vínculo con ellos, él lo llevaba en la sangre. Desde pequeño había escuchado los relatos de las costumbres pampas y todo aquello le resultaba lo más común del mundo. Agustina siempre le había permitido que se mezclara entre los niños indios y ellos habían sido sus amigos de la infancia. Había aprendido su lengua y la hablaba a la perfección. Era uno más. El tiempo había transcurrido y nada había cambiado más allá del Salado. Los indios respetaban a Juan Manuel y él, cuando estaba con ellos, no desentonaba.

Había llegado con presentes para el cacique, como hacía cada vez que lo visitaba. Los animales eran siempre bienvenidos, Juan Manuel sabía alegrar —aunque no lo demostrara, el ímpetu iba por dentro— a Negro, el cacique. Aquel encuentro le había servido, como cada vez, para entender de otro modo su tierra. Había regresado con la tropa chica a su casa y el camino de vuelta lo había llevado a cabo en el más completo silencio, como si sólo necesitara de los sonidos de la naturaleza para volver a templar su cuerda.

El sol recién asomaba su media luna amarilla, faltaba bastante para que empezara a calentar la fría mañana de junio. Juan Manuel salió a la galería donde lo aguardaban sus dependientes para emprender la jornada. Los contó a la velocidad del rayo y notó que faltaba uno. Sin esperar, conminó al resto a montar sus caballos. Las botas contra la tierra, uno a uno cumplió la orden sin chistar. Cuando sólo restaba que unos pocos ajustaran sus cinchas, apareció el retrasado.

—Disculpe, patrón. Tuve un inconveniente en la tapera, pero aquí estoy, listo —jadeó Gervasio, el muchacho en cuestión.

—No gastes tiempo en explicaciones. ¡Vamos! —gritó e hincó las espuelas en los ijares de su animal.

Rosas encubrió su malestar. No le gustaba que su tropilla no estuviera lista a la hora señalada. Un silencio feroz arrasó a la caravana. Todos entendían lo que sucedía.

Aunque su jefe no dijera palabra, su cara lo decía todo. Sabían que en breve daría comienzo la fiera pesquisa de siempre. Aún iban al paso. Tenían un largo trayecto por delante, sin embargo, comenzaban a ordenar las filas. El patrón encabezaba la columna. A ritmo lento, llegaron al monte. Sin previo aviso, Juan Manuel tiró de las riendas para frenar. Se apeó y con la mirada ordenó que los demás hicieran lo mismo. Cada peón se paró delante de su caballo, no volaba una mosca. Sin prisa, se detuvo de uno en uno frente a sus hombres para controlar que llevaran sus lazos, tientos y boleadoras en la cintura. Sintió una leve incomodidad en el cuello. Llegó adonde estaba parado Gervasio y lo miró de arriba abajo. Nada. Las herramientas de trabajo no estaban. Los ojos helados se posaron en los del joven díscolo.

—Sabes que soy sordo a las excusas. Las explicaciones son inadmisibles. Y tienes la desgracia de llevar el mismo nombre que mi hermano. No lo mereces.

El muchacho tragó con dificultad, sabía lo que se venía. Se detestó por haber salido a las corridas. Había tenido una mala noche de borrachera y desmesura. El apuro le había jugado una mala pasada. Juan Manuel puso los brazos en jarras y esperó que el infractor hiciera lo que correspondía. Sus subordinados sabían de memoria que había una cantidad de actos que él no toleraba. Todos los sábados, sus peones y sirvientes debían entregar sus cuchillos al capataz de cada establecimiento para evitar las desgracias que solían suceder durante los días festivos. Nadie podía correr avestruces en campo ajeno, ni cazar nutrias sin su permiso, ni apartar ganado suyo o caballos que se hubiesen confundido con las haciendas de los vecinos, sin lograr antes su venia.

Gervasio se adelantó, tiró el sombrero al costado, se bajó los pantalones y se tendió sobre la tierra. Juan Manuel le entregó el rebenque a uno de sus hombres y luego se cruzó de brazos, a la espera. Recordó la treta que había ideado unas semanas atrás, cuando él mismo había salido sin lazo. Para dar el ejemplo, había obligado al capataz a que lo castigara como a cualquier otro. Se había quitado los calzones, boca abajo y con el cuerpo al aire, había recibido cincuenta azotes que lo dejaron en carne viva. Ni un gesto de dolor había dejado ver. Así se mostraba frente a sus dependientes. Y para premiar a quien había llevado a cabo semejante hazaña, le había hecho entrega de su rebenque. Ahora el castigado sería el muchacho, que apenas llegaba a los quince años. El primer rebencazo interrumpió el silencio de tumba que atravesaba el campo. Ni el piar de los pájaros se dejaba oír. El muchacho se mordió la mano del dolor. Y llegó el segundo, y el tercero, y así hasta el último. Rosas le tendió una mano y lo ayudó a incorporarse. La cara del joven estaba llena de lágrimas, tierra y tormento. Juan Manuel le palmeó el hombro, en un gesto afectuoso.

—Cuando vuelvas a pensar en esto me lo agradecerás, Gervasio. Ya verás, te convertirás en el mejor peón de este campo. Se te nota —y le sonrió—. Y ahora, vístete, no vaya a ser que alguna china te vea el culo.

Todos largaron una carcajada. La complicidad entre hombres seguía inquebrantable. Y Juan Manuel era un especialista en generar pavora y connivencia.

Sus hombres lo veneraban; además de admirar su rigor y ejemplaridad en el trabajo, recibían grandes sumas de dinero en pago. Pero también le temían.

\* \* \*

Como todos los domingos, Encarnación pasó a buscar a sus padres y a Margarita. Llegó puntual en el coche de los Ortiz de Rozas y aguardó en la puerta hasta que salieron. De punta en blanco, se acomodaron para que las ropas se arrugaran lo menos posible y partieron rumbo a la Plaza de Toros. Era el día de las corridas, la jornada elegida para ver y ser vistos. Incluso las mujeres, aprensivas ante la matanza y los charcos de sangre, no se perdían los domingos de toros. Con sus mejores galas, los concurrentes demostraban una gran excitación.

La calle estaba demasiado concurrida, parecía que la ciudad en su totalidad se dirigía al mismo lugar. En Unquero<sup>[23]</sup>, las señoras se asomaban por las ventanas de sus casas y aprovechaban para mirar la fila interminable de carros, caballos y transeúntes ansiosos. Las sirvientas, en cambio, igual de curiosas pero más atrevidas, se apiñaban en las puertas y cotorreaban como locas. Francisco pegó el grito y frenó el coche con cuidado. Bajó del pescante y ayudó a las mujeres a descender, sobre todo a su nueva amita, que llevaba un niño en sus entrañas, según le habían anunciado apenas se había instalado en la casa. El inmenso edificio de ladrillo a la vista convocaba a la multitud. El cochero confirmó que en una hora y media volvería al mismo lugar y partió con rumbo desconocido.

—Apuremos, señoras, que no quiero llegar con el toro en la arena —dijo Juan Ignacio, impaciente.

Las mujeres dejaron de lado por unos segundos el cuidado del taco de sus botinetas y aceleraron el paso. Esquivaron como pudieron a la multitud y llegaron al palco de madera que los aguardaba. Juan Ignacio y Margarita ocuparon los asientos de adelante, y Teodora y Encarnación, los de atrás. Apenas se acomodaron, las fanfarrias anunciaron el comienzo del espectáculo. El picador hizo su entrada a caballo y saludó a las miles de personas del público. Empezaba el primer tercio. Abrieron la tranquera y salió el toro. Comenzó el baile entre el animal y el hombre, que lo perseguía con prestancia para pincharlo y cansarlo. Teodora miró de soslayo a su hija y la notó a leguas de distancia.

—¿Qué pasa, querida? —susurró.

—Nada, mamita —respondió Encarnación pero era una actriz horrenda.

—No me mientas, te conozco.

—Agustina me trata pésimo. Bueno, no es eso precisamente, me ignora. Le resulto invisible, como si no existiera —y sus mejillas se pusieron moradas.

El chismorreo perturbaba a Ezcurra. Giró un poco la cara y chistó a su mujer y a su hija. Volvió a lo suyo, envuelto por las onomatopeyas multiplicadas que armaban un coro estimulante.

—Me siento sola. Juan Manuel en el campo y yo en esa casa, en la que no me encuentro a gusto. El único que de vez en cuando me dice alguna que otra palabra es don León. Pero creo que es porque le doy pena —continuó.

—Ten paciencia, mi querida. En breve regresará tu marido y todo será mejor, ya verás —y le palmeó la mano—. El matrimonio es así, hay momentos en los que nosotras debemos hacer silencio y esperar. No sirve de nada gritar, no ganas nada. Aguantar, eso es lo que hay que hacer.

—Pues en esa casa si hay alguien que no calla es Agustina López Osornio. Ella manda y Ortiz de Rozas acata —dijo con furia en sus ojos negros.

—Nosotros te hemos educado como una mujer de bien y eso es lo que serás —la reprendió su madre.

En la arena daba comienzo al segundo tercio. El picador se había retirado para darle la venia al banderillero y cada tanto se escuchaba un grito de «ole». Margarita acompañaba a su padre pero de vez en cuando quitaba la vista del animal herido.

—¡No sé qué hacer con esto! —susurró con desesperación y se tocó la barriga.

Teodora chistó y el ceño fruncido desfiguró su cara. Señaló hacia adelante con la mirada, advirtiéndole a su hija que Juan Ignacio no sabía nada. No le había contado, todavía.

—Tengo todo resuelto, calla y escucha. Recibí correspondencia de tu hermana.

—¿Otra vez? Ya me lo has contado, mamita —Encarnación revoleó los ojos.

—No seas insolente, ¿me haces el favor? Pepa va a ser madre, si no lo ha sido ya. En el medio de su viaje de regreso, se enteró de que tenía una criatura en su vientre. Como entenderás, no podía llegar a Buenos Aires con ese «detalle». Está en una estancia en Santa Fe hasta que todo pase.

Encarnación detuvo la respiración. No podía creer lo que estaba escuchando. La vida de su hermana iba de mal en peor. No sólo había ido detrás de un amante, sino que tendría un hijo bastardo.

—Pero esto es monstruoso —dijo en un hilo de voz. Pepa traía un niño no deseado y ella, que quería más que nunca tenerlo, era castigada con la nada misma.

—Ni te atrevas a criticar a tu hermana. Te olvidas de esos dichos para siempre.

Un griterío anunció la entrada del matador, con su espada y su muleta<sup>[24]</sup>. Recorrió la pista, vestido con su traje especial, y la concurrencia entera lo aplaudió. Dio comienzo al sinfín de pases vistosos, mientras que el toro, cansado y con las varillas ensartadas, daba con sus cuernos contra el capote.

Para que no hubiera dudas, Teodora acercó su boca a la oreja de su hija. No quería que su marido escuchara ni una palabra.

—En estos días vas a falsear una pérdida. Dirás en esa casa que has perdido al niño, y cuando tu hermana llegue, te entregará al suyo —susurró con lentitud, para que no hubiera malos entendidos—. Tenemos que alejar a esa criatura de Pepa y qué mejor que tú para que te hagas cargo de la situación.

Encarnación se separó de la cara de su madre y la miró fijo. Era increíble todo lo que había pergeñado. Desconocía ese lado manipulador de Teodora. Al principio, sintió un inmenso rechazo por la propuesta, pero a medida que los segundos corrían, le pareció cada vez más adecuada.

El toro yacía sobre un charco de sangre, en los últimos estertores de la muerte. El matador miró al público, a la espera de ser juzgado. Los aplausos y los gritos anunciaron que su faena había gustado. Caminó de un lado a otro, con la muleta de un lado, el otro brazo hacia arriba, y saludó con prestancia. Se acercó al animal muerto y le cortó una oreja y el rabo. Con el botín en la mano, fue directo hasta donde estaba sentada una damisela y le dio la ofrenda. Entraron varios banderilleros y ataron la negra masa inerte a un caballo, y así fue arrastrado por el ruedo, mientras los allí presentes aclamaban a los gritos. Encarnación detuvo su mirada en el camino de sangre que el toro iba dejando a su paso. Parecía hipnotizada.

\* \* \*

—Es de no creer, Rozas, esto es inconcebible. Que hayamos aceptado las tramoyas de esta advenediza, me saca de quicio —Agustina deambulaba en el despacho de su marido. Parecía un animal enjaulado a la busca de una salida.

—Tranquila, mi querida. No quiero que te dé un ataque —León miraba con preocupación a su esposa. Hacía rato que no la veía tan desquiciada.

Al fin se sentó y palmeó sus muslos al hacerlo. Estaba agotada, el enfurecimiento la había dejado de cama. Dos días atrás, su nuera le había hecho el anuncio más siniestro que pudiera existir. La idea no dejaba de rondarle la cabeza. Lo peor que le había ocurrido en la vida había sido que su hijo hubiera tenido que casarse obligado por el embarazo de Encarnación. Había hecho un esfuerzo por aceptarla y la había recibido en su casa únicamente por eso. Y ahora la muchacha le anunciaba que había perdido la criatura. ¿Los hados estaban en su contra? ¿Qué mal había hecho? No encontraba respuesta que la satisficiera.

—No perdió el embarazo, León. Todo fue una patraña de la chica esta, ¿te das cuenta? —sus ojos azules estaban más desorbitados que nunca.

—Pero es sabido que no puede existir demasiada verdad dentro de una relación, Agustina. Hay cosas que mejor ni saber —dijo León con la mirada perdida, como si pensara en voz alta.

—En una pareja puede ser, pero no conmigo, Rozas. Que no se atrevan a mentirme, porque la venganza será terrible.

—¿Y quién te dijo que Encarnación no ha dicho la verdad? Te has vuelto loca.

—Ni un trapo con sangre, León, nada. ¿Cómo se hace para perder un niño sin dejar rastros? ¿Creerán que soy imbécil? —elevaba el tono cada vez más.

—No grite, mi señora, que va a terminar enferma —y extendió su mano, para tocarla.

Agustina chasqueó la lengua con indignación. No le gustaba cuando su marido no le prestaba atención o tomaba a la chacota lo que decía.

—Ahora tendremos que aguantar el lugar dentro de la familia que ocupa injustamente. ¿Qué le ha visto nuestro hijo, explícame, León, por favor? —y tomó aire con profundidad, como si estuviera por perder el conocimiento.

—¿Podemos hablar como dos personas normales? No vaya a ser que nos escuche —la miró serio.

—Pero si guardaba reposo, por favor —y sonrió con displicencia.

En el pasillo, a pocos pasos de la puerta entornada, estaba Encarnación. Había escuchado lo suficiente como para sentir una furia asesina, mezclada con una tristeza que le atravesaba las entrañas. No supo qué hacer, si entrar intempestivamente y gritarles la verdad en la cara, llorar como una niña que pierde su muñeca favorita o hacer silencio. Optó por lo último. Debía pelear con las mismas armas de su suegra. Reaccionar como leche hervida no le serviría. A pura estrategia. Era necesario pensar antes de actuar. Había ganado a Juan Manuel pero la guerra con Agustina no había terminado. Recién comenzaba, ésta era tan sólo una de las tantas batallas que vendrían, de eso estaba segura. Su suegra contaba con el tiempo y los lazos de sangre, ya vería ella con qué podría pelear. Estaba dispuesta a todo, incluso la muerte si era necesario. No sabían de lo que era capaz. Ni siquiera su adorado esposo.

Giró despacio y la madera crujió al hacerlo. Caminó lento por donde había llegado, hasta el departamento que ocupaba junto a Juan Manuel. Y sintió calor en la nuca. Sin dar vuelta la cabeza, supo que la miraban desde el umbral de la puerta del despacho. Su plan daba comienzo a la perfección.

\* \* \*

Juan Manuel había salido al alba, cuando todavía la escarcha tapizaba los caminos. El frío del invierno lo impulsaba. Debía regresar a Buenos Aires, su esposa lo reclamaba.

No llevaba escolta con él, pero sí su típico caballo de recambio. Había tenido que resolver todo con demasiada urgencia. Además, necesitaba pensar y que nadie lo interrumpiera con palabrerío intrascendente. No tenía una jornada fácil.

El «mi Juan Manuel» de siempre le había calentado el corazón. Sin embargo, el encabezamiento de aquella carta de su mujer no había sido igual a todos los demás. La letra temblorosa anunciaba un nervio nuevo, una situación que la había sacado de quicio, algo extraño en ella, que siempre parecía tener todo bajo control. «Los problemas con tu madre parecen no tener solución». Así empezaba. La declaración de amor permanente con la que Encarnación daba inicio a todas las esquelas que le escribía, no aparecía en ésta. Le hacía referencia a la eterna reyerta entre suegra y nuera. Le resultaba un poco exagerado, estaba seguro de que su esposa extremaba posiciones. No pudo evitar esbozar una sonrisa al recordar la intensidad con la que vivía la vida. Ésa era una de las razones por las que la había elegido. Su Encarnación



era una mujer vehemente, ninguna como ella. Aunque eso, a veces, podía resultar un poco asfixiante. No entraba en razones, era difícil —por no decir imposible— hacerla cambiar de parecer.

Con la mano acarició el cuero de la alforja que colgaba del lado derecho. Allí transportaba las cartas que le había escrito su mujer. Todos los días había recibido una. No hacía falta que le respondiera, Encarnación no necesitaba de eso para escribir la próxima. Siempre tenía algo por contar o preguntas que hacer, o tan sólo la excusa de la escritura para mantener vivo el hilo que los unía. Sin embargo, la última parecía escrita por otra persona. Era su letra, la reconocía, pero el tono le incomodó. Le explicaba la resolución que había tomado junto a su madre acerca de la adopción del bebé de Pepa. Al enterarse de aquella novedad, se sintió intranquilo. No acordaba demasiado pero ya se lo diría en persona, era imposible hacerlo por escrito. Ella tenía las de ganar en esas lides. Encarnación le aseguraba que era víctima de una persecución por parte de su familia, y sobre todo de su madre. Que lo único que lograría calmar su furia sería acusar una pérdida y un bebé nuevo. Estaba seguro de que no sería para tanto. Su madre era una mujer fuerte, nadie podía negarlo y menos él. Pero de ahí a afirmar que le había iniciado una guerra a su nuera, era mucho. Ya la calmaría al arribar a casa.

Llegó a la posta con la caída del sol. Desmontó su tordillo y saludó al encargado del lugar. Al instante, una china le preparó algunos panes y quesos para comer, y lo tentó con una botella de vino. Se dio el gusto y, apenas terminó de comer, volvió a salir. Lo aguardaban sus caballos, que cuidaba con mucho esmero. Su monta necesitaba descansar, no era bueno que galopara por demás. Siempre obligaba a que sus animales trotaran o fueran al paso, sobre todo cuando las distancias eran largas. Eran delgados, así debía de ser. El animal gordo no servía, era pesado. Descansó unas horas sobre un camastro improvisado y volvió a los caminos antes del amanecer. Faltaba menos. Llegaría un día antes de lo previsto. Encarnación se pondría contenta.

## CAPÍTULO III

A la semana del desembarco de Pepa en casa de sus padres, Encarnación y Juan Manuel tomaron posesión del bebé. Teodora había ido a anotarlo sola para evitar filtraciones. Quería pasar lo más desapercibida posible y cuanto más acompañada, peor. El acta de nacimiento de la criatura señalaba «de padres desconocidos» y todos acordaron en ponerle de nombre Pedro Pablo. Rosas le dio su apellido. Con el papelerío resuelto, Encarnación llegó a la casa de sus suegros con su nuevo hijo y la compañía de Rufina. Su sirvienta dilecta se mudaba con ella, además de Eusebio, iba a necesitar ayuda y sólo confiaba en ellos. Su madre se los había entregado con la mejor disposición. Cuantos menos problemas llevara a la residencia de Agustina, mejor.

Juan Manuel la recibió en la puerta, la sonrisa de su esposa lo decía todo. Encarnación besó una y otra vez la mejilla suave de Pedrito y se lo pasó a Rufina. Así, libre, rodeó el cuello de Juan Manuel con sus brazos y permaneció unos segundos pegada a su piel. Lo olió y se dejó embriagar. Veneraba el olor a hombre de su marido.

—Bueno, bueno, salieron dos de esta casa y regresan cuatro. Cuánta prodigalidad, ¿no es cierto, Rosas? —así les dio la bienvenida Agustina, que ocupaba su sillón bien erguida, como si fuera de la realeza.

—Buenas tardes, les presento a Pedro Pablo Rosas. Está dormido, no quiero que se despierte. Rufina, ven conmigo así te muestro nuestras dependencias —dijo Encarnación y siguió camino casi sin detenerse frente a sus suegros.

Juan Manuel se sentó junto a sus padres, a la espera de su mujer. Ya les había comentado las novedades. León no había emitido palabra, ni siquiera era posible adivinarle el gesto, casi imposible entrever sus sentimientos. Parecía que no le afectaba demasiado la nueva. Agustina, en cambio, había dicho poco, alguna que otra onomatopeya que podía ser tanto de alegría como de espanto, y había abierto tanto sus ojos azules que parecía que en cualquier momento iban a escapar de sus órbitas. La noticia le había caído como un balde de agua fría. No esperaba nada semejante.

Encarnación regresó a la sala y se sentó al lado de su esposo. Se sentía como una recién llegada, con la timidez propia de la novata que no sabe a qué atenerse. Todo lo que había ganado hasta ese día se le escapaba como el agua entre los dedos. La presencia de Pedrito frente a su suegra la había llenado de dudas. Agustina tenía ese poder, la transformaba en un ser completamente vulnerable. Pero había aprendido a disimular. Como una perfecta intérprete, se movía al son del baile de las apariencias.

—Tenemos un nuevo bebé en la casa, entonces —afirmó doña Agustina—. ¿Y de quién es este niño?

—Es Rosas, madre. Y con eso es más que suficiente —lo último que quería Juan Manuel era una disputa con su familia.

—Pues claro, has sido un buen samaritano, como corresponde. Aprendiste bien lo que se te ha enseñado en esta casa. Pero de algún vientre habrá nacido, sólo quiero saber cómo ha llegado a vuestras manos —desplegó su abanico y lo batió con fruición.

Encarnación le dirigió la mirada por primera vez.

—Una parienta de uno de los sirvientes de la casa de mi madre dio a luz a Pedro. No hay más misterio que ése. No es un ángel caído del cielo pero bien podría serlo —afirmó con tal seguridad que no había motivos para dudar.

—Como es tan blanquito y tiene ojos claros, me parecía extraño —Agustina arqueó una ceja.

No voló una mosca. El silencio que se hizo daba miedo. Sólo León miró a su esposa. Quería que se detuviera allí, que no dijera nada más. No deseaba lastimar a su hijo y a su nuera. Le parecía demasiado. La suerte ya estaba echada, no tenía sentido toda esa hiel que derramaba Agustina. Al fin y al cabo, esa muchacha y el pequeño ya formaban parte de su familia. Sin embargo, sabía que cualquier cosa que le dijera no sería bien recibida. Cuando su mujer tomaba una determinación, era imposible hacerla entrar en razones.

—Menos pregunta Dios y perdona, madre. Teodora quiso calmar la tristeza de Encarnación por la pérdida del bebé, y justo apareció alguien de la servidumbre con la noticia. No nos hizo falta más datos que esos —intervino Juan Manuel y no dio posibilidad a que siguieran con el interrogatorio.

La muchacha se incorporó y pidió permiso para retirarse. Acusó la necesidad de ir a ver a su hijo. La maternidad la urgía. Era una excusa perfecta para escapar del ojo censor de Agustina. Hizo una pequeña reverencia y sin volver la mirada partió rumbo a la puerta. Juan Manuel le pidió que lo aguardara, iría con ella. Salieron al pasillo y ya lejos de los oídos chismosos de sus suegros, Encarnación le susurró a su joven marido.

—Tu madre me odia, Juan Manuel.

—No es para tanto, mujer.

—No sabía que además de sordo eras ciego.

—Exageras. Tal vez sus modos fuertes te resulten extraños, pero ella es así y no lo hace de mala.

Encarnación contuvo una carcajada y sólo largó un jadeo de desprecio. No podía creer que sólo ella tomara conciencia de lo que pasaba. Su marido era un sometido de su madre y eso no le gustaba.

\* \* \*

Doña Teodora y Pepa bordaban en el salón. Concentrada cada una en su labor, cada tanto levantaban la vista y se perdían en el gran ventanal que les permitía ver lo que sucedía en la calle. Alguna que otra mulata con sus inmensos canastos y sus caderas bamboleantes anunciaba las delicias que llevaba para la venta. Los cascotes de los

caballos advertían la llegada de algún visitante a las casas de la cuadra. El sol de la mañana de septiembre se colaba por la ventana y ya empezaba a calentar. Anunciaba la llegada de la primavera en pocos días más. Madre e hija cosían batitas para el bebé. Ya tenían una buena cantidad, pero empezaban a coser algunas más grandes. Pedrito había crecido mucho en muy poco tiempo. Parecía que todas las mujeres de la familia se entregaban por completo a las monerías del bebé. Incluso Gregoria bordaba para el pequeño. La hermana de Juan Manuel se había desposado con Felipe el 14 de agosto en la Iglesia Nuestra Señora de Monserrat<sup>[25]</sup>. Los flamantes esposos se habían mudado a casa de los Ezcurra. Teodora y Juan Ignacio adoraban a su nueva nuera, una muchacha de nobles sentimientos. Era encantadora, suave y siempre bien dispuesta. Cada vez que Encarnación le relataba los enfrentamientos que vivía con Agustina, Teodora se preguntaba si Gregoria realmente era su hija. Parecía la antítesis. Prácticamente ni se la escuchaba, no desentonaba en la casa. Sin embargo, los días que el pequeñín había permanecido con los Ezcurra antes de que Encarnación se lo llevara, Teodora había hecho todo lo posible para que Gregoria no se enterara del secreto familiar. Era demasiado nueva, pero sobre todo, era hija de Agustina López Osornio y Encarnación desconfiaba. ¿Y si se le escapaba? ¿Podía llegar a creer que su cuñada guardaría semejante secreto con su madre? Había sido preferible esconder la verdad. Armaron una habitación lo más alejada posible, cerca del sector de servicio, y allí lo instalaron. Felipe conocía la realidad, como todos los Ezcurra, se había enterado de los sucesos de Pepa antes de la boda, pero prefería cuidar las apariencias. Al tomar la decisión, Teodora armó el plan maestro casi como una estrategia bélica.

—Qué bonita está quedando tu batita, hija —dijo Teodora para intentar un acercamiento.

—No es para tanto, es igual a cualquier otra —respondió sin quitar la vista de la batista.

Doña Teodora suspiró. No le gustaba ver a su hija en ese estado de amargura constante. Pero la entendía. La partida del niño le había destrozado el corazón. Había intentado calmarla diciéndole que Pedrito estaría cerca, que podría verlo y construir una relación de tía. Sin embargo, sus palabras no la habían conformado.

—Es una pena que el niño tenga un resfrío y Encarna no haya podido traerlo. Si te parece, podemos ir a verlo a su casa.

—No, madre, no quiero.

—Pero, m'hija, no sufras más por favor —dejó el bordado sobre su regazo y le palmeó la pierna.

—Perdí la capacidad de sufrir, mamita. Ya nada peor podrá sucederme. Perder un hijo y ser abandonada por un amor. ¿Qué más? Manuel Belgrano no sólo me secó las lágrimas, me secó el alma —dijo Pepa, con el rostro duro de alguien que desperdició sus sentimientos.

Teodora sintió un vacío en las entrañas. El dolor de su hija le dolía el triple. Intentó cambiar de tema, no quería que la pena que sentía su hija se transformara en una obsesión. Ya se le pasaría, de eso estaba segura. Tiempo al tiempo.

—Tu pobre hermana volvió a quedarse sola en esa casa. Su marido partió a Rincón nuevamente. Y tampoco puede venir a casa, porque el niño debe guardar cama —y se arrepintió de sus palabras. Todos los caminos conducían a Pedrito.

Pepa la miró de soslayo. Le parecía una pavada el sufrimiento que acusaba su hermana. Ella sí que sabía de tormentos, lo suyo era un calvario, no la banalidad de la que hablaba su madre. Encarnación tenía un marido y ahora un hijo, y ella se había quedado sin nada. Su cuerpo estaba vacío. El universo era generoso con su hermana; en cambio con ella era de una mezquindad pavorosa. Envidiaba a Encarnación y se sentía mala por eso. Su pequeña hermana no tenía la culpa de lo que le había sucedido a ella. Pero a veces la inestabilidad le ganaba y la mezcla de emociones la llevaba a las catacumbas más oscuras de la mente. Buscaba razones y no las encontraba. ¿Por qué a mí?, se preguntaba. A veces llegaba a pensar que se lo había merecido por haber elegido el camino del mal. Sólo una mala mujer iba detrás de un hombre y lo llevaba a la cama sin casarse. Eso había hecho ella y ahora debía atenerse a las consecuencias. Era una pecadora y ése, su castigo eterno. Aquéllas eran las consecuencias del amor mal habido. Por algo su padre le había vaticinado una vida de penurias si osaba continuar con su romance juvenil con Belgrano. No lo había escuchado y ahora debía escarmentar. Pedrito se merecía una buena madre y aquella no era otra que su hermana Encarnación. La mirada parecía más perdida que nunca.

\* \* \*

A mediados de noviembre, como todos los años, llegaba el momento en que doña Agustina mudaba a la familia al campo. Con gran entusiasmo, todos se organizaban en los distintos carruajes que los llevarían a Rincón de López. En el principal, junto a ella y su marido, ahora viajaban los hijos mayores, Andrea, Gervasio y Prudencio; en el segundo, los más pequeños junto a dos nanas, y en el último, el equipaje, custodiado por dos peones. La caravana partía temprano por la mañana, ésa era la costumbre. Sin embargo, en esta oportunidad hubo diferencias. Había una nueva integrante en la comitiva, y además no viajaba sola. Encarnación tenía tres personas más a su cargo: el pequeño Pedro y su nana Rufina, y el mulato Eusebio. Por supuesto, ellos tres fueron encomendados al carro secundario, y ella hubo de acomodarse frente a su suegra, muy a pesar suyo. La casa quedaba vacía durante los meses de calor, era imposible enfrentarse a las rutinas impuestas por Agustina, y además Juan Manuel la esperaba en la estancia de la familia.

El periplo se le hacía interminable, ni siquiera lograba disimular su fastidio posando su mirada en los caminos. Allí tampoco había demasiado para ver. Terrenos interminables, polvareda, y de vez en cuando, algún monte que lograba distraer el sopor. Sin embargo, eso duraba poco. El letargo regresaba para no irse, durante horas.

Las conversaciones, que casi nunca la incluían, no le despertaban interés. Era como si lo hicieran adrede, buscaban temas que no la incluyeran o que fueran tan remotos que le resultara imposible seguirles el hilo.

—Qué alegría, una fiesta en la familia, mi querida Andrea. Y gracias a Dios, con tiempo, como debe ser —dijo Agustina mientras batía el abanico. El polvo volaba y eso le complicaba la respiración.

—Sí, mamita. Tal vez nos estemos adelantando demasiado con los preparativos —respondió Andrea con la alegría propia de la mujer presta a casarse.

Noviaba con Francisco Braulio Saguí de Lamadrid, perteneciente a una buena familia de comerciantes, el perfecto candidato para los Ortiz de Rozas. El muchacho había compartido estudios con Juan Manuel en el establecimiento de Francisco Argerich, así que lo conocían desde hacía tiempo.

—Noviembre me parece un mes perfecto y la ceremonia será en la Iglesia de Monserrat, como la de Gregoria —agregó Agustina—. ¿Estás de acuerdo, Rozas?

—No tengo nada que objetar, mi querida. Tú te ocupas de esas cosas y las haces a la perfección. Mi opinión no hace falta —don León intentó regresar por un momento de su estado de ensoñación. No le interesaban aquellos asuntos terrenales. Con que su hija se desposara con un hombre como la gente, le era suficiente. El resto no entraba en su mente.

—Y pensar que aquel amigo de tu hermano, el tal Bayá, intentó seducirte. Pero habrase visto el atrevimiento de ese mozo. No era adecuado para mi hija —dijo Agustina con prepotencia en el tono y en la mirada. Era evidente a quién iban dirigidas sus palabras.

Encarnación persistió con el disimulo. Miraba hacia afuera pero sentía un calor incendiario en la nuca. Cada tono afectado de su suegra que le iba dirigido le lastimaba las entrañas. No era fácil hacer oídos sordos.

—Ay, mamita, mire las cosas que dice. Jamás ilusioné a ese caballero. Si él creyó algo más, era cosa suya —Andrea lanzó una carcajada. Estaba feliz, contaba los días para que llegara el día de la boda.

Todavía faltaban algunas horas para arribar a la primera posta del camino. Allí se detendrían para descansar, comer y asearse. Encarnación estaba ansiosa por llegar, tenía el cuerpo entumecido y aún quedaban varias leguas por delante.

—Por suerte nos retiramos a la estancia y estaremos fuera de Buenos Aires por un tiempo. Estoy cansada de escuchar las pavadas que dicen acerca de esas contiendas por el territorio. La última, la derrota de Manuel Belgrano y su tropa en Vilcapugio —largó Agustina.

Encarnación giró la cabeza con rapidez. No se había enterado de nada de lo sucedido en ese tiempo con el padre de Pedro Pablo. La panza se le estrujó como un trapo.

—Pues sí, las tropas realistas comandadas por Joaquín de la Pezuela llevaron todas las de ganar —agregó don León—. Esta guerra no nos conducirá a ninguna

parte.

—Es lo que digo siempre. Habría que terminar con las muertes y volver el tiempo atrás —Agustina acarició la mano de su marido y volvió al abanico.

A lo lejos, apareció la empobrecida edificación. Aún faltaba pero al fin llegarían a destino. Eso acortaba el tiempo de viaje. Al despuntar el sol nuevamente, emprenderían la última parte del viaje y llegarían a Rincón de López, una suerte de Arcadia para todos. Agustina necesitaba abandonarse en la tierra de sus ancestros; Encarnación ansiaba fundirse en los brazos de Juan Manuel. Necesitaba a su escudo amoroso, al hombre que la protegería de todos los males.

\* \* \*

La ciudad volvía a ser un cúmulo de problemas. La calma que se había logrado con la apertura, a principios de año, de la Asamblea General se había convertido en un volcán que daba indicios de pronta erupción. Las facciones se hacían cada vez más evidentes y la poca tolerancia que se tenían comenzaba a transformarse en encono explícito. La Asamblea había sesionado pocas veces durante el año y ya en los últimos meses había perdido poder. Los hombres de Buenos Aires estaban ocupados en otros asuntos. La problemática de todo el territorio, la conformación de distintas gobernaciones y la puja de dominios sólo le interesaba a las provincias. Sus hombres defendían la riqueza de su tierra y sus ganancias, pero el centralismo de Buenos Aires era más fuerte que todo lo demás. Nadie quería repartir, cada cual atendía su juego y las conspiraciones eran moneda corriente.

La Logia Lautaro agigantaba su poderío poniendo a sus hombres en puestos clave. Manejaba los hilos con la astucia necesaria pero, como toda agrupación cerrada, también tenía sus disputas, envidias y resquemores. Alvear y San Martín, quienes habían llegado juntos desde Europa con un plan común, se habían transformado en camaradas de una enemistad solapada. Ninguno le hacía frente al otro, pero en su más recóndita individualidad, se detestaban. San Martín lo hacía en silencio, Alvear a los gritos. Uno quería respuestas inmediatas; el otro prefería la meticulosidad de la estrategia medida. Era imposible llegar a un acuerdo. Carlos ganaba adeptos, José era enviado sistemáticamente lejos de Buenos Aires. Y con un trabajo diminuto, digno de temer, Alvear minaba la integridad de su compañero. De a poco, iba metiendo dudas acerca de la lealtad del soldado en la defensa de sus ideales. Cuando le preguntaban acerca de aquel hombre con el que había desembarcado en el puerto hacía cerca de dos años, largaba alguna que otra lanza de filo letal. La sociedad empezó a desconfiar del marido de Remedios de Escalada. ¿Era honesto o un espía a sueldo? La urgencia por el dominio era el botín de una guerra que disputaban entre posiciones encontradas.

El Segundo Triunvirato había vuelto a ejercer el mandato que le había quitado la Asamblea meses atrás. Sin embargo, Alvear tramaba otro golpe. Prefería un solo hombre para ejercer el mando. Tres le parecían una multitud. Y al norte del territorio

también se amasaban revueltas. Las acciones bélicas pasaban de la histeria del éxito a la depresión de la derrota. El ajeteo de banderas en Salta y Jujuy caía como un alud en la desazón y muerte de Vilcapugio y Ayohuma. Manuel Belgrano, el general en jefe del Ejército del Norte, pasaba a ser mala palabra entre los hombres poderosos de Buenos Aires. Pusilánime era el adjetivo más generoso que se le adjudicaba. Los hechos le daban la razón a Alvear. No había caso, era imposible refutar sus gritos de ansiedad.

Se celebró la llegada de un año nuevo, no sólo con auspicios de amor y paz, sino con novedades políticas. A fines de enero de 1814, Carlos María de Alvear lograba su cometido: un poder ejecutivo unipersonal. De un plumazo se disolvía el Triunvirato y nombraban a Gervasio Antonio de Posadas, su tío, como primer Director Supremo. Poco antes, se habían encargado de sacarse de encima al único que podía dificultar sus planes: San Martín había sido enviado a hacerse cargo del ejército que antes comandara Belgrano. El andaluz, tan marcial, tendría que vérselas con los realistas, allá lejos. Buenos Aires quedaba librada a manos de Alvear y los suyos. Podrían llevar a cabo sus propósitos.

—El coronel San Martín ha sido enviado a relevar al general Belgrano, y la salida de este jefe de la Capital, quien se ha manifestado opuesto a la concentración del poder, me deja más expedito para intentar mi gran obra —había dicho Alvear a sus íntimos, restregándose las manos en actitud prepotente. Afuera quedaba uno de los hombres que defendía la división de poderes y que se había transformado en uno de sus enemigos acérrimos.



## CAPÍTULO IV

Encarnación abrió un ojo y vio que el otro lado de la cama estaba vacío. El sol empezaba a despuntar y auguraba una jornada acalorada. Los pájaros habían anunciado el amanecer hacía unos minutos. Se estiró, atravesada entre las sábanas, para luego hacerse un ovillo con el cuerpo desnudo. Cerró los ojos otra vez, quería revivir el fuego que los había quemado a ella y a Juan Manuel la noche anterior. La tensión de ambos sólo se calmaba cuando sus manos se inspeccionaban, recorrían, encontraban y apretaban en el punto justo. Cada cual conocía el suyo y el del otro a la perfección. Habían aprendido a saciar todas las necesidades que los urgían en el mismo instante. Sobre todo ella, que se dedicaba en cuerpo y alma a investigar —sin exponerse, siempre detrás del manto de la sutileza— y colmar cada punto débil de su marido. Eso era lo que la llenaba, aquellos pocos segundos en que ni ella sentía la brutal dependencia de él para con ella. No era fácil, no era siempre, es más, casi nunca, pero cuando intuía que Rosas se le sometía, sentía el placer de quien gana una guerra. Acarició las cobijas con suavidad y en el mismo instante en que decidió levantarse, sintió una náusea pavorosa. Se incorporó con cuidado y a duras penas alcanzó la escupidera. Vomitó. Y la cabeza le pesó demasiado. No pudo evitar las lágrimas. La panza le dio otro vuelco y volvió a vomitar. Hacía días que se sentía descompuesta por la mañana. Se puso el camisón despacio, los movimientos le retumbaban en la cabeza. Fue hasta la cómoda, volcó algo de agua de la vasija sobre la palangana y se lavó la cara, una y otra vez. Cuando se sintió un poco mejor, se cambió y acomodó la melena, y salió.

En la mesa de la galería ya se había servido el desayuno. Galleta con manteca y azúcar, y mate. Agustina y León conversaban con su hijo. Eran los más madrugadores de la familia, evidentemente.

—Buen día, mujer. No tienes buena cara, ven a probar uno de estos panes —dijo Juan Manuel y le extendió una mano, llamándola a que se sentara a su lado.

Lo miró con complicidad y se ubicó donde le pedía. Con prestancia, le untó un pedazo de pan y lo espolvoreó con un poco de azúcar. Sonriente, se lo ofreció, bajo la atenta mirada de doña Agustina, que no podía creer que su hijo se pusiera en ese lugar. Le parecía un sometido. Prefirió cambiar la vista, no quería ver cómo se arrastraba frente a esa mujer. Pero no dijo ni una palabra y tragó la hiel como pudo.

Rufina apareció por detrás de la casa con el bebé en brazos. Estaba inquieto, se quejaba. El berrinche del niño puso sobre aviso de su arribo a los demás.

—¿Me acompañas a cabalgar un rato, Encarna? Aún es temprano y el sol no calienta demasiado —preguntó Juan Manuel mientras corría la silla. No detuvo ni un segundo la mirada en la criatura.

Encarnación no lo dudó y siguió a su marido. Olvidó de inmediato el malestar mañanero y prestó poca atención a su esclava. Ya sabría ella qué hacer con el niño.

Agustina y León quedaron solos, con la nana y el bebé a unos pasos de ellos, como si fuera un poste.

—¿Has visto, Rozas, lo poco que quieren al bebé? Para qué lo habrán adoptado como propio, no se entiende —rezongó doña Agustina.

—No digas pamplinas, mujer. Es su hijo y así lo tratan.

—Pero por favor, Juan Manuel no lo quiere. Jamás le he visto posar ni siquiera los ojos en el chico —continuó como si Rufina no estuviera allí.

La joven pareja se dirigió al palenque, desataron las riendas y cada uno montó un caballo. Juan Manuel a pelo, como siempre; Encarnación en cambio, sobre la montura. Él marcó el paso y rumbeó tierra adentro, con ella a su vera. Cabalgaron un buen rato, sin más compañía que uno al lado del otro en la inmensidad del campo, el silencio interrumpido de vez en cuando por los sonidos de la Naturaleza. De repente, Juan Manuel detuvo su caballo y aguzó la mirada hacia el horizonte. Allá lejos se veía una nubecilla de polvo, diminuta, casi imperceptible.

—Ya vuelvo, dispénsame —dijo y espoléó a su animal, que salió disparado al galope. Encarnación no tuvo ni tiempo de decir nada.

Voló detrás de la polvareda. Su intuición gauchesca le había dicho que aquello era un cuatrero. No dudó ni un segundo y lo persiguió.

La muchacha desmontó su alazán y se cobijó bajo la copa de un árbol. Mientras su animal pastaba, se apoyó contra el tronco y se dejó llevar por la ensoñación. Entredormida, no se dio cuenta de cuánto tiempo transcurría. La brisa suave calmaba el calor de verano. Al rato y sin saber si habían transcurrido cinco minutos o una hora, sintió el temblor de la tierra, que anunciaba el regreso de su marido. Abrió los ojos y vio la silueta del caballo y Juan Manuel, que le tapaban el sol.

—Ya estás de vuelta —y le sonrió.

—Como supuse, era un cuatrero. Pasó cerca de una majada y sin detenerse, enlazó una oveja. Pero tuvo la desgracia de que yo me le cruzara. La largó e intentó escapar. Rebenqueó a su pingo y yo detrás. Entramos a un vizcacheral y eso fue su perdición.

Encarnación sonrió con aprobación. No necesitó enterarse de más, sabía que el destino del cuatrero habría sido fatal. Conocía a Juan Manuel de memoria. Aunque él no le confiara el desenlace, suponía que el final había sido sangriento. Su marido prefería evitarle algunas cosas por suponerla vulnerable. Pero la sangre no le daba miedo, ni siquiera la descomponía. Eso era cosa de frágiles y ella distaba mucho de serlo. Estiró su brazo para que la ayudara a incorporarse y así lo hizo. Dio un salto y se pegó a su cuerpo, lo besó en los labios y le reclamó que la ayudara a montar nuevamente. Y emprendieron el regreso. El calor empezaba a clavar sus agujas, además, Juan Manuel debía comenzar la jornada de trabajo.

—Tu madre me desprecia, mi amor —volvió sobre el mismo tema. Ya no sabía de qué modo decírselo.

—Basta, Encarnación. No quiero volver a escuchar lo mismo. Me canso de repetir mis palabras —las botas de montar se perdían entre el pelaje del caballo.

—Esta vez la escuché con mis propios oídos. Le decía a tu padre que yo era un ser despreciable —y apretó la boca con furia.

—¿Y qué haces husmeando detrás de las puertas?

Giró la cabeza y los rulos negros rebotaron contra su cara. Lo miró fijo, prefirió callar.

—No vayas detrás de lo que no quieras encontrar, mujer. Te quiero, Encarnación.

\* \* \*

El 31 de enero, Antonio Gervasio de Posadas cruzó una banda blanca y azul sobre su pecho y fue nombrado Director Supremo. Junto a él juraron Nicolás Herrera como Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores y el coronel Francisco Javier Viana como Secretario de Guerra. Juan Larrea ocuparía las funciones de Secretario de Hacienda. A pesar del cambio de gobierno, el curso de las decisiones políticas volvió a tomar el camino que había sido abandonado por un tiempo. Aquellas preocupaciones que habían dominado a la Asamblea Constituyente empezaron a diluirse y las ansias de encontrar el enemigo en el poder realista volvieron a encenderse. Los ríos del Litoral eran invadidos por naves hispanas como si fueran propios desde el Apostadero Real de Montevideo. El Director se vio urgido por la situación y decidió preparar una armada impulsada por Larrea y el apoyo de los comerciantes, criollos e ingleses, para destruir el poder realista en el Plata. Al frente, pusieron a un irlandés afincado en Buenos Aires, Guillermo Brown. Con gran entusiasmo se creó una escuadra compuesta por media docena de embarcaciones, que se lanzó a las aguas en pos de recuperar todo aquello que sentían de su propiedad. Tras varios días de combate feroz, la línea patriota tomó la isla Martín García, que estaba en poder de los españoles. Con la moral alta, tomaron impulso y emprendieron camino para continuar con las operaciones. Participaron del bloqueo a la plaza de Montevideo y a las pocas semanas derrotaron a la flota realista en el combate de El Buceo.

Carlos María de Alvear acumulaba poder y exaltación. Su tío lo había nombrado comandante del ejército que sitiaba a los realistas en Montevideo, en reemplazo de José Rondeau. Sin embargo, no asumió el mando militar hasta después de la victoria naval de Brown, por lo que su actuación fue muy breve. Se le encomendó que negociara con el revolucionario oriental José Gervasio Artigas. La victoria que habían logrado sobre la otra orilla no daba los resultados positivos que esperaban. No era fácil acordar con el oriental. Si Alvear era sagaz, Artigas poseía una habilidad difícil de empardar. El oriental reclamó que le devolvieran la ciudad de Montevideo y el porteño optó por pedirle una reunión para conversar. Por lo bajo, Artigas sonrió y le envió a cambio a uno de sus hombres. Entre dimes y diretes, Alvear ganó la partida

acusando al enviado Fernando Otorgués de haber intentado sublevar a las tropas realistas en su contra. Y llegó el ataque y la dispersión de los orientales.

A su regreso a Buenos Aires, Alvear fue ascendido a brigadier general. Para los muchos oficiales más antiguos, el nombramiento de «ese muchacho» de veinticinco años como su superior era una afrenta, que dejaba en claro que los favoritismos políticos y familiares estaban a la orden del día. La mente de Alvear lo llevaba por el sendero del exitismo. Los miembros de la facción alvearista de la Logia vivían tiempos de excitación. Veían la victoria más cerca que nunca. Sentían que, con el triunfo sobre Montevideo, se desharían de los últimos realistas que quedaban en Buenos Aires, que deberían meter pies en polvorosa, y liquidarían a esos «anarquistas» de Artigas en el Litoral. Por las buenas, pero también por las malas. El poder había caído en sus manos para siempre, de eso estaban convencidos.

Los vecinos rasos, sin ascendencia en la política, continuaban su vida sin siquiera preocuparse por lo que sucedía a puertas cerradas entre los políticos y los militares. Los únicos que miraban de reojo todas estas trifulcas eran el grupo de comerciantes más influyentes. Nada les interesaba menos que aquellas idas y vueltas. Sólo observaban con preocupación qué era lo que sucedía en el puerto. La compra y venta de sus mercaderías era para ellos más importante que el aire que respiraban. Que anduvieran matándose por ahí entre unos y otros les parecía un cuento aburrido. Lo único que les cortaba el aliento era la sospecha de que sus negocios fueran intervenidos por alguna mano que no fuera la de ellos.

\* \* \*

Agustina desmontó de su caballo con prestancia. Le palmeó la panza y lo dejó en manos de uno de los peones para que lo cepillara. Igual que su hijo, los cuidaba casi como si fueran humanos. Había cabalgado durante varias horas sin tomar en cuenta el paso del tiempo. La soledad de campo abierto la reconciliaba con el mundo. Abandonaba a todos y se perdía en el silencio. Lo único que podía detenerla era una lluvia torrencial; ni el hervidero de un sol rajante o el frío helado del invierno eran excusa para no salir. Caminó hasta la galería mientras se secaba el sudor de la cara con las mangas de su camisa. La falda amplia, que usaba para cabalgar al igual que sus botas altas confeccionadas especialmente, se le volaba a cada paso. Era una imagen deslumbrante, una amazona de las Pampas, de una vitalidad apabullante a sus cuarenta y cuatro años. El taconeado pesado de las botas anunció su arribo. Prefirió entrar a la casa, en busca de un poco de sombra. El gran salón estaba fresco a pesar de la hora. En un rincón, al lado del inmenso ventanal, estaba don León sentado y ocupado en su lectura habitual; en la otra punta de la sala se habían instalado Encarnación y Andrea, frente a frente en la mesita de juegos.

—¿Qué sucedió en esta casa sin mi presencia? —preguntó Agustina al entrar. Su marido ensayó un murmullo gutural sin sacar la vista de las páginas y las muchachas tampoco dieron respuesta.

—Bueno, ¿se quedaron mudos? A ver ustedes, ¿en qué andan? —y marchó hacia la mesa.

Habían desplegado el tablero y jugaban a las damas. En el campo podían hacerlo sin problemas, estaban lejos de los protocolos de la ciudad. Se jugaba, además de a las damas, al chaquete, a las barajas y a los dados, aunque éstos habían sido prohibidos por el gobierno. En algunas casas se jugaba por dinero, en otras por diversión. Recién ahí, con Agustina a un paso, levantaron la vista de las fichas.

—Jugando un poco, mamita —respondió Andrea.

—Supongo que no hay monedas de por medio. En esta casa no se juega por dinero —increpó la mandamás con los brazos en jarras—. Y a ver, mi querida, separe ese cuerpo de la mesa que quiero ver algo.

Aunque Agustina usara palabras amorosas con Encarnación, parecía que las despojaba de significado. Las formas no hacían al contenido. La joven respondió al instante y le hizo caso. Empujó la silla hacia atrás y miró a su suegra de lleno. Le costaba respirar, el escote de su vestido amarillo claro subía y bajaba con dificultad, parecía al borde del estallido. La palidez de su rostro contrastaba con las mejillas, que parecían dos manzanas.

—Tú estás embarazada, m'hija. Es evidente, se te ha redondeado el cuerpo y tienes cara de enferma —Agustina sabía dónde golpear.

Encarnación sonrió apenas y miró hacia abajo, y con pudor, pasó las manos por su vientre.

—Tiene ojo de bruja, Agustina. Hace unas semanas que lo sé pero no le dije nada a nadie. Quería estar segura, además, con lo que me pasó la otra vez —dijo y mantuvo la mirada sobre su falda. Le tenía terror a su suegra, temía ponerse en evidencia.

—Bueno, seremos abuelos esta vez. ¿Has escuchado, Rozas?

Don León asintió distraído, no había prestado atención a lo que sucedía entre las mujeres. Andrea pegó un grito de alegría y se paró para abrazar a su cuñada. Encarnación, emocionada y confundida, se dejó besar.

—Es notable cómo se nota cuando una mujer está embarazada, tiene signos evidentes que una que no lo está, no tiene —agregó Agustina con sorna. La única que entendía a qué se refería era Encarnación. León y Andrea ya no prestaban atención a sus insinuaciones.

Desde la galería llegaron voces. Juan Manuel llegaba junto a dos peones de hacer una de las tantas recorridas. Habían bajado de la carreta tres canastas repletas de naranjas y pomelos. Los peones separaban la fruta a la velocidad del rayo, tras la orden de Rosas. Doña Agustina y don León salieron a la puerta, mientras las muchachas quedaron adentro.

—Qué delicia, hijo, que las lleven a la cocina así las limpian bien y las dejamos reposar. Podremos dar cuenta de esos pomelos en cualquier momento —dijo León, agachado mientras los probaba a la mano.

—¿Te había contado tu mujercita que está embarazada, Juan Manuel? —como una saeta, Agustina se adelantó en darle la noticia a su hijo.

—¿Qué dice, mamita? No estaba enterado —y los ojos azules brillaron como nunca.

—¿No sabías nada? Mira tú —y puso cara de inocencia juvenil. Sin esperar que su mujer saliera a la galería, Juan Manuel cruzó la puerta.

—¿Cómo es eso, Encarna? ¿Vamos a tener un hijo y no me habías dicho nada?

—Me hubiera gustado decírtelo yo, pero tu madre se me adelantó —le dijo ella en secreto, aguantando las lágrimas.

—Te felicito, niña. Al fin seremos padres —y la besó. Y ella aprovechó para dejar correr la congoja. Todos creyeron que era la emoción, pero sólo ella supo que era una mezcla de tristeza por sentir la distancia que abría Agustina entre ellos y la frialdad que Juan Manuel demostraba ante Pedrito, que por más que no hubiera sido su hijo, llevaba su apellido.

\* \* \*

Todo sucedía en el más completo encierro. Así lo mandaban las costumbres. La vieja Tomasa había llegado expresamente desde Rincón de López para oficiar de comadrona. Habían sido órdenes de Agustina imposibles de transgredir.

—Pero, por favor. ¿Desde cuándo esas mandrias de las de Arguibel podrán decidir por sobre mi persona? Mi nieto nace como yo digo —había dicho unas semanas atrás, en conciliábulo familiar.

La comadrona era asistida por dos esclavas de la casa. Encarnación había rogado tanto, que le habían permitido que Rufina ocupara el puesto de auxiliar de Tomasa. La otra, en la puerta para custodiar que los varones de la familia no asomaran la cara ni cerca. Tanto tardaban y tan poco se sabía acerca de lo que sucedía allí adentro, que todos caminaban por la casa como animales enjaulados. Salvo Agustina, que guardaba cama. Justo se había enfermado del mal de garganta y había preferido encerrarse para que nadie la molestara. Era 29 de junio, el frío había desembarcado con sus consecuencias. El doctor O’Gorman había llegado a la casa y como una saeta lo llevaron a los aposentos de la señora. La residencia estaba revolucionada, unos asistían a un ala, otros iban y venían en la otra. El médico le recetó unas pastillas para calmar el dolor y partió raudo a sus múltiples obligaciones.

Era un misterio lo que sucedía en la recámara de Encarnación. Juan Manuel aguardaba de pie, como si el tiempo no transcurriera y no sintiera cansancio. Había llegado del campo con Tomasa pocos días atrás, sin medir que el parto se iba a adelantar. Habían calculado que la criatura nacería algunas semanas después. Como sus labores habían quedado a cargo de los capataces, Juan Manuel decidió adelantar su viaje. Además, sería mejor que la comadrona llegara antes y pudiera desplegarse en el nuevo territorio. Al arribar a su casa, encontró a su mujer bastante desmejorada. No le gustó lo que vio. Encarnación no dormía de noche, le había confesado —

porque él había insistido como un cancerbero— que los dolores que sentía en todo el cuerpo no la dejaban vivir. Ya no sabía cómo estar. Parada se agotaba, sentada sentía unas puntadas mortales y acostada se mareaba. Sólo había podido confiarle a su fiel Rufina lo que le sucedía, al resto de la familia le desconfiaba. Tan sólo ver a su marido le imploró que no se moviera de su lado. Estaba aterrada, tenía fantasías de muerte. No podía más.

Rufina salió de la recámara con una canasta de cobijas empapadas y se las entregó a la negra Encarnita, la favorita de Agustina. Debía apurar el paso hasta la cocina para buscar unas nuevas y limpias para dárselas a la comadrona. En el pasillo y transgrediendo las normas, aguardaba Juan Manuel con una impaciencia aterradora.

—¿Y, niña? ¿Qué pasa ahí adentro? ¿Puede alguien decirme algo en esta casa? — y se le paró enfrente impidiéndole el paso.

—Ay, pero patrón, si no me deja seguir me va a retar su madre —las cejas negras de Encarnita se arquearon tanto que parecían dibujadas—. No se asuste, todo va a salir bien. Su mujer es muy fuerte.

—Eso ya lo sé, pero ¿el bebé? —y ocupó más lugar para impedirle seguir.

—Si es hijo vuestro, será el niño más fuerte del mundo, patrón. Pero ahora permítame pasar —y salió con velocidad.

Juan Manuel aguzó el oído pero no le fue necesario. Aunque no estaba demasiado cerca, desde adentro de su recámara salió un quejido hondo que le paralizó la respiración. Él, el gaucho más valiente de todo el territorio, se aterró con el grito de su esposa. Y de repente, el silencio.

Encarnación respiraba como podía. Intentaba tomar todo el aire posible pero nada le era suficiente. Los dolores eran de una intensidad que nunca había conocido. Alguna vez había escuchado las conversaciones de las matronas acerca del dolor de parto pero no había prestado demasiada atención. Ahora se arrepentía. Hubiera tenido más información acerca de lo que debía hacer. Pero ya era tarde, estaba en el baile y le parecía que se moría. Durante los últimos meses de su estado se había sentido pésimo. Y además, muy sola. Al finalizar el verano, todos habían emprendido el regreso a la casa de Buenos Aires salvo Juan Manuel, como era de prever. Ella había tratado de disfrutar del niño que crecía en su vientre pero no le había sido fácil. Agustina se había encargado de que la pasara mal. Trataba de no quedarse a solas con ella, pero cuando eso sucedía, alguna palabra fuera de lugar o una mirada insidiosa lograban colmarla de inseguridad. A veces, cuando visitaba a su madre, rezaba para que pudiera descomponerse en su casa y no tener que volver a lo de Ortiz de Rozas, pero eso nunca sucedía. Y como no quería preocupar a su marido, le decía poco y nada en la correspondencia. Le escribía largas cartas donde le contaba lo que hacía y le disfrazaba bastante la realidad. Cuando Juan Manuel puso un pie en la casa, se dio cuenta de que las cosas no habían sucedido como ella le había confiado.

La negrita volvió a pasar con la canasta, pero esta vez con ropa limpia. Apuró el paso y desapareció detrás de la puerta de la habitación como una aparición, como si

nunca hubiera existido. La casa se llenó de silencio. Y circuló un halo de ansiedad. Pasaron varios minutos y salió la esclava con la noticia.

—Patroncito, es un niño. Y bien relleno y lindo —le anunció con la sonrisa repleta de dientes.

—¡Voy a entrar! —Juan Manuel amagó hacia la recámara pero Encarnita lo detuvo.

Salió Rufina con el bebé envuelto en una sábana. Apenas se le veían unos pelitos renegridos. Se lo expuso al padre y él sonrió. No se atrevió a tocarlo, le parecía demasiado frágil.

—Ven, Rufina, vamos al cuarto de mi madre. Quiero que lo vea —y la conminó a seguirlo.

La esclava lo siguió, protegiendo al niño. Sabía que su ama no estaría de acuerdo, pero no pudo negarse. Entraron a la habitación y doña Agustina ocupaba toda la cama, llena de almohadas y algunos libros.

—Entonces nació al fin. Hijo querido, eres padre.

—Y es un varón, mamita —anunció Juan Manuel, orgulloso.

—Hace frío aquí, patrón. Me lo llevo con la madre —sin aguardar respuesta, Rufina apretó al bebé contra su pecho y salió.

—Si será atrevida esa mulata.

—Tranquilícese, madre. Es lógico que se lo entregue a la madre. ¿No hizo usted lo mismo conmigo cuando nací?

—Tú eras un príncipe, Juan Manuel —y le estiró la mano para que se la tomara.

—Voy a ver cómo se encuentra Encarnación, mamita. No se desabrigue que hace frío —le besó la mano y salió. Y el gesto de Agustina se crispó.

La comadrona había limpiado todo. Las cobijas empapadas ya estaban donde debían estar y el bebito yacía al lado de su madre.

—Te felicito, mi amor. Eres brava, eso me gusta.

Encarnación parecía un animal salvaje, la melena revuelta, las mejillas arboladas y el camisón desbocado. Pero su cara mostraba una serenidad desconocida. Todas las dudas que le habían corroído las entrañas, habían desaparecido.

—Te presento a Juan Bautista Pedro Rosas. Igualito a su padre, ¿no te parece?

—Pero se le nota la sangre de su madre. Mañana se lo bautiza en La Merced.

—Pues yo no estaré en condiciones de asistir, como es bien sabido. Los padrinos serán mis padres y no acepto otras opiniones —no quería que la familia de su marido la ignorara. Encarnación empezaba a hacerse fuerte contra el mundo.



## CAPÍTULO V

Agustina había tirado la casa por la ventana para celebrar la boda de su hija Andrea con Francisco Saguí. Como nunca, las arañas con sus decenas de caireles y la infinidad de candelabros de plata labrada iluminaban el gran salón, decorado especialmente para la ocasión. Vajillas de oro de la China, cubiertos de plata y cristalería, iban y venían de mano de la servidumbre hacia las de los invitados. Dos músicos, al piano y al arpa, desplegaban sus talentos. Era la fiesta perfecta. Los novios sonreían de felicidad y los padres respectivos, aún más.

Juan Manuel había regresado del campo para la boda. A la semana del bautizo de Juan Bautista y con la comadrona a cuestas, además de sus adláteres de siempre, había cabalgado rumbo a Rincón de López para hacerse cargo de los negocios de la familia. El trabajo lo reclamaba. Su mujer también lo reclamaba pero no era posible acatar el pedido. Encarnación volvía a quedarse sola, pero esta vez con un bebé recién nacido a su cargo.

Sin embargo, la primera semana de noviembre y más que acostumbrado a las idas y vueltas entre la ciudad y el campo, Rosas desmontó su caballo y franqueó la puerta de su casa. Su hermana se casaría a mediados de mes y debía cumplir con el ritual. Y llegó el día del sermón del presbítero en la Iglesia de Monserrat, la recepción en lo de Ortiz de Rozas y uno más de los descendientes de Agustina y León que daba el sí.

Las semanas que siguieron se transformaron en un alboroto. Agustina había vuelto a armar unas dependencias para su hija casada. Francisco y Andrea se habían mudado a la casa de sus padres; sólo se agregaba una persona a las costumbres del hogar, pero para la dueña de casa era casi un asunto de Estado. Le gustaba tener a todos bajo su ala, a pesar de que ya no eran unos niños.

Era el último domingo de noviembre. Salvo Manuela y Dominga, que eran demasiado pequeñas, el resto había partido para llegar a tiempo a la misa de una en la Catedral. El servicio religioso reunía, en ese horario, a todas las familias pudientes de Buenos Aires. Las damas con sus mejores tocados pero siempre ostentando pocos colores en el rostro —debían demostrar austeridad en la casa de Dios; si alguna olvidaba la norma o intentaba transgredirla, era víctima, en el acto, de la mofa y la burla del resto— y los caballeros bien vestidos. Como era costumbre y a pesar de que podían llegar a pie ya que la distancia era corta, los Ortiz de Rozas llegaron a misa en carruaje. Eran de las poquísimas familias que tenía uno, y mostrarlo era una expresión de poder. Pero de regreso, Encarnación le pidió a Juan Manuel no ser parte de la comitiva y hacer una caminata. Llegaron hasta la Alameda y pasearon tomados de la mano. Cada tanto, cabeceaban para saludar a algún que otro conocido. Era el día y la hora del paseo. Se llenaba de parejas y grupos que gustaban del tradicional paseo, y sobre todo desde la primavera en adelante, cuando el aire que llegaba del río era tan agradable. Desde que había dado a luz tres meses atrás, Encarnación hacía todo lo

posible por recuperar a su venerado esposo. Aunque sus dependencias quedaban bastante alejadas del resto, el gentío de la casa interfería permanentemente entre ella y Juan Manuel, a lo que se sumaba la constante ausencia por sus largas estancias en el campo. La cara de la muchacha lo decía todo. Esos instantes juntos la colmaban de felicidad. Empezaron el regreso, no sin antes comprar unos pastelitos que una mulata tenía a la venta en su gran canasto.

Llegaron a la casa bastante tiempo después que el resto. Ya estaba cada uno en su recámara, o en la ocupación que más le placiera. Juan Manuel fue interceptado por Gervasio y Prudencio, que reclamaron que los acompañara hacia su cuarto. Encarnación, en cambio, fue a ver cómo estaban sus hijos. Allí estaba Rufina, como correspondía, jugando con Pedro Pablo.

—Mire cómo camina el niño, amita. Es una tromba —dijo la esclava, a las carcajadas.

—¿Dónde está Juan Bautista? —la cuna estaba vacía; Encarnación recorrió la habitación con la vista y en vano.

—Se lo llevó doña Agustina, dijo que se lo quería mostrar a don León —respondió Rufina, preocupada. No quería hacer enojar a su patrona.

Encarnación giró en redondo y salió del cuarto. No le gustaba que le cambiaran los rituales a su hijo, y mucho menos su suegra. Atravesó el patio, el griterío de Manuela y Dominga la ensordeció. Les clavó sus ojos negros pero no logró su cometido. Las niñas continuaron con su ruidoso juego. Encarnación enfiló hacia el despacho de su suegro, donde seguramente estaría su bebé. A pocos pasos de la puerta, escuchó la voz de Agustina. No supo bien por qué, pero apoyó la espalda contra la pared, como si buscara fundirse en ella y desaparecer, y prestó atención a lo que se decía puertas adentro.

—Tilinga arribista, y ahora que tuvo este hijo se cree con más poder que nunca. Logró lo que tanto quería, ser parte de esta familia. Y esta pobre criatura no tiene la culpa —la rabia de Agustina atravesaba las paredes—. Ya meteré mano para que no lo eche a perder.

Clavó las uñas contra la pared y sintió un fuego que le subía desde las entrañas. Y sin pensar un segundo más, arrancó hacia el cuarto de los hermanos de Juan Manuel. Abrió la puerta sin pedir permiso, tomó de la mano a su marido y lo obligó a que la siguiera.

—No me hagas ni una pregunta. Quiero que escuches —largó con la voz endurecida.

Llegaron a la puerta del despacho y Encarnación apoyó el dedo índice sobre sus labios. Le pidió a su marido que hiciera silencio. Desde adentro, Agustina seguía con la cantinela.

—Basta no, Rozas. Me cansas cuando me haces tus recomendaciones. Sabes que tengo razón, que es una embustera, digna hija de esa de Arguibel. Trepadoras, todas.

Y no vaya a ser que estafe a Juan Manuel, o que lo conmine a robarnos nuestros dineros —y tras sus dichos, se escucharon unos quejidos de bebé.

Sin anunciarse, Juan Manuel empujó la puerta y entró al despacho de su padre. Encarnación permaneció en el umbral.

—Me da a mi hijo, no se atreva a tocarlo —le dijo a su madre y le quitó a la criatura de los brazos. Y en el mismo movimiento se lo entregó a Encarnación—. Jamás pensé que usted sería capaz de tanto.

—No entiendo de qué hablas, m'hijo. ¿Qué dice, Rozas? —preguntó Agustina y no se le movió un músculo de la cara.

—Hijo de nadie soy. Me voy, mi familia y yo nos vamos de esta casa. Usted me odia y acabo de ser testigo —detrás de él, Encarnación miraba fijo a Agustina. Achinó los ojos, le brillaban como nunca.

—Es esta mujer, que te ha hechizado. ¿No te das cuenta, Juan Manuel? Vas directo al averno —recién ahí levantó la voz.

—No lo empeore aún más. Adiós para siempre.

Salió como una tromba y su mujer lo siguió. Llegó hasta sus dependencias, buscó un baúl y empezó a tirar algunas de sus ropas dentro. Encarnación, sin mediar palabra, lo imitó.

—¡Rufina! Prepara las cosas de los niños y llama también a Eusebio. Nos vamos de esta casa, y cuanto antes —gritó Juan Manuel—. Y avísale a Francisco que prepare mi carreta.

La esclava salió como un vendaval. Cuando su patrón levantaba la voz metía miedo.

—Vamos a lo de mis padres, mi querido. Ellos estarán felices de recibirnos —dijo con suavidad. Y suspiró, respiraba con tranquilidad de nuevo. Le ganaba a Agustina por segunda vez. La vencía en otra batalla.

\* \* \*

El 10 de enero de 1815, Carlos María de Alvear obtuvo lo que tanto había añorado, era nombrado Director Supremo. Con tranco firme y haciendo caso omiso a lo que quedaba arrasado a su paso, sintió la plenitud de la gloria. A fines del año anterior había conseguido que su tío lo nombrara jefe del Ejército del Norte en reemplazo de Rondeau, quien a su vez había suplantado a José de San Martín en el cargo, en pos de tomar posesión de la gobernación intendencia de Cuyo.

Sin embargo, la plana mayor del Ejército del Norte había despreciado el nombramiento de Alvear, armando un motín que llevó a la renuncia de Gervasio Posadas a su cargo de Director Supremo. Agazapado, su sobrino aguardó su turno. Las cosas cambiaron abruptamente. El hijo de Diego de Alvear ocupó el cargo de un modo personalista y eso le trajo demasiados problemas, además de una fuerte oposición. Tal era su megalomanía que llegaron a llamarlo Catilina por el abuso de poder que ejercía. El desembarco de la crisis llegó al instante, la amenaza española

seguía al pie del cañón. Para San Martín, el único modo de sortear el huracán que se avecinaba era reorganizar el ejército, atacar el bastión godo de Lima y declarar la guerra; para Alvear, la solución a la amenaza realista era buscar el protectorado británico. El 25 de enero, el flamante Director Supremo ofreció el Protectorado del Río de la Plata a los ingleses y firmó las notas que se le entregarían al embajador inglés en Río de Janeiro, lord Strangford. Sin embargo, esta misión no llegó a ver la luz. Manuel Belgrano y Bernardino Rivadavia, enviados con anterioridad para negociar con los españoles, interceptaron a Manuel José García, el enviado de Alvear, y el plan salió a la luz. Acusado de traición a la Patria, el Director debió renunciar y veloz como saeta, abandonó el país. El 21 de abril, Ignacio Álvarez Thomas asumió el poder y, bajo su mando, los intereses de los hacendados y los comerciantes quedaron unificados.

Dentro de este estado de situación, Rosas debió buscar de qué modo salir adelante. Sin el aval de sus padres, debía hacerse una vida por sí mismo. El dinero de la familia ya no le pertenecía, había devuelto a sus padres el Rincón de López y quería transformarse en un hacendado sin tener que pedirle favores a nadie. Era un hombre orgulloso. Se había instalado, junto a su mujer y sus dos hijos en casa de sus suegros, pero allí había llegado sin una moneda en los bolsillos. Encarnación tampoco había aportado una dote el día de la boda. «Ella nada tenía, ni sus padres. Ni recibió herencia alguna», había señalado Agustina en una de las tantas diatribas contra su nuera. Pero eso ya no sucedería más.

Juan Manuel pasó quince días en lo de Ezcurra y luego partió rumbo a la Banda Oriental. Apenas se detuvo unas horas en Montevideo y continuó viaje tierra adentro. Su intención era observar el modo en que se trabajaba en los campos de la otra orilla. Recorrió los departamentos y tomó nota de todo. Al completar la tarea, se cruzó a Entre Ríos con la idea de que el territorio oriental no estaba en las mejores condiciones políticas para afincarse. Voraz, siguió en busca de aquel lugar que favoreciera aquello que también dominaba. Ahí sí sintió que pisaba firme. Los campos de la región tenían fama de ser excelentes para establecer emprendimientos rurales y al instante hizo buenas migas con el gaucho entrerriano. También hizo posta en algunos departamentos de Río Grande y otras provincias brasileñas. Sin embargo, nada lograba compararse con el sur de Buenos Aires. Rosas veneraba a su provincia.

Durante todos esos meses de ausencia, Encarnación se sintió acompañada por su familia. Su madre y sus hermanas Pepa y Margarita, la ayudaban con los niños. Pedrito y Juan Bautista tenían abuela y tías —aunque una de ellas era la madre clandestina— para aprovechar. Los consentían y se ocupaban de todo cuanto requerían. Y ni qué hablar de los primos Carlos de la Cruz y José María, hijos de Felipe y Gervasia, hermana de Juan Manuel.

En el mes de mayo, los conservadores del Cabildo tomaron las riendas del gobierno. Ya instalados y sin contrincantes alrededor, hicieron renacer la idea de habilitar puertos lejos del control de Buenos Aires. El secretario Gregorio Tagle —

que gobernaba de hecho en todo, dejando al director Álvarez Thomas para los asuntos militares— fomentó el de Ensenada y Maldonado. Y a la velocidad del rayo, Rosas supo que debía acercársele y construir una relación.

Con el poco dinero que tenía pero gracias al nombre y el crédito que había construido en Rincón de López a lo largo de los años, se hizo de su primer rodeo. Exultante, él mismo llevó esa hacienda a los Corrales de Miserere<sup>[26]</sup> y a los pocos días logró colocarla. Así empezó su primer negocio: con el dinero que lograba con la venta de los animales, regresaba al sur y pagaba el crédito con el que los había solicitado. Ganaba más de lo que invertía. Era un negociante afilado. Con todas estas facilidades, la ruta de la fortuna se abría a su paso.

Cada tanto, regresaba a la ciudad y pasaba tres o cuatro días junto a su mujer y su familia política. Encarnación lo recibía como si volviera de la guerra. Tendía la cama con las mejores sábanas, lo esperaba con su comida favorita, le entregaba todo su amor y mucho más. Hacía cuanto podía para que los niños no lo importunaran, trataba de que sus hermanas se ocuparan de ellos. Durante esos días de romance, olvidaba por completo los reclamos, las caras largas y la insatisfacción. Todo eso lo dejaba para cuando él montara su alazán rumbo al sur. Incluso no decía ni palabra cuando él salía de paseo con la peonada que se traía desde el campo. Ella quedaba en casa mientras él recorría las calles centrales de Buenos Aires de chiripá y bota de potro, rodeado de peones. Juan Manuel miraba con un dejo de desprecio a los jóvenes bien puestos que se cruzaba por el camino. Las muchachas de todas las clases quedaban sin aliento a su paso. Con su porte de varón y ese dejo salvaje de animal difícil de domesticar, era imposible que las mujeres no quedaran prendadas bajo su halo. Él parecía no notar lo que sucedía a su alrededor, o por lo menos sabía disimular. Le gustaba seguir hasta la Plaza del Fuerte a la hora de la siesta y hacer un alto en los puestos de vendedores. Con paso cansino se detenía frente a las canastas de alguna que otra morena y convidaba mazamorra y buñuelos con almíbar a sus hombres. Las risotadas y el lenguaje que usaba con sus peones hacían dudar de que fuera el mismo hombre que se había educado con don Francisco Argerich. Al bajar el sol, podía armarse una guitarreada y Rosas ser uno más de la ronda, aunque era inevitable percibir su autoridad. Era una rara combinación de hombre de campo y de ciudad.

\* \* \*

Encarnación iba del brazo de su esposo, con un dejo de alegría en el rostro. Hacían el típico paseo por la Alameda, como tantas parejas más. Juan Manuel se quedaría algunos días, luego partiría al sur otra vez. Sus negocios crecían a pasos agigantados y necesitaban de su presencia; sólo había vuelto a Buenos Aires para traer animales y pasar una semana junto a su mujer.

—¿Te hace caso la peonada, mi querido? —A Encarnación le gustaba preguntarle acerca de sus labores. El campo era un territorio bastante desconocido para ella a

pesar de haber pasado, algunas temporadas, en la tierra de su abuelo antes de que se vendiera tras su muerte—. ¿Te temen?

—Mira las preguntas que me haces. No me detengo en esas cosas. Quien trabaja como corresponde es parte de mi legión. Y el bribón, ya preferiría no estar vivo —y le sonrió de oreja a oreja.

Continuaron con la caminata, y de tanto en tanto, cuchicheaban palabras amorosas. A su manera. Él no era un hombre romántico, era más de hacer que de decir; Encarnación, en cambio, hacía uso de las palabras. Ella era la que exponía y su marido el encargado de escuchar. Raro en él, que no era muy proclive a atender al palabrerío de los demás. Con su mujer era otra cosa. Confiaba a rajatabla en ella. Reían cada tanto, cuando se reencontraban eran un matrimonio feliz. A varios pasos, se acercaba una pareja, también del brazo. El caballero saludó con entusiasmo y se detuvo frente a Juan Manuel y Encarnación.

—Mi amigo, qué suerte que te encuentro, aunque esto no debe ser fruto del azar. Por algo suceden las cosas. —Juan Nepomuceno Terrero se separó de su prometida Juana Muñoz Rávago García de la Mata, y se fundió en un abrazo con su amigo de la infancia—. Necesitaba verte, deseo hablar contigo. De negocios. Quiero que nos asociemos, pero no aburramos a las damas con estas cosas. Te espero mañana en casa y lo conversamos, ¿qué te parece?

—No has cambiado, Juan. El mismo enloquecido de siempre. Tengo algunos días más en Buenos Aires, así que me parece más que bien hacerte una visita —respondió Rosas y le dedicó una sonrisa inmensa—. Bueno, sigamos con nuestro paseo, que no quiero que mi mujer me rete. Juana, se la ve muy guapa. Hasta la próxima.

La novia de Terrero asintió levemente y volvió a tomar del brazo a su hombre. Las ropas oscuras del caballero hacían destacar el vestido claro de Juanita Muñoz. Tenía la misma edad que Encarnación y aún no se había casado. Aunque ya habían puesto fecha para el 16 de junio del año siguiente. Sus grandes ojos negros parpadearon y clavó la vista hacia adelante, como si nada los hubiera interrumpido.

—¿Qué te propondrá Terrero? —preguntó Encarnación, llena de dudas.

—Ya lo has oído. Es dueño de una gran cantidad de dinero. No es ningún idiota.

—¿Confiaremos en él?

—Es un hombre honesto, Encarna, no te preocupes —y le apretó la mano para calmarla.

—No me gusta que abusen de tu generosidad —detuvo la marcha y lo miró fijo.

Rosas la rodeó en un abrazo y le besó el cuello. La separó de su cuerpo y la observó durante un rato con un gesto indescifrable.

—A veces me subestimas, mujer. Y eso no está bien. Debes confiar en mí, en vez de deslizarse dudas —y le estampó un beso.

El paseo continuó un rato más y luego volvieron a la casa. Al día siguiente, tal como habían quedado, Juan Manuel visitó a Terrero, quien lo esperaba con Luis Dorrego, hermano mayor de Manuel, aquel temperamental e impulsivo general que se

había destacado en el Ejército del Norte junto a Manuel Belgrano y José de San Martín. Le ofrecieron asociarse en la explotación ganadera y el acopio de frutos de la región. El 25 de noviembre quedó conformada la sociedad «Rosas, Terrero y Cía.», que también se dedicaba a la salazón de carnes y pescados. Eligieron el sitio donde se establecerían sobre el Camino Real, en Quilmes, al que le pusieron de nombre «Las Higuieritas». El lugar era perfecto. Toda la costa, incluso Ensenada, les servía de puerto libre y esto era esencial para burlar los derechos a la exportación, imposibles de eludir en la Aduana de Buenos Aires. Otra de las prebendas que lograron fue la adquisición de sal buena y barata, que solamente podía traerse del Río Negro. Y por si esto hubiera sido poco, el mismo día en que el Director Álvarez Thomas decretaba la habilitación del puerto de Ensenada, el Gobernador Intendente de Buenos Aires Manuel Luis de Oliden ponía en circulación un extenso Bando por el que se declaraba vagos y mal entretenidos, sujetos a las levadas militares, a los paisanos que no tuvieran papeleta de conchabo, favoreciendo así a los hacendados. La fortuna estaba del lado de Rosas y sus asociados. Los negocios fueron de buenos a excelentes y en poco tiempo multiplicaron los dividendos. La casa pecuaria llegó incluso a hacer negocios con Río de Janeiro y La Habana. La tierra comenzó a quedarle chica a Juan Manuel de Rosas.

## CAPÍTULO VI

El verano había tumbado a Encarnación. Los calores ayudaban poco a su estado. No había tenido fuerzas para levantarse y los últimos meses de embarazo los había pasado en cama, al cuidado de su madre. Doña Teodora se ocupaba de todos los detalles para que su hija sufriera lo menos posible en su segundo parto. Pero no era tarea fácil. Las quejas se sucedían en un sinfín, como si en ese reposo se le fuera la vida. Sólo calmaba su ansiedad cuando recibía correspondencia de su marido. Juan Manuel estaba en Las Higueritas o incluso más al sur, buscando nuevas tierras para convertirlas en estancias. Estaba tomado por el trabajo y le era imposible regresar a la ciudad. Esos menesteres domésticos no eran de su incumbencia. Se llevaba mejor con la intrepidez del campo, el acarreo de animales y las pocas palabras de los hombres de tierra adentro.

El mes de marzo había llegado con anuncios de adelantamiento en la llegada de la criatura. La panza de Encarnación se había puesto más tirante que nunca. Y la advertencia llegaba antes del tiempo establecido para el parto. Se acarició la piel tensa como si la desconociera, le parecía el cuerpo de otro. El miedo la descomponía. Y como si tuvieran vida propia, las lágrimas bañaron sus mejillas. En ese preciso instante, su madre entró a la recámara y el gesto de dolor se le hizo carne.

—Mi niña, no llores que se me rompe el alma. ¿Qué te pasa? —y acercó un banco al lado de la cama.

—No puedo más, mamita. Los dolores me están matando, maldigo el día en que esta panza empezó a crecer —y se arrancó de un golpe las cobijas que la cubrían. El camisón estaba empapado en sudor.

—¡Cállate, silencio! Ni se te ocurra, Encarnación, ¿cómo dices algo semejante? Dios te castigará —se tomó las manos y las colocó debajo del mentón, como si rezara una plegaria. Cerró los ojos e intentó dejar de lado lo que había dicho su hija.

—El castigo es esta puntada que me perfora las entrañas desde hace meses —gritó con desesperación.

Teodora se persignó, su hija era demasiado temeraria. No le gustaba lo que escuchaba. Pepa entró a la habitación con Juan Bautista en brazos, y Pedrito de la mano. Los niños cantaban una canción de cuna que les había enseñado la tía.

—Tus hijos quieren darte un beso, Encarna —Pepa se acercó con cuidado, haciendo intentos para que los niños se callaran.

—No puedo ahora, hermana querida. ¿No me ves? Es que todo me molesta, no puedo ni respirar. Mírenme, por una vez en la vida —jadeó, intolerante.

Los niños observaron a su madre y el susto los embargó. Y como era de esperar, comenzaron a llorar. La recámara se convirtió en un loquero en el acto. Pepa pegó la vuelta y salió como pudo con los niños. Teodora no sabía qué hacer. Quería que su hija se calmara pero todo lo que decía caía en saco roto. La desesperación de



Encarnación era inmensa, nada lograba serenarla. Desde el pasillo llegó el sonido casi imperceptible de unos pasos. En el umbral de la puerta, apareció Rufina con una palangana de loza de un lado, y una jarra llena del otro.

—Déjame con mi esclava, mamita. Ella sabrá cuidarme —le rogó y Teodora se retiró con el gesto contrito.

—A ver, amita, permítame —con sumo cuidado, Rufina la ayudó a incorporarse y le quitó el camisón. El cuerpo de su patrona estaba empapado por el calor. Embebió un trapo limpio de lino en el agua fría y con paciencia se lo pasó por el cuello, los pechos, la panza enorme. El hastío de Encarnación fue desapareciendo poco a poco.

—Mi criada querida, eres la única que me entiende. No logro comprender cómo, cada vez que necesito algo, allí estás tú para cumplirme —dijo entre susurros.

—Misia Encarna, le traje una rica limonada recién hecha —le sirvió un vaso y se lo ofreció.

Abrió la ventana y la brisa de marzo se coló para cambiar de aire. A varios pasos de allí, los integrantes de la casa continuaban con sus cosas pero Rufina se había encargado de que en la recámara estuvieran a salvo del ajeteo. Recién ahí se sentó y observó a su patrona. No le gustó nada lo que percibió, pero mantuvo el gesto como si nada.

—Usted va a dar a luz en cualquier momento, niña —pestañeó una y otra vez—. Ya tendríamos que tener todo arreglado.

—Juan Manuel está en camino, y si todo sale como esperamos, trae a la comadrona de Rincón de López. Sus padres nada saben, pero él se encargará de traerla igual —sonrió Encarnación.

El 20 de marzo, llegó Rosas con su comitiva. Tomasa se acomodó en el sector de servicio y se le ordenó que se hiciera cargo de la preñada como si fuera su hija, sin pedir permiso para nada. Sintió que la panza no estaba lista todavía aunque la madre urgiera por parir. A los seis días, Encarnación comenzó con el trabajo de parto. Luego de horas de desgarro, alaridos y pérdida de fluidos, nació la diminuta María de la Encarnación. Sin embargo, algo continuaba mal. Tomasa le reclamó a su patrón que no debían perder ni un segundo de tiempo. Debían bautizar cuanto antes a la pequeña. En unas horas, el presbítero Félix Pérez llegó a la casa y la bendijo solemnemente, con Gregoria, una de las esclavas de Juan Ignacio, como madrina. A la mañana siguiente, dejó de respirar. El cuerpito sin vida de María anunció la tragedia. Juan Manuel fue a la recámara donde reposaba su mujer. Junto a ella, estaban su madre y sus hermanas, Pepa y Margarita. El agotamiento había arrasado el rostro de todas.

—Sólo quiero que te cuides, mi Encarna, que no sufras —le dijo mientras los demás caminaron hasta la puerta, para dejarlos solos—. El espanto queda afuera, necesito volver a la ternura de tu abrazo.

—Estaré perfectamente bien, mi vida. Ya está, demos vuelta la página. No permitiré que nada se interponga entre nosotros, ni siquiera la pena —respondió, casi

sin mover los labios. Y lo miró fijo, como si le urgiera entrar en su mente, en su cuerpo, en su sangre.

\* \* \*

Juan Manuel trabajaba a la par de sus peones. Con las mangas de la camisa bien arremangadas, manipulaba las lonjas de carne depositadas en uno de los piletones. El fondo estaba repleto de salitre que se había juntado con los días. El frío ayudaba en la salazón, la carne se mantenía y no llegaba a pudrirse. Era el mes perfecto para acumular tajadas. Los días se acortaban, las noches llegaban antes.

Aquella tarde, con el crepúsculo cada vez más cerca, se comenzó a armar el fogón a pocos pasos del inmenso sauce. Y a medida que las tareas se iban cumpliendo, los hombres se acercaban en busca de calor. El galope de un caballo interrumpió el movimiento habitual en el saladero. De un salto, el joven jinete desmontó y se dirigió hacia el lugar donde descansaba Rosas. Solícito, le extendió una carta. Antes de examinar el remitente de la nota, Rosas invitó al muchacho a unos mates junto a la ronda.

—¿Problemas en Buenos Aires? —preguntó Terrero. Estaba sólo por pocos días en el establecimiento ya que su puesto de trabajo era en la ciudad.

—No, son noticias de Tucumán. Me escribe Anchorena desde el Congreso de las Provincias —respondió Juan Manuel y abrió la esquila.

En la provincia del norte se llevaba a cabo una Asamblea que reunía a diputados de toda la región. Se intentaba lograr la independencia y la libertad tan ansiadas. Pero las facciones peleaban por aquello que creían imprescindible, y muchas veces costaba acordar. Tomás de Anchorena había viajado como representante de Buenos Aires. Tres días antes de la declaración de la Independencia, algunos hombres se habían reunido en sesión secreta, para escuchar el informe que había traído Manuel Belgrano sobre la situación política en el continente europeo, de donde había regresado luego de una misión diplomática. El hombre había propuesto adoptar como forma de gobierno una monarquía constitucional y el mejor aspirante para esas funciones sería un descendiente de los incas. «El espíritu general de las Naciones en años anteriores era republicanizarlo todo, ahora se trata de monarquizarlo todo», había anunciado con firmeza.

Rosas desplegó la carta y leyó: «Nos quedamos como atónitos con lo ridículo y extravagante de la idea». Juan Manuel sonrió e imaginó a su primo exasperado ante los dichos del abogado. No era la monarquía lo que causaba repulsión a Anchorena, el problema era «poner la mira en un monarca de la casta de los chocolates, cuya persona, si existía, probablemente tendríamos que sacarla borracha y cubierta de andrajos de alguna chichería para colocarla en el trono».

Los acontecimientos en Europa repercutían en suelo americano. Inglaterra tenía compromisos con la corona española y no estaba dispuesta a romperlos. Sin embargo, los intereses en desarrollar el libre comercio con América eran inmensos. El gobierno

inglés no había tomado a las que habían sido colonias españolas hasta ese momento bajo su protección, pero tampoco intervino en su contra. Todo esto parecía ser de gran beneficio para los independentistas americanos. Se declaró la Independencia el martes 9 de julio, a puro acuerdo bajo el nombre de Provincias Unidas de Sudamérica. A la mañana siguiente, se celebró una misa a la que asistieron todos los diputados, el gobernador de la provincia Aráoz, y el Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, quien fue nombrado en una breve sesión. Por la tarde, el nuevo hombre fuerte partió rumbo a Córdoba, donde se reuniría con José de San Martín. Tucumán se vistió de fiesta aquella noche. Los balcones se llenaron de banderas, flores y guirnaldas. Era una velada histórica, tenían mucho para celebrar.

En Las Higueritas no sucedía lo mismo. Juan Manuel compartió la novedad independentista con sus socios. Las noticias que llegaban de extramuros no los desvelaba demasiado. El trío se ocupaba de la compra y venta de sus productos. La política y todo lo que tenía que ver con eso no era para ellos. Por lo menos hasta ese momento.

\* \* \*

Iban cómodas las tres en el carruaje de alquiler. Encarnación, Pepa y Rufina habían salido de compras. La necesidad de salir era sobre todo de Encarnación, quien debía hacerse de algunas enaguas nuevas. Las viejas no le servían para ese momento. Estaba nuevamente embarazada y precisaba cambiar las que tenía. De cualquier modo, la excusa bien valía la pena para ausentarse un rato de la casa. Su hermana la acompañaba, al igual que la fiel Rufina. Los niños habían quedado a cargo de alguien, eso era lo último que le preocupaba a Encarnación. Sobraban personas en la casa. Siempre había alguien para ocuparse de sus hijos.

Miraba por la ventanilla y se perdía entre en el movimiento de la ciudad. Hacía días que no caía una gota de agua y la tierra de las calles empezaba a agrietarse. El bamboleo del coche, por momentos, era demasiado violento y les arrancaba una carcajada. Pero Pepa era la que ponía orden, a pesar del impulso jocoso inicial.

—No tendríamos que haber salido, Encarna. Esto es peligroso para tu panza. Ya hemos tenido una tragedia en la familia, no busquemos otra —estiró la mano y golpeó con su abanico contra el asiento del conductor. Era la tercera vez que se lo advertía, pero parecía que el hombre no hacía caso.

—Me la sostengo, Pepa, no pasa nada —dijo Encarnación y rodeó la panza con los brazos—. Además, ya falta poco para que lleguemos a destino.

—Sí, pero luego debemos volver por el mismo camino. No te cuidas, mujer, no tientes al diablo —dijo Pepa y la observó de arriba abajo, a ver si adivinaba algún mal escondido.

Rufina se persignó tres veces y cerró los ojos. Repitió una plegaria oculta para sus adentros y volvió a la realidad del paseo.

—¿Qué haces, niña? Me tienes que enseñar todo eso, quiero ser tan sabia como tú —señaló Encarnación, ávida por saber.

—No provoques, Encarna —Pepa había desconfiado toda la vida de las creencias y las costumbres de los mulatos. Sin embargo, desde hacía un tiempo, había empezado a dejar de lado sus miedos para arrimarse con curiosidad.

Un grito quedo del conductor las sacó de la conversación. Habían llegado a lo de la modista. El hombre las ayudó a descender de la galera y con paso corto enfrentaron el portón. Luego de unos golpes, Mistress Hill las recibió con una sonrisa en la cara.

—¡Mrs. Encarnación! Qué bien que se la ve, pero venga que quiero verla —dijo y le dio un giro completo.

—No me maree, Mistress Hill, no quiera que caiga redonda —lanzó una risotada y se dejó conducir hacia una de las sillas de la sala.

—Ya le traigo un vaso de limonada fresca y vengo a tomarle las medidas. Las que tengo ya no sirven —y salió rauda.

La reunión de mujeres se llevó a cabo entre risas y charla. La inglesa Mistress Hill en poco tiempo se había convertido en «la» costurera de las mujeres más adineradas y exigentes de Buenos Aires. A su habilidad con las tijeras y las agujas, sumaba como un capital invaluable unos folletines con la moda inglesa y francesa, y las hermanas Ezcurra se perdieron entre aquellas novedades europeas. Pepa hacía tiempo que no se mandaba a hacer ningún vestido. Su marido, exiliado ya hacía siete años, no le enviaba dinero y a ella le daba pudor hacerle reclamos a su hermana menor. Encarnación y su marido se hacían cargo de sus necesidades, pero ella prefería ser discreta y no pedir. Rufina aguardó en silencio y, cuando podía, observaba de reojo. Transcurrieron los minutos con una velocidad inusitada. Con las medidas listas y apuntadas, volvieron al carruaje.

—Deberíamos detenernos en la botica. Juan Bautista tiene un catarro tremendo y nos hemos quedado sin pastillas —dijo Pepa y antes de subir le dio las directivas al chofer.

Encarnación torció la boca en un gesto de desagrado pero optó por no decir palabra. De repente, sintió la premura por estar en su casa. Las obligaciones le generaban algo de ansiedad. Desde hacía unos meses había encontrado una tarea que le daba enorme placer. Ayudar a su marido en lo que fuere era una ocupación que la deleitaba. Todas las semanas le enviaba correspondencia con los sucesos más importantes, no sólo de la familia sino de cualquier cosa que le despertara interés en la ciudad, y de tanto en tanto agregaba algunos ejemplares de *La Gaceta*, que a Juan Manuel le gustaban tanto. Él le respondía y también mandaba las boletas de compras. Sobre todo de ropas, ya que le gustaba vestir bien. Ella las guardaba todas en el cajón del escritorio del despacho de su padre. Allí se habían juntado una buena cantidad. Y de a poco y gracias a la ayuda de Juan Ignacio, aprendió a hacer cuentas. No era común que las mujeres dominaran los números, a lo sumo aprendían a leer y escribir. Pero Encarnación tenía demasiadas inquietudes. La lectura y escritura ya las

dominaba, y eso había sido gracias a su madre, quien se había ocupado de ese detalle con las hijas mujeres. Empezó a ordenar las cuentas de Rosas a medida que llegaban las boletas: cien pantalones bastos<sup>[27]</sup> para los peones; algunos de confección más fina para él; chiripás para los gauchos; ponchos en cantidad; chalecos y chaquetas de diversos tamaños, para grandes y niños. Cada vez que Juan Manuel regresaba del campo, ella le hacía entrega de los papeles. Él la aprobaba, y la respetaba cada vez más.

\* \* \*

Llegaron los tiempos en que el predio de Las Higueritas les quedó chico. Ya no daban abasto. La cantidad de animales superaba lo previsto y los negocios crecían como si fueran parte de un torbellino enloquecido. Necesitaban una tierra más grande, un lugar donde pudieran sentir que nada ni nadie los limitaría. Fue así que, tras una intensa búsqueda, Juan Manuel, Juan Nepomuceno y Luis, encontraron el sitio perfecto para emprender la nueva aventura.

Una tarde de principios de 1817, los intrépidos socios se sentaron frente al que había sido regidor del Cabildo y ex miembro de la Junta de Propios y Arbitrios, don Julián del Molino Torres, y pagaron una ponchada de pesos fuertes por una estancia despoblada con otra más poblada llamada Los Cerrillos, que juntas sumaban unas 18 leguas cuadradas de tierra fértil. La ya célebre sociedad de Terrero, Rosas y Dorrego se hacía de una finca cerca de Guardia del Monte<sup>[28]</sup>, en la que Juan Manuel pasaba sus días, salvo cuando se trasladaba a la ciudad. Allí tenía más comodidades que en la casa anterior, aunque eso no le era demasiado importante. Su rancho<sup>[29]</sup> constaba de cuatro habitaciones sucesivas de paredes de barro y paja, por donde circulaban peones y gauchos a toda hora. Las labores no se detenían en ningún momento del día y el patrón trabajaba a la par. Tal era la intensidad de las ocupaciones de la sociedad, que llegaron a emplear sesenta arados al mismo tiempo. Aunque prefería la ganadería, Rosas sabía apreciar los buenos negocios que por entonces pasaban también por el abasto de trigo, siempre escaso en Buenos Aires.

Ni siquiera la disposición que ordenó el Directorio logró disminuir las ganancias de los hombres fuertes del campo. El Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón, debido a la escasez de carne para el reparto en la ciudad, había decidido tomar el toro por las astas, y a pesar de los pesos pesados a los que se enfrentaba, suspendió los saladeros. La clausura fue una puntada eficaz contra Rosas, Terrero y Dorrego, pero no logró amedrentarlos. Y mucho menos unas órdenes del gobierno de turno. Ellos se sentían mucho más poderosos que esos hombres, que lo único que hacían era estampar sus firmas en cuanto documento les entregaran. El mando lo tenían ellos. O por lo menos así lo sentían.

Lo que sucedía en Buenos Aires le interesaba poco y nada a Juan Manuel. Se enteraba a través de la pluma de su esposa, que le relataba al pie de la letra y en varias hojas los principales acontecimientos. Parecía que Pueyrredón no empezaba su

gestión con una buena estrella. Todo lo que ponía a favor de la independencia americana, desaparecía al interior de su gobierno. Lo único que lo obsesionaba era escribirse con su amigo don José de San Martín y enviarle dinero para solventar a su ejército y sus ansias de liberar a Chile y Perú del yugo realista. Aún eran dominados por los españoles y el plan del gobernador de Cuyo era combatir contra los últimos bastiones. Todas las miras estaban puestas en el enemigo externo, nadie hacía caso a lo que sucedía puertas adentro. O los intentos eran fallidos. Parecía que la frontera sur de Buenos Aires empezaba a perturbar la tranquilidad de sus habitantes. El indio había empezado a transformarse en un enemigo reconocido. El Director Supremo dejó de hacer oídos sordos al reclamo de paz en el límite sureño y encomendó algunas escaramuzas, que por supuesto y ante el total desconocimiento de lo que sucedía en las tolдерías, fracasaron una y otra vez.

Juan Manuel volvió a leer el «mi compañero querido» con el que iniciaba la carta Encarnación, y entrecerró sus ojos de lince. «Si será ser imbécil ese Pueyrredón», pensó. «Suben al gobierno y creen que pueden con todo. Ninguno sabe nada y se imaginan que es fácil. Se creen que desde Buenos Aires pueden dominar al indio». Sonrió con desprecio y caminó con paso cansino hacia el rancho. Debía descansar. A la mañana siguiente partiría rumbo a su casa. Su mujer daría a luz en cualquier momento. Recordó el parto anterior, que tan difícil había sido y el cuerpito inerte de su hija muerta. Se perdió en pensamientos funestos. La fragilidad de la vida, eso que él no podía controlar. Movi6 la cabeza, como si le urgiera retirar aquellas ideas negras que le impedían tragar.

## CAPÍTULO VII

Los portugueses habían invadido la Banda Oriental, sin que el Director Supremo intentase nada en contra. Los poderosos de Buenos Aires esperaban que los lusitanos se encargasen de neutralizar a Artigas; pero la guerra con sus aliados en el litoral proseguía, distraendo el interés del gobierno de las demás cuestiones, que también lo reclamaban imperiosamente. El principal demandante era José de San Martín; sin embargo, sus pedidos no eran respondidos como él hubiera querido. Juan Martín de Pueyrredón intentaba dar respuestas, pero la situación se le iba de las manos. La provincia de Santa Fe también se las traía. Estanislao López, jefe de la frontera norte y quien había respondido con éxito en la expedición contra los indios chaqueños, había asumido la gobernación. Durante el gobierno anterior, Pueyrredón había dejado de lado a esa provincia, pero con la llegada de López al poder, la serenidad terminó y decidió organizar una invasión. Las provincias comenzaban a independizarse y proclamaban sus autonomías en pulseadas despiadadas y sin miramientos.

Rosas vivía su propia realidad en Los Cerrillos. Mientras en la ciudad las cosas se ponían cada vez más ásperas, él reclutaba hombres para realizar trabajos pecuarios que se multiplicaban mes a mes. En Los Cerrillos, Rosas se convertía, entretanto, en el protector de paisanos y gauchos, ya fuesen peones o «allegados» a los que dejaba establecerse en sus tierras. El gobierno, en pos de asegurar el orden, había reconstituido las milicias de las campañas, cuyos oficiales y organizadores eran los principales interesados: los mismos hacendados de cada lugar. Gracias a su experiencia juvenil, Rosas supo cómo formar y disciplinar a los milicianos de la Guardia del Monte. Eran hombres bravos, dispuestos a todo por su jefe, de una lealtad incorruptible. Todos estaban armados con carabina y sable, y con orgullo ostentaban sus ropas coloradas. Los problemas que tenían en otras provincias con la indiada —incluso en la suya—, no eran tales para él. Desde la infancia había convivido con los indios en Rincón, y sabía tratarlos. Cuando había que dar, daba, y cuando era necesario un castigo, también lo ejecutaba. La relación que había armado con ellos era de temor y respeto. No había engaños entre ellos, sabía escuchar el significado de sus silencios y ellos entendían lo que él decía con la mirada. Se tanteaban, parecían unos perfectos jugadores de la diplomacia. A veces, los grandes caciques del desierto se llegaban hasta su rancho para pedirle consejo y de paso agasajarlo con algún presente de la Naturaleza. El joven Rosas los recibía y mantenían reuniones interminables. De vez en cuando, les retribuía las demostraciones y partía tierra adentro con algunos de sus hombres. Permanecía en las tolderías largas jornadas y agradecía el trato especial que recibía. Y cuando emprendía el regreso, hacía un alto antes de llegar y donde mejor le convenía establecía puestos y modificaba, a su antojo, la línea de frontera. Los indios se hacían los desentendidos o tal vez recibían algo a cambio, nadie intentaba averiguarlo, pero

la realidad mostraba que las extensiones de campo de Rosas crecían como la peste. Ese día, la escarcha anunciaba un frío amanecer. Juan Manuel escoltaba la ráfaga granate, que se había puesto en marcha bien temprano. Sus «Colorados del Monte», así se los señalaba, seguían a su jefe sin chistar. No hacía falta preguntar hacia dónde se dirigían. Bien lo intuían. Se internaron en plena pampa y en silencio hicieron camino. Leguas y más leguas a través de potreros y campos vírgenes que, de tanto en tanto, eran interrumpidos por riachos que luego irían a desembocar en el Salado, donde caballos y hombres aplacaban la sed. La soledad pampeana era interrumpida por manadas de avestruces, que corrían para luego desaparecer como si fueran fantasmas; el repugnante olor a zorrino les recordaba que estaban vivos. Nada lograba cansarlos, pasaban horas sobre el lomo de sus animales. Seguían a rajatabla el mandato de su jefe.

Como si los minutos no hubieran transcurrido, tan fuera de la noción del tiempo estaban, en la línea del horizonte apareció una mancha que anunciaba el ansiado destino. Allá lejos se vislumbraba la toldería del cacique.

Una nube de polvo avanzaba como tromba. La comitiva de indios salió a su encuentro e intercambiaron los saludos pertinentes. Los lenguaraces hicieron su trabajo, como siempre. Luego de las aprobaciones de rigor, avanzaron todos hasta la toldería. Desde el llano, los indios y las chinas clavaban sus ojos negros en el tropel escoltado por el jefe blanco. Aquella mirada azul los inquietaba. Tan erguido, con esa prestancia que perturbaba a más de uno.

Por detrás apareció el cacique rodeado de subalternos y algún que otro curioso, que ansiaba conocer a ese hombre cuyo nombre sonaba con estrépito a lo largo de la frontera. Se trataba del cacique ranquel Painé, quien se había llegado hasta la toldería de su aliado para conocer a aquel blanco tan mentado. Rosas y sus compañeros desmontaron y recibieron los presentes que les fueron entregados. Y de nuevo el intercambio de promesas de paz.

—Peñi<sup>[30]</sup>, me siento honrado ante semejante recibimiento. Espero responder con creces a tales honores —dijo Juan Manuel y se fundió en un abrazo con otro de los caciques.

Guiados por el indio, se dirigieron hacia su toldo. Allí dentro los aguardaban el resto de los caciques y sus mujeres, pintadas y arregladas con sus mejores ropas. Además de las indias, dos cautivas blancas conformaban el grupo de esposas de los hombres fuertes de las tribus. Juan Manuel se acomodó en la punta y el resto lo rodeó. Comenzó a dominar la escena como él bien sabía, parecía un encantador de serpientes. Mientras daba rienda suelta a sus palabras, posó sus ojos sobre la concurrencia femenina. De distintas edades y con sus rostros de pómulos salientes, las indias atrajeron su atención. Hasta que llegó a una, imponente, de facciones suaves y mirar desafiante a la que Rosas miró con insistencia. La muchacha, de unos dieciocho años, le retrucó la insistencia con los ojos rasgados. Rosas cambió de posición, los nervios le ganaron de mano. La tensión entre ambos era evidente. Luego



de un rato, repartió sus obsequios tratando de no demostrar preferencias. La mestiza sonreía con complicidad, como si lo conociera de otra vida.

La tarde transcurrió entre encuentros grupales y, de tanto en tanto, conversaciones más privadas en las que había ofertas, propuestas y contratos de palabra. Siempre entre hombres. Las mujeres fueron abandonando la escena y retomaron sus tareas. Caída la noche, todos fueron retirándose a sus respectivos toldos para descansar. Juan Manuel, rápido como pocos, había averiguado todo acerca de la joven que lo había encandilado. Se llamaba Mariana y era una de las últimas esposas del cacique Painé. No le habían sabido decir en dónde la había encontrado pero lo que sí era más que evidente, era la veneración que el cacique sentía por ella. Mariana hacía lo que quería con el hombre, y las demás esposas desfallecían de envidia por el poder que ella ejercía sobre él.

Juan Manuel se tendió sobre unas cobijas y cerró los ojos. Quería dormir, necesitaba descansar. Al día siguiente partían otra vez. Pero no le resultaba fácil, el alcohol de mala calidad que le habían ofrendado se le había subido a la cabeza. Tenía calor, las voces de la tierra resonaban sin cesar.

\* \* \*

Encarnación seguía encerrada en el despacho de su padre. Faltaba poco para que sirvieran la comida pero ella se había olvidado del hambre. Concentrada hasta la última gota, anotaba números, hacía cuentas, controlaba los papeles como si hubiera sido dueña de un dispensario. Pero no lo era. Ni mucho menos. Como había sido la alumna perfecta de las enseñanzas de su padre, se había convertido ahora en la encargada, no sólo de administrar los dineros de su marido, sino también de los de algunos de los miembros de su familia. La mesa estaba repleta de libros, notas, documentos, esquelas. Era un desorden que podía desalentar a cualquiera. Sin embargo, ella mejor que nadie sabía dónde estaba cada cosa. No se le extraviaba nada. Era metódica y obsesiva.

Refunfuñaba y volvía sobre lo mismo una y otra vez. Había una diferencia en las sumas. Algo no andaba bien. Unos golpes suaves en la puerta la trajeron a la realidad. Levantó la vista del papelerío y vio a su madre, que la miraba con una sonrisa.

—M'hija, vas a echar raíces en esa silla. Comemos en cinco minutos, ¿puedes abandonar todo esto de una buena vez? —la instó Teodora.

—Ya termino, mamita.

—Te vas a quedar ciega, Encarna. No hay suficiente luz aquí, mi querida —se le acercó aún más e intentó descubrir qué era lo que hacía.

—No exageres —y lanzó una carcajada—. Estoy rodeada de velas, mamita.

Cerró el libro y la miró de lleno. Su madre parpadeó una y otra vez. La tomó de la mano y se incorporó. Rodeó la gran mesa y desperezó el cuerpo. No recordaba cuántas horas había pasado allí sentada. Pero además quería apartar a su madre de los papeles. Teodora tenía un ojo de vidrio porque había sufrido un accidente en la

infancia y Encarnación no quería exponerla a esfuerzos vanos. Era mejor que hiciera uso de la vista con buena iluminación, no a la luz de las velas, como hacía ella.

—¿Es necesario que te pases el día entero aquí encerrada, hija?

—No es encierro para mí, me gusta lo que hago —y frunció el ceño.

—Te pierdes a tus hijos, Encarna. No sabes lo graciosos que están, la de ocurrencias que tienen —dijo Teodora con ternura.

Encarnación cerró los ojos para, como por arte de magia, calmar el fastidio que sentía cada vez que le hacían un reclamo filial. En lo más hondo de su corazón resonaban sentimientos encontrados. Pedrito no era su hijo aunque ella lo quisiera como tal; Juan Bautista y Manuelita Robustiana sí lo eran. La pequeña había nacido el 24 de mayo, hacía dos años, y había sido bautizada por el doctor José María Terrero, siendo sus padrinos su hermano Felipe y su suegra doña Agustina, quien se había acercado a la familia luego de una larga temporada de silencio. Era más fuerte que ella, el asunto de los infantes no la convocaba, sentía que era una pérdida de tiempo pasar horas junto a ellos. Se aburría, no sabía qué hacer, un rato podía ser, pero en cuanto empezaba a sentir que abandonaba aquello que realmente le interesaba, sentía que se quedaba sin aire. Tenía otras cosas para hacer. Demasiadas. Ahora que había encontrado la tarea que le gustaba, cualquier otra actividad le parecía una pesadez.

—Juan Manuel me necesita, madre. ¿No nos enseñaron que como esposas debíamos rendirles honores a nuestros maridos?

—Hasta que nacen los hijos, Encarnación. Ser madre es algo sagrado; serlo y abandonarlos es un sacrilegio —los brazos cruzados de Teodora eran como un escudo que cubría sus emociones.

—No me hagas hablar, no me provoques, por favor. ¿Te recuerdo a Pepa y a Pedro? —el rostro de Encarnación tomó colores.

—No seas mala, hija. La vida de tu hermana es un sufrimiento constante.

—Pues no me parece, se ocupa de Pedrito y bien que lo hace.

—Pero vive una mentira, debe aparentar todo el tiempo.

—Le sale a la perfección. No busques pelea entre nosotras, no quieras que nos enemistemos. Adoro a mi hermana y la quiero de mi lado. Y por si esto fuera poco, me encomendó sus dineros. Quiere que me ocupe de sus bienes. Bueno, de lo poco que tiene. Confía en mí, a diferencia de ti —Encarnación perdió la paciencia.

Teodora le tomó la mano y le imploró misericordia con la mirada. Encarnación se ablandó y la abrazó. No le gustaba pelearse con su madre.

—Discúlpame, mamita. Estoy cansada y tengo hambre. ¿Vamos a la mesa? —Se dirigió a la puerta y se detuvo para decir—. Y extraño a Juan Manuel.

—Seguro, hija. Pero debe estar por llegar, ¿no es cierto? Cualquiera de estos días —intentó apaciguar Teodora.

—No tengo noticias de él —dijo ofuscada y salió como una tromba.

El sueño no lo asaltaba. Hacía horas que daba vueltas y no lograba dormirse. Cansado del suelo duro, Rosas se incorporó y con sumo cuidado salió del toldo. No quería despertar al resto. Tomó aire y miró al cielo. Una luna inmensa iluminaba la noche cerrada. Los ruidos del campo eran nuevos para él. Conocía los de su tierra, pero éstos le resultaban extraños. Algún pájaro intervenía en el silencio, otras voces salvajes anunciaban sus presencias ocultas.

Quiso alejarse de los toldos. Caminó hasta los restos del fuego y algo le llamó la atención. ¿Qué era ese sonido desconocido? No pudo precisar qué era lo que lo hizo vacilar. Giró de golpe y a pocos pasos vio a Mariana, que lo perforaba con la mirada.

—Me asustaste, mujer —susurró y se le acercó.

—Mientes —respondió la mestiza con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí a esta hora? ¿No deberías estar durmiendo? —apoyó el peso en una pierna y la observó con detenimiento, como si la estudiara.

—Lo mismo que tú. Me gusta respirar el aire de la noche —inspiró y cerró los ojos.

Juan Manuel recorrió los alrededores con la mirada. No quería que nada lo asaltara de improviso.

—Dejaste el lecho vacío, Painé te va a echar de menos —los cuerpos casi se rozaban—. No le debe ser fácil estar sin ti.

—Somos muchas sus mujeres. Además, la noche está hecha para dormir. Eso dicen algunos.

—No para mí —la tomó del cuello y la acercó para darle un beso. El fuego los abrasó al instante. Juan Manuel la separó, miró con zozobra a los costados y la tomó de la mano. Apuró el paso hasta un grupo de árboles algo alejados de los toldos y se arrancó la camisa. La ropa le molestaba y al segundo de sentir la piel de Mariana contra la suya le pareció que se convertía en un animal. Necesitaba el cuerpo de esa mujer. Ella no se hizo esperar, con velocidad se quitó todo y le mostró su desnudez sin pudor. Rosas se tomó todo el tiempo del mundo para admirarla. Jamás había visto algo igual. Durante horas se exploraron e intentaron apagar la pasión. No fue fácil. Cada vez que jadeaban para que todo terminara, la llamarada volvía a encenderse. Cuando el piar de los pájaros anunció el pronto amanecer, cada uno regresó a su toldo.

La comitiva blanca debía partir temprano rumbo a Los Cerrillos. Rosas cambió de planes sin ofrecer demasiadas explicaciones. Sólo anunció que aún faltaban algunas negociaciones. Los caciques aceptaron la modificación sin replicar. Ni siquiera Painé desconfió. Mariana era una experta en simulación, ni un músculo de su cara la delataba. Pero por las noches, la lujuria era el festín de los amantes. Transgredían todos los límites, y la culpa era un sentimiento que ambos desconocían.

A la semana, partieron. Al alba y con Juan Manuel en la vanguardia, tomaron el camino de regreso. Había dormido pocas horas pero no estaba cansado. Poco antes se había despedido de Mariana. Durante las primeras leguas, la imagen de la muchacha le ocupó la mente. Le resultaba extraño que una mujer dominara sus pensamientos. Le parecía que no había estado con un ser humano; era algo animal, como una fuerza de la naturaleza. Se preguntaba si lo habían embrujado.

\* \* \*

Con la tarde ya instalada y sin sorpresas por venir, Juan Manuel entró en Buenos Aires a bordo de la galera que usaba para trasladarse entre la ciudad y el campo. Junto a él viajaban dos de sus capataces más cercanos con quienes trabajaba siempre cuerpo a cuerpo. Atravesaron las calles y cada tanto llamaban la atención de algún que otro peatón. Las chanzas y las palabrotas escapaban de la galera como si tuvieran vida propia. Todo lo silencioso y educado que era en la intimidad del hogar, cuando estaba entre hombres Juan Manuel se transformaba en un ser irreverente que lo convertía casi en otra persona.

Los tres hombres descendieron del coche y entraron a la casa. Nadie los esperaba, la sala estaba vacía. Juan Manuel pegó un grito para avisar a su familia del arribo y los capataces continuaron camino hacia los fondos. Encarnación corrió a su encuentro, llena de ansiedad.

—¡Qué sorpresa! No sabíamos nada, querido. Me hubieras avisado, escrito unas palabras, aunque sea —reclamó y en seguida se arrepintió—. Bienvenido.

Se fundieron en un abrazo corto y el resto de la familia avanzó a saludarlo. Como una tromba, sus hijos varones corrieron hacia él y tironearon de sus pantalones. Detrás, entró Pepa con Manuelita en brazos. La pequeña traía una sonrisa que iluminaba el salón.

—Pero qué grande está mi princesa. A ver, venga para acá —dijo Rosas y estiró los brazos para recibirla—. Igualita a mí, ¿no es cierto?

Y lanzó una carcajada. Los gritos de los niños, sumados a las risas de los adultos y a la entrada y salida de los esclavos que llevaban el magro equipaje y traían refrescos para el patrón, convirtieron la sala en una feria andante.

—Supongo que te quedas unas buenas semanas en casa, Juan Manuel —preguntó Teodora, atenta al gesto adusto de su hija.

—Todo depende, suegra querida. El deber me llama —le respondió mientras jugueteaba con su hija.

—Algunos deberes en la ciudad también hay —la sonrisa de Teodora desconcertaba a cualquiera pero no a Encarnación, que la fulminó con la mirada.

Como si no hubiera escuchado la indirecta, Juan Manuel continuó jugando con Manuelita. Pedro y Juan Bautista se revolcaban en el piso en una lucha sin cuartel, bajo el atento ojo de Pepa.

—¡Dejen de molestar a su padre! —gritó Encarnación, iracunda—. No va a volver nunca más si siguen así.

Los niños miraron a su madre con ojos redondos y detuvieron la gresca. El resto de la familia hizo un silencio de tumba. Les preocupaba esa reacción de Encarnación. Gregoria y Rufina pidieron permiso y entraron a la sala. La matrona anunció la comida y Rufina arreó a las criaturas hacia adentro, entre lloriqueos y caprichos.

Luego de la comida, Encarnación y Juan Manuel se encerraron en el despacho. Ella le mostró todo el trabajo realizado durante su ausencia. Las dos caras permanecieron sobre los libros por horas. Nadie los interrumpió, sabían que no querían ser molestados. La pareja estaba anudada con fiereza por un cordón irrompible, que excluía a los de afuera.

Los días se sucedieron sin sobresaltos aparentes. La pareja compartía bastantes momentos, aunque muchas veces lo hacían junto a los demás integrantes de la familia. Teodora y Juan Ignacio, Felipe y Gervasia, y Pepa y Margarita eran los convidados recurrentes a los encuentros de los esposos. Nadie notaba nada, salvo Encarnación. No podía encontrar la razón de su malestar, pero algo le decía que su marido estaba raro. A pesar de la cercanía real de los cuerpos —si así lo necesitaba, podía estirar la mano y tocarlo, nada se lo impedía— sentía que Juan Manuel estaba a leguas de allí. La veía pero no la miraba, como si sus ojos se cubrieran detrás de un biombo. Prefirió no preguntar, no ponerse pesada. Sólo observar y dejarse llevar por la intuición. Su marido estaba distante aunque no le hiciera ningún desplante. Ni en público ni en privado.

Una mañana, mientras tomaban unos mates y comían pan con manteca y azúcar, Juan Manuel le anunció que luego del almuerzo partía de vuelta a Los Cerrillos. Así, sin previo aviso. Encarnación intentó retenerlo pero fue inútil. Entonces no insistió más. Sabía que era en vano. Él se levantó de la mesa y se encerró en el despacho. Un poco triste, ella acomodó todo sobre una bandeja y se dirigió a la cocina. A pocos pasos de la puerta, escuchó dos voces masculinas. Algo la detuvo en el umbral, no supo qué pero aguzó el oído.

—¿Y qué te parece? La india lo engualichó. Me hubiera sucedido lo mismo, no he visto jamás mujer más imponente.

—¿Pero crees que le ha hecho daño?

—A mí me lo hubiera hecho, eso es seguro. Pero Rosas es fuerte, aunque haber dilatado el regreso de la toldería, en fin... Espero que no nos traiga problemas con la indiada, que el cacique no haya notado el revolcón. Aunque era difícil no notarlo. Cada vez que la miraba, los ojos de Rosas se convertían en fuego.

Las piernas le temblaron y casi pierde el pie. La puntada en la panza estuvo a punto de tirarla al piso. Sostuvo el aire para que nadie la oyera y corrió hasta el cuarto de costura. Arrojó la bandeja donde pudo y sin saber hacia dónde se dirigía, salió a la calle casi como una autómatas. A unos pasos de allí, un peón acicalaba el caballo que

en unas horas tiraría de la galera. Al ver a la esposa de su patrón, le dedicó una reverencia.

—¡Vamos! Necesito ir a un lugar en este mismo instante. Es urgente —le ordenó, y sin pensar subió al coche—. Salgamos de aquí.

Era imposible negarse. La cara de Encarnación metía miedo. El muchacho subió al pescante y agitó el látigo. El animal se puso en movimiento y pronto desaparecieron del frente de la casa de los Ezcurra.

La cabeza estaba a punto de explotarle, como si un cuchillo la desgarrara por dentro. No podía creer lo que había escuchado. Juan Manuel tenía otra mujer, ella había dejado de ocupar ese lugar. Apoyó las manos sobre su pecho, como si necesitara atajar el corazón. El dolor era insoportable. Pestañeaba, se olvidaba de respirar, la mandíbula había perdido el rigor y le era imposible cerrar la boca. Tuvo miedo de morir. «¿Por qué no soy como mi madre, por qué sé todo antes de que pase? No puede haberse ido con una india, con una mujer que no puede darle todo lo que yo le doy, una salvaje, más que mujer un animal. ¿Cómo es posible que me haya sido desleal con un monstruo semejante? ¿Qué hago? ¿Me mato, lo mato, a ella?», los pensamientos la arrasaban, le resultaba imposible calmarse y respirar. Abrió los botones del cuello de su camisa para que el aire pasara. Estaba mareada, sentía la muerte cerca. De repente, las lágrimas llenaron sus ojos. Parecían cristales, de un brillo fuera de lo común que, corrieron por sus mejillas en un sinfín interminable. Tuvo terror. Juan Manuel no podía irse con otra, no podía dejar de amarla. Su amor era tan poderoso que no concebía la deslealtad. Y de repente, un alarido ensordecedor asoló las calles. El grito de dolor subió desde sus entrañas para inundarlo todo. El conductor miró de reojo pero continuó la marcha. Encarnación, envuelta en un lamento infinito, gritó, gritó y gritó. Hasta que no pudo más y sintió el cuerpo muerto. Tomó aire como si buscara revivir. Necesitaba más tiempo para recomponerse. Le ordenó al peón que diera unas vueltas más antes de volver a la casa. Debía pensar, calmarse, ver de qué modo enfrentar la situación. No era buena idea echarle en cara a su marido lo que se había enterado. Evaluar primero, eso. Era sanguínea, sí, pero ante todo una estrategia feroz.

## CAPÍTULO VIII

No se habían cumplido diez años de ese mayo de 1810 en que todo había comenzado, y la guerra civil amenazaba ponerle fin de manera sangrienta. El Director Supremo José Rondeau, en vez de aquietar las aguas con las provincias federales, decidió ahondar el enfrentamiento con Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. El entrerriano Francisco Ramírez, aliado con el santafecino López, amenazaba con avanzar hasta la mismísima Buenos Aires. Rondeau ordenó que de inmediato el Ejército del Norte bajase a proteger la Capital. Pero antes de llegar, en la posta de Arequito, los coroneles Bustos, Alejandro Heredia y José María Paz se sublevaron, detuvieron al general Fernández de la Cruz y se negaron a continuar la guerra civil. Emprendieron con sus soldados el regreso a Córdoba, donde a las semanas Bustos se hizo nombrar gobernador de la provincia.

En febrero de 1820, al darse cuenta de que las tropas de ayuda jamás llegarían, Rondeau decidió atacar a los federales con lo que tenía. Ramírez y López vencieron con mucha facilidad a los centralistas en la batalla de Cepeda. En menos de quince minutos, la caballería era dispersada arrastrando a Rondeau en la corrida.

La pavora cundió en Buenos Aires. La noticia se desperdigó con velocidad y los vecinos se parapetaron detrás de las puertas de sus casas, aterrados, a la voz de «¡Se vienen los montoneros<sup>[31]</sup>!» Cuando Rondeau regresó a la ciudad, ya era demasiado tarde. El general Soler, jefe del Ejército, había exigido la disolución del Directorio y del Congreso. Los diputados huyeron a sus provincias y éstas recobraron su autonomía. Se reunió una improvisada Junta de Representantes porteños, que eligieron gobernador a Manuel de Sarratea, y el 23 de febrero firmó, junto a Ramírez y López, el Tratado del Pilar. El acuerdo establecía la paz y convocaba a un nuevo congreso a sesionar en San Lorenzo.

Cada uno con su comitiva de gauchos e indios, hizo su entrada triunfal en Buenos Aires bajo la mirada torva de sus habitantes, que los observaba atar las riendas de sus caballos a la Pirámide de Mayo para luego subir al Cabildo, donde se les había organizado una recepción. Parecía como si la ciudad hubiera contenido la respiración.

La entrega de las armas había enfurecido a los porteños, entre los que se destacaron el general Soler, Juan Ramón Balcarce e Hilarión de la Quintana. Convocaron a un Cabildo Abierto y el 6 de marzo nombraron a Balcarce como gobernador de Buenos Aires. Sin embargo, los caudillos del Litoral emprendían de nuevo el avance amenazante. Pancho Ramírez pasó de la amenaza al acto y le exigió a Balcarce que abandonara la provincia. Duró menos de una semana en el puesto. Dicho y hecho, huyó. En voz baja y como quien no quería la cosa, Carlos de Alvear, que había regresado aprovechando el río revuelto, intentó apoderarse del gobierno. Pero en cuanto el pueblo supo de las ínfulas de quien en 1815 había sumido a la ciudad en un maremágnum de decisiones erradas, se sumó al motín y la furia. El

Cabildo repuso a Sarratea en el mando y transcurrió más de un mes de tensa calma. A fines de abril, volvió a haber elecciones y triunfaron los directoriales. Sarratea volvió a quedar desprestigiado y el 1.º de mayo el Cabildo le pedía la renuncia. En su lugar, asumía el presidente de la Junta de Representantes, Ildefonso Ramos Mejía.

El frío de junio no logró aquietar los ánimos más que caldeados. El general Soler, que era el jefe del Ejército, se hizo nombrar gobernador por algunos de los representantes de la campaña reunidos en la villa de Luján, y logró que el Cabildo de esa localidad lo reconociera. Lo comunicó al de Buenos Aires, y por temor al militar fuerte, lo aceptaron. Renunció Ramos Mejía y el 20 de junio Soler hizo su entrada triunfal a la ciudad para luego tomar posesión de sus funciones. Al día siguiente, partió al campo de batalla a luchar contra López, que avanzaba con paso bravío. En su lugar dejó a Manuel Dorrego —hermano del socio de Rosas—, quien acababa de llegar del destierro en Estados Unidos. Cuatro días después, Soler era derrotado por Estanislao López en la Cañada de la Cruz y huía a Colonia. La provincia quedaba nuevamente acéfala.

Los primeros seis meses del año confirmaron, día tras día, que Buenos Aires había quedado envuelta en la anarquía. Rosas había estado poco y nada en la ciudad, sus ocupaciones ganaderas lo demandaban. Se enteraba de los sucesos gracias a la correspondencia pero demostraba poco interés. Sabía lo que pasaba, conocía a los protagonistas que disputaban el poder pero sólo sus animales y sus hombres eran objeto de su desvelo.

El 1.º de julio, escoltado por unos pocos milicianos, emprendió camino a la ciudad. Detrás de una nube de polvo hicieron una parada en las Lomas de Zamora. Allí, deliberando, se encontraban el brigadier Martín Rodríguez, comandante general de la Campaña, y el coronel Manuel Dorrego, gobernador militar de la ciudad. Rosas desmontó y lo pusieron al día de lo sucedido a leguas de allí: el coronel Manuel Vicente Pagola había entrado a la ciudad apoderándose del Fuerte. Desgreñado, con las botas inmundas de barro, había trepado los escalones del Cabildo y conminado a los allí presentes a que lo nombraran Comandante de Armas.

—Necesitamos de tu colaboración, Juan Manuel —lo increpó Dorrego, sin vueltas—. Sabemos que tienes a tu orden cientos de hombres.

—No me gusta la política y creo que todo el poder del mando no vale la pena de dar un galope hasta Buenos Aires —respondió con gesto adusto.

—Vamos, tu familia reside allí. Si las cosas continúan de este modo, quedaremos reducidos a cenizas. ¿De qué te servirán la tierra, las vacas, las monedas, cuando seamos arrasados por estos bárbaros? —Rodríguez lo atravesó con la mirada.

Rosas se cruzó de brazos. Así permaneció durante un largo rato. Sabía que debía tomar decisiones, no eran tiempos para tibios. Con un movimiento leve de cabeza, les hizo entender que aceptaba la propuesta. Regresó a Los Cerrillos para reunir a sus hombres y junto a los Colorados del Monte volvió a buscar a Rodríguez y Dorrego. Entraron a la ciudad, reconquistaron el Fuerte y al día siguiente la Junta Electoral



designó gobernador interino al coronel Manuel Dorrego. Conforme con el desempeño del estanciero y sus gauchos, Martín Rodríguez reclamó el nombramiento de Rosas como comandante del 5.º Regimiento de la Campaña y partieron a la busca de las tropas de López y Alvear, quien se había sumado a sus filas. El 2 de agosto, derrotaron a las tropas enemigas en San Nicolás y sus jefes escaparon a Santa Fe.

Pocos días después de la contienda, declaraba un armisticio. Luego del encuentro de Rosas con el representante de López, el estanciero se reunió con Dorrego. No había sido fácil llegar a un acuerdo. Los hombres eran diferentes, aunque algunas cosas los hermanaban. Ambos decían lo que pensaban sin analizar las consecuencias. Pero mientras el hermano de su socio había hecho alarde de su cultura y su mundo, Juan Manuel prefirió hacer silencio en esas cuestiones. Rosas le reclamó que le dejara a él las negociaciones con López, no confiaba en Dorrego para esas lides. Le prometió que si conseguía una paz digna para Buenos Aires haría que lo nombraran gobernador.

—¿Y de dónde surge ese interés de usted por esa paz bochornosa con que me está repicando? —lo increpó Dorrego con fastidio y se levantó de la mesa.

—Le he prometido al representante de López que, siempre y cuando se retire a su provincia, les daremos la paz —Rosas perdía la paciencia.

—¡Pues yo le prometí, a mi vez, ser elegido gobernador, nada más que por la influencia de este pliego de papel! —y le agitó una hoja en la cara. Dorrego también se había entrevistado con el santafesino; sin embargo, no habían logrado entenderse.

Transcurrieron dos días y en el más absoluto secreto, Rosas partió hacia un encuentro con Estanislao López. El santafesino le llevaba siete años pero rápidamente se entendieron. La reunión era la excusa perfecta para poner negro sobre blanco en los asuntos del federalismo. López tenía años de experiencia, Rosas atendía con voracidad a sus palabras. El 12 de agosto, los ejércitos combatieron junto al arroyo Pavón. Los hombres de Buenos Aires salieron victoriosos. Dorrego, cebado de gloria, quiso continuar la guerra, internarse en Santa Fe para ir detrás de López. Pero Rosas y Rodríguez optaron por disuadirlo. No lo lograron y prefirieron separarse del jactancioso. La arremetida de Dorrego cayó en saco roto. Su tropa era aniquilada el 2 de septiembre en las chacras del Gamonal. Sin embargo, tras la victoria lograda, López no invadió Buenos Aires. Fue interceptado por una esquila de Rosas, en la que le sugería que Martín Rodríguez fuera elegido gobernador y Dorrego, desterrado. La invasión se detuvo.

Mientras tanto, en Buenos Aires se llevaban a cabo las elecciones de los representantes que designarían al próximo gobernador. Desconociendo por completo las decisiones, Rosas se enteraba de que lo elegían representante por San Vicente. Reiteró su desdén por la política y renunció. Pero ya se había convertido en el hombre más poderoso de la campaña. Los directoriales le sugirieron que se postulara como gobernador. Pero volvió a negarse, prefirió proponer al que creía mejor para el puesto: Martín Rodríguez. Lo único que le importaba era que reinara la paz —o por

lo menos que así lo pareciera— en su provincia. Y para eso entendía que debía traer al caudillo de Santa Fe para su costal. Las negociaciones se alargaron más de lo que había imaginado. Algunos desecharon la idea de que Rodríguez fuera el indicado, pero la carta triunfal de Rosas era el contrato tácito que había firmado con López. El fantasma de la guerra civil aterraba a los porteños. El 26 de septiembre, la Junta designaba gobernador al general Martín Rodríguez.

\* \* \*

Rufina cepillaba la melena desgreñada de Encarnación. Parada detrás de la silla de su patrona, iba desde la coronilla hasta las puntas. Todas las noches, antes de acostarse, Encarnación se sentaba frente al espejo, soltaba el recogido y se entregaba al cuidado de la cabellera, que además, le daba bastante placer. Sin embargo, ésa no era una de aquellas noches. Rufina la miró de reojo en el reflejo, el ceño fruncido de su ama lo decía todo.

—¿La lastimo, misia? ¿Mejor la dejo tranquila? —dijo y detuvo el vaivén.

—Me duele la cabeza, Rufina. Hace días que tengo una puntada en el medio de la frente —y apoyó la mano entre los ojos para ver si de ese modo lograba aplacar el dolor.

—Déjeme verla. No vaya a estar enferma —giró y la enfrentó.

Encarnación cerró los ojos, intentaba de todo para que el sufrimiento desapareciera.

—Siento asco por momentos. Qué sé yo, Rufinita. Ya me vio el doctor, tú sabes que mi madre toma cartas en el asunto en el acto. Pero no hubo caso, todo lo que me recetó no sirvió de nada.

La mulata puso los brazos en jarras y la miró fijo. No creía demasiado, por no decir nada, en la medicina de los patrones.

—A usted le pasa algo más, doña Encarna. El cuerpo no está malo. Es adentro, es el ánimo —abrió los ojos aún más, parecían luceros que iluminaban la penumbra de la recámara.

Encarnación tomó envión para refutar sus dichos pero se arrepintió. No tenía fuerzas. Suspiró y se cruzó de brazos.

—Usted está así desde que se retiró el patrón. La cara le cambió, pero diferente de otras veces —Rufina seguía con las presunciones, nada la detenía.

—Juan Manuel me ha sido infiel —susurró Encarnación—. Escuché a sus adláteres conversando sobre eso. Él no sabe que yo sé, así que te callas.

La negrita jadeó de terror y se cubrió la boca con las manos.

—¿Está segura, ama? No se deje llevar por su cabeza, se le pone demasiado grande —levantó los hombros—. ¿Quiere que nos saquemos de dudas?

—Mira si serás boba, niña. Pues claro que quiero saber la verdad. Pero a él no voy a preguntarle nada, y menos por medio de una carta —el enojo se iba

transformando en ira. Había intentado dejar de lado esas ideas pero le resultaba imposible.

Rufina se le acercó aún más y se arrodilló a su lado. Quería que sus palabras quedaran entre ellas, sería un secreto.

—Yo tengo la solución, amita. Conozco a una santiagueña en el barrio del tambor, que puede ayudarla. 'Ña Eulogia se llama y ayudó a mis tías, por eso se lo digo. Puedo arreglarle una consulta, si así me lo permite —entre el ojo redondo y la sonrisa franca, Rufina compró a su patrona.

—Entonces, al amanecer te vas al barrio y me concertas la cita con tu amiga —ordenó Encarnación y se dirigió hacia su cama. Se tapó, apagó la vela de la mesita y cerró los ojos. Y detrás, Rufina cerró la puerta al retirarse.

Al día siguiente, la esclava cumplió con el pedido y se reunió con la zamba<sup>[32]</sup>. Las deliberaciones habían sido extensas pero al fin regresó a la casa. En cuanto pudo, se reunió con su patrona.

—Ya está, debemos ir mañana durante el día, antes de que caiga el sol, ama. Pero me pidió que para hacerle bien el trabajo, tenemos que llevarle unos pelos del hombre en cuestión —le guiñó un ojo— y una botella de caña del Paraguay, que no haya sido servida a cristiano alguno.

—Tú te encargas de la bebida, que yo me ocupo del resto. Espero que no hayan limpiado los peines en esta casa —gruñó Encarnación.

—Déjeme a mí —buscó el cepillo y un peine, y apuró el paso hacia la cama. Peinó las cerdas sobre las cobijas blancas y estudió la bola de pelos—. ¡Aquí hay!

Entre el enredo negro había algunos ejemplares rubios. Los guardó dentro de un pañuelo y estiró la mano a la espera de unas monedas para la compra de la caña. Encarnación buscó en el cajón, se las entregó y la mulata salió como chicotazo.

A las cinco de la tarde del día siguiente, partieron rumbo a los barrios bajos en un coche de alquiler, en el más completo de los secretos. Tras un largo traqueteo por las calles, llegaron al lugar. Rufina guió a su patrona hasta la puerta de un rancho bastante desvencijado. Golpeó sus manos y esperaron. Pasaron varios minutos hasta que una zamba inmensa con un cigarro de hoja en la mano, les abrió y las hizo pasar. Se sentó y las convidó a que hicieran lo mismo.

—Buenas tardes, 'ña Eulogia. Aquí le traje a la señora que le conté. Y tome lo que me reclamó —dijo Rufina, y extendió la botella y el pañuelo.

—Mujer, tú no estás nada bien —la matrona miró, no sacaba los ojos de encima de Encarnación—, pero vamos a ver qué pasa.

Se acomodó, dio una pitada a su cigarro y se acercó una escudillita frente a ella. Encarnación y Rufina estaban mudas, sólo observaban lo que hacía la mujer. Abrió el pañuelo y buscó los pelos. Al ver el brillo dorado, ahogó una exclamación. No era común aquel colorido dentro de esas cuatro paredes. Abrió la botella y vertió apenas un dedo del líquido a la escudilla. Pasó el pico debajo de la nariz y olió. Asintió y bebió unos tragos. Tomó algunos pelos y los quemó con el cigarro, para luego dejar

que las cenizas cayeran sobre la caña. Como si descifrara un lenguaje propio, leyó lo que nadaba en el alcohol. Mascullaba de tanto en tanto. La ansiedad de las otras dos se sentía en el aire.

—Dígame qué ve, ahora mismo —ordenó Encarnación.

—Una traición, misia. La han traicionado a usted.

—¿No ves, Rufina? ¿Qué te había dicho? Me engañó con la india, nomás —se movió en la silla y los colores le subieron como si fuera a explotar.

La zamba Eulogia escuchó con atención. Todo le servía.

—La quiero muerta. A la india, a ese monstruo —los ojos negros de Encarnación destilaban un odio jamás visto. Rufina se asustó, nunca la había sentido de ese modo.

—Debe confiar más en usted, doña. Usted puede tener todo lo que quiera, va a tener todo y más, yo la voy a ayudar. Con el resto de los pelitos le voy a hacer una atadura. ¿Cómo se llama el hombre? —preguntó y tomó otro trago.

—Juan Manuel, Eulogia. Mañana le mando otras botellas, si así le place, en agradecimiento. ¿Tengo que volver? —Encarnación se levantó y tras ella, Rufina hizo lo mismo—. Me siento mejor. Pero no se olvide de mi pedido.

Se despidieron y subieron al carro. Durante un buen rato permanecieron en silencio. Sólo trepidaban los cascos del caballo sobre el camino.

—Gracias, Rufina. Ahora todo se compondrá, ¿no es cierto? —dijo mientras las cavilaciones colmaban su cabeza.

—Seguro, amita. Todo se va a arreglar —contestó Rufina y miró hacia adelante. No sabía si arrepentirse por haber llevado a su patrona a lo de la zamba.

\* \* \*

A principios de 1821, Rosas decidió retirarse de las milicias. Las disputas por el poder habían enturbiado el panorama. No estaba acostumbrado a ese tipo de batallas, repletas de conspiraciones, deslealtades y arreglos *sotto voce*. Él prefería el dominio de la tierra. Ahí sí no aceptaba enemistades, el poderoso era él. En la ciudad, en cambio, las acciones se manejaban de un modo diferente. El gobernador Rodríguez había tomado el mando de la provincia, autónoma luego de Cepeda, con todo el rigor que para él era necesario. El avance del malón era una realidad a gritos y Buenos Aires temblaba de pavor. La frontera estaba en peligro y Martín Rodríguez no había encontrado mejor solución que el ataque sin piedad. La confianza que Rosas se había labrado entre aquellos socios, meses atrás, se había agrietado. Los tiempos en los que se respetaba a pies juntillas todo lo que decía, habían quedado atrás. Aquel manifiesto que había lanzado en octubre pasado y por el cual se había ganado el respeto de todos, y que señalaba:

¿Hasta cuándo vagaremos de revolución en revolución? ¿Hasta cuándo el crimen será halagado por la impunidad? ¿Cuándo será el día en que los juramentos tengan algo de sagrado? ¿Cuándo el día en que las leyes serán respetadas? ¿Que aún no son bastantes lecciones las lágrimas que lloramos? La unión, mis compatriotas, la santa unión. La patria nos la pide. Sin unión no hay patria, sin unión todo es desgracia...

Rosas ya no era palabra santa. En aquellos tiempos de bonanza para el estanciero, Rodríguez había firmado un pacto con Estanislao López por el que éste se comprometía a abandonar Buenos Aires y alejar de las provincias a cuanta persona jaqueara la paz. A cambio y en cláusula secreta, Rodríguez prometía entregar 25.000 cabezas de ganado a López para restablecer el estado económico paupérrimo en el que había quedado Santa Fe. El único que podía hacerse cargo del pago de la deuda había sido Juan Manuel de Rosas, quien, solícito, hizo la entrega de vacas. Sin embargo, luego de algunos meses, el poderío de Rosas empezó a desdibujarse en contraposición con el de Rodríguez. Volvió a ponerse el chiripá y el poncho, y partió rumbo a Los Cerrillos. Los partidarios del gobernador lo observaron con desconfianza, no creían en el desapego del jefe de los Colorados del Monte, pensaban que preparaba un plan maestro para derrocar a Rodríguez. Precavido, Rosas se vio obligado a escribir otro manifiesto y reclamó que se lo publicaran. No quería malos entendidos. Entre otras palabras, decía:

Si a mí fueran los tiros solamente, enmudeciera; pero como se dirigen hasta lo más sagrado de la autoridad, debo hablar. Ahora vuelvo a las labores de la vida privada. Al cambiar la espada por el arado y al retirarme para no ser más que un buen patriota y un particular amigo de las leyes, no le pertenezco sino a la causa pública y que de nadie he sido sino de la Provincia.

Prefería la vida en el campo antes que el frenesí de la urbe. En Buenos Aires, los acontecimientos eran otros. Desde Europa arribaba don Bernardino Rivadavia, preponderante actor durante el Primer Triunvirato y uno de los protagonistas, junto a Manuel Belgrano, de la misión diplomática para traer un Borbón a estas tierras para coronarlo rey. Pero eso había sido antes. En estos tiempos, la monarquía quedaba alejada y vieja. Rodríguez lo nombró ministro de Gobierno y le dio un inmenso poder. Impuso una reforma eclesiástica por la que se suprimían conventos y se le disminuían derechos y privilegios al clero. Además, con los aires iluministas con los que había desembarcado desde el Viejo Continente, intentó que Buenos Aires se convirtiera en una provincia más culta. No le era suficiente con lo que tenía. Quería museos, academias científicas, escuelas de arte dramático, instituciones literarias. Con la llegada de Rivadavia, una gran cantidad de personas vio en él a una suerte de mentor del incipiente partido de la unidad, y sus partidarios eligieron llamarse directoriales reformados y luego unitarios. Los opositores, distanciados del gobernador y cercanos a Dorrego, eran los federales. Juan Manuel de Rosas sentía poco y ningún apego por los «hombres de levita» del nuevo oficialismo, aunque tampoco le inspiraba confianza el carácter tumultuoso del hermano de su antiguo socio.

Buenos Aires no quería que la guerra entre provincias volviera a perturbar sus negocios. No figuraba en sus planes gastar dinero en armas y milicias para defender la frontera. Así fue que Rodríguez impulsó la firma del Tratado del Cuadrilátero con

Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, por el que se estableció una «paz firme, verdadera amistad y unión entre las cuatro provincias contratantes».

En la sociedad «Rosas, Terrero y Dorrego», los negocios crecían a todo vapor. Los Cerrillos ya les quedaba chico. Luego de recorrer y dar vueltas por la infinidad de leguas que se hallaban disponibles, Rosas dio con la estancia del Pino en la localidad de Matanzas<sup>[33]</sup>, y quedó embelesado. La edificación databa del siglo XVIII y había pertenecido al padre de su suegra, Felipe de Arguibel, hasta 1805, cuando la había comprado doña Mercedes Saraza, viuda del capitán Francisco de Necochea y casada en segundas nupcias con don José María del Pino, hijo del otrora Virrey. Qué mejor que regresar esas tierras a sus propietarios de antaño. Era un argumento perfecto para desembolsar los pesos y hacerse de ese predio. Además, el pasto era el ideal para sus animales. Dicho y hecho, la estancia se agregó a los bienes de la sociedad.

## CAPÍTULO IX

Rosas había dado la orden de que la estancia estuviera en perfectas condiciones para recibir a Estanislao López. Quería impresionarlo como Dios manda. La relación se había afianzado cada vez más. Al ponerlo sobre aviso de que se trasladaría al sur con su gente, Juan Manuel le había propuesto que se arrimara hasta Los Cerrillos. La estancia brillaba como nunca. La paisanada había preparado uno de los galpones, el más grande, para recibir a los invitados. Y a unos pasos de allí, a la intemperie, habían improvisado un salón por medio de cuerdas y lazos anudados de árbol en árbol, con techos de cueros y ponchos, y asientos de cabeza de vaca. Se esperaba una gran celebración.

Al caer la tarde, López y su comitiva arribaron a la estancia. Rosas y más de mil paisanos los recibieron con entusiasmo. Los hombres fuertes se fundieron en un abrazo y al rato el dueño de casa invitó a su convidado a que pasara al galpón donde los esperaba un asado con cuero. Luego de la comida, salieron a la noche del campo, que se había iluminado gracias a una infinidad de candiles de diversos tamaños. Varios guitarristas entonaban un pericón e invitaban al acompañamiento.

—¡Bravo, señores! Vamos a pasar una noche gloriosa, homenajeemos a nuestros amigos santafesinos —gritó Juan Manuel, mientras vigilaba que todo estuviera perfecto.

El guapo caudillo de Santa Fe se acomodó al lado del dueño de la fiesta y batió palmas. Estaba exultante, el agasajo de su amigo le venía de maravillas. Un poco de diversión entre tanta tensión siempre era bien recibido.

—A ver, alguien que me preste su guitarra —reclamó Rosas, cada vez más entusiasmado. En un segundo le alcanzaron una y punteó los primeros acordes de un gato. Sin descanso, gritó—: ¡Nicolasa!

El festejo se había organizado por completo: gauchos, chinas, de todo y para todos. En un santiamén, se acercó la linda criollita que había reclamado Rosas. Vivaracha y bien dispuesta, «La Colorada», así la apodaban, era una gran bailarina de gato.

—Tienes la suerte de conocer esta noche al hombre más poderoso de Santa Fe. General, le presento a la mejor en estas lides —y le sonrió, cómplice.

López se levantó y tomó de la mano a la criolla. Al compás de las cuerdas que tocaba su amigo, demostró también ser un gran bailarín. Nicolasa reía de frente, el caudillo intentaba el juego más solapado. Al finalizar el baile con un punta y talón a cargo del gobernador de Santa Fe, el resto aplaudió con frenesí. Juan Manuel, estimulado por la música, la arenga y el vino, saltó al centro para mostrar su talento. Reclamó a los guitarristas que tocaran un malambo y le dio al zapateo. Un aplauso cerrado coronó su participación.

El festejo duró hasta altas horas de la noche, pero eso no impidió que a la mañana siguiente comenzaran el día con una corrida de sortijas. Como era de esperar, Rosas la inició y no erró ninguna vez. A la hora del almuerzo sonó la campana y como si se tratara de un espectáculo montado sobre un escenario, una fila de peones hizo su entrada triunfal, cada uno con su asador con trozos de carne ensartados. Comieron hasta reventar. López disfrutaba de la ofrenda que le hacían, se le notaba en la cara. Y vuelta a comenzar el baile. De nuevo las guitarras junto a las criollas convocantes. Pero la mejor atracción de la tarde llegó cuando apareció el simulacro de combate entre trescientos indios armados con sables al mando de dos caciques, y cien Colorados dirigidos por Rosas. Como en una justa medieval, los contrincantes se atacaron envueltos en gritos y choques. López y sus hombres arengaban desde afuera. Los indios, vencidos por la enjundia de los Colorados, tomaron fuerza de donde no tenían y recurrieron a las boleadoras. Sin embargo, en ese preciso instante, Rosas anunció el fin de las maniobras. Ni vencedores ni vencidos, nadie ganaba la batalla, era un triunfo de todos. Algunas caras largas denotaron que se habían tomado demasiado en serio el juego. Pero no había lugar para reclamos. El estanciero ordenaba y no volaba una mosca. Nadie se atrevía, ni siquiera, a demostrar el desgano. Lo respetaban, pero sobre todo le temían.

Llegó el momento de la despedida. El gobernador de Santa Fe y sus hombres prepararon sus cosas y, una vez listos, fueron escoltados durante unas leguas por Rosas y una multitud de gauchos entusiastas.

—No lo olvidaré nunca, y cuando necesite el apoyo de mi provincia, sabrá cuánto lo estimamos mis santafecinos y yo —se despidió López.

—Lo mismo digo, en Los Cerrillos siempre habrá un rancho para el amigo y un par de miles de hombres para el aliado —y Rosas le estrechó la mano con fuerza. La tarea estaba cumplida.

\* \* \*

Encarnación se abanicaba con desgano. Atardecía en Del Pino y recién era el momento oportuno para salir a tomar el aire en la galería. El sol estival era demoledor y el calor le caía pésimo. Se había mudado a la estancia junto a un séquito conformado por sus hijos, su madre, su hermana Pepa y parte de la servidumbre, aunque el caserón estaba bien equipado con una buena cantidad de negros.

Le gustaba disfrutar del campo, ése era su lugar en el mundo. Prestaba atención al silencio de esa hora, interrumpido de vez en cuando por algún chillido lejano de uno de sus niños. Nada la perturbaba, sabía que todo estaba bajo el control de Pepa, Rufina o algún otro. Se perdía en sus pensamientos, abandonaba la vista en los nogales, robles, casuarinas, álamos y cedros del Líbano que conformaban el parque, y el batir esporádico de las hojas, tras el escape veloz de algún pájaro furtivo. Suspiraba y seguía con el abanico. Entrecerró los ojos, quería que el tiempo se detuviera, que las obligaciones no la quitaran de ese momento bendito. Y pensó en su marido. La



boca se le contrajo levemente. Aún estaba en Los Cerrillos, cualquiera de aquellos días se llegaría hasta Matanzas para verla, controlar el ganado y traerle el dinero para realizar los pagos. Era una temporada de bonanza, Juan Manuel estaba cerca, no en leguas pero sí en el corazón. Los días del pasado, repletos de desasosiego, habían quedado atrás. Jamás le había dicho nada sobre lo que sabía, había logrado guardar silencio y ajustar las clavijas en soledad. Suponía que él no se había dado cuenta de nada; si no era así, su marido era un profesional de la impostura.

Desde lejos, llegó el sonido de un llanto. Miró hacia delante y vio la figura diminuta de Juan Bautista que se acercaba a las corridas. Detrás lo seguían Pedro y Rufina, y rezagada, Manuelita daba brincos y gritos, más parecidos a la excitación que al desasosiego.

—¿Pero qué es todo este alboroto? ¿Qué pasa, Juan Bautista? —se incorporó y al ver que el griterío no aflojaba, salió al parque.

Rufina, jadeante, a los gritos, intentaba explicar algo incomprendible. Ya más cerca, Encarnación vio que la rodilla de su hijo sangraba.

—Misia Encarnación, el niño se trepó a un árbol y cayó desde la rama. Yo le dije que era peligroso pero usted sabe que él no me hace caso —imploró la negrita, con cara de susto.

—A ver, mi querido, dime. —Se hincó al lado de Juan Bautista y le miró la herida, que por otro lado no era para tanto—. Deja de hablar, Rufina, y tráeme una vasija con agua y jabón.

Mientras aguardaban que la mulata regresara con el pedido, Encarnación lo alzó y lo recostó sobre la reposera. Pedro y Manuelita corrieron al lado de su hermano y se quedaron en silencio, casi sin respirar.

—No me quise caer, mamita. Me resbalé —dijo Juan Bautista, más calmado.

—Debes tener más cuidado, m'hijito. Hagamos un trato, sólo trepas a los árboles cuando tu padre esté cerca. Rufina es bastante bruta, no puede contigo.

—Entonces me despido de los árboles, tatita no está nunca con nosotros —bajó la mirada el niño, enfurruñado.

La madre sintió la estocada, sobre todo porque quien la lanzaba era un niño de nueve años. La inocencia de su hijo lastimaba más que una herida letal. Le acarició la mejilla pero él miró para otro lado. Apareció Rufina con la vasija y Encarnación preparó el trapo de lino. Con cuidado le fregó la lastimadura. Estoico, Juan Bautista aguantó el dolor. Al ver semejante escena, Manuelita empezó a llorar. En un segundo, todo se transformó en una pesadilla.

—Llévate a estos niños de aquí, Rufina. Déjenos solos a Juan Bautista y a mí.

—Yo me quedo con mi hermano, no me voy —anunció Pedro con firmeza.

Encarnación lo miró fijo. Le llamaron la atención los modos del niño. Parecía un adulto con tan sólo diez años. Prefirió no contradecirlo, se dio cuenta de que era irrefutable. Con tan corta edad demostraba su personalidad. Pedro era bravo.

La raspadura ocupaba casi toda la rodilla pero ahora estaba limpia. Ya no le ardía pero la puntada era intensa.

—Quédate ahí, quietito por un rato, se te va a pasar. ¿Quieres que te traiga un pastelito? —Encarnación le dedicó una sonrisa—. ¿Vamos a buscarlo, Pedro?

—No, yo me quedo con mi hermano. No lo voy a dejar solo —se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Bueno, cuídalo que ya vuelvo.

Se dio media vuelta y entró a la casa. El corazón se le estrujó de pena. Los espío, allí, sobre la reposera, el hermano mayor —que en realidad era el primo— protegía al menor. Hablaban en voz baja, tranquilos, en su mundo.

\* \* \*

Los pasos de Rosas a través del pasillo anunciaban de antemano que la reunión sería, por lo menos, complicada. Al fin tenía una respuesta del gobierno, lo recibirían de una buena vez. Una inminente ofensiva por parte de Brasil había provocado que dejaran de lado la discusión acerca de la Constitución, para formar, en cambio, un Poder Ejecutivo Nacional Permanente. Así llegaba Bernardino Rivadavia a la Presidencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Y al día siguiente de asumir el mando, por si esto fuera poco, propuso que Buenos Aires fuera la capital de la Nación. Algunos porteños flamearon banderas de contento, la oposición desconfió y así lo hizo ver. Con la ley, la provincia había quedado descabezada, sin gobernador y dividida en dos. Hacendados y comerciantes porteños pronto mostraron su disgusto. Entre ellos, Rosas.

Llegó hasta el despacho junto a un secretario con quien no había cruzado palabra. El joven abrió la puerta y tras anunciarlo, entró. Sentado detrás de un gran escritorio, lo aguardaba el Ministro de Guerra y Marina, don Carlos de Alvear.

—Buenas tardes, Rosas, siéntese por favor. Y cuénteme qué lo trae por aquí —saludó Alvear, simulando inocencia.

Juan Manuel detuvo la mirada en la cara de Alvear durante algunos segundos. Había pedido audiencia con Agüero, el ministro de Gobierno; al llegar le habían advertido que el hombre guardaba cama pero que igual lo recibirían. Había contado hasta diez para evitar la furia. Estaba harto de las evasivas de esa gente. Todos ellos le parecían unos ineptos, hombres que sólo ponían la cabeza para la discusión vacía, que perdían el tiempo en sandeces mientras los peligros reales arreciaban. Sin quitarse el poncho granate, Rosas aceptó el convite y se sentó. Y agregado a eso, no podía quitarse de la cabeza las líneas que le había escrito su mujer y que había recibido el día anterior. Encarnación lo cuidaba como una leona y la confianza que él sentía por ella lo enceguecía. Nadie como ella. Antes de dar comienzo a su discurso, recordó las reiteradas advertencias de su mujer: que se cuidara de los magnates que lo lisonjeaban para contar con su apoyo, y que le darían la espalda en cuanto se sintiesen tranquilos.

¿Y si tenía razón? Evidentemente, cierto poder de Buenos Aires comenzaba a darle la espalda.

—Lamento que sea usted quien deba escuchar lo que tengo para decir. Hubiera preferido que fuera Agüero, pero parece que no puede ser.

—No se ofusque, don Juan Manuel. El Presidente tiene demasiadas ocupaciones al momento. No fue por otra cosa —y sonrió socarronamente—. Si él lo tiene en estima, ya lo sacó de la cárcel una vez.

Rosas apretó la mandíbula. Detestaba sentirse en deuda con alguien y si ese hombre era Rivadavia, peor. Meses atrás, había presidido una asamblea de vecinos en Chascomús, en busca de aliados para combatir el proyecto de que Buenos Aires fuera la Capital. Las autoridades del lugar lo habían encarcelado; sin embargo, el Presidente había ordenado su inmediata liberación.

—Ustedes saben muy bien lo que sucede en la frontera. En cualquier momento volveremos a ser víctimas de la invasión india. Algunos caciques pampas no han aceptado la paz con el gobierno y se han unido a los ranqueles y araucanos —largó con preocupación—. Ya entraron por el sur, dispersaron nuestras pocas fuerzas, causaron una terrible mortandad de hombres por todo el campo que pisaron y se llevaron unos cuantos cautivos y ganado.

Alvear lo miraba sin verlo. Estaba a leguas de distancia, mucho más allá de lo que escuchaba. El asunto de la indiada no era de su interés. Había tomado el lugar de su colega pero nada le preocupaba menos. La disputa del general Las Heras contra la presidencia era lo que lo obsesionaba, además de la guerra con Brasil. El hombre había reclamado sus funciones como gobernador de Buenos Aires y Rivadavia lo había desconocido. El revuelo que se había armado puertas adentro era de gran dimensión. Unos pocos indios eran la nada misma para él.

—Ofrezco mis conocimientos, una vez más, para combatir al sedicioso —dijo Rosas sin mucha expectativa.

—En nombre del excelentísimo Presidente le estamos muy agradecidos, don Juan Manuel. Pero como usted sabrá, debo cursar la oferta a mis superiores, yo no puedo tomar decisiones —Alvear se levantó del asiento y su uniforme refulgió gracias a la luz que entraba por la ventana. Hizo evidente que la reunión se acababa ahí.

Rosas repitió la acción del ministro, golpeó los tacos de las botas y le clavó el azul letal de sus ojos. Dio media vuelta y se retiró, con el tintineo de sus espuelas de fondo. Afuera lo aguardaban dos gauchos y su caballo. Montó sin dificultad y en silencio emprendió la retirada. Hacía tiempo que su mujer y sus hijos no visitaban Los Cerrillos. No quería exponerlos al peligro de los malones, aunque la casa de la estancia estaba defendida por fosos y cañones. Continuó camino hasta la residencia. Necesitaba descansar unas horas antes de volver a los caminos. Quería estar de regreso en el campo lo antes posible. Presentía que algo no andaba bien.

Como si hubiera sabido lo que venía, el tiempo le dio la razón. A las pocas semanas, tres estancias que él administraba eran invadidas por el malón. La furia

colmó su cuerpo. El desprecio hacia Rivadavia, sus adláteres y el partido unitario había llegado al límite.

\* \* \*

Las calles de Buenos Aires vivían una agitación interminable. El pueblo se había levantado otra vez. En una sola voz asolaban la ciudad al grito de «¡Muera el Brasil!» La plaza se había llenado de desahogados, hartos de las decisiones unilaterales del gobierno. Había de todo, gente descontenta dispuesta a hacerse escuchar, y aquellos que prometían incluso sangre si era necesario.

Encarnación volvía a su casa en la galera. Había salido temprano a hacer unas compras y no había percibido nada. Tal vez un silencio perturbador pero había continuado camino sin darle demasiada importancia. Sin embargo, varias horas más tarde durante el regreso, el panorama era completamente diferente. Venían del otro lado de la plaza, desde la Catedral. Luego de la compra, se había demorado en la iglesia. Había llevado una canasta de pasteles para que el presbítero luego repartiera entre algunos menesterosos. Cuando el conductor intentó tomar por Universidad<sup>[34]</sup>, resultó imposible. Una turba le impidió el paso. Protegida dentro de la galera, Encarnación asomó la cabeza para enterarse de lo que pasaba. Hubo que modificar la ruta. Los ánimos estaban caldeados. Tomaron por Balcarce<sup>[35]</sup> y empezaron a bajar. El griterío no mermaba.

—¡Antonio! ¿Qué pasa? —le preguntó a su chofer, cada vez más inquieta.

—No se preocupe, patrona, falta menos, ya llegamos —gritó éste desde el pescante intentando tranquilizarla. No era tan difícil entender lo que sucedía. La pueblada tenía un destino: Rivadavia y sus ministros.

Al fin llegaron a Biblioteca<sup>[36]</sup> y doblaron a la derecha. Pero la cosa fue de mal en peor. La calle parecía tomada por un tumulto. Ya estaban ahí, no podían dar marcha atrás.

—No le va a pasar nada, señora, se lo prometo —ahora el preocupado era él.

—Vayamos detrás de la fila, Antonio. Faltan dos cuadras —Encarnación intentaba entender lo que reclamaban pero le era imposible.

Llegaron a Reconquista<sup>[37]</sup> y en la esquina ardía una fogata. Encarnación y su chofer tuvieron suerte, ni los registraron. A mitad de cuadra estaba emplazada la casa de Bernardino Rivadavia. Un grupo de exaltados la emprendía con pedradas contra la puerta, vociferando amenazas contra su vida. La dama le ordenó a Antonio que se detuviera. Decidida, se bajó de la galera.

—Usted se va para la casa, yo me quedo a ver qué pasa.

—No me haga esto, doña. Se lo ruego, me van a castigar.

—No diga pavadas, hombre, que mi marido es quien le paga. Las órdenes las doy yo —disparó con cara seria.

—¿Me permite dejar el coche en casa y volver por usted?

Encarnación le dio el gusto y se metió entre la gente. Como si hubiera sido parte de la horda, tomó algunas piedras para disimular. Nadie reparaba en ella pero así se enteró que clamaban contra la paz que había firmado Manuel José García, enviado por Rivadavia a negociar, en Río de Janeiro. Al saberse que el tratado preliminar le entregaba la Banda Oriental a los brasileños y, encima, se comprometía a resarcirlos por los gastos de la guerra, la furia había estallado contra el gobierno.

—¡Venga, doña, pegue duro! —Un muchacho se le acercó por detrás y continuó con la arenga—: Venimos de la casa de García, casi no cuenta el cuento.

—¿Qué pasó? —preguntó Encarnación, azorada.

—Le tomamos la casa por asalto, el hombre estaba adentro y si no se presentaba el coronel Dorrego, lo mandábamos al otro lado —los ojos del joven estaban inyectados en sangre.

Apretaron filas y Encarnación quedó en el medio, sin poder moverse. Los gritos eran ensordecedores, era casi imposible respirar. Como una pared comenzaron la avanzada. Algunos blandían sus fusiles. Estaban dispuestos a todo. García había salvado su vida, pero no permitirían que sucediera lo mismo con Rivadavia. Sin embargo, la casa estaba cerrada y desde adentro no se escuchaba nada. De repente, alguien ordenó que la prendieran fuego.

—Por favor, doña, venga conmigo —Antonio se abrió paso entre los cuerpos enardecidos y la tomó del brazo. Prefirió decir poco, no quería levantar suspicacias entre la turba—. Está transparente, usted no se encuentra bien.

Encarnación sintió que perdía el conocimiento y su chofer la sujetó a tiempo. Con su patrona en brazos, Antonio caminó la cuadra que restaba para llegar a la casa.

## CAPÍTULO X

Encarnación había armado una excursión a Los Cerrillos. Junto a Manuelita, Rufina y dos sirvientes más, la había emprendido por los caminos, a pesar de los peligros que asolaban a los viajeros. El advenimiento del federal Manuel Dorrego al gobierno no había calmado el fragor que imperaba en el territorio. Juan Manuel no era amigo de que su mujer viajara sola, sin alguno de sus hombres que oficiaran de custodia, y se lo hacía saber. Pero era difícil contradecirla. Ella siempre hacía lo que quería.

Cruzaron el foso y los cañones, que siempre estaban listos por si acaso, y tuvieron que esquivar algunas vacas rebeldes que preferían aquellos pastos. Manuelita saludaba a los gritos a los animales. Los varones, ya de catorce y quince años, habían quedado en la ciudad a cargo de los abuelos y los tíos.

Rosas salió del caserón al escuchar el trote de los caballos. Tenía un oído finísimo y antes de verlos supo quiénes eran los recién llegados. Vestido de chiripá, chaqueta y poncho les dio la bienvenida.

—Hablo y hablo y nadie me lleva el apunte —dijo con los brazos en jarras y echando chispas por los ojos.

—Mi querido, yo soy la única que te escucha, te atiende y te entiende. No como el resto —le respondió Encarnación mientras descendía de la galera con un pequeño salto—. Deje de refunfuñar y deme un abrazo, hombre.

Le tiró los brazos y él primero la miró severo, luego se ablandó y le hizo caso. Manuelita, desde un costado, miraba con una sonrisa. No quería interrumpir a sus padres.

—A ver esa niña. Pero dejo de verte unas semanas y creces como pasto, Manuela —dijo Juan Manuel y la contempló de arriba abajo.

—Esta vez ha sido mucho más de un mes, tatita. Usted no sabe hacer cuentas —respondió la niña simulando cansancio.

—Pero a ver esos modos con tu padre, m'hijita. Habrase visto —cuando Encarnación se enojaba, era preferible escapar de su radio. La paciencia tampoco era una de sus virtudes.

Manuelita se quitó la melena renegrada de los hombros. Tenía sólo once años y ya cuidaba su pelo como si fuera una piedra preciosa. Era coqueta, la antítesis de su madre. A su padre le causaba gracia cualquier cosa que hiciera la niña. Tenía una predilección especial por su hija mujer.

—Todavía está alto el sol, vamos a dar una vuelta, m'hijita. ¿Qué te parece? —propuso Rosas con una sonrisa cómplice.

—Pero acabamos de llegar, Juan Manuel. La niña debe estar cansada del viaje —refutó Encarnación.

—¡Vamos, Tatita! Pero quiero montar sola, ya soy grande —imploró dando saltos de felicidad.

Rosas pegó un grito y uno de los peones que andaba cerca fue en la busca de los caballos. A los minutos, regresó con el alazán de su patrón y un tordillo.

—Es tuyo, Manuela, es el regalo de cumpleaños. ¿Pensabas que me había olvidado? Pues no. Sé que ya pasó pero se me hizo imposible estar ese día con ustedes. Tuve algunas dificultades por aquí, pero ya pasaron.

La niña ahogó un grito de alegría y se tomó de las manos debajo de la cara. Corrió hacia el tordillo y le acarició el hocico con suavidad.

—¡Pero vamos! ¿Qué estamos esperando? —y Juan Manuel montó su alazán de un salto.

El peón alzó a una Manuela ansiosa y la sentó sobre el lomo de su tordillo. Su padre se le paró al lado y arengó a los animales para que empezaran a moverse.

Padre e hija emprendieron la cabalgata. Juan Manuel le había enseñado de chica a montar. Igual con los varones, quienes también desde muy pequeños andaban a caballo con absoluta destreza. Pero con Manuela era distinto. El amor que la niña sentía por los animales era calcado al de su padre.

La estancia era inmensa, setenta y cuatro leguas cuadradas de puro campo, con miles de animales y cientos de empleados. Rosas conocía Los Cerrillos de memoria pero le gustaba intentar nuevos caminos cada vez que cabalgaba. Manuela observaba todo desde arriba con ojo avizor. Quedaba pequeña sobre el tordillo.

—Tatita, ¿cuándo vuelve a la casa de Buenos Aires? —la voz de la niña retumbó en el silencio del campo.

—En cuanto pueda —respondió, parco.

—Pero si ya organizó todo por aquí, usted no hace falta. Mire qué ordenados están los animales y los peones —Manuela estaba acostumbrada a compartir los asuntos de su padre. No la habían apartado jamás de las realidades, por más peligrosas que fueran. Ver a su padre levantarse en armas, discutir acaloradamente con sus Colorados o incluso con su madre, era moneda corriente para ella. Y nada la angustiaba.

Juan Manuel giró la cabeza y le dedicó una mirada lisonjera. Le causaba gracia la niña, tan pequeña y tan agrandada.

—Ya verás cuando seas grande lo que es la vida en serio, Manuelita. Cuando los problemas son importantes hay que darles batalla con la misma responsabilidad e importancia.

—Pareciera que no le gusta estar con nosotros —agregó, empacada.

—¡Ah, la vida privada! ¡Vida de honor! Yo quisiera estar en ella, lejos del hombre y de su fiera saña. No son tiempos serenos, ojalá pueda calmar Dorrego a las fieras —murmuró Rosas casi para sí mismo—. Perdóname, Manuela, eres demasiado chica para entender. ¡Vamos a galopar, mi princesa de las Pampas!

Apretó las espuelas contra el lomo de su alazán y revoleó el rebenque. Los dos caballos se lanzaron al galope y el chillido excitado de la niña inundó el aire de Los Cerrillos.

El 13 de agosto de 1827, Manuel Dorrego asumió por segunda vez la gobernación de Buenos Aires. Tras las funciones, endebles y de apuro, de Vicente López y Planes en el gobierno, la Sala de Representantes porteña había llamado a elecciones saliendo ganador el Partido Federal. El partido elegía a su hombre fuerte para tomar el puesto. La provincia no estaba de parabienes; había quedado endeudada y en una situación por demás complicada en el plano internacional luego de la presidencia de Rivadavia. La llegada de Dorrego traía algo de esperanza al pueblo, aunque el panorama general no era demasiado alentador.

—La confianza con que se me ha honrado es de tan gran peso, que no me descargaré con ello sino consagrandome mis escasas luces y aun mi propia existencia a la conservación y fomento de nuestras instituciones y al respeto y seguridad de las libertades. Para arribar a tales fines, mis medios serán: religiosa obediencia a las leyes, energía y actividad para cumplirlas, y deferencia racional a los consejos de los buenos —había dicho al asumir el cargo—. Resignaré gustoso el mando, desde que el verdadero concepto público no secunde mis pensamientos. La época es terrible, la senda está sembrada de espinas.

A pesar de tener la amenaza constante de sus enemigos políticos, intentó llevar a cabo algunas medidas que creía fundamentales para la restitución de la provincia. A diferencia de los hombres del Partido Unitario, uno de sus principales intereses eran los peones y gauchos, quienes vivían bajo la ley de levas, el sistema por el que se los remontaba como milicias y tropas de frontera. La ley fue abolida. También quiso terminar con el endeudamiento feroz con el que el gobierno anterior había sumido a la provincia. Para ello, entre otras medidas, prohibió la emisión de moneda. Fijó precios máximos sobre la carne y el pan y, en marzo de 1828, el peso recuperó el valor que había perdido.

Los vínculos de Dorrego con el resto de los gobernadores eran buenos. El Partido Federal se multiplicaba a paso redoblado a través del resto de las provincias, y él era el federal por antonomasia.

Al comienzo, los ganaderos miraron con buenos ojos a Dorrego que, para afianzar los lazos, decretó la libre exportación de carnes. Juan Manuel de Rosas era el enlace perfecto con los hombres del campo. Se apoyaban mutuamente: el gobernador ofrecía ayuda y el estanciero perseguía el intento de extender la frontera sur gracias a sus acuerdos con los indios.

Pero Buenos Aires conspiraba y le salía de maravillas. La prensa unitaria hacía saber lo que pensaba, nada callaban y eso abonaba a la expansión del malestar. John Ponsomby, el representante de los intereses británicos en Buenos Aires, se relacionaba con todo aquel que le viniera bien para cumplir sus propósitos. Por ende, estaba muy bien informado. Incluso se enteraba antes que varios de los sucesos a



puertas entornadas. Raudo, enviaba sus averiguaciones a la Corona, por medio de correspondencia reservada:

Pienso que Dorrego será desposeído de su fuerza y cargo muy pronto: sus amigos particulares comienzan a abandonarlo. El partido opositor a él parece sólo esperar noticias de Córdoba para actuar contra él...

Dicho y hecho, los terratenientes y los comerciantes, hartos de la prolongación de la guerra con Brasil, decidieron retirarle el apoyo económico y lo llevaron a iniciar las conversaciones por la paz con el Imperio. Sin capacidad de negociación, Buenos Aires tuvo que aceptar la mediación inglesa, que trajo como condición inamovible la independencia de la Banda Oriental.

Ninguno de los logros conseguidos por Dorrego era contabilizado por los unitarios. Las reuniones secretas fogueaban el descontento y las ansias de acción eran cada vez más intempestivas.

En una tarde de fines de noviembre, la calle del Parque<sup>[38]</sup> estaba más concurrida que nunca. Como quien no quiere la cosa, cada tanto, una casa de mitad de cuadra abría sus puertas y las volvía a cerrar en el más absoluto secreto. Julián Segundo de Agüero, aquel ministro de Bernardino Rivadavia que había evitado reunirse con Rosas, había convocado a un encuentro de pares en forma confidencial. Dos golpes como salvoconducto franquearon la entrada a Carlos María de Alvear, Miguel Estanislao Soler, Martín Rodríguez y Juan Lavalle.

—Caballeros, ¿estamos todos los que somos? ¿Podemos empezar? —dijo Agüero y achinó los ojos de alimaña.

El resto asintió y se dispuso a escuchar. Sabían a qué habían ido, era evidente que el descontento había llegado a un límite insalvable. La destitución del gobernador era inminente.

—Recapitulemos, señores. El plan es éste: mañana a la noche, tú y tus hombres —cabeceó Agüero y miró fijo a Lavalle— se armarán y esperarán en el cuartel de la Recoleta el primer rayo de sol para ocupar la Plaza de la Victoria. Expondrán sus armas y así derrocaremos a Dorrego.

No volaba una mosca en la sala; en silencio, cada uno pergeñaba su propio plan.

—Convocaremos a elecciones y veremos quién será el futuro gobernador. En principio, Juan, eres el elegido para dar el primer paso hacia la prosperidad. Al fin volverá el Partido Unitario al poder. Esto no es una revolución, sino la recuperación de nuestros derechos.

Todos detuvieron la mirada en Lavalle, que tragó y apretó la mandíbula. Estaba preparado para todo. Se debía a la causa unitaria. El poder de los federales había crecido demasiado. Esos facinerosos debían quedar fuera del gobierno y de la provincia si era necesario. Agüero lo estudió en silencio.

—Que se prepare Dorrego, que ya voy a sacarlo a patadas de un puesto que no merece ocupar.

—Si se resiste, es hombre muerto —anunció Agüero y no se le movió un músculo.

Lavalle tomó aire. Sabía dónde se metían pero ya no había vuelta atrás. Estaban envueltos en una guerra, una lucha sin cuartel. La vida o la muerte.

\* \* \*

—No vayas, Juan Manuel. Te lo ruego —imploró Encarnación ante la decisión ineludible de su marido.

Rosas había comenzado a preparar sus tropas desde temprano. El intercambio y puesta a punto de los fusiles se hacía en la casa, sin tomar ningún recaudo. La inmensa sala de Los Cerrillos estaba tomada por un gran número de sus hombres, que aguardaban las órdenes del jefe. No reparaban en nadie que no fuera su líder, tal era la concentración en la que entraban cada vez que debían cumplir una misión peligrosa. Pedro y Juan se mezclaron con la tropa, como si fueran uno más. Desde hacía un tiempo, su padre se los había llevado al campo, a vivir entre hombres. Manuelita, en cambio, había comenzado a asistir, a pesar de su madre, a la primera escuela para señoritas. Cuando estaba en la ciudad, se la formaba en el arte de agradar y de los buenos modales, y de eso se ocupaba la familia, nunca Encarnación. Pero al mudarse al campo la vida era diferente, circulaba entre las armas de su padre. Desde pequeña se había visto relacionada con pistolones, fusiles y facas como si hubieran sido muñecas. Era una práctica habitual para ella. Y a ningún adulto le llamaba la atención.

—¿Pero desde cuándo te vence el miedo, Encarna? Jamás conocí mujer más temeraria. Luego de mi madre, claro —dijo Juan Manuel sin mirarla. Toda su atención estaba puesta en los preparativos.

—No es miedo, es precaución, mi querido. ¿Por qué habrías de ir al encuentro de Dorrego? Que esa gente se arregle sola, bien que cuando se encuentran en la cúspide ni se les ocurre acercarse. Ahora en la mala vienen con el animal cansado. No me gustan.

Rosas detuvo el trajín, dio media vuelta y miró a su esposa con atención. ¿Y si tenía razón? Tantas veces se lo había demostrado, que tal vez debía hacerle caso. La seguridad con la que le hablaba lo conmovía. No entendía bien cómo ni por qué, pero con ella al lado se sentía a salvo.

Los sucesos que habían acontecido en Buenos Aires volvieron a atrapar su mente. Manuel Dorrego, muy a su pesar, había abandonado el Fuerte luego del golpe de Lavalle. Había hecho oídos sordos durante meses, pero la presencia de las tropas unitarias en la plaza le había confirmado lo que no había querido ver. Antes de partir, había reunido a sus ministros Tomás Guido y Ramón Balcarce para que resistieran desde adentro y cuidaran de su familia mientras él partía rumbo a la campaña. Pero no habían podido hacer nada y habían depuesto las armas. El triunfante Juan Galo Lavalle había subido a los altos del Cabildo y ocupado la sala capitular.

—Parece que la ciudad aceptó a Lavalle como si nada. Hace unas horas arribaron dos espías y me dieron las nuevas. Hasta aparecieron mujeres en la plaza, con tortas y cigarros para los soldados —señaló Rosas, asombrado.

—¿Y qué bicho le picó a Juan? ¿No era hombre nuestro? ¿Estoy equivocada o tu familia y la de él son íntimas? —las preocupaciones de Encarnación aumentaban a medida que escuchaba los dichos de su marido.

—Por supuesto, mi querida. Y es más, me ha mandado a decir por Anchorena que me ofrece todas las garantías para que deje la provincia, hasta el país —respondió Juan Manuel.

—¿Y qué le has hecho saber? Lo cansada que me tienen todos éstos —la impaciencia la transformaba en una mujer impredecible.

—Las garantías, más que ofrecerlas, tendría que pedir las él, que se ha levantado contra el orden establecido. —A Rosas le parecía inaudito que se atrevieran a tanto—. Le han llenado la cabeza, Encarna. Juan es alguien con más bravura que razón. No es él, con toda seguridad, son esos infames que lo rodean.

Su mujer tenía razón, los lazos familiares con los Lavalle eran muy estrechos. Pero la contienda entre unitarios y federales empezaba a llevarse por delante hasta los vínculos de sangre. O se era federal o se era unitario. Y en el medio, la nada.

Partió rumbo al campamento de la laguna del Sartén, dejando a Encarnación en estado de desasosiego. Allí tomó posesión de la tropa y lideró la cabalgata a la Guardia del Monte. A los tres días, arribó a una estancia que distaba a tres leguas de allí y acampó a la espera de Dorrego. El gobernador derribado había permanecido escondido en la casa de su amigo, el general Soler, durante veinticuatro horas. Había necesitado que las aguas se calmaran un tanto para montar su caballo y partir hacia el esperado encuentro. A galope tendido, llegó al punto establecido. Rodeados de milicianos, Rosas le sugirió que tuviera paciencia y pensara bien qué hacer, que no diera batalla todavía, que no se precipitara. Juntos se dirigieron a la estancia El Triunfo, del hermano de Dorrego y ex socio de Rosas, Luis. La sugerencia era más que clara: que se encaminaran hacia Santa Fe a la busca del apoyo de parte de Estanislao López. Manuel desistió, prefería enfrentar al ejército unitario. Rosas temía lo peor pero siguió la marcha hacia el norte.

Los hermanos Dorrego, intempestivos, comieron un asado junto a sus hombres y volvieron a montar sus caballos. Llegaron al puesto El Clavo con las primeras estrellas del 10 de diciembre. Allí los aguardaba un escuadrón de húsares al mando del comandante Bernardino Escribano —bajo el ala del coronel Ángel Pacheco— y el mayor Mariano Acha. Se acomodaron en la barraca y aceptaron las atenciones que les brindó el pelotón. Al rato y mientras disfrutaban del silencio del campo y de algunos mates, apareció Acha, enfrentó a Manuel Dorrego y lo conminó a que se rindiera. Nadie entendía nada de lo que sucedía. Secundado por Escribano, el traidor, a punta de pistola obligó al federal a que depusiera sus armas. Las órdenes debían ser cumplidas. Debían llevar al prisionero hasta Navarro, era aconsejable no llegarse

hasta Buenos Aires, no se sabía lo que podía ocurrir allí. La violencia desatada y la sangre se olían en el aire. Lavalle lo aguardaría junto a sus hombres.

El destino del prisionero había sido tema de discusión entre los unitarios de mayor poder. El otrora ministro de Rivadavia, Salvador María del Carril, le había cursado una carta al flamante gobernador Lavalle, donde daba cuenta de las decisiones que se tomaban dentro del partido:

Prescindamos del corazón en este caso. La Ley es que una revolución es un juego de azar en la que se gana la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de este principio, de una evidencia práctica, la cuestión me parece de fácil solución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré importunado a usted; habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habrá usted perdido la ocasión de cortar la primera cabeza de la hidra, y no cortará usted las restantes. Entonces, ¿qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras? Nada queda en la República para un hombre de corazón.

El escritor y diputado Juan Cruz Varela también avivaba las ansias asesinas. Envió su carta a Lavalle con la misma arenga sanguinaria. La última frase resumió la totalidad de la misiva: «Cartas como éstas se rompen».

Manuel Dorrego, consciente de que su muerte ya estaba decidida de manera irreversible, escribió algunas cartas para dar su último adiós. Así se despidió de su mujer:

*Mi querida Angelita,*

*En este momento me intiman a que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué; mas la Providencia Divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí. De los cien mil pesos de fondos públicos que me adeuda el Estado, sólo recibirás las dos terceras partes; el resto lo dejarás al Estado. Mi vida, educa a esas amables criaturas, sé feliz, ya que no has podido serlo en compañía del desgraciado.*

También se despidió de su hija y de Estanislao López. El 13 de diciembre, al alba, Gregorio Aráoz de Lamadrid, por orden de Lavalle, se paró frente a Dorrego y le anunció que en breve debería acompañarlo. Manuel asintió y sólo reclamó que le permitieran unas palabras con su hermano Luis. El general asintió y se retiró.

—No hay remedio, mis enemigos van a sacrificarme. Estos ciegos ministros piden a gritos mi sangre y ella correrá muy pronto. Pero no siento tanto mi muerte, como el descrédito y los males que amenazan a nuestra amada Patria —los ojos desorbitados de Manuel miraron alrededor, como si quisieran imprimir todo en la memoria—. ¡Ah! Si yo pudiera morir sin que se resienta el crédito de la República, y especialmente de este pueblo, al que debo mi existencia. ¡Si yo supiera que el borrón con que van mis asesinos a manchar la historia, había de caer solamente sobre su execrable conducta! Al menos este consuelo me haría descansar en el sepulcro. Pero en ti confío, querido hermano, tú quedas y tu voz no expirará tan pronto como la mía, haz cuanto puedas para que no se fije este tizne sobre la reputación de nuestra amada Patria.

Luis tragó con dificultad. No le salían las palabras, un agujero infinito le horadaba el estómago. Lamadrid y un religioso irrumpieron en la confesión de los Dorrego. Manuel los siguió en silencio. Ya había dicho todo lo que tenía que decir.

El tiempo se detuvo, ni el vuelo de un pájaro interrumpía el sigilo. Hasta que el jefe del pelotón, Juan de Elías, tronó su «¡Fuego!» y la ráfaga de balas impactó en el pecho del federal. El cuerpo se desplomó sobre la tierra y en pocos segundos todo se tiñó de sangre. No conformes con el hecho, los soldados se acercaron al cadáver caliente todavía, le cortaron la cabeza y se la destrozaron a golpes.

A las pocas horas, la noticia corrió como reguero de pólvora. La ciudad se enteraba del destino trágico de Manuel Dorrego. El murmullo llegó a oídos de Encarnación y el corazón casi le dio un vuelco. Hacía años que no volaban balas asesinas entre los hombres de la sociedad porteña. Ya se habían olvidado cuándo había sido la última vez que se habían matado entre ellos. Le faltaba el aire. Juan Manuel se había marchado hacia el norte. Si asesinaban a su esposo, ella iría detrás. Con él hasta la muerte.

\* \* \*

La ciudad estaba convulsionada. El golpe de Lavalle y el asesinato de Dorrego habían levantado a la ciudadanía. El flamante gobierno, sin embargo, intentaba todo tipo de artilugios para aplacar los ánimos. Pesquisa de armas por la fuerza, secuestro de animales, cualquier cosa era válida para quitarle las supuestas ansias de venganza al pueblo. Fue así que una tarde la policía tocó la puerta de la casa de los Ortiz de Rozas. Con cara de pocos amigos, Agustina recibió en la sala a dos oficiales.

—Buenas, ¿así que ahora se les ha dado por cuidarnos?

—No quisiera importunarla, doña Agustina, pero nos han mandado a tomar los caballos y mulas de esta casa. Precisamos proteger la defensa de Buenos Aires —dijo uno de los policías, intentando firmeza.

—Yo no tengo opinión, no me meto en política. Pero como imagino que las bestias serán para combatir a mi hijo, no puedo facilitarlas —Agustina llamó a un esclavo para que se les indicara la salida y clavó la vista lejos de ellos.

Al día siguiente, la fuerza de la ley regresó con el mismo reclamo. La dueña de casa entregó la misma respuesta, desafiante como era su costumbre. Desde el destacamento no hubo condescendencia con la familia. Regresaron dos veces más pero la cantinela fue siempre la misma. Hasta que llegó la cuarta, pero esta vez bajo el liderazgo del comisario. La casa estaba completamente cerrada. Puertas adentro no se escuchaba ni un alma. El hombre golpeó una y otra vez, hasta que la voz de Agustina tronó desde la ventana.

—Todo es inútil, caballero. Acá no le abre nadie, si quiere echar abajo la puerta, hágalo.

El comisario miró a sus subalternos. Las órdenes debían cumplirse, no tenía alternativa aunque del otro lado estuviera la López Osornio. Al grito de «¡Puerta

abajo!», los oficiales tiraron el peso de sus cuerpos contra la entrada y la puerta cayó de un golpe. Los tres corrieron hacia el fondo, donde se encontraban las caballerizas, y allí sobre la tierra sanguinolenta yacían los caballos y las mulas degolladas.

—Misia Agustina... —dijo el comisario, que tenía gran consideración por la señora, ante semejante espectáculo.

—Mire, amigo, ahora mande usted a sacar eso, yo no lo haré. Pagaré la multa por tener inmundicias en mi casa —se dio media vuelta y se retiró.

## CAPÍTULO XI

La Calle de la Plata<sup>[39]</sup> había sido decorada como nunca. Ostentaba una algarabía que hacía años no tenía. De los balcones colgaban banderas azules y blancas, y las señoras de la casa aguardaban detrás de los enrejados a que pasara el carruaje y su escolta. Las iglesias y la Catedral repicaban sus campanas, regalándole música a la ciudad. La Junta se había reunido para designar el nuevo gobernador. Los treinta y tres diputados habían votado a Juan Manuel de Rosas.

En su coche, solo, iba el flamante mandatario vestido con sus mejores galas. Adelante y a caballo, una fila de soldados lideraba la caravana, y a los costados una multitud los seguía como si fueran parte de una procesión. Rosas miraba a su alrededor con asombro, parecía que fuera la primera vez. Recordaba el rechazo que había sentido hacia la política algunos años atrás, tan diferente a lo que sentía en aquel instante. ¿Qué le había sucedido para llegar a semejante transformación? Porque era verdad, no se cambiaba por nadie, había tomado la decisión con plena conciencia, nadie lo obligaba.

En un año había pasado de todo. Luego del fusilamiento de Dorrego, Lavalle no había logrado consolidarse en el poder. El unitario había tenido que pactar con Rosas en Cañuelas para que finalizaran las hostilidades y en pos de la confección de una lista única para la Legislatura. La relación entre ambos continuaba por el carril de lo privado. El encuentro había demostrado que el respeto y el afecto permanecían intactos. Se habían abrazado enternecidos, y tras algunos meses, Rosas le advertía a su amigo que se cuidara de separar a quienes intentaban frustrar la paz. Había querido preservarlo, insistiendo en que era un hombre de bien a pesar de su entorno. Sin embargo, en los días previos a las elecciones del 1.º de agosto, se produjeron tumultos que llevaron a que se pactara un gobierno provisorio al mando de Juan José Viamonte. El 1.º de diciembre, al cumplirse el primer aniversario del golpe unitario, la Legislatura había reanudado sus sesiones, y luego de cinco días designaban a Rosas como nuevo gobernador.

El carruaje avanzaba a paso de hombre. Los vecinos de los alrededores, y no sólo ellos, una multitud federal, también los extranjeros que se sentían parte de la ciudadanía y una inmensidad de residentes del Barrio del Tambor, habían tomado la calle y vivaban a un Rosas erguido y firme, que sólo cabeceaba de tanto en tanto. Y de repente, el movimiento se detuvo. Cientos de fanáticos embravecidos se pararon frente a los caballos formando una especie de muro. El conductor supo que debía hacer silencio, se le hacía imposible continuar el camino. La horda desenganchó a los animales y en un segundo aparecieron unas interminables trenzas de seda carmín que fueron atadas a las varas del carruaje. Sin el menor reparo, formaron filas, se tomaron de las cintas trenzadas y con la misma fuerza animal arrastraron el coche por la calle, rumbo a la Plaza de la Victoria.

Al ser electo, a Rosas se le otorgó el grado de brigadier y el título de Restaurador de las Leyes, y se lo condecoró con una medalla de oro y brillantes. Tenía por delante tres años en el poder. La Legislatura le confirió facultades extraordinarias. Gobernaría en Buenos Aires y estaría a cargo de las Relaciones Exteriores de todas las provincias. Para ese ministerio, designó a su primo y uno de sus hombres de confianza, si no el que más, Tomás Manuel de Anchorena.

Llegó hasta la Sala y junto a su comitiva hizo una entrada triunfal, envuelto en el griterío de la multitud. Subió al estrado y un silencio expectante inundó el lugar. Sobre su traje oscuro, el color sangriento del cinto y la banda cruzada brillaban como nunca. También su gran sable largaba destellos. Como si tuviese los talentos de un hipnotizador, comenzó a hablar. Ni el sonido de la respiración lo interrumpió. Nada. Los presentes escuchaban como en trance.

—Pero las circunstancias han podido más que todo, y por su influjo lo he aceptado —anunció a modo de explicación.

Al finalizar el discurso, todos partieron rumbo al Fuerte. Allí los aguardaba Viamonte, que le haría entrega del bastón de mando. Todo esto era nuevo para Rosas. La política no había formado parte de su vida. Cruzó el puente, franqueó el inmenso portón y caminó con paso firme hacia la sala de audiencias. El gobernador saliente le pasó el bastón. Entre el gentío, en las primeras filas, estaban los miembros de la Primera Junta Miguel de Azcuénaga, Domingo Matheu, Juan José Paso, y los generales de la Independencia. La mirada helada de Rosas se detuvo en cada uno de aquellos hombres que formaban parte del pasado reciente y de aquello que se había construido hasta ese momento. Él no era uno de ellos pero ahora detentaba el poder más absoluto del territorio.

La jornada no terminó ahí. Por la noche, el flamante brigadier concurrió a una comida de agasajo que se le ofreció con toda la pompa. Los caballeros acudieron con sus esposas pero Juan Manuel fue solo. Encarnación prefirió quedarse en la casa. Las cuestiones del protocolo eran desconocidas para ella y las de cortesía, de poquísimo interés.

\* \* \*

Encarnación y compañía llegaron al Teatro Victoria justo a tiempo. En pocos minutos, comenzaría la función. Sin embargo, todos sabían que hasta que la esposa del gobernador no ocupara su lugar en el palco principal no se daba inicio a la puesta. Las mujeres descendieron del coche y llegaron hasta la puerta. La dama llegó flanqueada por su hermana Pepa y su madre, su hija Manuelita junto a su inseparable amiga y sobrina segunda Dolores Fuentes Arguibel, y la siempre leal Rufina, quien no faltaba a cuanta salida hiciera su patrona. Encarnación salía sin escolta. No le interesaba y aunque alguna vez su marido se lo había sugerido, ella había sabido contrarrestar el reclamo. Nunca más se repitió y ella perseveró en pasear con la



menor cantidad de acompañantes posible, siempre y cuando no fueran parte de la formalidad oficial.

Antes de entrar, unos cuantos mulatos aguardaban en la puerta. Y como era de esperar, alguna que otra pareja pudiente los miraba de arriba abajo con una pizca de desprecio, como si quisieran verlos desaparecer en ese preciso instante. No era lugar para ellos, la plebe tenía su propio teatro. Sin palcos ni cazuelas, por supuesto, pero teatro al fin. Pero los negros y las mulatas sabían que «la heroína», así la llamaban, estaría al llegar.

—¡Misia Encarnación! Doña, venga para aquí —le gritaron al verla descender del carruaje—. Déjenos entrar un poquito a ver a los actores.

Al ver el recibimiento que la esperaba, Encarnación sonrió. No faltaban nunca, siempre había algún grupito que la aguardaba con pedidos de diversa índole.

—No me detengan, por favor, que llegamos tarde. Pues claro, en el entreacto se lo reclaman ya saben a quién y me buscan en el palco —dijo y miró con ternura a un pequeñín que no llegaba a los cuatro años, al que sus padres habían vestido con las mejores galas—. Vamos, mujeres, apuremos.

Haciendo oídos sordos a los cuchicheos al pasar, llegaron hasta el palco y se ubicaron cada una en su silla. Todos los presentes dirigieron sus miradas hacia Encarnación Ezcurra y Rosas. Era un imán insoslayable. Y no porque fuera vestida a la moda. Nada más alejado. Nunca ostentaba, jamás usaba joyas cuando hacía alguna aparición en público. No le gustaban los anillos, las pulseras ni los collares. Elegía un vestido de algún color nada rimbombante, su peinetón, la mantilla y suficiente. Los reclamos acerca del tamaño de los peinetones habían cundido en las tertulias. Los más perjudicados eran aquellos a los que les tocaba en gracia sentarse detrás de las decoradas damas. Algunas comenzaron a bajarlos en altura, pero como Encarnación ocupaba el palco, aún elegía usar los de siempre. Ella lo tenía permitido.

—¿Qué andan secreteando las niñas? —preguntó Encarnación y como respuesta recibió unas carcajadas de Manuela y Dolores—. Aprovechen ahora que en unos minutos empieza la función.

—Hablábamos de las medias que usa Mercedes, mamita —María Mercedes Fuentes y Arguibel, hermana de Dolores, empezaba a ser cortejada por Juan Bautista.

—¿Y cuál es la gracia de esas medias, m' hija? —sacó el abanico de su bolsa y lo abrió de un golpe.

—Que son de seda y con matices claroscurros —dijo Manuela y miró con complicidad a su amiga—. Y vienen de París.

—¿Y ya está en edad de usar esas cosas? —Encarnación era rígida y austera, y a veces olvidaba que el resto podía pensar de otro modo y tener gustos diferentes.

—Pero, Encarna, la muchacha va a cumplir dieciséis años, ¿qué te crees? Dejó de ser una niña hace rato; igual que estas dos, que en menos que cante un gallo, se nos casan —señaló Pepa.

—Gracias, tía querida. Alguien que nos entiende —bromeó Manuela y volvió al secreteo con Dolores.

No sólo las medias desvelaban a las jovencitas; también algún que otro par de zapatos que deseaban con locura, con una tira cruzada que llegaba hasta la media pierna, con hebillas y moños o un vestido de terciopelo con botoncitos de a pares forrados, alguna chaqueta, y aquel colgante de oro que le habían visto a una flamante esposa, regalo evidente del novio enamorado. Tema de conversación nunca les faltaba.

El telón comenzó a moverse de a poco, anunciando el comienzo de la función. Todos regresaron la atención hacia el escenario y dejaron de mirar los palcos, sobre todo el que ocupaban las Ezcurra. Los actores ocuparon su lugar y comenzaron a desplegar su arte. Encarnación y su séquito disfrutaron del espectáculo, como lo hacían cada vez que concurrían al Victoria. El primer acto hipnotizó por completo a la audiencia. Hasta que llegó el intervalo y aprovecharon para distenderse. A los pocos minutos, algunos mulatos se llegaron hasta el palco y pidieron permiso para entrar. Doña Encarnación le dio el visto bueno a Rufina y ella los animó a que pasaran. Conversaron como si nada, las Ezcurra preguntaban, ellos respondían, las niñas continuaban con su charla. El palco estaba más animado que nunca. Y como era de prever, todo aquello era observado por el resto de la audiencia con la más abrumadora agitación. Lo veían como si estuvieran prestos a contraer una enfermedad mortal.

—¡Dios nos libre y nos guarde! Esto es increíble, ¿de dónde sale tanto mulato en el palco principal? —cuchichearon en una cazuela cercana, pero con toda la intención de hacerse escuchar.

—Cómo cruzan los límites, es indignante.

—Y esta Ezcurra, con esa altanería que no le cuadra. No tiene remedio, es una locura.

—¿Es que no sabe que esto es un teatro? Cree que es una sala de recibo, y mira lo que recibe...

—Virgen santa, ¡ya ni vergüenza tiene! —algunas damas escondían su rostro detrás del aleteo de sus abanicos; otras preferían el desafío de la cara descubierta.

Encarnación escuchaba todo y cuanto más decían, más desafiante se ponía. Sin quitar la sonrisa de su boca y con la mirada firme, conversaba con los mulatos y hasta los convidaba a que se sentaran a su lado. Y eso provocaba aún más al público de alta alcurnia. Era una maquinaria sin fin. El placer que le generaba a Encarnación todo ese juego de hostigamientos velados era infinito. Su madre y su hermana no sentían lo mismo. Les incomodaba en cantidad pero era imposible frenarla. Cuando se sentía ofendida por esa gente, era instantáneo: siempre subía la apuesta. Sentó sobre sus rodillas a uno de los negritos que acompañaban a su madre y le jugó un rato. Al mismo tiempo, escuchaba las necesidades que le manifestaban. Estaba atenta a todo, a lo que sucedía fuera del palco y a los encargos de la plebe. Hasta que volvió el

anuncio del siguiente acto y el apuro por salir. Encarnación los invitó a que se quedaran pero prefirieron retirarse.

—Encarna, no provoques, mi querida —le dijo su madre en voz baja.

—¿Quién es el artífice de la provocación? ¿Yo o ellos? Repletos de malicia, pudor deberían tener, eso. Y lo que no saben es que mi memoria es prodigiosa, recuerdo cada una de las personas que me maldijo. Me buscan, mamita. Yo no quiero pero me buscan, y mi venganza será fatal —respondió con la mirada nublada.

\* \* \*

Rosas no era el único poderoso en el territorio. Mientras él lo detentaba en Buenos Aires, su compañero Estanislao López lo hacía en el Litoral, y el Tigre de los Llanos, Facundo Quiroga, lo hacía en el Interior. El poderío se repartía. El Partido Federal tenía hombres fuertes en sus filas.

Luego de ser vencido por las fuerzas unitarias al mando del general José María Paz en la batalla de Oncativo, Facundo Quiroga fue recibido en Buenos Aires con los brazos abiertos por algunos y por otros a pedrada limpia. A los pocos días de llegar, visitó a Rosas en su casa. El riojano había decidido hospedarse en lo de su amigo y asesor financiero, y antes socio en la Casa de Moneda y Mineral de Famatina, don Braulio Costa. La ciudad no era desconocida para él, pues su hijo mayor estudiaba en el Colegio porteño. Caía la tarde y el otoño advertía de su pronta llegada. El riojano fue bienvenido en casa de Rosas y llevado directamente a su despacho.

—Es un placer volverlo a ver, mi amigo. Siéntase en su casa —lo saludó éste con una sonrisa franca.

—Qué difícil se hace todo en esta provincia, por el amor de Dios. —Quiroga largó el poncho que traía en el brazo y miró a su alrededor sin detener sus ojos renegridos en don Pedro Ferré, un delegado de Corrientes, que también ocupaba la habitación—. Los otros días apedrearón la casa donde me alojo. A esta altura desconocemos si fue a causa de mi presencia o por alguna otra absurda razón. ¿Hacen lo que les place en esta ciudad?

El correntino se movió en la silla con cierta incomodidad. Habían esperado con ansiedad la llegada de Quiroga y no imaginaban que traería semejante humor.

—Ya he tomado cartas en el asunto. He prohibido mediante un severo decreto que castiga con dos años de presidio a los que salgan con música por las calles sin permiso de la policía —dijo Rosas pero no calmó la intemperancia de Quiroga—. También a aquellos que insulten la casa de algún vecino y a los que larguen «¡mueran!» contra algún particular.

La misma noche en que Quiroga había hecho su entrada a Buenos Aires, una turba a caballo había recorrido las calles al grito de «¡Viva la Federación!» y «¡Muerte a los unitarios, a Paz y a los franceses!», dando tiros al aire o contra los ventanales de las casas de algunos unitarios. En una de las casas baleadas se alojaban

los comisionados del general Paz. Y no había quedado ahí, también habían apedreado las casas de varios federales.

—Incluso le han dado de piedras a la residencia del hermano del gobernador, don Prudencio Ortiz de Rozas —agregó Pedro Ferré, como quien no quería la cosa.

—Ah, pero la realidad está peor de lo que imaginé, entonces. Mano de hierro, Rosas, nada de benevolencia —y Quiroga se acomodó la chaqueta roja.

La violencia del riojano exasperó a Juan Manuel pero prefirió moderarse. No era bueno exponer su vehemencia, aunque a veces le resultaba imposible.

—Paciencia, Facundo, que sé muy bien lo que hago. A ver si atiende los decretos que impulsé contra los decembristas —tomó el documento y leyó—: «Se declara reo de rebelión a todo el que sea considerado públicamente como autor, fautor o cómplice del 1.º de diciembre o de algunos de los grandes atentados cometidos contra las leyes por el gobierno intruso». Y no sigo porque los voy a aburrir. Al que delinque, cárcel y al que insiste, bala.

Quiroga lo atravesó con los ojos. Quería descubrir lo que se escondía detrás de la fachada impenetrable de Rosas. Estaban del mismo lado pero le gustaba desconfiar, de todo y de todos. Más valía prevenir que curar, eso decían en el campo. Ferré se levantó de la silla y anunció su inminente retirada. Ya era tarde, lo esperaban en la casa. Tras el taconeo de botas y un saludo cordial, salió del despacho.

—Trae mala cara, algo le pasa además del hartazgo —disparó Juan Manuel.

—No sé si es la humedad de la provincia o qué, los dolores del reuma empiezan a molestarme cada vez más —dijo Quiroga y se acarició las rodillas.

—Pero yo tengo la solución para eso, no escuche a los médicos, que no saben nada. Pele unos ajos y los pulveriza con polvo de mercurio dulce sobre un lienzo de camisa usada, que debe ser cosido hasta formar una bolsa. Esto da un aceite que deberá frotar sobre las partes doloridas —enunció con orgullo.

—Me resulta imposible, Rosas.

—Confíe en mí, Facundo. Luego le envió la receta por carta porque estoy más que seguro que no recuerda nada de lo que dije. Y ahora quédese a probar las delicias de esta casa. Encarnación deslumbra a cuanta persona invito a comer —ofreció Juan Manuel. Necesitaba que su mujer observara al riojano, ella sabría mejor que nadie con qué bueyes araba.

—Cómo no, estaré encantado —y aceptó un vasito de licor.

\* \* \*

El 5 de diciembre de 1832, concluía el mandato de Rosas. A pesar de las intermitencias sanguinarias contra los unitarios que se iban para volver, habían sido tiempos de orden. Juan Manuel, de la mano de su mujer, había tomado la figura del asesinado Manuel Dorrego para instaurarlo como un mártir de la causa Federal. El ordenamiento también lo había llevado a cabo con la restauración del boato católico en la provincia. Por si esto hubiera sido poco, él en persona recorría las iglesias de

cuanto pueblo visitaba, ordenaba los donativos y se ocupaba de controlar que los directivos de las escuelas profesaran la fe católica. Transformó los sábados en días de enseñanza religiosa y el país se reabrió para la entrada de los jesuitas.

Lo religioso devino en obligación virulenta. Las consignas «¡Viva la Santa Federación!» y «¡Religión o muerte!» eran cotidianas. Caminar por las calles con absoluta normalidad y transformarse en testigo de corridas o cabalgatas enfervorizadas a viva voz, no resultaba extraño para nadie. Sin embargo, una parte de la sociedad percibía la disconformidad en el cuerpo. Las imposiciones partidistas habían ido *in crescendo* con los años: a fines de 1831 se había transformado en obligatorio la adhesión al Partido Federal para ejercer un empleo público. Y la divisa punzó devino en el distintivo oficial. Era obligatorio su uso: los hombres en el chaleco sobre el lado del corazón, y las mujeres en la cabeza. Encarnación marcaba el paso. Ella la ostentaba y controlaba que se cumpliera el decreto de su marido. Los militares, además, debían incluir la inscripción «Federación o Muerte». Los ponchos celestes estaban terminantemente prohibidos y la barba en forma de «U» —elegida hasta ese momento por los caballeros— era sinónimo de provocación. Si el hombre en cuestión prefería estar en gracia con Rosas y sus seguidores, era mejor optar por la rasurada instantánea.

Encarnación asistía a su marido como una política más. Opinaba, analizaba, estudiaba todo y era escuchada por Rosas. Como se había dedicado a manejar la fortuna que había amasado su esposo, él confiaba en sus habilidades financieras. Encarnación pudo disponer de fondos y se encargó de ayudar a los habitantes del Barrio del Tambor. Cada nación africana —la Angola, Lubolo, Congo, Mondongo, Molyambí y varias más— logró constituirse como asociación. Los negros se transformaron en una de las columnas más fuertes de la Federación gracias a Encarnación Ezcurra.

Al concluir su gobierno, la Legislatura se reunió para elegir al sucesor. Reeligieron a Rosas pero él exigió las facultades extraordinarias como condición excluyente para aceptar el cargo. Con los íntimos confesaba que quería sentirse imprescindible y le parecía que eso no sucedía. Percibía el rechazo de un sector de la sociedad. Prefería hacerse a un costado, ya llegaría el momento del llamado desesperado. En su lugar se nombró a Juan Ramón Balcarce y éste asumió el mando el 18 de diciembre.

Sin embargo, la política estaba devorada por las complicaciones. Pasado el peligro de los derrotados unitarios, el federalismo porteño comenzó a dividirse. Para muchos, ya no era necesario un Rosas, y se consideraban «federales doctrinarios», defensores de la división de poderes y las libertades, no seguidores de un hombre. Sus adversarios rosistas pronto los llamarían «lomos negros». Pero Encarnación los bautizó «cismáticos», mientras que los fieles seguidores de su marido eran para ella «federales netos» o «apostólicos», los únicos federales auténticos.

Tres meses después de la jura de Balcarce, Juan Manuel tomó distancia de los asuntos citadinos y emprendió una expedición al Desierto. En Buenos Aires quedaba su más fiel ladera.

## CAPÍTULO XII

Se había encerrado en el despacho. Necesitaba un momento de silencio y soledad para concentrarse. Tenía demasiadas cosas para contarle a su marido y no quería olvidarse de ninguna. Había dado órdenes en la casa para que no la perturbaran, en una hora pasaba el mensajero para retirar la carta destinada a Juan Manuel.

Olvidó por unos segundos la pluma en la fuente y volvió a sentir el mismo orgullo que la había inundado al leer las líneas enviadas por su marido al general Quiroga, para agradecerle que la hubiera elegido para manejarle sus números. Le había señalado «su complacencia y reconocimiento por haber nombrado apoderada a mi compañera». Ella sabía lo que valía, pero que Juan Manuel lo hiciera público, la llenaba de placer. Su amor por Rosas se agrandaba aún más. Sacudió la pluma con suavidad y comenzó:

*Mi Juan Manuel,*

*Le pasé un recado muy cariñoso al general Quiroga, diciéndole que si no lo incomodaría, pasaría a hacerle una visita y tener el gusto de darle un abrazo, y la contestación fue venirse él enseguida, muy contento. Le hice presente tus deseos y los míos porque viviera en casa, que ésta era cómoda, que tú antes de irte se la habías acomodado con esta intención, y sólo contestó dándome las gracias. Viendo que por aquí no sacaría partido, le dije que siquiera la ropa de él y sus niños me la mandara para cuidársela, y me dijo que no era preciso, porque una criada antigua estaba encargada de eso desde el otro viaje; en fin, le dije que mi coche era cómodo, que lo tenía como suyo, que tal vez le aprovecharía este ejercicio; a todo da las gracias, y lo único que me ha dicho es que sabe somos sus amigos y que a nosotros ocupará cuando necesite algo...*

Encarnación levantó la vista. Los tiempos tirantes entre su esposo y el riojano habían quedado atrás. Facundo le caía en gracia, aunque algunas veces le fatigaba su tendencia hacia las pésimas relaciones. Ella se lo hacía saber, él le daba la razón pero a veces le resultaba imposible cumplir con su palabra. Y la cara de Braulio Costa le ocupó la mente. Ese caballero no le gustaba para nada. Además de maleducado, le parecía turbio. No era trigo limpio y no le gustaba lo que hacía con Quiroga. Volvió al papel:

*Te voy a hablar con franqueza respecto de lo que pasa con este pobre señor don Braulio, con grosería lo sacó de casa el día que llegó, cuando Pepa ya le había mostrado toda la casa y le había dicho que podía venir con todos sus ordenanzas. El general estaba casi resuelto a quedarse, pero vino este malvado y le dijo que ni pensarlo, que su casa estaba enteramente vacía porque toda su familia vive en el campo, y que allí debía estar desde el mismo día. Para que se divirtiera le puso la mesa de juegos, en la que se llevan sin comer y sin dormir, y al otro día de haber llegado ya había perdido todo el dinero que había traído y once mil pesos en onzas de oro que yo le tenía.*

O lo encadenaba a la cama para que no regresara a ese tiradero de monedas o le guardaba todo bajo llave. Ya no sabía cómo preservarlo de sus ansias por el juego. La pluma continuó con la escritura:

*Lo que te puedo asegurar es que don Braulio, sólo de coimas, ha ganado cientos y tantos de mil pesos en moneda corriente. Los de la partida son Julián Perdriel, Manuel Arroyo, Pinedo, el clérigo Ocampo, don Pascual Costa, don Ladislao Martínez, el coronel José María Torres, Prudencio Rosas, Marcelino Carranza, Félix Álzaga. Ha llegado tanto la perversidad de estos hombres, que le han estado jugando con unos dados falsos, hasta que Quiroga los pilló y han tenido una historia terrible, y se cree que quien los llevó fue Carranza y don Félix Castro; lo cierto es que don Braulio los conocía bien y no se previno como debía. ¡Mira qué amistad!, la propia de un malvado...*

Ni el hermano de Juan Manuel se salvaba. Todos sátrapas, turbios jugadores. Por algo ella había desconfiado desde el primer día de la familia de sangre de su marido. No dudó en ponerlo al tanto de semejantes actos vergonzosos por parte de Prudencio. Ella elegía a quiénes mantener a su lado. Las miradas desconfiadas habían pasado a ser maliciosas. Debía estar más atenta que nunca a la aparición de enemigos. Y para eso tenía bajo su ala a una multitud de criados e informantes, que le entregaban los nombres de los traidores.

*Dicen que va a comprar Quiroga la casa de los padres de don Manuel Aguirre, donde está el Café de la Victoria, mucho me alegraría porque asegurará su dinero antes que corra burro —yo le tengo ahora guardado como siete mil pesos en dos letras que me han pagado—. Te remito esas listas de los cismáticos y apostólicos, pronto te mandaré más...*

*Tu fiel amiga y compañera,*

*Encarnación Ezcurra de Rosas*

La dobló con cuidado y le colocó el sello punzó. Estaba lista para entregársela al chasqui.

\* \* \*

Juan Manuel intentaba dormir un poco pero el aguacero se lo impedía. Habían acampado a una legua de la Laguna de las Perdices porque el atardecer se había transformado en noche. Seguramente la lluvia limpiaría el cielo y podrían continuar viaje al amanecer. Tal vez no era la lluvia torrencial lo que lo mantenía despierto. Eran los pensamientos recurrentes, que invadían su cabeza sin darle tregua. La organización de la Campaña al Desierto lo había destruido. No había sido fácil. Y uno de los obstáculos más fuertes era el dinero. Conseguirlo había sido una tarea titánica. Sin embargo, no era la primera vez que el gobierno de turno ponía excusas para no largar un peso. A San Martín le habían dado infinidad de vueltas para no darle nada. Y a él, el empréstito de un millón y medio de pesos se lo habían boicoteado en la Legislatura. El argumento había sido que temían que la provincia se sumiera en la bancarrota. Como siempre, él había hecho oídos sordos y había partido igual, ya le enviarían algo. Al tomar la decisión de emprender la expedición, nada ni nadie había logrado hacerle cambiar de opinión. Y menos las resoluciones de unos pobres leguleyos. Había juntado mil novecientos treinta y tres hombres que confiaban en él. No los traicionaría. Algunos habían reclamado ir con sus mujeres y él lo había aceptado. Los caballos no habían sido los suficientes, hubo que agregar más y para



eso se había pialado a uno que otro de algunos estancieros que habían pegado el grito en el cielo ante la apropiación. Con la mirada de hielo, les había respondido: «La patria los necesita».

Les faltaba de todo pero partieron igual. Le habían prometido que llegaría un monto de dinero pero el comisario del Ejército sólo había traído noticias del faltante de jabón. Con sarcasmo, lo había imprecado: «¡Con que el jabón se está fabricando! ¡Paciencia y vamos marchando al son *ulundú!*!» Tampoco contaba con médicos y la salud de la tropa a veces marchaba por la cornisa. El frío empezaba a calar hondo y el vestuario apropiado no llegaba. Horas atrás, mientras cabalgaban, había bramado frente a sus más allegados: «¡Qué triste es la condición de los mortales! Sin duda se ha querido que yo sea el pavo de esta boda. Pero se engaña miserablemente el que tal esperanza alimente, porque, por no serlo, dejaré todo, me iré a mi casa y manifestaré a todos los pueblos de la República por qué lo hago».

Dudaba de todo. ¿Y si en realidad, el plan era tenderle una emboscada? El aliento desmedido para que llevara a cabo la avanzada hacia el desierto empezaba a hacerle ruido. Sólo recibía problemas desde Buenos Aires.

Cansado de dar vueltas, se levantó y salió a mirar el cielo. Ya no llovía, un viento frío movía las nubes y de tanto en tanto aparecían las estrellas entre tanta negrura. Cada vez faltaba menos para que amaneciera. A varios pasos de allí, empezaban a prender unos fuegos para calentar el agua. Entre las sombras, apareció Eusebio, con la cara sonriente de siempre. El mulato, que había sido peón de los Ezcurra, hacía las veces de bufón y Rosas lo había agregado a la expedición, al igual que al Biguá, quien también intentaba entretener a la tropa.

—¡Mierda, Eusebio! Me asustas, hombre. Te apareces como un fantasma —le gritó Juan Manuel.

—Pero mi patrón, no tenga miedo, que yo lo cuido a sol y sombra —y ensayó una cabriola con poca gracia. Nadie lo tomaba demasiado en cuenta, la soldadesca compartía los momentos de descanso, bebían alguna que otra copa y lo fustigaban para que hiciera alguna monería.

Rosas recordó, de repente, las palabras que le había dicho su mujer: «No le des largas al loco Eusebio, porque cada día me cercioro que es loco de conveniencia o un solemne bribón».

\* \* \*

Habían pasado algunas horas del mediodía y Encarnación seguía sentada en la silla, frente a los libros. Hacía cuentas, leía cartas, escribía esquelas, ordenaba pensamientos. Había perdido la noción del tiempo, cuando un golpe suave sobre la puerta la regresó a la realidad. Pepa entró sin esperar respuesta y se sentó frente a su hermana, en silencio.

—¿Algún problema? —preguntó y lanzó un suspiro.

—No, querida. Pero si no te interrumpo, puedes morirte aquí adentro —Pepa le dedicó una sonrisa.

—Exageras. Pero no me quiero olvidar, ¿alimentaron a los mulatos que estuvieron por la mañana? —Todos los días recibía a filas de hombres y mujeres del pueblo que iban a solicitarle trabajo. Anotaba sus requerimientos, y casi siempre, antes de volver a sus casas, los hacía pasar por la cocina para comer algo.

—Claro, Encarna, agregamos alguna olla. Pero la que no ha comido bocado has sido tú —y frunció el ceño—. Estás flaca, vamos a comer algo, por favor.

—No tengo hambre, y debo terminar de ordenar unos papeles.

—Soy más testaruda que tú, hermanita. Me voy a la cocina y te traigo un poco de galleta con queso, y unas naranjas. Mientras trabajas, yo controlo que te alimentes. ¿Cómo pretendes manejar esta casa sin fuerza? —ante la posibilidad de una negativa, Pepa se levantó y salió rauda.

Encarnación cerró los ojos y se apoyó contra el respaldo de la silla. Se estiró, tenía el cuerpo entumecido. Respiró profundamente; estaba conforme con el desarrollo de los acontecimientos. La plebe estaba cada día mejor dispuesta, la escuchaban, le tenían respeto. Sonrió al recordar que la llamaban la «heroína de la Federación». A pesar de que Rosas estaba a cientos de leguas de distancia, ella bien podía sola con todo eso. Días atrás, le había cursado correspondencia advirtiéndole que la paisanada estaba dispuesta a reunirse para acabar con los pícaros de la gobernación. De cualquier modo, no esperaba que su marido le diera el visto bueno. No recibía órdenes, ella las suplía. Desde el desierto aprobaba todo lo que decidía.

—A ver, también traigo una pava con agua para el mate —anunció Pepa mientras apoyaba la bandeja sobre la mesita de arrimo—. No acepto no como respuesta.

Sonrió con beneplácito y aceptó el pan con queso que le ofreció su hermana. Sin embargo, la preocupación quedaba delatada en el rostro. Le habían llegado noticias incómodas.

—¿Me cuentas qué pasa, Encarna? No puedes tú sola con todo.

—En fin, Pepa, tienes razón, está bien que te enteres. Parece que el malvado de Balcarce anduvo diciendo que los amigos de Juan Manuel me habían engañado para, de ese modo, voltearlo más pronto. Que los principales eran los mismos de su familia —abrió los ojos aún más y siguió—: como si yo tuviera una relación activa con esa gente. De cualquier modo, no se merecen la mugre en la que intentan meternos. Que mi cuñada Mercedes anda de amorío en amorío, que yo soy una triste borracha, que ya ni me escondo para beber. Creen que me estigmatizan llamándome «la mulata Toribia». Pobres cagados, ¿creen que así me voltean?

—Esa alimaña, Dios bendito. Cuánta maldad —Pepa negaba con la cabeza, indignada.

—Pero esto no termina aquí, mi querida. Es mucho peor. El bribón ese ha mandado a la imprenta cuatro comunicados de su puño y letra, uno contra don Pedro

Burgos y otro contra Prudencio, por lo que roban. Otro contra esta casa, que dice que es la patrona de los godos y el último contra ti. ¿Puedes creer? —gritó enajenada.

—¿Yo? ¿Y qué tengo que ver en todo esto? —el corazón de Pepa se aceleró.

—¿No te das cuenta de la infamia? Intentan derrumbarnos, Pepa. No lo lograrán. He ofrecido 300 pesos por los originales, así se los envió a Juan Manuel —la cólera dominaba las emociones de Encarnación, ya era imposible que se calmara—. Gracias a Dios tengo a mi hijo conmigo.

Pepa la miró fijo. En la intimidad, mostraba algo de la incomodidad que le provocaban las diferencias que para ella se hacían con su hijo Pedro.

—Discúlpame si te he molestado. Pero tenemos la suerte de que el varón de la casa está de nuestro lado. Juan trabaja codo a codo por la causa de su padre.

Los muchachos ya tenían veinte y diecinueve años, y habían aprendido de Rosas todo lo que sabían. Pedro había oficiado de secretario de su padre adoptivo durante la gobernación y se lo había llevado con él a la Campaña al Desierto.

—¿Extrañas a Juan Manuel? —preguntó en voz baja y Encarnación se la quedó mirando.

—¿Qué son esas preguntas, Pepa? No hay lugar para pavadas. Vivo para mi marido, atiendo todas sus necesidades, no son tiempos para reclamos. Nuestro amor es mucho más inmenso que las nimiedades de un vínculo pedestre. Sé antes que él lo que precisa, aprendí a decir cuando hace falta y a callar cuando el instante así lo impera. No somos nada sin el otro. No necesito tenerlo al lado para saberlo, anulo la distancia —la vista se le nubló durante unos segundos—. Para el caso, ¿tú extrañas a Belgrano?

—Está muerto hace años, pero no sólo en la realidad, adentro mío, Encarna. El día que te entregué a Pedrito el corazón se me congeló. Y te lo juro, el dolor por el abandono fue tan atroz, que la única manera de seguir adelante fue por medio de la muerte. Maté mi capacidad de amor, maté a Manuel —y tomó aire con dificultad, el recuerdo aún la entristecía.

Encarnación le acarició la mano con ternura. Su hermana mayor era una gran compañía, además de su confidente. Le pasó el mate para que lo cebara. Buscó salir de esa zona de inquietud. A las Ezcurra no les gustaba hablar de amor, de la vulnerabilidad de las emociones.

—¿Sabías que la insolente de la García Mantilla anda hablando pestes de mí? —dijo Encarnación para cambiar de tema.

—¿La esposa de Balcarce? —preguntó, atónita.

—María de la Trinidad, exacto. Dice que siempre he vivido en la disipación y los vicios, y que Juan Manuel me mira con la mayor indiferencia y que por eso le ha importado poco. Lo elogia a él y yo le desagrado.

—Qué basura, por el amor de Dios. Tenemos que tener más cuidado que nunca, Encarna. Estamos rodeadas de desleales, la traición está a la vuelta de la esquina.

—Hasta los amigos de casaca de Juan Manuel me tienen miedo. Me hacen sólo el chumbalé —suspiró desafiante y buscó con la mano la roseta punzó que decoraba el peinado recogido—. Pero no te preocupes, mi querida. Él está al tanto de todo, está sobre aviso. Las masas están cada día más dispuestas y lo estarían mejor si el círculo de Rosas no fuera tan cagado. Tienen miedo, pero yo les hago frente a todos, lo mismo me peleo con los cismáticos que con los apostólicos. Los que me gustan son los de hacha y chuza<sup>[40]</sup>. Aquí en mi casa no entran sino los decididos.

Encarnación se preparaba en las sombras. El poder, desde varios flancos, intentaba voltear el mito en el que se había convertido Rosas. Con él lejos, su mujer había tomado la posta. Confiando poco y nada en que una mujer fuera capaz de sostener lo construido, los enemigos políticos y aquellos que empezaban —por temor o por convicción— a cambiar de bando, intentaban acorralarla.

\* \* \*

El 11 de octubre de 1833, estalló la revolución en Buenos Aires. Con Encarnación Ezcurra al mando y digitando todo desde su casa, el pueblo salió a la calle para defender el periódico que los representaba, el *Restaurador de las Leyes*. Ante la proliferación de libelos que defenestraban a Rosas y a su esposa, ella había pergeñado la salida de su propio diario, en donde devolvía con la misma moneda. Sin embargo, ni lerdos ni perezosos, los dueños del poder retrucaron con un juicio público contra el pasquín. Fue la gota que rebasó el vaso. Las masas tomaron la iniciativa como propia y adujeron que el juicio no era contra el *Restaurador de las Leyes*, sino contra el mismo Rosas.

El cielo límpido de la primavera invitaba más que nunca a los rebeldes. Las calles, primero en silencio, se llenaron de pulperos, comerciantes, artesanos, incluso se atrevieron las mujeres, que sin pedir permiso a sus patronos, abandonaron las casas, solas o con sus niños en brazos. Todos caminaron rumbo a la plaza y allí tronó el grito: «¡Viva el padre de los pobres!»...

La horda fue creciendo, se sumaron los negros y los mulatos y los hombres del gobierno comenzaron a darse cuenta de lo que sucedía. Del Cabildo a Barracas, la revuelta pasaba a tomar las armas. El gobernador Balcarce asumió la realidad de los hechos y no le quedó otra alternativa que renunciar. Sin embargo, le había mandado a decir a Encarnación que no había tomado medidas contra ella por los respetos que le debía a Rosas.

Mientras tanto, en el desierto, las cosas eran completamente distintas. La expedición sufría vaivenes, a veces el intercambio con los indios era positivo, otras no tanto. Rosas se enteraba de todos los sucesos de la ciudad gracias a la correspondencia permanente de su mujer. Le preocupaba, en cambio, el silencio de sus amigos, los Anchorena, Maza, Terrero y algún otro. Hermético, le había anunciado a Encarnación: «Diles que estoy cansado, que mis amigos me restan apoyo y que es mi intención irme del país por un tiempo».

Confiaba en la fuerza de su esposa. Había podido soportar los embates de una ciudad convulsionada, sola y por su cuenta. Sin embargo, la despedida de la última carta lo había inquietado. Era la primera vez que Encarnación hacía referencia a una debilidad. Y volvió a leerla:

*Adiós, amigo, estoy muy buena de salud, nada me duele, pero con un mal de ánimo que me inutiliza un poco y me he visto en la necesidad de apelar al doctor Segurola, que con su acostumbrada filantropía me ha mejorado como lo hizo en el año veinte y uno.*

*Tu compañera Encarnación Ezcurra de Rosas.*

Nada podía derrumbar a su Encarna. De sólo pensarlo, se le aflojaban las piernas.

## CAPÍTULO XIII

Había transcurrido un año de la Revolución de los Restauradores y los sucesos habían llevado por delante a Encarnación. La efervescencia era una constante en Buenos Aires. El poder gubernamental pasaba de manos y se diluía como agua entre los dedos. De nuevo hubo de detentar el poder Viamonte, para luego dejarle el sillón a Manuel Vicente Maza, amigo fiel de la familia, por lo menos hasta ese momento.

Encarnación ocupaba el despacho de su casa, con la misma autoridad de siempre. Sentada detrás de su escritorio, observaba con detenimiento a los cinco comisarios que había convocado días atrás. De miradas hoscas, malvestidos y temerarios, los hombres escuchaban desafiantes a su nueva jefa.

—Empezaremos por las casas —ordenó Encarnación—. Que nos oigan, que nos vean, que nos teman. Esto para empezar, pero necesito saber cuánta gente puede juntar cada uno. Yo controlo todo lo que harán día por día.

Los muchachos se miraron entre sí. Alguno empezó a dar nombres, como si todos supieran de quiénes hablaba.

—Sólo hay un modo de imprimir terror —anunció el más ofuscado.

—A ver si me entienden, no matar, sólo asustar. Nada contra la gente. Por ahora, contra las casas —la dama no se achicó frente a semejante apuro.

—¿Y con qué los asustamos, Misia Encarnación?

—Con pedradas contra puertas y ventanas. Muchas piedras, algún que otro tiro, pero nunca contra la gente. Por ahora, amedrentamiento y cascotazos serán suficientes. Esto en primera instancia, después ya sabemos lo que haremos —tomó unos papeles y le entregó a cada uno el suyo—. Aquí tienen las direcciones de las primeras casas que deben visitar.

Los comisarios se levantaron de sus asientos, ensayaron una reverencia ampulosa y se retiraron del despacho. Encarnación se dirigió hacia un arcón que descansaba contra una de las paredes y lo abrió de par en par. Necesitaba controlar que no faltara nada. Decenas de pistolones tapaban el fondo del arcón. Se tranquilizó, estaba todo como lo había dejado el día anterior. Su marido le había enseñado a disparar en el campo, igual que a sus hijos, quienes habían aprendido de pequeños. Cada vez que salía de la casa, llevaba una pistola en la cartera. Nadie lo sabía. Sólo así se sentía segura en las calles de Buenos Aires. La guerra sorda contra ella era bestial. Pero nada la achicaba.

Salió del despacho y se topó con Manuelita y Pepa, que parecían preparadas para salir.

—¿Adónde se dirigen tan buenas mozas? —preguntó.

—Vamos a buscar a Dolores y de ahí a un candombe, mamita —respondió su hija y dio un giro completo para mostrar su vestido repleto de volados.

Manuela brillaba. Con diecisiete años, se había transformado en una señorita con todas las letras. Bella, altiva como su familia paterna, con una melena negra a la que cuidaba como si fuera una alhaja. Desde que tenía edad para hacerlo, sus padres le habían permitido concurrir a las fiestas de los domingos, que se llevaban a cabo en el Barrio del Tambor. El hecho provocaba estupor en algunas familias de linaje, a los Rosas y Ezcurra les importaba poco y nada. Algunas veces la había acompañado su tía Agustinita, la hermana menor de Juan Manuel, que sólo tenía un año más que Manuela. Sin embargo, ya casada con Lucio V. Mansilla, la jovencita estaba a punto de dar a luz.

—Pues que se diviertan, entonces. Pepa, las cuidas y temprano a casa — Encarnación dio la orden de memoria. Sabía que su hermana era de confiar y también su hija.

Tía y sobrina salieron raudas rumbo a la galera que las arrimaría hasta el barrio negro. Encarnación se dirigió a la recámara de Juan Bautista donde el joven se preparaba para salir.

—Otro más que parte. Me dejan sola esta tarde —protestó en broma.

—Le diría que venga con nosotros pero no le gusta salir, mamita —respondió Juan en el acto—. Paso a buscar a María Mercedes y a su chaperona; en cambio, preferiría que fuera usted.

La novia de su hijo era hermana de Dolores Fuentes y Arguibel, la íntima amiga de Manuelita e hija de una de las hermanas de su madre. Todo quedaba en familia. Y no sólo se había armado ese vínculo; José María, el hermano mayor de Encarnación, se había casado con María Isabel, otra de las hermanas Fuentes.

—Me preocupan cada vez más los traidores, Juancito. Discúlpame que te venga con estas cosas, estarás pensando en tu prometida —la preocupación no la abandonaba.

—De ninguna manera, dígame. ¿Tatita está sobre aviso?

—Por supuesto, querido. De cualquier modo, empezarán a sufrir las consecuencias. ¿Se atreven a meterse conmigo? Ahora los quiero ver —se cruzó de brazos y lo miró fijo—. Balcarce, el primero y principal, el godo Iriarte, ese facineroso de Ugarteche y Olazábal. Sin embargo, ya le han baleado las ventanas de su casa a ése.

—Las otras noches se puso peliaguda la calle. Griterío, borracheras y excesos. Casi me llevan puesto, diga que me reconocieron y siguieron de largo.

—No me gusta que andes por la calle a la noche, hijo. Te ruego que te cuides. Empiezan todos a darse vuelta. La inmundicia de Luis Dorrego y su familia son cismáticos perros. Yo los conozco a todos, ésa es mi ventaja.

—¿Y qué pasó con Prudencio ayer? ¿Trajo novedades? —su tío pasaba todas las tardes por la casa.

—Ahora le ha dado por defender a Viamonte, como si fuera su mejor amigo, y entre tanto me habló tempestades contra Pinedo, Rolón y Benavente. Qué bien me

vendría que tu padre lo pusiera en vereda. Yo no me atrevo, aunque hay momentos en que lo abofetearía.

Intercambió besos con su hijo y lo dejó ir. Permaneció en la habitación, con la cabeza perdida en los mismos temas: la inaceptable traición y la extraordinaria idea que había tenido de organizar la cuadrilla, que luego se había autodenominado «columna del orden y la libertad». Había fundado la Sociedad Popular Restauradora, que con el tiempo se convertiría en la Mazorca.

\* \* \*

Una suave brisa del atardecer de noviembre se colaba por las ventanas. De repente, el silencio se vio interrumpido por unos golpes en la puerta de calle. Alguien llamaba. Sin aviso previo, Quiroga llegaba para visitar a Encarnación.

—¡Pero qué alegría verlo, general! No sabía que vendría, ya mismo le preparo algo para comer.

—Beso su mano, Encarnación —la saludó y se inclinó sobre la mano que le tendía la dama—, con todo agradecimiento.

Le señaló el sillón para que se sentara y ordenó que les trajeran pasteles y mate. Se acomodó frente al caballero y esbozó una sonrisa.

—¡Qué contento estará Juan Manuel cuando le escriba anoticiándolo de su visita! —disparó directo.

—¿Juan Manuel? Pues preséntele mi saludo de corazón —y entrecerró los ojos con galanura. En su estadía por Buenos Aires había recorrido cuanta tertulia y agasajo se le habían ofrecido. Y no guardaba reparo con las mujeres más bonitas de la ciudad. Era un seductor nato, que sabía bien de las artes del cortejo. Entendía cuándo avanzar y hasta dónde esperar.

—Pero, general, no lo parece. Anda usted enredado con todos los enemigos, debería andar con más cuidado —y estampó una sonrisa en su rostro.

—No es para tanto, Encarnación —llevó el cuerpo hacia adelante y se le acercó—. Sigo siendo amigo de mis amigos.

Se quedó quieta en el lugar, con Quiroga un poco más cerca. Lo miró fijo, se tanteaban como dos estrategas.

—Sin embargo, los enemigos lo tienen como suyo y eso es un tanto peligroso, mi general —dijo en voz baja y pestañeó una y otra vez.

—¿Peligroso para mí? Vamos, mi querida Encarnación, que el peligro es para ellos. ¿No me conoce todavía? —el guapo riojano le dedicó una sonrisa amplia. Era su turno.

—Siempre hay posibilidad de cambiar.

—Ése no soy yo, no lo olvide, mi señora.

Un tenso silencio inundó la sala. Los cuerpos de ambos estaban muy cerca. El caudillo riojano prefería hablar menos, a Encarnación le bastaba con lo que decía.



—Hablando de olvidos, ¿qué hago con esos cincuenta y tantos pesos que puse para unos regalos de los cuales desconozco el motivo? ¿Y con las onzas de oro de su pertenencia que aún guardo?

—Todo a mi cuenta, señora. Es usted una administradora admirable. Nunca me arrepentiré de haber dejado todo en sus manos —aprovechó y se las tomó.

Encarnación se incorporó con suavidad firme, dando a entender que prefería la distancia. Se acomodó el peinado que no necesitaba acomodo. Quería ocupar las manos en algo.

—Ay, Facundo, me va a tener que disculpar pero me urgen otros asuntos. De cualquier manera, debe tener alguna cita insoslayable —le dijo con complicidad.

—Gracias por su deferencia, doña Encarnación, y envíele mis saludos a Juan Manuel —volvió a besarle la mano pero esta vez se demoró unos segundos más. Levantó la mirada y le buscó los ojos. Luego de encontrar lo que buscaba, se retiró.

Encarnación suspiró agitada. Agradeció que ya no estuviera allí. La figura de Quiroga la perturbaba. Era encantador pero impenetrable, misterioso. No le costaba descifrar a nadie, a él le era imposible. Un escalofrío le sacudió el cuerpo. Y de repente tuvo una rara sensación. Fue hasta el despacho y se sentó frente al escritorio. Sacó una hoja, preparó la pluma y se dispuso a escribirle a su marido:

*Quiroga nos sigue visitando a menudo y nos habla con franqueza. Están empeñados en distanciarlo de nosotros para lo cual inventan calumnias, lo que no debemos extrañar cuando sus amistades son puros facinerosos y de vida licenciosa.*

Necesitaba a Juan Manuel de vuelta en su casa.

\* \* \*

Rosas se despidió del lejano río Colorado, donde había estado acantonado con sus tropas durante tanto tiempo. Ya era más que suficiente, quince meses habían pasado desde su partida. Los sucesos de la política, que su mujer se había encargado de contarle a través de una infinidad de cartas, le parecían incomprensibles. Se sentía tan lejos de todo que comprendió que ya era momento de regresar. Encarnación lo reclamaba, insistía con que su nombre colmaba las calles, el pueblo lo llamaba. Eso escribía su mujer.

Envió una parte de su ejército rumbo a Puerto Federación<sup>[41]</sup> y él siguió camino hasta Los Pinos. Allí sería recibido por su familia. La vuelta era larga y agotadora pero se había acostumbrado a las inclemencias del campo. Luego de la infinidad de días a caballo, entró a la estancia con su escolta, entre los que se encontraba su hijo Pedro. Desensillaron y como una tromba llegó Manuelita, que se arrojó a los brazos de su padre. Lo llenó de besos y las carcajadas inundaron el lugar.

—Pero eres una mujer, m' hijita. Y tan preciosa que metes miedo —y la separó para mirarla mejor.

Desde atrás avanzó el resto y Encarnación no pudo ocultar la emoción. Juan Manuel la tomó de la mano y la trajo hacia él y se fundieron en un fuerte abrazo.

—Mi amor, mi querido —susurró y apoyó su mejilla en el pecho de su marido—. Por fin, Juan Manuel.

—¿Estás bien, mi vida? Te noto mucho más flaca, tienes que cuidarte, Encarnación. No descansas lo necesario —y pálida, ella intentó una sonrisa para calmarlo.

—No te preocupes, a veces salteo alguna comida pero no es nada. Flaca pero sana, como siempre. Y dispuesta a seguir trabajando, mi amor. Pero vamos para adentro, te aseas un poco si quieres y yo te llevo algo para tomar.

Era imposible hacer cambiar de idea a Encarnación. La siguió y entró al caserón. Se detuvo unos segundos y lo recorrió con la mirada. Era la casa favorita de su mujer y tenía razón. A él también le gustaba. Se fue a la recámara y sobre el lecho había una camisa limpia. Se la cambió y al rato entró Encarnación con una pava y el mate.

—La revolución no ha terminado, querido. Está en el aire, ya lo verás. Y el pueblo corea tu nombre. Algunos de los que fueron amigos antes, ahora no lo son, pero son millares los que se acercan —dijo en un borbotón.

Juan Manuel escuchaba con atención. No tenía necesidad de intervenir, sólo quería saber qué era lo que pasaba en su casa, en Buenos Aires.

—Las armas que mandé a secuestrar están todas bien guardadas. No les quedó ni una bala. Es tu momento otra vez, Juan Manuel. Hasta por tus negocios tienes que volver. Te roban con absoluto descaro, querido. Me han contado que aquel capataz de Yrigoyen y otro más entran cueros por Santa Catalina.

Rosas apretó la mandíbula. Detestaba que lo pasaran por arriba. Su mujer tenía razón.

—Además, esta soldadesca infernal que te sigue a sol y a sombra ha invadido por completo nuestra casa y ya se ha tornado insostenible. Soy madre de familia y Manuelita ya es una señorita. No me parece adecuado, está muy lejos de nuestra moral.

Rosas la miró y se quedó un largo rato así. Le tomó ambas manos y se las llevó a la boca. En la intimidad de las habitaciones, la besó.

*Amado hijo,*

*Es necesario que vengas a ver a tu madre y trates por los medios que mejor te parezcan, de desimpresionarla de los efectos que han causado en su imaginación y que son trascendentes a la descompostura de su máquina, desde que tuvo la noticia de tu reelección al gobierno: así es que sus suspiros continuados me traspasan el alma. Adiós, hijo, tu padre siempre te desea felicidad en todos tus asuntos y te echa su bendición.*

Juan Manuel no se demoró ni un minuto. La esquila de su padre lo inquietaba por demás. Era raro que su madre se mostrara vulnerable. Sin decir adónde se dirigía, apuró el paso hacia la casa de sus padres. Hacía tiempo que no los veía.

Don León lo recibió en la puerta y luego de un tierno abrazo, lo llevó hasta la recámara de doña Agustina. La señora guardaba cama.

—Madre querida, ¿qué me han contado, que se hace la mimosa? —acercó una silla y se sentó a su lado.

Doña Agustina ocupaba el centro de la cama, apoyada en varias almohadas con su larga cabellera suelta, el camisón de lino impecable y la belleza de siempre, aunque con varios años más. Al ver a su hijo, la cara se le iluminó.

—Tu padre exagera un poco, ¿qué te ha contado ese hombre? —y miró seria a don León—. Pero sí, no me he sentido bien últimamente. He perdido un poco mi fuerza.

Ortiz de Rozas permanecía de pie y atendía a su mujer, solícito, como era su costumbre.

—A ver, Rozas, tráele algo para comer a mi hijo —ordenó—. Y tú, Juan Manuel, acércate más.

Los dos hombres cumplieron el pedido. Agustina perdió la mirada en el rostro de su hijo, para no olvidar ningún detalle.

—¿Qué tiene, mamita?

—Me ha dicho tu padre que te han reelegido. Te quieren de nuevo en ese lugar. No estoy de acuerdo, Juan Manuel —la intransigencia de Agustina no había desaparecido.

—No entiendo por qué. No hay nada de qué preocuparse, madre.

—¿Estás ciego o el desierto te ha transformado en un completo salvaje? ¿No te das cuenta de que la muerte nos acecha? —los ojos se le desorbitaron, parecía fuera de sí.

—Tranquilícese, por favor.

—Mataron a Quiroga, ahora irán por ti, ¿es que no entiendes? —y estrujó la manta que la cubría.

El asesinato de Facundo Quiroga en Barranca Yaco había explotado como una bomba en Buenos Aires. Rosas le había pedido al gobernador y amigo Manuel Vicente Maza que lo enviara al norte para mediar en el conflicto que se había suscitado. Sin embargo, un sicario vinculado a los hermanos Reynafé de Córdoba lo había emboscado atentando contra su vida.

—Es muy triste lo que le pasó a Facundo, pero es un hecho aislado. No lo relacione conmigo, madre —los pensamientos no lo dejaban tranquilo, era imposible descansar.

Agustina suspiró. Quería convencer a su hijo de que abandonara la decisión que había tomado. A ella le resultaba evidente el peligro y no entendía cómo no le sucedía lo mismo a Juan Manuel.

—¿Esa muerte un hecho aislado? Porque crees que no corre sangre en esta ciudad, ¿no es cierto? —Lo miró desafiante—. Pídele a tu gente que te ponga al tanto, entonces.

—Puse condiciones, madre. No acepto cualquier cosa. Reclamé que se me otorgase la suma del poder público —dijo, firme.

—¿Y con eso qué hacemos, mi querido? —Agustina levantó los brazos, exasperada.

—Vine a cuidarla, a ver cómo estaba, a que me diera su bendición. No a que me rete como a un niño —y le apretó las manos, en busca de cariño.

Su madre lo miró a los ojos y lo tironeó para que la abrazara. Así permanecieron durante un rato, en silencio. León, detrás, respiró aliviado.

—¿Y tu mujer cómo se encuentra? —preguntó Agustina, sin disimular la tirantez.

—Encarnación está bien, un poco cansada, eso es todo —y recordó las palabras que le había dicho Maza acerca de ella. La había sindicado como la «heroína del siglo», pero que de ahora en más debía ser más circunspecta, menos franca y familiar. Incluso le había sugerido que era conveniente que saliera de la ciudad durante un tiempo para evadir compromisos y hacer paréntesis en relaciones que durante un tiempo había sido conveniente cultivar. Parecía que Encarnación molestaba a algunos, incluso a los que eran amigos.

—Dile a tu hija que pase por aquí, que visite a su abuela —reprochó Agustina.

—Por supuesto, madre. Está tan bonita Manuela, que es una cosa seria.

—Es claro, tiene mi sangre. ¿Y el joven apuesto de Juan Bautista?

—Se casa en unos meses. Supongo que estará recuperada para ese entonces —bromeó Juan Manuel.

Agustina arqueó una ceja y sonrió. Había terminado el tiempo de los reproches. Observó a su hijo, estaba estupendo. Los años le habían sentado bien.

## CAPÍTULO XIV

Rosas tomaba aire en una de los balcones del Fuerte mientras aguardaba que le trajeran a la joven hija de un oficial del ejército. Pocos días antes de morir, el coronel Juan Gregorio Castro lo había nombrado su albacea testamentario y tutor de María Eugenia, su hija mayor. Como correspondía y para no dejarla librada al azar, la había entregado a una familia para que cuidaran de ella. La jovencita de trece años le había enviado una esquela, solicitando verlo.

La bandera rosista flameaba en la residencia del gobernador, la ciudad había comenzado a cambiar sus colores. Las paredes blancas habían virado al punzó. El emblema «Federación o muerte» había afianzado su poderío y avanzaba como lava de volcán. Juan Manuel estaba conforme con algunos de los logros de su gobierno. Había acentuado el localismo, le interesaba poco y nada lo que sucedía en las otras provincias siempre y cuando no se sintiera amenazado. Había abolido el Banco Nacional creado por Bernardino Rivadavia, e inaugurado, en cambio, la Casa de Moneda. La Junta de Representantes había dispuesto por ley la venta de 1.500 leguas cuadradas de tierra que habían sido dadas en enfiteusis. Esto había traído reclamos y descontento evidente, sin embargo, el gobernador se había cruzado de brazos mostrando una sonrisa socarrona.

A lo lejos aparecía la cúpula de la Catedral. Hacía poco se había realizado el acto oficial del establecimiento de la Compañía de Jesús, con una celebración de la que habían participado los ciudadanos con gran algarabía. Rosas profesaba la fe católica y le gustaba que su gobierno quedara asociado a su creencia. Era estricto y pretendía que el resto lo igualara. Había ordenado la restauración de varias iglesias y él mismo controlaba de cerca que se cumpliera la orden. La Iglesia era una de las más importantes garantías de orden social y político. Ésa era su premisa. Él nombraba sacerdotes y mantenía a distancia la jurisdicción papal. Y además, había abierto las puertas para el regreso de los jesuitas y dominicos.

El golpe seco de los tacos de las botas lo trajo a la realidad de su gran despacho. Antonino Reyes, su oficial de secretaría, había atravesado el umbral de la puerta con una jovencita a su lado.

—Gracias, Reyes, déjanos solos —ordenó Rosas—. A ver, niña, siéntate en la silla.

La cara de susto de María Eugenia lo decía todo. Con paso tímido se acercó y se ubicó donde le habían mandado. Su pelo negro caía suelto y ensortijado sobre la espalda. Vestía con modestia pero con dignidad.

—Cuéntame qué es lo que te ha pasado —y le clavó la mirada.

—No me siento bien en la casa que me encomendó, don Juan Manuel. Me maltratan, incluso la servidumbre no me trata bien —dijo en un hilo de voz y se tocó la mejilla automáticamente.

—¿Qué tienes ahí, María Eugenia?

—No es nada —y miró para abajo, como si así lograra esconder el moretón.

—Pensé que podrías relacionarte mejor con esa familia. Así me lo habían hecho saber cuando les avisé de tu llegada. Pues no te preocupes, te vendrás para la casa. Encarnación estará encantada con tu presencia, ya verás —pegó un grito y llamó a Antonino.

María Eugenia respiró tranquila, cualquier cosa era mejor que la violencia que había vivido hasta ese día. Desde abajo espió al gobernador. Le pareció inmenso, infinito y sobre todo, guapo. Y miró hacia otro lado con pudor. El joven oficial, solícito como siempre, entró y aguardó las órdenes de su jefe.

—Me la acompañas a mi casa y le dices a Encarnación que la albergue, que es la hija del finado Castro, que en paz descanse, y que ya le daremos alguna tarea.

—Sí, don Juan Manuel, ya mismo. Niña, apréstate que nos vamos.

Se retiraron y el despacho quedó en silencio. Rosas se perdió en sus cavilaciones. Esperaba que no fuera un problema para su mujer, a la que últimamente no encontraba del todo bien.

\* \* \*

Una puntada en la cabeza la hizo trastabillar. Los dolores no eran nuevos, pero esta vez sintió como si el filo de un cuchillo le horadara allí adentro. Encarnación detuvo la respiración, se olvidó del acto reflejo, tal era la agonía. Con los ojos entrecerrados caminó hasta la cómoda. Tenía náuseas, estaba mareada, se sentía más débil que nunca. Despacio, se sentó en una silla y buscó el pañuelito de lino que guardaba en el bolsillo. Desconocía su cuerpo, ya no lo dominaba y el sufrimiento que le provocaba la llenaba de pavor. Con movimientos lentos, vertió un poco del agua de la jarra sobre la palangana de loza. Embebió el pañuelo y lo apoyó sobre su frente. Algo la calmó pero no lo suficiente. Tuvo una arcada. Se sintió frágil y casi sin darse cuenta, un sollozo la embargó. Las lágrimas caían solas, sin el más mínimo esfuerzo. Vulnerable, debilitada, jamás se había sentido así. Estaba sola en su recámara. Miró hacia atrás para cerciorarse de que así fuera. No quería testigos de su mal. Se secó las mejillas húmedas y bajó la cabeza. Y de repente vio unas manchas que ensuciaron su falda. Las tocó, eran recientes, parecían sangre. Sonó su nariz y el pañuelo se tiñó. ¿Qué tenía, qué le sucedía? El miedo a lo desconocido la dominó.

Como si hubiera adivinado, Juan Manuel entró a las habitaciones y vio a su mujer acurrucada en la silla, escondiendo el cuerpo enfermo. Se apuró y llegó hasta el nudo en el que se había convertido. Se hincó a su lado y la abrazó con fuerza.

—¿Qué te pasa, mi amor? —preguntó disimulando la desolación.

—No me siento demasiado bien, para qué te voy a mentir. Ayúdame, mi querido, me quiero recostar un rato. Luego tengo unas cuentas que hacer y recibo a un grupo de mulatos para traerlos a nuestras filas —susurró mientras se incorporaba con cuidado.

—No sigas así, te lo pido por favor. Debes hacer algo para mejorarte, Encarna. Te quiero ver sana y fuerte —le imploró Rosas y con suavidad la acomodó sobre el lecho.

—Ya verás, duermo una horita y todo se soluciona —otra puntada le desfiguró el rostro.

—Si no tienes nada que hacer ahora, ya me fuiste útil, ahora me ocupo yo de todo. Te quiero mucho, ¿lo sabías, no es cierto? —y le apretó la mano.

Y de repente, Encarnación sintió la urgencia de hablar con Pedro. Durante la Campaña al Desierto, el muchacho había recompuesto la relación con su padre. Los varones no se llevaban bien con Rosas. Juan Bautista se había casado y había logrado la excusa perfecta para alejarse. Pedro, en cambio, había aceptado la oferta de Juan Manuel y lo había acompañado. Ese año y medio juntos los había acercado. Sin saber por qué, tuvo la necesidad de reunirse con el joven. Tal vez intuyó una despedida cerca...

—Querido, llámame a Pedrito —y tuvo nostalgia de los tiempos en que el bebé sólo era feliz en sus brazos—, quiero hablar con él. A solas.

Rosas suspiró, le parecía que nada debía molestar a su mujer pero supo que sería infructuoso negarse. Se retiró y fue en busca de su hijo. Al rato, Pedro entró a la recámara.

—¿Qué le pasa, madre? Tiene que cuidar la salud, hay una sola —y esbozó una sonrisa poco convincente.

—Venga, m' hijo, aquí al ladito mío. Quiero hablar contigo, Pedro —y se incorporó—. Tengo que confiarte algo y te ruego que no me odies.

Pedro Pablo le clavó la mirada, a la espera. No le gustaba ver a Encarnación en ese estado, y las confesiones lo aterrorizaban.

—Juan Manuel y yo no somos tus padres, te hemos querido como a un hijo, pero somos tus tíos. Mi hermana es tu madre. Pepa y Manuel Belgrano son tus padres, pero les fue imposible hacerse cargo de ti. Pepa estaba casada con otro hombre. El odio carcome las entrañas, Pedro —y cerró los ojos.

El joven sintió una estocada en el corazón. Y recordó aquella tarde, en el sur, mientras cabalgaba con Rosas. Estaba más locuaz que nunca, había presentido que tenía algo para decirle pero luego se había arrepentido.

—Permítame un tiempo, todo esto es demasiado para mí. Ahora confirmo que el Tata quiso decírmelo, pero no se animó —dijo Pedro con cara triste.

—No lo culpes, por favor. Pepa te adoró siempre, y no dijo nada porque estaba terminantemente prohibido. Perdóname, Pedro, tal vez hubieras preferido no saber nada pero yo necesitaba hablar. Es mejor así, ya verás.

Pedro Pablo Rosas y Belgrano le tomó la mano y ella se la apretó con fuerza. Las lágrimas volvieron a humedecer sus mejillas enflaquecidas. Él apretó los dientes.

\* \* \*

Comenzó un año nefasto para Juan Manuel. Francia daba el visto bueno y en 1838 comenzó un bloqueo sobre el Río de la Plata. La flota francesa cumplía órdenes de Luis Felipe de Orleans y cerraba el comercio con la ciudad de Buenos Aires y los puertos de la Confederación Argentina. No sólo se metían con la provincia de Rosas sino que traspasaban fronteras. La justificación para llevar adelante esta acción había sido la negativa del gobierno de Rosas para favorecer a la nación europea en diversos asuntos. No contentos con el revés, la emprendieron con la política del bloqueo. Las negociaciones no habían sido fáciles. Sin embargo, el gobernador estaba preparado para dar esas batallas. Le gustaban los desafíos políticos, allí sabía dar pelea.

Desconocía cómo llevar adelante ese combate. Lo que lo hacía trastabillar era el deterioro paulatino de su mujer. Encarnación se había derrumbado con el correr de los meses. Juan Manuel impostaba una fuerza que no tenía delante de la enferma. Había convocado al doctor James Lepper para que la tratara y le había rogado que salvara a Encarnación. El médico irlandés, que formaba parte de la comisión del Hospital de Mujeres y del Hospital de Hombres, de gran renombre y prestigio, le había respondido que haría lo mejor que pudiera. Juan Manuel se desesperaba y el doctor intentaba calmarlo. Mientras tanto, Encarnación yacía postrada en su cama, a cargo de María Eugenia Castro, la entenada de su marido. La chiquilina la cuidaba con un esmero inusitado y la enferma se dejaba.

Rosas delegaba todo cuanto podía en manos de su círculo íntimo. Prefería sentarse a la vera de su «Heroína de la Federación», tomarla de la mano y compartir horas de silencio. Cuando no aguantaba el desasosiego, empezaba interminables peroratas donde incluía anécdotas graciosas, recuerdos de ambos y novedades de sus hijos. Ella lo escuchaba con atención y sonreía con dificultad. El cuerpo se le había ido paralizando de a poco, había perdido mucho peso, y allí, en la cama, más que una mujer de cuarenta y tres años parecía una niña que no llegaba a los diez.

Había sufrido varios ataques de los que había podido salir. Al comenzar la primavera, el doctor Lepper había llevado a Juan Manuel a un aparte para comunicarle que Encarnación casi no tenía fuerzas ya. Su cuerpo comenzaba a apagarse, no podía hacer nada. El hombre más poderoso de Buenos Aires perdió pie y cayó con el peso muerto sobre sus rodillas.

El 20 de octubre, Encarnación amaneció peor que nunca. María Eugenia, que no se movía de su lado, tuvo la horrenda sensación del final. Acercó su oreja a la boca de su patrona e intuyó un balbuceo inconexo. Salió como saeta para poner a la casa sobre aviso. Juan Manuel ordenó que salieran a buscar a un sacerdote y él corrió a la recámara que había sido preparada especialmente para la enfermedad de su mujer. A los veinte minutos, arribó el jesuita que la confesaría, junto al médico. Al entrar, encontraron a Encarnación en estado de coma. A los pocos minutos, dejó de respirar. Juan Manuel sintió que perdía la vida. Echó a todos de un grito. Sin discutir, se retiraron y lo dejaron solo. Como un animal enfurecido, echó llave a la puerta y atrancó el postigo. Arrasado por las lágrimas se arrojó sobre el cadáver de



Encarnación, la abrazó y así permaneció durante horas. Perdió la noción del tiempo. Lloró hasta secarse. No podía irse, no podía dejarlo. ¿Con quién hablaría de aquí en más? Un escalofrío interminable lo sacudió. Afuera, la familia y la servidumbre se sumieron en un inmenso dolor; los negros y mulatos lloraban desconsoladamente. Las puertas y ventanas se tapiaron para que nadie viera la pena en la que se ahogaba Juan Manuel de Rosas.

A los cuatro días, salieron los decretos de puño y letra del gobernador, refrendando el duelo y las exequias que se llevarían a cabo el 20 de noviembre en la Basílica de San Francisco, situada en Reconquista y Potosí<sup>[42]</sup>. El edecán Manuel de la Trinidad Corvalán envió las circulares de invitación. Sin embargo, Rosas no participó del funeral, ni siquiera despidió al féretro en el momento en que lo sacaron de la casa mortuoria.

La fachada de la casa de la calle Biblioteca fue cubierta, de techo a piso, con colgaduras negras, salpicadas de tanto en tanto por rosetas punzó. El cuerpo de Encarnación estaba envuelto en seda y terciopelo blancos, y reposaba sobre cojines de seda del mismo color. Sólo quedaba al descubierto el rostro pálido de la vida detenida. Desde el Fuerte tronaron los sesenta cañonazos y en cada una de las esquinas lindantes con la casa mortuoria se instalaron seis piezas de artillería, que repetían cada tanto el estruendo inicial.

Con tres cañonazos se dio inicio al cortejo, que salió por la noche. Primero el féretro, detrás los principales mandatarios de la Iglesia, seguidos por una infinidad de monjes que repetían sus oraciones, una y otra vez. Y más atrás, los ministros y altos funcionarios del gobierno. Todos de negro, de luto oficial, como un desfile fantasmagórico que rendía el último homenaje a su heroína. El pueblo seguía la fila, llorando a su dama.

El luto debía ser llevado mientras lo llevara el Restaurador, y hasta que él mismo se lo quitara. Pañuelo o corbata negra, una faja negra en el brazo izquierdo, y tres dedos de cinta negra en el sombrero, debiendo quedar visible la cinta punzó. Estas disposiciones duraron dos años.

Ya nada sería igual sin Encarnación Ezcurra. Para su gente, para sus familiares, pero sobre todo para el hombre de su vida.

## EPÍLOGO

Había pasado tanto y tan poco tiempo. Todo al mismo tiempo. Juan Manuel estaba de pie al lado del estanque, con la mirada perdida. Ni siquiera los avestruces y los pájaros de vistoso plumaje que invadían los jardines de Palermo de San Benito lograban distraerlo de sus cavilaciones.

Pensaba en Encarnación. Hacía rato que se había despedido de ella, pero le resultaba casi imposible no recordarla. Ya nadie lo entendía como ella, ninguna mujer —y eso que había muchas— lograba atrapar su mente. Ella había sabido adivinarlo como ninguna. No entendía cómo lo había hecho, pero siempre sabía lo que pensaba antes de que él lo expresara. A veces le había dado miedo, por momentos la había preferido lejos. No había sabido cómo responder a semejantes ansias. Pero al tiempo, la marejada lograba calmarse. Su mujer había sido más sanguínea que él. Mucho más. Y eso era demasiado decir.

Desde la otra punta del estanque, sonó un grito y una carcajada. Era Manuela. Su hija se divertía con su grupo de amigas. Le gustaba bromear con ella y a veces las trataba de «princesa y su corte». La muchacha se distrajo unos segundos y saludó a su padre con la mano. El resto echó miradas con distinta intensidad en el desafío. El Restaurador era un hombre inquietante todavía. Había echado fama, las mujeres cuchicheaban sin dejar de mirarlo. Todo a la vista de la hija. Los ojos azules de Rosas cautivaban a más de una. Él lo sabía y aprovechaba la virtud. Y ellas ejercían la seducción solapada del movimiento diminuto, el pestañeo sutil y la respiración intensa.

El gobernador blandía el poder en todos los frentes. Cabeceó desde donde se encontraba y volvió a sus pensamientos. Lejano, turbulento y final.

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Diego Arguindeguy por regalarme su sabiduría infinita y por alentarme siempre; a mi padre, a Gustavo Béliz y a Soledad Vallejos por su generosidad con algunos libros que fueron fundamentales; a Mercedes Güiraldes por su excelente edición; a Nacho Iraola por confiar una y otra vez, y a Mariano Valerio por estar cerca.



FLORENCIA CANALE. Nació en Mar del Plata. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es periodista y trabajó en varias publicaciones: *Noticias*, *Living*, *Gente*, *Siete Días*, entre otras. Actualmente es editora en la revista *Veintitrés*.

*Pasión y traición*, su primera novela, lleva vendidos desde su publicación en 2011 más de cincuenta mil ejemplares; seguida por *Amores prohibidos*, publicada en 2013 y también un éxito editorial.

# Notas

[1] Así se llamaba la calle Sarmiento hasta 1808, aunque también le decían «De los mendocinos»; luego se llamó Mansilla y en 1822, Cuyo. <<

[2] El convento aún subsiste y está ubicado en avenida Independencia y Salta. Empezó a construirse en 1794 y fue habilitado en 1799, sin concluir. <<

[3] El eje de Reconquista y Defensa en la actualidad. <<



[4] El eje de la avenida Callao en la actualidad. <<

[5] Así se llamó hasta 1811, y Plaza de Armas hasta 1861. En la actualidad, el sector de Plaza de Mayo frente a la Casa de Gobierno. <<

[6] Construida en 1803, fue sede del mercado hasta su demolición en 1884. Actualmente, se encuentra allí la Pirámide de Mayo. <<

[7] Construido por Hernandarias entre 1604 y 1618. Demolido entre 1878 y 1894. Hoy, la Casa de Gobierno. <<

[8] Llamada de la Victoria en 1807; el sector de la actual Plaza de Mayo más próximo al Cabildo. <<

[9] Era costumbre popular de entonces llamar de este modo al jefe de una fuerza considerable de tropas, aunque no fuese su grado militar (en el caso de Liniers, capitán de navío). <<

[10] Cuerpo de milicias de caballería, organizado por el Cabildo en 1806, tras la primera invasión inglesa. Su jefe era el capitán Alejo Castex. Vestían casaca colorada oscura. <<

[11] En la actualidad, la Plaza San Martín. <<



[12] Así se llamó hasta 1808 —o también San Carlos— a la calle Adolfo Alsina. <<

[13] La calle Bolívar en la actualidad. <<

[14] Común en esos tiempos, tomándose suavemente de los brazos y besando de costado las mejillas. <<

[15] Situada en las calles Lasala y Álzaga; Chacabuco y Alsina en la actualidad. <<

[16] Hoy, Reconquista. <<

[17] Emplazada hoy en Cerrito entre Paraguay y Marcelo T. de Alvear. <<

[18] La plaza Dorrego en la actualidad. <<

[19] Humberto I y Perú, actualmente. <<



[20] Se supone que en ese sitio había estado emplazada la casa de Juan de Garay; hasta 1840, fue un terreno vacío y en la actualidad se encuentra el Banco de la Nación Argentina. <<

[21] En la actual esquina de Rivadavia y Reconquista, en la misma cuadra de la Catedral. <<

[22] Situado en las calles Alsina y Bolívar, sobre la esquina nordeste. <<

[23] La calle Florida en la actualidad. <<

[24] Especie de palo con paño colorado, que hacía las veces de capote. <<

[25] Situada en avenida Belgrano 1151. Al tiempo de su construcción como parroquia, el territorio pertenecía a la jurisdicción parroquial de la Catedral. En 1755, un catalán llamado Juan Pedro Sierra solicita y obtiene permiso para construir una capilla en honor de la Virgen de Montserrat. En 1770, la Hermandad de Nuestra Señora de Montserrat hace construir un templo más grande, obra del arquitecto Antonio Masella. <<

[26] En la actualidad, Plaza Miserere («Once»); en ese momento, era el lugar donde se reunía la hacienda destinada al matadero. <<

[27] La calidad de la tela empleada, barata. <<



[28] San Miguel del Monte en la actualidad. <<

[29] Actualmente, se halla ubicado en la intersección de las calles Soler y Belgrano, frente a la Plaza España, en San Miguel del Monte. <<

[30] Hermano, en la lengua indígena. <<

[31] De este modo se referían los porteños a los gauchos santafecinos y entrerrianos que seguían a Estanislao López y a Francisco Ramírez. <<

[32] Hija de india y negro. <<

[33] La Matanza en la actualidad. <<

[34] Bolívar en la actualidad. <<

[35] Desde 1808 hasta 1822 se llamó Gana, luego Balcarce. <<



[36] Actualmente Moreno. <<

[37] Hoy, Defensa. <<

[38] Lavallo en la actualidad. <<

[39] Avenida Rivadavia en la actualidad. <<

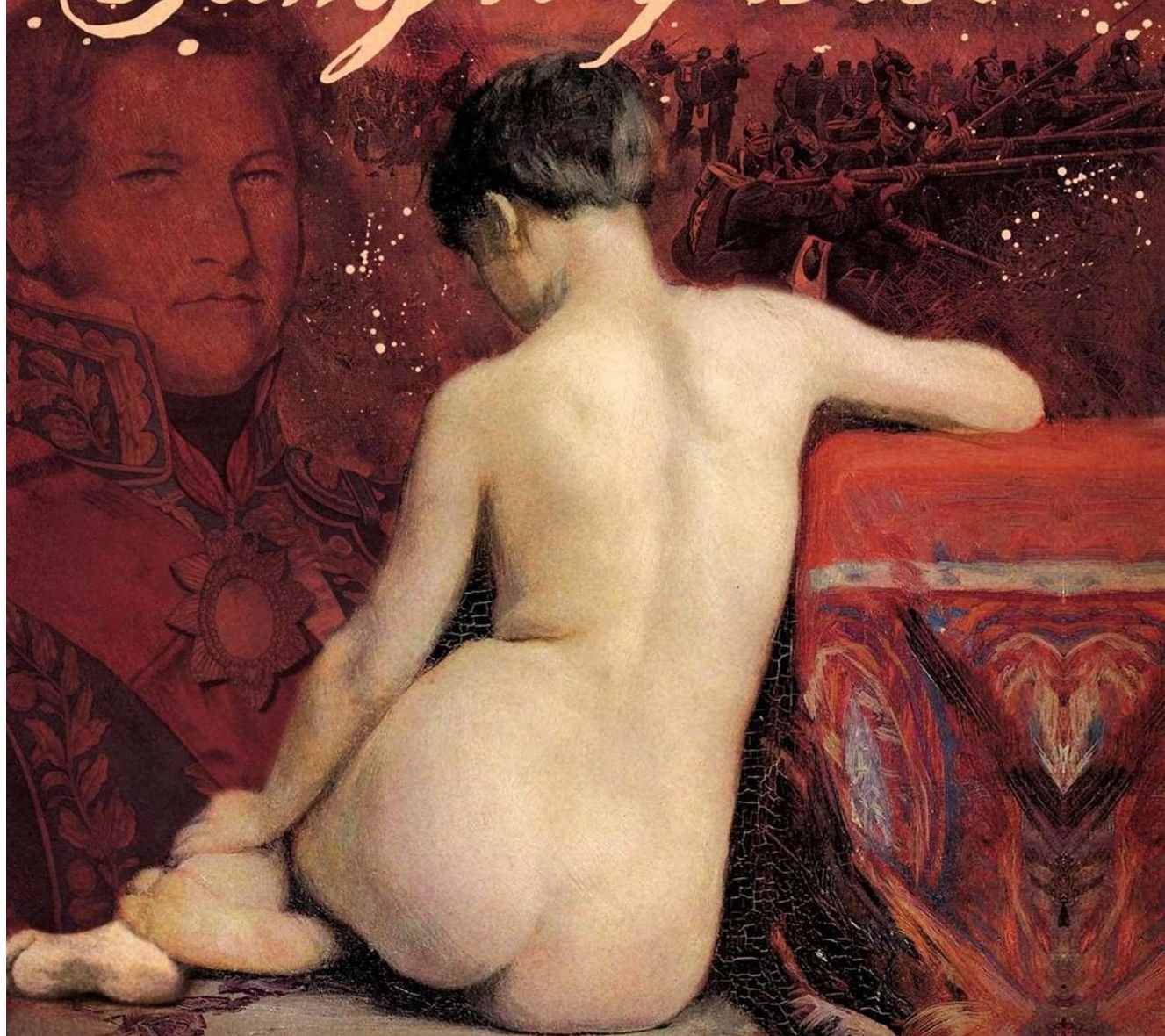
[40] Lanza de los indios. <<

[41] En la actualidad, Bahía Blanca. <<

[42] Defensa y Alsina en la actualidad. <<

# FLORENCIA CANALE

## *Sangre y deseo*



La pasión de Juan Manuel de Rosas  
y Encarnación Ezcurra

Lectulandia



